

CIÓN

MAXIMILIANO
GRECIA Y EL
ASIA
MENOR

UN DESCUBRI
MIENTO
PRODIGIOSO

D972

.M3

1873

c.1

91

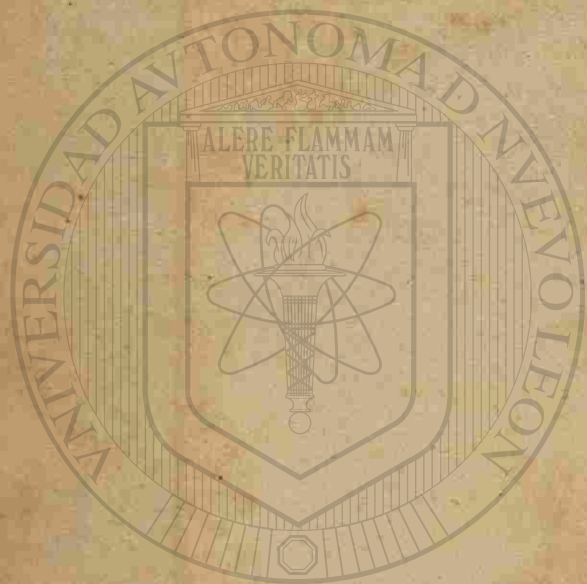
M



1080046733

46-6# 13.0
908

Este tomo contiene 4 obritas.



91

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



8

MAXIMILIANO.

GRECIA Y EL ASIA MENOR.

VERSION CASTELLANA.]

FOR

Eduardo A. Gibboa.

TRADUCTOR

De las Memorias del Príncipe Salm-Salm, sobre
"Querétaro y Maximiliano, etc., etc."

119596



IMPRESA DE LA "VOZ DE MEXICO."

ESCALERILLAS NUMERO 21. DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

15365

D972



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

PROLOGO

DEL TRADUCTOR.

“Tarda mas el cuerpo en
descomponerse, que la
memoria del muerto en
borrarse.”— MAXIMILIANO.

Cuatro años hace desde que los señores Linares y Mendez, nos dieron á conocer en México por medio de una version castellana, las memorias del infortunado príncipe Hapsburgo, cuyo ad-[®]verdadero destino le hizo cambiar las risueñas playas del bello Miramar, para encontrar en el lejano cerro de las Campanas un cadalso por trono. Con la lectura de este admirale libre, se comprendió mejor entre los mexicanos al hombre que por tan

breve tiempo rigió nuestros destinos. Si, en estos recuerdos íntimos de su vida, se nos reveló el poeta el clásico y el artista, y muchos corazones (aun de sus enemigos) han vibrado llenos de entusiasmo con las mágicas páginas del que al describir lo mas grandioso de la naturaleza y de la vida, nos hace sentir, y al dilatar el pensamiento humano, nos conmueve profundamente. Mas para acabar de formarnos un juicio completo de Maximiliano, nos falta conocer su primera obra. El traductor frances de sus memorias, á propósito de ésta, nos dice lo siguiente: «De sentirse es que no haya sido comprendido en estas memorias el primer escrito de Maximiliano, la relación de su viaje á Grecia y al Asia-Menor, que tan profundos y bellos recuerdos le han dejado.

México, igualmente se lamentaba de la falta de esta obra, mas hoy esperamos llenar este vacío presentando á nuestra culta sociedad una version, hasta donde se ha podido, literal, de uno de los mas bellos como interesantes escritos que se conocen sobre esa joya deslumbradora del pasado que le llamamos Grecia!

Cuando el jóven archiduque escribió esta obra no contaba mas que diez y ocho años. Hacía un viaje de placer acompañado del príncipe Carlos Luis su hermano. Sus compañeros de

viaje eran: el príncipe Jablonowsty, [desde entonces muerto] el conde de Coudenhove (coronel del ejército) el baron Koller, el cronista Kaltenbeck (célebre escritor), y el doctor Fritsch, facultativo especial del emperador de Austria.

El "Vulcano," corveta de guerra puesta á las órdenes de los príncipes, y mandado por el entonces capitán Julio Vissiak, actual Vice-Almirante y comandante de la marina, fué el que les condujo de sus lares á las encantadas y lejanas playas de la Grecia y del Asia-Menor.

La presente obra habia quedado inédita, pues su autor por modestia, no habia querido darla á luz, creyendo que no era digna de ella. Cuando se publicó mas tarde en Austria, fué solo con el objeto de darla á conocer en la corte, y para los parientes del príncipe. Despues se hizo una edición en Inglaterra, de la que hemos hecho la presente version castellana, convencidos de que con ésta obsequiamos los deseos mas ardientes de los innumerables admiradores del carácter y elevado talento del autor. Inútil seria dar nuestro humilde juicio sobre una obra que se recomienda por sí sola. En ella admiramos los mas hermosos cuadros, los elevados pensamientos filosóficos, la perfecta metáfora y el bello conjunto que irresistible-

mente arrebató al lector, como un hermoso sueño del que no quisiera despertar. Mas al llegar á sus finales páginas siente uno el no poderlas alargar, cuando ellas nos revelan la grande alma y la preclara inteligencia del que las escribió. "El estilo es el hombre," nos ha dicho con verdad un célebre escritor. En la presente obra vemos corroborado esto, y no podemos ménos de decirnos: he aquí el espíritu de Maximiliano, cuyo cadáver yerto, yace en la tumba helada bajo las solitarias y parduscas bóvedas de las capuchinas de Viena... ..

A su regreso de este viaje el jóven príncipe entró la honrosa carrera de la marina en la que tanto se distinguió; probando su inteligencia como comandante en jefe en la célebre batalla y sitio de Liessa. Su amor al Oceano se deja ver á cada instante, de tal manera que entre sus aforismos nos ha dejado el siguiente: "En la vida del mar nunca entra el fastidio, porque el mar presenta siempre imágenes nuevas y nuevo interés."

Lo que pasó mas tarde, está ya grabado en las páginas de la severa historia. Las generaciones del porvenir juzgarán debidamente, y le harán justicia á esta grande como infortunada figura cuando el agitado mar de las pasiones políticas

entre de nuevo en calma. Mas entretanto nosotros no podemos ménos de exclamar junto con él:—

Vivió para morir,
Murió para vivir.

México, Agosto 12 de 1873.—

pardas, que á la imaginación aparecen ruinas de casas y de aldeas; arbustos secos tienden sus ramas, y ninguna señal de vida alegra la vista del viajero. Una atmósfera de duda y de misterio se esparce sobre los Karstes, hasta que al fin, después de un largo viaje, el fatigado viajero se aviva con la vista del obelisco, fijo allí como una imagen de esperanza. Aunque es toda el valle de lágrimas, sin embargo es noble, brillante y vigoroso; al postillon se le acelera con impaciencia, el último y corto ascenso al obelisco se completa con prontitud, y después el cuadro de lo infinito yace tendido á los piés del viajero encantado, cuyo placer es mayor, por el contraste que forma el mar muerto de piedras debajo de ellos.

Mas allá resplandece el animado mar, adonde las ondulantes velas brillan como cisnes en el agua, y las fructíferas playas en forma de terrados adornados con hermosas quintas, lo rodean en semicírculo. A la extremidad de todo, se deja ver la bulliciosa ciudad con sus caminos espaciándose como un mapa, llenos de vida y movimiento.

La perspectiva de Optschina es ciertamente una de las mas hermosas del mundo. Un camino excelente con una ligera tortuosidad, conduce abajo de la montaña; entre viñas y quintas de campo y se percibe con una alegría que aumen-

AL VUELO.

CAPITULO I.

TRIESTE.

La vista mas hermosa de Trieste, incontestablemente, es la que se descubre desde el obelisco de Optschina. El viajero camina por algunas horas a través de los pedruscos y desiertos terrenos de los Karstes, adonde parece estar estacionada una pesada maldición; las rocas forman unas figuras

ta mas y mas; rápidas vistas del hermoso mar, un presentimiento del Sur. Siente uno que es Italia! La ciudad de por sí es nueva, y tiene el aspecto de una ciudad comercial. Los edificios son grandes, macizos, y asiados, pero la arquitectura es pobre. Las calles son de una uniformidad cansada, y tan pareciadas las unas á las otras que no tienen interes.

Bajo el punto de vista histórico ofrecen poco de notable; solo en los alrededores de la catedral, la que está erigida en una eminencia, se encuentran algunas antigüedades romanas y cristianas, pero estas no son de menor importancia.

Naturalmente todo extranjero en Trieste, procura vivir en el muelle por consiguiente nos fuimos al Hotel Nacional, que tiene vista al mar y es una de las mejores casas de hospedaje que conozco. Como ya habíamos visitado á Trieste ántes, no nos molestamos con las llamadas curiosidades, pero teníamos deseos de estudiar la vida durante nuestra corta permanencia, y hallamos lo bastante para interesarnos, Despues de un excelente "lunch" de pescado fresco del mar, nos condujeron á un almacén chino ricamente abastecido y de cuyas bodegas el buque "Wellington", debía ser cargado.

A bordo de este buque habia muchos marinero-

ros chinos é indios; debía salir del puerto al siguiente dia y regresar á Lóndres; nos embarcamos en un bote y fuimos á bordo á verlos.

Despues de habernos hecho comprender lo mejor que pudimos con los marineros ingleses, nos subimos por una escala real hasta la proa, y nos figuramos estar entre una coleccion de pinturas "Vieuxlao," tan enteramente estábamos transplantados en el mundo chino.

Nos hallábamos rodeados por hombres mal formados, de mediana estatura, de amarillenta y pálida tez, los huesos de la cara muy salidos, las narices redondas, los ojos sesgados y unas trenzas negras de algunos piés de largo y que pendían del centro de sus rapadas cabezas; sus vestidos consistían en un saco de un especie de género "Spencer," y unos anchos calzones del mismo descolorido material. Unos cuantos llevaban un especie de quitasol hecho de cañas; el cuello y los piés los tenían desnudos; eran marineros. Parecían rústicos pero de buena índole; sus fisonomías hubieran sido tristes y graves, si sus negros y perspicaces ojos no hubieran brillado en ellas. ®

Esta gente era entre sí amable aunque maliciosa, y no parecían tener el más mínimo embarazo. A cierta distancia estaban varios individuos pequeñitos, de aspecto tímido, enjutos y

débiles, de fisonomías oscuras, lustrosas y abri-
llantadas, pero de facciones mas nobles, que re-
velaban sin embargo, desconfianza, con el cabello
negro y los ojos centellantes. Con excepcion de
sus cabezas cubiertas con turbantes, estaban ves-
tidos lo mismo que los chinos; su expresion era
fanática y triste, sus maneras urañas y serias.
Esta era la tripulacion india, mas tres ó cuatro
europeos, y estaba completa. Un capitán inglés
mandaba.

El modo inculto y las desateaciones de los in-
dios formaban un contraste grande con la amabi-
lidad y buena voluntad de los chinos. Al princi-
pio parecia que el capitán no queria ocuparse de
nosotros; pero despues de un rato daba alguna
respuesta de vez en cuando á nuestras observacio-
nes.

Inspeccionamos las partes ineresantes del bu-
que y observamos á los chinos é indios en sus
variadas posturas. Algunos estaban sentados
con las piernas cruzadas, otros se hallaban ten-
didos á pierna suelta, otros estaban agrupados
al rededor del fuego de las galeras, en una masa
confusa encendiendo sus ciertas pipas en el res-
cólido.

Es preciso decir que los chinos son fieles á la

naturaleza en las representaciones que de sí mis-
mos nos dan; cada una de sus posturas y faccione-
ya nos eran conocidas por las colgaduras y biom-
bos que adornan nuestros "boudoirs" europeos.
Casi nos podiamos imaginar que cargaban pagó-
das sobre sus cabezas inmóviles, al ver sus ate-
nuados miembros, y sus largas y magestuosas
trenzas. A estos últimos apéndices, aunque pro-
hibidos por los europeos, los adoradores de Cen-
fucio parecen darles gran valor. Tan largas son
estas trenzas que durante el trabajo se las enros-
can alrededor del pescozo y del cuerpo. Las
edades de estas gentes aparecian ser entre trein-
ta y cuarenta; su sistema muscular era suma-
mente fuerte y tosco, é inclinándose á la obesidad.

Uno de entre ellos, que se habia mostrado en
extremo amable, y que frecuentemente se habia
sonreido de un modo cariñoso y directamente con
nosotros, hablaba un mal inglés. Le pregunta-
mos que si no tenia algo que vender de los pro-
ductos de su país, y luego nos trajo un rollo de
palitos que, segun nos dió á entender por señas,
se quemaban durante el rezo. Cuando los pren-
dimos en casa ardieron por largo tiempo y tenían
un aroma muy agradable.

Entre los indios, dos especialmente nos intere-
saron;—un anciano con una hermosa y blanca bar-

ba, nariz prominente, labios gruesos y unos ojos medio cerrados y soñolientos. Tenia amarrado un turbante blanco alrededor de su pequeña cabeza que servia de buen contraste á su oscura tez. Su fisonomía me trajo á la memoria un camello cargado y soñoliento.

El segundo de estos era un hombre más joven, pequeño y oscuro, de una contextura flexible; su brillante y rizado cabello, tenia un color negro; sus facciones eran nobles y hermosas; su tez brillante, y en sus negros ojos centellaba un fuego melancólico. Su expresion á veces repugnaba á veces atraía, tal cual se ve en los jitanos, húngaros y judios. A nuestra salida repartimos entre los Asiáticos algunas monedas de plata, lo que al parecer produjo muy buena impresion, pues al desprendernos del costado del buque los amables chinos sacaron la cabeza fuera de las ventanillas y nos saludaron de la manera más cordial.

Algunos dias despues de esto, tuve el placer en un hermoso dia de nadar por vez primera en el mar. Aquel que ha luchado para tenerse á flote en agua estancada y que se ha esforzado como un travieso perro, se siente encantado sostenido por el salado mar como un cisne en las azuladas aguas. El sol, tambien brilla tan deliciosa-mente en la magnífica bahía, que es un placer el

bafiarse en estas aguas. Despues de salir del baño sintiéndonos fortalecidos, pescamos por algun tiempo en el abundante mar, y sacamos ostiones los que inmediatamente devoramos. En seguida nos entregamos á una ocupacion no tan agradable como la última, pero sin embargo muy digna de notarse.

Un buseo debia descender á las profundidades del mar ante nuestra vista. Era un momento terrible, y haber sabido más ántes como se verificaba esto, nunca hubiéramos deseado presenciarlo. Subimos al buque donde se hallaba el pobre buseo,—el único entre 8,000 hombres que tenia el valor de seguir este oficio.

Ya estaba sentado en un banco, vestido con un traje de goma elástica, tenia un casco de fierro pesado é impermeable sobre los hombros, el que atornillaron sobre la orilla de su vestido de fierro. En este casco que le cubria la cabeza habia dos agujeros con sus vidrios para los ojos, tras de cuya hendedura estaba fijado un tubo de goma, con el objeto de conducir el aire, por medio de una bomba. El traje en sí es espantoso; está todo tan apretado y tan atornillado, que da la idea de sofocacion.

Una vez todo dispuesto, echaren una pesada en-

cla á las profundas aguas, á la que debia el buso amarrar un cable al llegar al fondo. Ciertamente era esto mas prosáico que si hubiera sacado las "Copas de oro" del Oceano, sin embargo no era menos el peligro. El hermoso jóven de Schiller se vió obligado á arrojar la capa y el cinto; mas á éste pobre jóven grandes pesos le eran colgados para mantenerlo abajo del agua, y sin que los brillantes ojos de una divina princesa le inspirasen; descendió por una escala real, y desapareció en las aguas. Solo los círculos que en el mar se anchaban mas y mas, mostraban el lugar donde se habia sumergido.

Por muchísimo tiempo no dió señal alguna! Para nosotros fué un tiempo doloroso y terrible, habiéndose apoderado de nosotros la idea que este pobre hombre podia ser un sacrificio á nuestra curiosidad. A no haberme sentido avergonzado delante de aquellas personas que estaban acortumbradas á ver este espectáculo, les hubiera suplicado que hubieran hecho volver á este hombre de su peligrosa empresa. Cuando nuestra ansiedad hubo llegado á su colmo, por fin dió señales de haber terminado su tarea. Las máquinas fueron puestas en movimiento y subieron otra vez al cargado héroe,—y muy pronto le desembaraza-

ron de su pesado traje. Estaba bastante fatigado y exhausto.

Nos confesó que cada vez le causaba una lucha el entregarse al mar, especialmente la primera ocasion, el ímpetu de la corriente del aire en el casco de metal, le habia sido terrible. En una ocasion, se enfermó en el fondo del mar, pero pudo mediante una señal, el dar á conocer su estado; sin embargo siempre está espuesto á muchos peligros, el calor puede causarle apoplejía. Si la bomba se trabaja con demasiada violencia, y se deja entrar demasiado aire, le sofocan. Lo mismo sucede si se le mete el agua por el casco. Los que dirigian esto, me confesaron que ninguno de ellos correría el riesgo. Desde luego se los creí, y me admiraba mas que nunca del valor del buso.

Este es uno de los marineros imperiales, y se llama "Nichola Rendick", tenia facciones nobles, pero enfermizas y tristes, y es de un cuerpo hermoso aunque delgado.

La aparicion en el mar de una "Fata Morgana" espectáculo que de mucho tiempo atras habia deseado, tocó á mi ventura presenciario una mañana en Trieste; aunque no es fenómeno muy frecuente en este puerto. Despues del almuerzo habiamos salido al balcon desde donde gozamos de la vista que teniamos delante. Al mirar há-

cia el horizonte me imaginaba ver un segundo cuerpo de agua; del otro lado habia buques veleros flotantes, pero volteados al revés, y playas que no se veían ántes, parecían extenderse ante nuestros ojos — era la vista mágica de un mar doble en cuya division se hallaban representados los más variados objetos.

La más hermosa luz del sol bañaba la escena que duró lo suficiente, para que la contemplásemos despacio. Al fin, el cuadro se desvaneció como un hermoso sueño en el azulado éter. Solo permanecimos en Trieste medio día más, y despues en una mañana deliciosa surcamos las aguas del Adriático á bordo del magnífico vapor «Vulcano» navegando hácia las costas de la hermosa Grecia.

Mis sentimientos al desvanecerse de nuestra vista la bahía, eran los de un conquistador, pues en ese momento mi mas ardiente deseo se cumplia. Teniamos mil planes y esperanzas en la mente, de suerte que esta separacion fué una de las mas alegres que he experimentado.



CAPITULO II.]

EL PRIMER DIA EN TIERRA GRIEGA.

Septiembre 8 de 1856.

Cosa de las cinco de la mañana, subí á la popa y casi me sentí anonadado con la magnífica perspectiva que ante mi vista se presentó.

En sonrosados contornos se extendía el golfo de Patras tal cual se vé en el crepúsculo matutino. Las montañas del Peloponésos y las peñascosas cumbres de Rumelia brillaban con el reflejo de los naciétes rayos del sol, una semi-oscureidad misteriosa cubria las playas del tranquilo verde-azul mar. Hácia el poniente el abovedado cielo

cia el horizonte me imaginaba ver un segundo cuerpo de agua; del otro lado habia buques veleros flotantes, pero volteados al revés, y playas que no se veían ántes, parecían extenderse ante nuestros ojos — era la vista mágica de un mar doble en cuya division se hallaban representados los más variados objetos.

La más hermosa luz del sol bañaba la escena que duró lo suficiente, para que la contemplásemos despacio. Al fin, el cuadro se desvaneció como un hermoso sueño en el azulado éter. Solo permanecimos en Trieste medio día más, y despues en una mañana deliciosa surcamos las aguas del Adriático á bordo del magnífico vapor «Vulcano» navegando hácia las costas de la hermosa Grecia.

Mis sentimientos al desvanecerse de nuestra vista la bahía, eran los de un conquistador, pues en ese momento mi mas ardiente deseo se cumplia. Teniamos mil planes y esperanzas en la mente, de suerte que esta separacion fué una de las mas alegres que he experimentado.



CAPITULO II.]

EL PRIMER DIA EN TIERRA GRIEGA.

Septiembre 8 de 1856.

Cosa de las cinco de la mañana, subí á la popa y casi me sentí anonadado con la magnífica perspectiva que ante mi vista se presentó.

En sonrosados contornos se extendía el golfo de Patras tal cual se vé en el crepúsculo matutino. Las montañas del Peloponésos y las peñascosas cumbres de Rumelia brillaban con el reflejo de los naciétes rayos del sol, una semi-oscuidad misteriosa cubria las playas del tranquilo verde-azul mar. Hácia el poniente el abovedado cielo

se perdía hasta una distancia infinita, el colorido era fuerte y variado, desde el azul oscuro de las lejanas montañas hasta el mas brillante color de rosa y encarnado de las resplandecientes rocas. Se considera que una mañana en los Alpes, es una de las cosas mas hermosas de la naturaleza; yo la he visto y ciertamente que es un espectáculo grandioso; pero la magnificencia y gloria del Sur no tiene rival, y las sutiles nieblas de los valles no igualan la magia del mar.

A nuestra izquierda avistamos á Missolonghi, adonde los fieles griegos han colocado un monumento á Lord Byron. Allí murió armado para combatir por la libertad del país cuyos encantos ha cantado en versos inmortales. Frente á nosotros, cubierta por densas sombras estaba Patras, á su izquierda la bahía de Lepanto, adonde la ondulacion del naciente dia se trasforma en una banda de plata. Repentinamente, y en direccion á Corinto, se presentó el sol, regocijándose la naturaleza en su nueva vida.

A penas, sin embargo, habíamos visto á los dorados rayos jugando sobre las olas cuando la velocidad de nuestro buque de vapor puso á las elevadas montañas de Patras entre nosotros y él; y despues la vimos otra vez, permaneciendo fija con nosotros, y regocijándose con su poder a-

ridiano. Vimos otra vez á la ciudad rodeada de verdes y hermosas viñas coronadas por las ruinas de una fortaleza veneciana; sus largas pero no muy anchas masas de casas se extienden á lo largo de los caminos.

Como que no habíamos desembarcado desde que salimos de Pola, nos sorprendió repentinamente el Sur. La vereda de la estéril montaña haciendo más risueña la playa. Pronto fué rodeado el buque por pequeñas embarcaciones pescadoras, llenas de curiosos griegos que observaban á los recién llegados, estaban estos vestidos con un *fustan* blanco, y unas gorras muy artísticas. Los botecitos con sus velas triangulares surcaban como cisnes las verdes y transparentes aguas. Como habíamos anclado á cosa de doscientas varas de la ciudad, varios emisarios se presentaron con la petición de que les dejásemos visitar el buque, lo que, sin embargo, no se verificó, primero: porque no tenemos «práctico» y segundo porque bajo ciertas circunstancias tales visitas no son convenientes. Despues de haber fondeado al agua el ancla, que era lo primero que tocó terreno Griego, pudimos contemplar la ciudad y su tráfico desde lejos.

Hacia un dia en el extremo hermoso tal cual podía desear para ver por vez primera una tirera

que con avidez se ha buscado y el placer que solo es conocido al viajero cuando logra el objeto de sus deseos, se apoderó de mí. La perspectiva exterior de la ciudad tiene un aspecto italiano, las casas están fabricadas en masa irregular y pintoresca, y la frondosa viña trepaba por todas las paredes.

Patras, está situado al pié de una colina que conduce á las altas montañas. Las casas llegan hasta el mar. En su antigüedad no es notable. Con escepcion de uno ó dos sarcófagos, casierra pocas reliquias interesantes. Mientras estaba bajo el yugo veneciano, era de importancia por sus fortalezas; pero en la historia de la Grecia moderna, jamas será olvidada, porque los claustros de Megásterion cerca de la ciudad fueron la cuna de la naciente Grecia. Aquí se proclamó sagrada por el arzobispo la guerra contra los incrédulos, y aquí se levantó el estandarte de la cruz blanca.

Por el número de sus habitantes y por su comercio, cuyo artículo principal son las pasas de Corinto, Patras es uno de los lugares más importantes de la Grecia. Su circunferencia se aumenta diariamente.

Como que era domingo encontramos á todos los ciudadanos pateándose con sus bonitos trajes,

Vimos á centenares de griegos con sus «fustanes» blancos yendo por el muelle al sonido de la campana que llamaba á misa. El número de botes aumentaba en derredor nuestro á cada minuto; recostados en estos se hallaban los hermosos hijos del país—los soldados vestidos de azul con anchos calzones de género «Spencer» bordados de plata, ceñidores angostos y encarnados envueltos con gracia, polainas adornadas de azul y zapatos colorados. Las facciones de los griegos son nobles; sus cabezas ergüidas sobre los hombros, y su magníficas figuras se hacen más notables por su buen porte.

Después de que fué enviado al cónsul un mensajero de nuestro buque, repentinamente nuestro querido estandarte austriaco fué desplegado de un edificio cerca del mar; pronto igualmente nos trajo un bote griego al «practico,» y finalmente el nuestro regresó con el cónsul.

Este era un italiano delgado, cuyo alto y blanco sombrero bien podía como él contar algunos años. Unos mechones de pelo cano colgaban de su cabeza; su aguda nariz casi le tocaba á la barba, solo el pasado podía contar sus dientes, su largo pescuezo estaba envuelto por un corbatín blanco asemejándose á un pañuelo, y su erguido cuerpo se hallaba ocultado por un frac verde, diplomático,

cuyas faldas mostraban la importancia de su puesto.

De todo esto inferimos que era muy adicto á la Austria y que trataba de divertir á los austriacos con toda clase de festejos. Le invitamos á almorzar: durante el almuerzo nos contó que habia sido oficial en el ejército austriaco y que habia servido á las órdenes de Haynau y de Radetzky, mas tarde habia tomado parte en la guerra con Ibrahim Pachá; despues habia viajado hasta Nubia, y finalmente se habia venido como cónsul á Patras, adonde tenia ya diez y ocho años de residencia.

Miéntas estaba distraido en una conversacion animada se le podia haber tomado por un "Improvisatore" italiano. Recientemente habia tenido oportunidad de exhibir su talento diplomático. Varios desterrados italianos y húngaros se habian reunido en Patras; al principio le trataron con algun desprecio; pero despues le asaltaron con solicitudes para su gobierno, con el fin de que les dejasen regresar á sus lares. Dos de nuestra comitiva le acompañaron despues del almuerzo á su lancha. Como envidiamos á los que tan pronto iban á pisar la afamada tierra, miéntas que nosotros en este dia encantador, teniamos que esperararnos hasta la tarde!

Los señores prometieron volver por nosotros muy pronto, como igualmente traernos algunas de las deliciosas uvas é higos madurados bajo la influencia del sol de Grecia. El profesor G. empleó el tiempo dibujando desde la popa del buque una vista del panorama del Golfo. Como todo lo que dibujaba le salió muy bien. Los demas hablaron de los futuros viajes, que ibamos á emprender, contemplaban con admiracion el espectáculo de la naturaleza que constantemente variaban, observa las lanchas que iban y venian, y escribiamos en nuestros diarios.

Una pequeña embarcacion rondaba en rededor nuestro, y llevaba músicos que entonaban armoniosas canciones.

Mas no obstante todo esto, el tiempo se nos habia muy largo antes de que hubiesemos apercibido el bote del consul. Echamos de ver por el semblante alegre y las animadas descripciones de nuestros amigos, cuan satisfechos estaban de su expedicion. Desgraciadamente nos detuvimos mas á bordo á consecuencia de un contratista que el cónsul habia traído consigo y con quien firmamos un contrato tocante á nuestro viaje por tierra á Corinto y á Nauplia.

Al fin á la una y media ya estábamos á flote, y todos aquellos que tenian piés y manos salta

ron al bote del «Vulcano.» Alegrementé dirigimos nuestro curso á tierra por entre pintorescos buques mercantes. Un encanto exquisito se apoderó de mí al poner el pié por vez primera en suelo griego. No hacia más de una semana desde que me habia despedido de mis antiguos amigos en Stephensturm, con risas y regocijo, y ahora he-me aquí gracias á ese admirable poder mecánico, el vapor, triunfo de las edades modernas, traslado á esa tierra, que sobre todas, pertenece al pasado.

La velocidad del pasaje fué como cosa de magia. Nos encontrabamos en las abiertas llanuras de Patras rodeados de objetos que solo puedo describir con débiles sombras. A la entrada de un café, estaba sentado un grupo de opulentos griegos, con deslumbrantes «fustanes» y anchos calzones azul oscuros, y fumando sus pipas; otros estaban parados cerca y se divertian jugando con sus cadenas de cuentas, que parecen rosarios y que las incansables manos de los griegos jamas dejan.

Mas allá un hijo de las montañas, vestido con un «fez» blanco, arrea una manada de caballos y de burros, cuya única tarea es traer en canastos y sacos las dulces uvas de las elevadas colinas. Aquí un desordenado grupo de aldeanos en traje

de fiesta, exponen la fruta para la venta; por otro lado un grupo de bu lliciosas criaturas saltan en rededor de un sacerdote de cabeza blanca y oscilante barba. Mas allá una banda de alegres soldados atraviesan por entre la multitud, marchando con pasos mesurados.

Estos cuadros estaban realizados por los edificios más variados. Algunos de estos eran notables por su aspecto aseado y bonita pintura. Pertenecen á ricos comerciantes, quienes duermen la siesta tras de verdes «persianas.» Habia otros edificios de una apariencia más pobre, y estos eran de madera. Debajo de las casas habia portales, sostenidos por columnas de madera; dentro de estos habia unas barracas ricamente pintadas, adonde, segun la costumbre del país, se expendian artículos de todas clases; los más curiosos eran las armas antiguas, y las imágenes de santos de madera, de los que compré algunos.

Las calles en lo que cabe son anchas, pero de subidas y bajadas y los embanquetados de piedra ofrecen poca comodidad á los piés, sobre aquellos hay pequeñas corrientes de agua que forman cascaditas. Aquí y allí se encuentra uno en un lugar en medio del cual hay generalmente unos cuantos árboles con un pozo oriental. Al rededor de éste se agrupan las mujeres segun la usan-

za de aquellos de que hace mención el Antiguo Testamento, cargando sus anforas de barro. A dos de estos lugares se les llama: "La liga del Ray".

A instancias mías nos fuimos á un jardín en una altura. Anduvimos por unos senderos ásperos, pasamos por unas chozas en ruinas construidas de madera podrida unidas por las trabas del ramaje de la viña. Cuando llegamos al fin nos pasmamos con la sorprendente vista del golfo. A nuestros piés teníamos á la ciudad; los buques parecían como si estuvieran sobre un espejo, coronado por la cadena de la verdosa montaña del Parnáso.

Estábamos de pié en un terrado plano debajo del cual profundas cavernas escavadas en tiempos pasados en la montaña, servían como albergues á los coyotes. Un grupo de magníficas higueras crecía entre serpeantes calabazas; las uvas estaban tiradas por el suelo, y el sol las estaba secando, convirtiéndolos en esas dulces pasas de tan grande importancia al arte de cocinar en el Norte.

Así es como crece y se propaga, en varios países lo que agrada al paladar, pero cuando tomamos el dulce manjar, no pensamos en su origen, ni en su viaje á nuestros lejanos lares.

A las pasas aquí, no se les considera con tanta

importancia como en nuestras cocinas, las echan en canastos poco aseados, en monton, mezcladas con el polvo de la tierra; se cargan sobre numerosos burros que jimen bajo la pesada carga, las traen al camino real adonde á pisotones se les empaqueta en barriles, y las embarcan para el Poniente.

Este jardín encantador está cercado por una pared por cuyas puertas en forma de arcos, entramos, y nos encontramos en un perfecto palacio de viñas, que estaba atravesado por hermosas y sombrías calzadas. Unas columnas de piedra sostienen las serpeantes enredaderas. Unas varillas de palo forman el esqueleto de un espeso techo de viñas, por entre el cual solo aquí y allí asoma el azulado cielo. Miles de uvas cuelgan de los ligeros arcos, de unas dimensiones tal cual se leen en las fábulas.

Las pilastras de la cúpula formada de hojas descansaban sobre bajas paredes que de un lado terminaban en un pequeño cenador. El piso de la ancha y sombría calzada frente á este, estaba cubierto con grandes losas de mármol, y en una de las bancas de piedra que estaban al rededor descansaban dos jardineros acostados en pintorescas posturas, y sobre unas pieles muy suaves.

Para completar el bello idilio había en el

centro un pozo hondo cristalino, adonde se reflejaba lo verde del toldo de hojas, y el azul del cielo. En las orillas de este estaban dos palomas blancas bebiendo el agua. En el suelo había tirada una fruta azul, la que tomamos por ciruelas; pero era, sin embargo, la fruta que se había caído de los fabulosos y enormes racimos de las uvas, que habíamos probado con tanto placer.

Ahora nos paseamos por entre la parte más frondosa que se cruzaba por hermosas grutas de naranjos. Pero aquí la fruta con la que estos magníficos árboles estaba sobrecargada, no estaba aun madura. Las plantas que entre nosotros las encontramos en los invernáculos de cristales, crecían aquí con variedad pintoresca; también el modo como están plantados, en varias de una manera agradable. Se imagina uno que está vagando en el Paraíso. Vegetación igual á esta jamás la había visto, frutas como estas jamás las había probado.

El encanto de estos divinos jardines se hallaba aumentado más por la vista del mar. El cónsul se mostró en alto grado satisfecho con nuestra admiración y simpatizó con ella. Rara vez en el curso de diez y ocho años había enseñado los prodigios de este vecindario á viajeros que los apreciaran como nosotros. En esa ocasión de

nuevo se hallaba entre sus iguales — en medio de hombres civilizados.

Al fin regresamos por calles habitadas, y le hicimos una visita á la esposa del cónsul, en el consulado de Austria. Es una señora de Venecia, muy política, elegante y de media edad, y habla el francés bien. Nos trajeron á su sala bastante desahogada por cierto, algunos cojines bordados de oro y plata, adonde llevan las gentes sus armas, pues deseaban comprarme una.

Después de que nos hubo invitado la señora para esa noche, nos llevamos al consul á comer á bordo de nuestro buque en un bote perteneciente al "Vulcano." Estábamos tan oprimidos como camarones en nuestro gran camarote de popa, que el calor hacía aun más desagradable.

Después de la comida el buen anciano nos llevó á un concierto que debía ser dirigido por un batallón irregular de infantería griega, frente de los mencionados jardines y en donde la gente del lugar debía reunirse con sus ricos trajes.

Ya distinguíamos bien desde el buque el "fustán" blanco y oímos los sonidos que alegremente nos llamaban allí. La siesta había pasado, mujeres hermosas con ricas y largas cabelleras y preciosos trajes se dejaban ver en los balcones al tiempo que pasábamos.

También por las calles encontramos á las señoras las mas encantadoras de Patras, descansando en el brazo de hombres de hermoso aspecto é importancia, pero que desgraciadamente ya iban de vuelta á su casa. Adelantamos el paso y encontramos un círculo de gente bastante grande acumulado al rededor de la banda de música, la que en esos momentos no estaba tocando y presentaba un aspecto bastante pobre. El golpe de vista de esta gente, entre la cual no se encuentra division de clases, era interesante. Todos son hermanos de un mismo tronco, que habiendo antiguamente desfallecido bajo el mismo yugo, ahora le han hecho á un lado. La simpatía en la felicidad y en la desgracia, es la causa de su semejanza.

En todas partes, cuando una nacion está subyugada por otra, esta semejanza entre los oprimidos se encuentra, al ménos en la unanimidad de sus sentimientos tocante al opresor. Todos luchan con el mismo objeto, es decir, la libertad, y en medio de la lucha se olvidan de su individualidad. Solo aquellas familias cuyos padres han combatido con peculiar distincion en la guerra de independencia, tienen un rango más alto.

Después de nuestra llegada, la banda tocó otra pieza, y después todo el mundo se dispersó. El

sol habia desaparecido tras la más alta cumbre de Rumelia. El crepúsculo apenas duró un cuarto de hora, por consiguiente nos fuimos en derecha á la casa del cónsul—antes de que empzase la oscuridad. Su esposa nos recibió rodeada de sus hijos. Nos entretuvimos lo mejor que pudimos, y un poco más tarde llegó el maestro de música de la casa, vestido con el traje nacional, acompañado de su jóven y encantadora esposa.

La señora del cónsul probablemente la invitó para enseñarnos una de los mejores modelos de las hermosas hijas de la Grecia.

Esta criatura hermosa que estaba sentada á mi lado, hablaba poco, y solo en su idioma. Su esposo tocó algunas de nuestras más antiguas melodías con bastante ejecucion. Mas después, la niña de once años de la casa, tocó a toda prisa una piécisita demasiado estudiada. Siempre he tenido horror á las producciones de criaturas precoces, especialmente cuando están sus madres presentes, pues tiene uno que poner una cara risueña.

Poco á poco se fué llenando el cuarto con todas las personas de rango que habia en la ciudad, y entre ellas el cónsul francés, quien por su apariencia, podíasele haber tomado por un portero. Tomamos el te ese lazo de union en toda soci e

dad del siglo XIX, y además una bebida nacional atroz, compuesta de calabazas machacadas fué ofrecida en derredor. Nuestro huésped ofreció á los señores unas pipas largas que una vez fumadas, le inducimos después de varias importunidades á que condujese á las señoras y niños á un baile nacional, que nos pareció muy triste y uniforme. Dimos las gracias sinceramente á nuestro huésped, y regresamos al "Vulcano" con la espléndida luz de las estrellas.

CAPITULO III.

UN VIAJE POR

TIBRA EN GRECIA.

El contrato con la persona que debía dirigir nuestro viaje por Grecia estaba concluido. Nuestro buque debía volver á reunirse con nosotros en Nauplia, y comenzamos nuestra marcha por tierra en una mañana de las más espléndidas. ®

Dejamos á bordo á toda nuestra servidumbre con excepción de un hombre. Igualmente redujimos nuestro equipaje á las cosas más necesari-

dad del siglo XIX, y además una bebida nacional atroz, compuesta de calabazas machacadas fué ofrecida en derredor. Nuestro huésped ofreció á los señores unas pipas largas que una vez fumadas, le inducimos después de varias importunidades á que condujese á las señoras y niños á un baile nacional, que nos pareció muy triste y uniforme. Dimos las gracias sinceramente á nuestro huésped, y regresamos al "Vulcano" con la espléndida luz de las estrellas.

CAPITULO III.

UN VIAJE POR

TIBRA EN GRECIA.

El contrato con la persona que debía dirigir nuestro viaje por Grecia estaba concluido. Nuestro buque debía volver á reunirse con nosotros en Nauplia, y comenzamos nuestra marcha por tierra en una mañana de las más espléndidas. ®

Dejamos á bordo á toda nuestra servidumbre con excepción de un hombre. Igualmente redujimos nuestro equipaje á las cosas más necesari-

rias. A causa de las fatigas del camino, nos habíamos vestido con los trajes más singulares, y cuando nos reunimos para entrar al bote, el espectador bien podía haberse figurado que éramos una comarsa de cómicos de la legua, á punto de partir á sus viajes. Algunos tenían bota fuerte, otros se habían ligado sus blusas con cinturones, y estaban armados con mazas, dagas y armas de fuego para los ladrones, y paraguas para el sol.

El autor de este diario sacó un paraguas chino hecho de un material sumamente ligero y que no obstante la burla de sus compañeros le sirvió de buena ayuda. Para el caso de mal tiempo, habíamos ya conseguido en Trieste unos capotes marinos de "Istrian" de un cuero color de chocolate y provistos de capuchas. Los caballos nos aguardaban frente á la casa del cónsul, el cual nos recibió en los escalones de enfrente, en *uégli-gé* de mañana. Solo unas cuantas de las bestias y sus arneses podían sufrir inspeccion. Los pobres caballitos estaban en un estado de flacura espantoso, y los arneses eran una aglomeracion de cadenas, cuerdas y pedazos de cuero.

El contratista, á quien llamaremos Demetry, estaba sumamente ocupado en repartir las bestias entre los ecuestres, y al mismo tiempo ala-

baba de las cualidades de estos con exajeracion, en lo que el cónsul cuyos conocimientos ecuestres me parecían pobres le sostenía con ardor; las bestias de carga estaban de tal manera cargadas de provisiones de todas clases que casi desaparecían ante nuestra vista.

A las siete menos cuarto se puso en marcha la procesion escoltada para mayor seguridad por los gendarmes de la ciudad de Patras. Al principio pasamos por entre los fructíferos cerros cubiertos de viñas que se desprendían tras de la ciudad, y por ligeras pendientes; por todas partes se veía á la gente ocupada en las cosechas de uva. A lo largo del camino estaban fabricadas unas chozas de palma con el objeto de cubrir la fruta. Me sorprendí de encontrar en las alturas, entre las uvas, naranjas, manzanas, grupos de cañas de una altura poco comun.

La prespectiva del azulado golfo y de las montañas de Rumelia, era encantadora; una tranquilidad mágica descansaba sobre el paisaje, y todo brillaba con el ambiente fresco de la mañana. El pedregoso camino que estaba interceptado por pequeños arroyos y malezas, más abajo descendía y conducía por en medio del banco seco de un caudaloso rio, en el cual á

gran sorpresa nuestra, la vegetacion era mucho más hermosa.

Las adelfas crecian en grandes y oscuros trozos de entre los cuales resaltaban las hermosas flores color de rosa; y el modesto mirto, con su pardo-oscuro follaje formaba malezas de tal tamaño y frondosidad en este terreno arenoso, que aquellos que solo le han visto en las macetas apenas le hubieran conocido. Nuestra senda iba paralela con la orilla del mar, y por última vez se dejaron ver los suburbios de Patras con la luz de la aurora.

En el golfo de Lepanto—afamado por su combate naval—vimos la ciudad del mismo nombre. Está situada entre altas montañas y el mar. La fortaleza de Rioso queda frente á este, colocada en un pequeño promontorio, y del costado más cerca á nosotros se desprendia en medio del mar la fortaleza de Antrion. Estas fortificaciones tienen igualmente guarniciones griegas. La importancia de la victoria de D. Juan en este lugar se deja ver por percepcion inmediata. Podiamos comprender la imposibilidad de que encontrase salida la flota turca una vez que habia cruzado este estrecho límite de mar. Una vez más hizo un papel importante Lepadon

to en la lucha por la libertad. Ahora apenas tiene importancia.

Espectáculo tras espectáculo, á cual más hermoso se presentaba a nuestra vista, pues las espumosas olas del mar bañando la vegetacion abundante ofrece al viajero algo de nuevo, y nunca faltan nuevos encantos; miétras más nos acercábamos al mar más aumentaban estos.

Despues de ir subiendo tres horas, no obstante nuestro entusiasmo y buen humor, nos sentimos cansados, los estomagos vacios, y nuestras fuerzas intelectuales debilitadas. Nos causó mucho gusto cuando Demetry nos mostró un lugar ameno á orillas de una pequeña ensenada como el "Khan" adonde debiamos tomar nuestra merienda.

Cuando habiamos llegado frente a la choza, consignamos nuestros caballos á los criados y acampamos bajo la sombra del edificio. Los capotes marinos se convirtieron en cojines, y se tendió un mantel en la yerba. Se sacaron los frascos y los platos de los sacos, y acorde con nuestra antigua costumbre comimos magníficamente acostados, descansando una hora en la fresca playa. Algunos de los señores durmieron siesta, Mi hermano el Dr. F. y yo nos resolvimos á dar un paseo.

Cerca de las cascas, el reino vegetal se hallaba bañado por arroyos especies de pozos, y cerca del mar crecían malezas impenetrables. Adonde el camino no estaba bloqueado por el espeso follaje y ramaje, el paso se dificultaba por enredaderas de las más hermosas, y cuyas pulidas cadenas rompimos con mucho trabajo.

Nuestra esperanza era cojer algunas tortugas de las que habíamos alzado algunas en nuestro camino, pero no nos tocó esa buena suerte. Observamos un árbol de platanos secos en el cual en vez de haber hojas había un bosque de uvas silvestres, los elegantes zarcillos caían sobre nosotros como una cascada verde—el mas esperto jardinero no podía haber arreglado guirnaldas tan hermosas. De buena gana hubiera bosquejado toda esta vegetacion que rodeaba ese ramaje seco, pero no tenía tiempo. Probamos la fruta de esa viña salvaje, y encontramos que no le pedía favor en dulzura á nuestras uvas de jardín. Cuando regresamos á la playa, el profesor G. se ocupó con su acostumbrado talento en dibujar la bahía, y sus alrededores. El cronista K; se sentó á la sombra de un olivo, y escribió un poema. Los demas pasaron este tiempo agradable durmiendo—sin embargo unos cuantos se habían sentado en la playa.

Les fuimos hacer compañía; las profundidades del Oceano siempre ejercen en mí un encanto misterioso. Poderosa é irresistiblemente el insondable mar me atrae, y me regocijó con todo lo que le pertenece. Aun las pequeñas almejas que se volteaban en la arena podía uno suponerse que eran moneditas de oro, con tal empeño las alzaba yo. Más sin embargo, pronto la señal de partida fué dada, y acorde con la corpulencia de cada uno, saltamos ó montamos á caballo.

Objetos nuevos continuaban á aparecer ó desaparecer; una bahía se seguía á otra bahía, primero pasábamos por las finas arenas del mar, despues por breñales y pintorescas cañadas, ó suaves colinas.

Al país, puede llamársele salvaje y sin cultivo, pero hay un encanto grande en la lozanía de la naturaleza. Adonde existen grandes lotes de tierra amarilla, hay tambien pinos con sus puntiagudas coronas, más verdes aun que las más frescas hojas, altos platanos con su ancho follaje, las enredaderas y las parras abrazando sus troncos, y el hermoso mirto entrelazado con el poético laurel. Estos verdosos lugares en los que descansa la vista, son cien veces más hermosos que si la helada mano del la-

brador hubiera arado por medio de un paisaje en que tan profunda paz reina, y que la labor no ha podido trastocar: ningun buque perturbaba la tranquilidad del espejo del azulado mar: ninguna torre de iglesia, ningunas ruinas distraian la vista de las resplandecientes montañas.

Aquel que se queja de la monotonía de estos paisés no ha experimentado sus encantos: yo por mi parte solo puedo tener lastima al hombre cuya alma no se esplaya y llena de goce cuando aspira el aire de la antigua Grecia.

El sol de Grecia habia ya recorrido su camino y despues de una segunda jornada, de tres horas ansiabamos por algun refresco. Otra vez nos acercamos á un "Khan" el que estaba cercado con grandes olivos. Se veían por allí algunas viñas é indicamos á los guías el deseo que teniamos de separarnos con las uvas griegas. Pronto nos hicimos de alguna cantidad, lo mismo que de un espléndido melon.

En el camino habiamos ya encontrado grupos de dos y tres personas montados en burro, que llevaban uvas secas en sacos de cuero á las plazas de las ciudades más grandes. Estos ecuestres presentan un aspecto en alto grado pintoresco; la manera como están vestidos, su modo peculiar de sentarse sobre el animal, y su noble

porte, nos dió una idea elevada de la hermosura de los griegos. Nos encontramos con varios de estos hombres en el "Khan; en su mayor parte iban bien armados, lo que aumentaba su dignidad natural.

Cuando vieron al Dr. F. que estaba tomando un polvo, le suplicaron les convidase, dándole en seguida las más expresivas gracias. Dejaron que les examinásemos sus trajes sin embarazo, conservando su parte orgulloso y confanzudo.

En el interior del "Khan" habia un cuarto como de barraca en el que se expendian artículos indispensables al país. Cristal, tiestos y tazas; entre los cuales habia licores que tenían un aroma que no convidaba, de suerte que pasamos lo que nos quedaba para descansar al aire libre. Conforme caminábamos, parecia como si mi caballo tuviese un regular andar, lo que no era el caso con los demás. El Cronista K, aseguró que el suyo era mañoso y que pateaba. Este pobre señor jamas habia montado y ahora por primera vez se veia obligado á hacer su primer ensaye por doce horas y en una mala silla!

Dos gendarmes conducian á nuestra graciosa procesion; tenían estos una] mistura de Bávaros y griegos—sus] cabezas pertenecian á su país natal, y su traje ó uniforme, era griego. Tras

ellos iba el conde C. con una calma imperturbable, fumando y recibiendo las nuevas impresiones sin chistar. Despues seguian el Príncipe S. y el baron K; el primero en vano ansiaba por las quintas de campo que presentaban un aspecto confortable, con sus hermosos habitantes y que veiamos al pasar; el último de estos domó el caballo del pobre Demetry, como un maestro de equitacion lo podia haber hecho.

El Dr. F. seguia su camino tranquilamente y nos divirtió contándonos anécdotas interesantes, las que sabia relatar muy bien. De vez en cuando se regalaba con un polvo. Mi hermano generalmente montaba á su lado, y se cubria de las influencias calóricas del sol mediante un enorme paraguas. Despues iba G., montado entre los baluartes de su silla turca. En los ascensos y en los descensos las almas compasivas le prestaban ayuda, pues él tampoco estaba acostumbrado á montar, aunque no se sentaba mal para ser novicio.

Galopaba de un lado á otro del camino en mi brioso, pequeño y tordillo corcel; mi paraguas chino, cual estandarte de victoria, lo llevaba en la mano, y me divertia con las animadas bromas del cortejo. Al pasar de nuevo á orillas del mar y repentinamente nos alcanzó un caubazo que

pasaba, y nos vimos obligados á tomar abrigo en la miserable choza de un pastor. La lluvia refrescó y purificó la atmósfera, y la tarde en la playa estaba más agradable aun, mientras que en Rumelia unas nubes negras se desprendian sobre el Parnáso.

Al acercarnos á un pueblito donde debiamos pasar la noche encontrábamos que el campo de los alrededores estaba muy mojado; teniamos que vadear varios arroyos, en medio de los cuales florecian las adélfas. Uno de los caballos de los gendarmes que iban por delante comenzó á cabriolar por unos de estos espesos arbustos de adélfas. El caballo del Príncipe tras de quien iba yo, se espantó igualmente; pero por fin pasamos en salvo. Sin embargo, el Príncipe me suplicó que estuviera pendiente para ver como les iba á los demas al cruzar por este espanto, de suerte que al mirar en deredor contemplé á nuestro pobre cronista que iba ya en el pescuezo de su caballo bayo, que corcobeó dazando, finalizando por echarlo al suelo, sin poderlo remediar.

Resultó que el motivo de esta alarma habia sido un asno cargado de cañas, y los caballos todos se habian espantado con esa masa movible. Corrí en ayuda de mi querido cronista el que fe-

lizmente no se habia lastimado, y pronto estaba otra vez á caballo, riéndose de su desastre.

Poco ántes de ponerse el sol nos enseñaron nuestro alojamiento de esa noche, viz: la pequeña ciudad de Vostizza. Las playas de este golfo son especialmente hermosas, á causa de las alturas que nacen del mar, ocultando la bahía pasada y la venidera. Vostizza está en un ascenso tan bonito. Mi hermano y yo nos dirigimos con el Príncipe J. en derechura al lugar. Teníamos que pasar por la cama de un ancho rio, despues por una cuesta muy empinada formada por las lluvias como banco de arena.

El mar aparece haber subido antiguamente casi treinta brazas mas de lo que ahora sube. Entre este banco y el mar se ensancha un prado ameno y verde cubierto de viñas; algunas casas van á dar hasta el mar,—en el centro se eleva un platano, que se dice, fecha desde la época de Pitágoras.

Entramos por la parte alta de la ciudad. El cocinero Demerty, que se habia adelantado mas ántes, nos condujo á la casa donde debíamos pasar la noche. Esta presentaba el aspecto de un albergue. En el primer piso habia un enorme salon que en vez de ventana, tenia una gran abertura que daba á las calles, y que servia de

cocina, bodega, despensa y almacen. Nuestra comida estaba ya preparada, pero cubierta por miles y miles de moscas, lo que no jera agradable. Además de las moscas varios curiosos de los aldeanos se habian amontonado, y su charla unida al zumbido de los insectos formaba un concierto de lo mas confuso.

Subimos al piso alto mediante una escalera de madera que se estaba cayendo, allí estaban los dos llamados cuartos, en los que no nos podíamos quejar de la nueva moda de los muebles. Cuatro paredes desnudas á las que no se les podían llamar blancas tan cubiertas estaban de suciedad; nuestros olfatos podían muy bien haberse escusado de la atmósfera griega que habia en la pieza.

No era esta una perspectiva consoladora, mas despues de una caminata á caballo por doce horas, pensé que nos podríamos hacer un tanto cuanto, comfortable con un poco de paja y nuestros capotes marinos.

El Príncipe, sin embargo, sostavo que esta posada no estaba conforme con el contrato que habíamos hecho con Demerty, y que era indigno de nuestro rango el dormir en semejantes lugares. Yo hice presente que el plan mas sencillo era acampar al aire libre; pero el Príncipe continuaba

insistiendo en hablar con Demetry, y entretanto me senté á descansar en el umbral de la abertura del cuarte bajo, y observaba los movimientos de los griegos. Varias manadas de burros cargados, caballos y mulas pasaban con paso lento, y como que en Grecia hay pocos coches exceptuando en Atenas, estos trenes se echan de ver en todas las calles.

Nuestra apariencia, pronto atrajo á varias de las personas respetables del lugar. Desde el bloqueo de los ingleses, los extranjeros son espectáculo extraño á la vida de los griegos. Sin embargo debo confesar que los habitantes son mas políticos que en nuestras tierras mas civilizadas. Si se les saluda con amabilidad, en el momento dan las gracias con el saludo al estilo del país, poniéndose la mano en el corazon, y en la frente.

Despues de algun tiempo Demetry y aquellos que se habian quedado atrás llegaron, este se vió asaltado por todo el mundo solicitando mejor alojamiento para pasar la noche; en vez de dar excusas, habló con varios ciudadanos bien vestidos que estaban allí, y nos suplicó que le siguiésemos. Nos condujo por la parte mas alta de la ciudad, y nos introdujo con gran astucia en la hermosa casa de un oficial del servicio real, el

Real que se ha de haber encontrado no poco sorprendido, al verse repentinamente invadido por una comitiva tan grande. Sin embargo, nos ofreció una hospitalidad oriental con la mayor abundancia. Pronto nos instalamos en los aposentos en parte amueblados y que se nos asearon; uno de estos estaba en el segundo piso. El dueño de la casa se hallaba presente con el fin de proveér á nuestras necesidades con la mayor brevedad posible, y se expresaba en un mal francés con nosotros de la manera mas cordial.

Del mas grande de los dos cuartos se desprendia un balcon frágil y casi peligroso, y desde allí habia una visla de la mas magnífica de la bahía opuesta. Era una noche del Sur en su mayor esplendor — las estrellas brillaban como diamantes y la luna como un buque navegaba tranquila en el azulado éter. La ciudad con sus hermosos jardines yacia tranquilan en natural silencio el mar brillaba con los reflejos de la luna; en estos momentos solemnes, la naturaleza descansaba de su tarea.

Un descanso interior se apoderó de mí despues del excesivo calor del dia, y una briza refrescante soplabá del mar sobre el paisaje adormecido; entretanto se ponía la comida y la cena en una, y

le hicimos los honores de buena gana, no obstante las nubes de mosquitos que había.

El amo de la casa nos trajo el mejor vino que poseía en sus bodegas, y nos miraba con ahinco al llevarnos la copa á los labios con el fin de probar el licor. La presencia de nuestro amable huésped, fué lo único que nos impidió el arrojar las copas. Era una bebida dulce-agria que á causa de la bota de cuero de cabra en la que se le había tenido, se había puesto verdaderamente atroz. Entusiasmado como siempre me mostraba por la Grecia, jamás me pude reconciliar con su vino.

Una conversacion animada alegró nuestra cena; pero al fin el cuerpo reclamaba sus derechos, y nos retiramos á descansar. Nos encontramos solo con una cama y dos divanes que estaban preparados para nosotros, de suerte que parte de la comitiva se acomodó en el suelo. Cosa de las cinco despertamos con el ruido del "réveillé" apresuradamente tomamos nuestro "desayuno" y despues nos llevaron á una bodega adonde había tiradas dos hermosísimas estátuas antiguas.

Las artes en Vostizza no parecían estar muy adelantadas, puesto que habían dejado estas rarísimas estátuas de mármol tiradas entre basura en la mayor oscuridad. Una de ellas era una figura de mujer, probablemente una Ceres, con un ropa

je excelente, pero desgraciadamente faltaba la cabeza; la otra era una estátua de un joven delgado, cuyos miembros mostraban una perfecta simetría. Tirada, cerca de estas dos y estaba la cabeza de un hombre de facciones nobles. El mármol era transparente tal como aquel que se nos dice, se usaba en el Pentelicón.

Este descuido de obras de arte tan hermosas, prueba que si los griegos modernos han heredado el valor, el ingenio, y la astucia de sus antepasados, el genio creador de los antiguos no existe mas. La flor de ese arte ha muerto, y apenas encontramos huellas de sus raíces, de suerte que no debemos esperar su renacimiento. Cuando regresamos á nuestros alojamientos encontramos á nuestros caballos ya listos frente á éstos. Dimos las gracias á nuestro amigoso huésped y continuamos nuestro viaje.

Pasamos por varias calles que, como las de Patras, estaban en pintoresca confusion. A las seis y media ya estábamos fuera de la ciudad. El sol se había elevado magníficamente sobre las montañas de Corinto, anunciándonos un día más caluroso. A la extremidad de la llanura vimos la primera palma desprendiéndose magestuosamente á treinta piés de altura de un panteon desierto. El emblema de paz había nacido de entre los cuer-

pos, y apuntaba con sus sutiles flechas al cielo para dirigir á los vivientes á su porvenir. La parte más baja de las antiguas hojas formaba la escamcea de la corteza del tronco, la que cada año se pone una corona nueva, consistiendo en una canasta verde, especie de ramo que crece en la parte más alta del árbol.

De la ciudad, el camino conduce con un ligero declive á un llano ancho y cubierto de viñas, que se estiende absta las montañas. Está cruzado por varios cauces secos de un río llenos de ricos arbustos de adéfes las que errantes daban hasta el mar. Las viñas estaban frondosas, y encontramos varios trenes de ricos y pobres con los mas variados trajes, montados en mulas ó burros. Iban ó se retiraban de las amenas chozas, que contennian la cosecha sagrada de la uva.

Las chozas de los cultivadores de la uva, ofrecian un cuadro oriental. Varias mujeres de cabello negro y suelto cocinaban dentro el frugal alimento, y por fuera estaba parado el amo con toda su hermosura varonil, su artístico traje y sus ricas armas. Los pequeñuelos se arrastraban por entre los grandes montones de melones. Esta fruta crece entre las uvas, se madura perfectamente, y es muy dulce, aquí fué adonde vine á conocer lo excelente que es. Cerca se encontraban grupos de

béstias de carga, con unas botas de cuero de cabra y unas canastas para llevar las pasas de Corinto y las uvas maduras. Las viñas no son como entre nosotros, enredadas en varillas. O forman techos que dan sombra y que están sostenidos por morillos, ó extienden sus verdes cadenas de árbol en árbol; tambien crecen por el suelo, y tejen una red verde y fresca por el llano.

Esta llanura verde es solo tan larga como lo está la ciudad. Tan pronto como termina ésta, las montañas se acercan otra vez á la playa, de suerte que el camino á veces serpentea por rocas que causan vértigos. Nos sorprendimos de ver cuan diestro eran los caballos para trepar como gatos por los ascensos los mas escarpados. Frecuentemente la vía estaba muy peligrosa, cerca de la orilla de la roca, cuya base estaba bañada por azaladas olas, y cuyos despeñaderos resbalosos nos cubrian de una manera alarmante. De vez en cuando en lugar de rocas, veíamos médanos de arena, los que han sido bañados por la corriente fuerte del agua, tomando las mas originales formas.

Me divertía en observar los movimientos juquetones de las olas al subir por las alturas, ya de una manera halagadora, ya estrepitosa, declarando una guerra perpetua contra la playa. Las

pedras parecian frecuentemente rayadas por el agua. El camino llegó á ser tan empinado que nos vimos obligados á desmontar y llevar á nuestros caballos de la brida. Sin embargo, esta necesidad no duró mucho, y la atmósfera ardiente se refrescó con la lluvia.

En las altas rocas crecian pinos, laureles y el siempre verde encino. Estos encinos solo eran del tamaño de arbores y estaban cubiertos de espinosas hojas, pero la fruta sobrepasaba grandemente á la de nuestros encinos. No se ha introducido aun en los jardines de Viena este árbol, pero tube el gusto de ver brotar en casa algunos piés que me llevé. Las ramas doblándose graciosamente sobre el camino estaban cubiertas de enredaderas de las que recogí todas las semillas que pude y las guardé en mi saco de viaje con el fin de plantarlas si fuera posible en mi jardín.

Despues de haber pasado una ó dos bahías las rocas se alejaban mas, y más del mar, y nos encontramos entre dos ensenadas sobre un llanito cubierto de viñas y de olivos. Igualmente pasamos junto al higuero más hermoso que hasta entonces habia visto. Se hallaba en medio de una viña, las ramas estaban cargadas de canastas rellenas con la más hermosa fruta. Nuestros guías se echaron sobre el árbol y cogieron los mejores

higos, que eran un positivo refresco para nosotros los infelices, fatigados y asoleados viajeros, solo que la cantidad era mayor de la que podiamos cargar. No hay nada en el mundo más dulce ó más delicioso que la fruta de Grecia y especialmente el higo que parece de miel. La monotaña terminó repentinamente en un rio algo peligroso para el jinete. Habia un puente viejo al que le faltaba un arco, por consiguiente nos vimos obligados á pasar por el agua. Corria esta por un hermoso valle por alguna distancia. Una nube de insectos nos acompañó todo el paso; el ruido llegó á ser tan fuerte y agudo que le tomamos por un pájaro, y buscamos para ver si era alguna especie de codorniz. Cuando hubimos sin embargo, descubierto que el sonido provenia de un olivo y no podiamos ver pájaro alguno, quedamos seguros que el ruido era de algun grillo. Habiamos apagado nuestra sed devoradora con los higos y las uvas, pero como que tambien teniamos hambre, nos alegramos cuando oimos decir á Demetry que habia una casita en la playa de la bahía que estaba frente á nosotros y adonde podiamos tomar nuestro almuerzo. Estaba erigida en la arena movediza á unos cuantos pasos del mar cuyas refrescantes brisas nos hacian mucho provecho, pues el calor habia llegado á ser extraor-

dinario. El techado del "Khan" estaba acribillado, como la choza de un pordiosero; el resto del edificio era exactamente lo mismo que las ruinas que hemos descrito ya. En la fachada ruin del piso alto habia un balcon en el cual tomamos nuestro alimento compuesto de huevos, bizcochos y carnes frias; lo que faltaba en la comida se suplía con el buen humor, no obstante que algunas voces se alzaron por aquellos que habian esperado mayores comodidades en el viaje. El Dr. F. como legítimo y buen vividor de Viena se quejaba de la comida y de la bebida. El profesor G., y yo le combatiamos con tezon como sinceros, entusiastas viajeros, y admiradores de la Grecia.

Entretanto nuestros gías se peleaban y gritaban lo que nos ofreció la oportunidad de conocer el sonido del idioma natal y tanto me inspiró que me colgué del balcon que amenazaba ruina, y con voz de trueno le grité á nuestro acompañamiento; en un idioma que se parece á la lengua griega, lo que aumentó nuestra alegría e inmediatamente llamó la atencion de los griegos. El idioma griego moderno suena muy distinto cuando lo habla la gente del pueblo, de lo que suena en boca de personas superiores, entónces se asemeja mas al antiguo griego y siempre hacen por anteponer palabras calcias á esclusión del elemento eslabónico.

Despues de un corto descanso nos pusimos en marcha otra vez. El profesor y yo guiamos la caravana; y pasamos una tarde agradable en conversacion amena y que daba en que pensar. Hablamos principalmente sobre los efectos mágicos del colorido en este país; se espezó como un legítimo artista, y yo gozé con sus apreciaciones sólidas y reflexivas. Durante esta conversacion continuamos viajando por las finas arenas de la pleya, lo que aumentaba el encanto de un paisaje. El azul oscuro y el verde claro de la superficie de las ondulantes aguas nos cautivaba de una manera irresistible é ilustraba lo que me decia. Nos metimos á caballo llenos de gozo por entre las agitadas olas, y estamos poseidos del encanto que pertenece á la contemplacion de esas aguas movedisas y su existencia íntima. Las olas mas fuertes suprimian y rodaban sobre las mas débiles y sus fuerzas y poder magestuoso al fin se disolvía suave y hermosamente sobre la brillante y tersa arena, convirtiéndose en una espuma blanca ligera y precipitada.

Más despues, y repentinamente, el insondable mar se dilata, y solo las olitas más aventajadas y atrevidas se cuejan por la arena. Apénas cree uno estar en tierra seca, cuando una ola aun más potente sube con ímpetu, y como un tropel de ca-

allos sin rienda, corre más léjos aun que la anterior hasta la playa, bajando tan solo la espuma como una almá inquieta — como la angustia de una mente atrevida y descontenta, que se desvanece como una ola en las arenas.

Habia un placer estravagante en conducir á nuestros caballos espantados dentro de ese elemento agitado, dejando que rompiesen las olas contra sus pezuñas. Con frecuencia se veian los animales rechazados por su potencia, pero nuestras amenazas les hacian volver de nuevo y nosotros juntos con los demás gozamos con esta broma en las aguas.

Por un momento el camino serpeaba hácia arriba, y nuevos cuadros se presentaron ante nosotros; estos se multiplicaban adonde las alturas desiguales quebrantaban la uniformidad de la playa. Las figuras de nuestros compañeros de viaje vistas primero por estos pedazos de arena y piedras amarillosas, y despues trépándose con lentitud por las alturas, como (silhuettes) en el azulado éter, y más adelante desapareciéndose repentinamente tras una roca, contribuia al interes, — las figuras fantásticas formando contraste con la magestad solemne de la naturaleza.

En uno de los cerros nos encontramos con las ruinas de una fortaleza que habia sido destruida

por el furor de los turcos. Se encuentran con frecuencia en la desgraciada Grecia, huellas de la manera terrible que la mano del Musulman ha sido impresa sobre la tierra de los cristianos y de lo tremenda que ha sido su venganz contra los combatientes. Las heridas de la patria tienen que desangrarse por algun tiempo más, y se necesitará de una mano firme para ponerla en tal estado, que le permita hacer uso de la victoria, tan difficilmente ganada.

De estas rocas descendimos por entre esa vegetacion comun, á la playa la que no abandonamos hasta que á las cinco llegamos al pequeño lugar llamado "Sakely" destinado á ser nuestra posada para la noche. Tambien está erigido en las arenas y tiene mas bien un aspecto turco que griego. Las chimeneas brillaban como torres de mezquitas: quitando estos adornos todo es pobre en este pueblo, y todo está en el último grado de cultura.

Nos volvieron á enseñar un "Khan" adonde encontramos un cuarto pequeño con dos camas de madera. Mientras estaba la comida lista, nos fuimos á andar por la playa; el frio de la tarde formaba contraste con el calor del dia, y era tan grande que no nos atrevimos á quedarnos por mucho tiempo á gozar de ese fresco que iba en

aumento. La puesta del sol habia sido magnífica y con ese cambio de temperatura peligroso, aunque usual en Grecia, llegó la noche. Antes de la comida escribí mi diario. La mala cama, y los insectos nos privaron de dormirnos hasta muy tarde; estábamos empacados como arenques, lo que dió lugar á muchas pendencias, y á muchas ocurrencias célebres.

No habia dormido por muchas horas cuando me despertó el Cronista K, porque no se podía dormir, y por consiguiente inquieto. Naturalmente no dejamos descansar á los demás. Nos trajeron el desayuno, y un buen rato ántes del alba salimos de nuestro alojamiento. Me sentia tan indispuesto que solo por consideracion á los demás hice un esfuerzo para ir á caballo. Esperaba los calurosos rayos del sol con ardiente anhelo.

Las desnudas crestas de la montaña brillaban ya con el reflejo del sol. En direccion á Corinto la banda purpurina de la aurora se aclaró y se encendió más hasta que al fin, en el momento en que se apareció el sol, se trasformó en un mar de rayos dorados. El mar daba á la playa una franja de espuma de un tinte dorado, las montañas cubiertas de viñas brillaban con una vegetacion verdiosa, y los pinos se movian de acá para allá con el aire fresco. Mi malestar aumentaba y una

hora despues de la salida del sol me ví obligado á acostarme al aire libre. El querido doctor F. me cubrió con los capotes marinos, y esto me hizo tanto bien que despues de un rato, la caravana pudo proseguir otra vez.

Seguimos la orilla del golfo por algun tiempo, frecuentemente impedidas de avanzar por numerosos arbustos. Seguido pasábamos por unas chozas las que generalmente y en su mayor parte estaban desiertas. Habia muchos pozos como aquellos de que se hace mencion en las Escrituras á orillas del mar. Junto al "Khan" donde debiamos almorzar habia una recua de mulas cargada de uvas. Mis compañeros se echaron sobre estas al instante, pero yo estaba tan fatigado con la montada á caballo que me fuí á pié.

Cosa de mediodía llegamos á Sizia, pequeño lugar cerca de la playa, adonde Demetry nos habia conseguido una casa aseada, pintada, muy alegre, y bastante bien arreglada para ser de ese vecindario. Tonia un terrado con vista al mar. La pieza en que estábamos, presentaba una mistura del gusto oriental, y de la civilizacion europea. Contenia varios divanes, espejos con marcos dorados, jarrones Etruscos y relojes de mesa. Pero lo que tomamos por más encantador, fué á la hermosa y amable prima de nuestro huésped. Debía

haber tenido algunos indicios de nuestra llegada, pues llevaba la gorra puesta con tal coquetería sobre su acastafiada cabellera, y el material de su vestido guarnecido de pieles, era demasiado espléndido para el uso diario.

Parecía que estaba satisfecha cuando le admiramos su hermoso traje. Entramos á la sala y allí pudimos hacernos cargo de lo que era una casa griega bien ordenada. En Oriente se hace todo por ostentacion y magnificencia, de suerte que no dieron toallas bordadas de oro, pero siempre faltan en medio de este lujo excesivo, muchas de las comodidades mas esenciales de la vida. En casi todo cuarto en Grecia, se ven colga dos los retratos del Rey y de la Reina con sus marcos de madera sencillos, de los soldados-héroes de la libertad, y tambien escenas de la guerra contra los turcos. Estos cuadros, sin embargo, no eran dignos de los hombres, ni de sus hechos, y mostraban un talento artístico muy limitado.

Despues de un ligero descanso continuamos nuestro camino á Corinto por la costa, y hacia el anochecer el altivo Acro-Corinto, (1) se desprendió á nuestra vista por la parte mas lejana del golfo. Mientras mas se acerca el mar á la playa, mas

(1) El famoso Acrópolis de Corinto. N. D. T.

oscuro se pone su azul, y mas tranquila su superficie. El modo de fabricar las casas lo mismo que los modales y el aspecto de los hombres varia en esta ancha llanura. La tez y las facciones de estos toman un tinte de gitanos y su traje es ligero y desarreglado. Caminabamos á caballo por horas enteras sin parecer acercarnos á la ciudad.

Al ponerse el sol Acro-Corinto y algunas de las montañas más elevadas, brillaban con una hermesura indecible; otras de las montañas tenían un colorido como de naranja y violeta, y las más lejanas, revestidas de un azul oscuro místico que despierta en el corazon un vago anhelo. El mar tambien tenia un color más subido del que no habia visto ántes en otras partes. Caminábamos muy tranquilos admirando todo este magnífico colorido abajo del cual se asomaba en varios lugares de tierra amarilla.

Abajo de Corinto las ramas mas altas de los olivos lucieron por última vez en esa sonrosada brillantez; el sol se hundió detrás de las montañas de Patras, y esa atmósfera suave del crepúsculo se tendió por el paisaje vecino. Mientras que continuamente nos creiamos cerca a Corinto, se alejaba de nosotros, como un espejo engañadizo; caminabamos, y caminabamos y no podia-

mos llegar. El aire después de la puesta del sol en el llano estaba molesto é hizo que nos sintiésemos realmente disgustados. Sin embargo, al darnos la noche alcanzada, llegamos á nuestro término. Terribles, — sí, horribles, — aparecian las ruinas y las bóvedas subterráneas sobre esa tierra descolorida y desierta. Ibamos en medio de un mar de piedras, pero de las oscuras profundidades parecia salir un aire envenenado. Unas cuantas figuras solitarias se arrastraban de fragmento, en fragmento, como espíritus malignos. Era un cuadro de destruccion y de maldicion. Nos imaginabamos estar en la ciudad de los muertos.

Al fin llegamos á una parte de la ciudad más civilizada, adonde la vida parecia reinar de nuevo. Hicimos alto en un lugar pequeño, que estaba frente á una casa de buen aspecto brillantemente iluminada, y que relucia sobre nosotros como una estrella fuera de la oscuridad. Pertenece á la familia N. á quien nos habia anunciado ya nuestro huésped, sin nuestro conocimiento. No sabiamos qué hacer en situacion tan nueva para nosotros, hasta que con gran gusto oímos voces en alemán, á la vez una gran figura salió de la oscuridad y dirigiéndose á nosotros nos invitó en alemán, á que pasásemos á sentarnos, y nos quedásemos esa noche en la casa de la familia N.

Seguimos el eco de esa voz que hablaba en el desierto, y la que en esos momentos realmente nos parecia como de un profeta, y entramos por el zaguan de la habitacion.

En esto habia agrupados hombres y mujeres vestidos con el traje nacional, estos tenian sin duda noticias de nuestra llegada. El alemán era un facultativo que habia residido en este lugar por muchos años. Nos condujo á un aposento en el primer piso, aseado y amueblado con coquetería, y nos presentó á la señora de la casa.

Eulalia, así se llamaba esta rubia, vestia un traje suntuoso que aumentaba su hermosura, y la misma Elena si hubiera sido posible que se apareciese de nuevo, no podia haber despreciado la belleza de esta dama griega. Era un meteoro brillante en su primera juventud. Su talle elevado y flexible, de unas proporciones perfectas mostraba unas formas nobles propias del desarrollo de las hijas del Sur. Sus facciones eran las de un camáfeo antiguo. En su tez de márfil estaban pinceladas de una manera atrevida sus oscuras cejas, sobre sus ojos que los tenia en forma de almendras. Su soberbia cabellera caia por atras formando ondas desde sus deslumbradoras sienes, y sobre la cabeza tenia colocada el "fez" negro con su larga borla la que fluctuaba sobre

uno de sus hombros. Desgraciadamente solo hablaba el griego, y el Dr. H. se vió obligado á servirnos de intérprete.

El padre de esta jóven era ministro de gobernacion en Atenas; y allí debia dirigirse ella pronto para casarse con un médico. Entre su comitiva habia varias de sus compañeras; y un hermano de su padre, quien fué muerto pocos meses despues de nuestra visita, en un combate con los aldeanos. Despues que nos dejaron solos, nos sentamos al rededor de la mesa del té, bastante cansados con la caminata. El cronista K. estaba indispuerto. El doctor H. á quien habiamos convidado á comer, correspondia nuestra atencion, contándonos anécdotas minuciosas é interesantes sobre el estado de la Grecia. Estas narraciones no daban buenas cuentas de los nativos; pero en esto no hacia mas que usar de la reciprocidad, puesto que el odio que los griegos le tienen á los extranjeros es tan grande, que han inventado una palabra que expresamente trasmite ese significado. Solo tienen consideracion á los médicos, y eso por que necesitan de su ayuda contra las fiebres terribles que tan espantosos estragos han causado en Corinto.

Bañarse en el mar, y al aire libre al caer la tarde es peligroso. Dedibo al temperamento de

los habitantes, y por otro lado al buen clima, otras enfermedades son raras. Mas peligrosos que la fiebre, son los ladrones. Acorde con la relacion del doctor H. la mayor parte de la gente son del oficio, y se dice que sus satélites se han elevado al rango de dignatarios de la corte.

Como que todo hombre que peleó en las guerras de independencia (llamados héroes, Palikaren) tiene el derecho de portar armas, el robo llega á ser una cosa en extremo fácil para ellos. Con frecuencia se ataca una casa en el centro de la ciudad. Nuestro alojamiento nocturno en Vostizza estuvo así en peligro toda una noche. Los viajeros hacen bien de hacerse acompañar de un número suficiente de gendarmes. Si cogen á hombres tan peligrosos como estos, suele suceder que despues de una corta prision, ascienden á honores y á distinciones, pues el amparo y el hecho son mayores aquí que aun en los países más civilizados; de suerte que de este modo y con frecuencia, los más altos del país se hallan en compañía sospechosa.

Las contiendas de partido tambien dividen y destruyen al país, á un grado que dá lástima. La desavenencia principal esta entre ciertas familias que habiéndose distinguido en la guerra de independencia, forman una clase que corresponde á

nuestra aristocracia. En cada ciudad una de estas familias tiene el poder, entretanto los demás hacen cuanto pueden para derribarlas.

En Corinto nuestros amables huéspedes los N. eran los que daban la ley en la ciudad, y ejercían un especie de poder feudal. Esta familia encuentra apoyo en la protección que les dispensa el rey. El padre de Eulalia como ya tengo dicho es ministro; otro hermano de este es «Pilika» ayudante de campo de Su Magestad.

Si la protección real les fuese retirada según las afirmaciones del Dr. H. no están seguros ni una hora dentro de sus cuatro paredes. Aun cuando el relato del buen doctor fuese algo exagerado era muy interesante, pues era la primera vez que escuchábamos una conversación imparcial sobre el país y sus costumbres. Cuando el doctor comenzó a describir los horrores de la fiebre, nuestro cronista se desapareció repentinamente, y después de la cena, le encontramos en un estado muy conmovido. Se quejaba de fuertes dolores en las rodillas y en realidad parecía estar acalenturado. Interiormente se creía víctima de la terrible epidemia, y estaba sumamente alarmado, pero no quería consultarle al médico. Le pusimos por fuerza unos defensivos fríos, y no

nos retiramos á acostar hasta que le vimos un poco restablecido.

Las camas eran anchas y cómodas, y todo el órden de las cosas lujoso para el país. Echamos de ver que estábamos "sub umbrá alarum," en la casa de un hombre á quien "el Rey se complacía en honrar." Después de nuestras fatigas dormimos perfectamente, más á pesar de las almohadas blandas y la ropa bordada de oro, había muchas huellas por la mañana de un ejército salvaje de enanos en nuestros abigarrados cuerpos! La magnificencia y el destino enlazados!

Por la mañana muy temprano el amable H. se presentó con nuestros caballos con el fin de llevarnos después de un buen desayuno, al renombrado Acro-Corinto. Eran las cinco de la mañana y un aire puro nos daba lugar á esperar un hermoso día. La luz que iba en aumento nos mostraba las ruinas de una ciudad que en su época fué floreciente, y en la que no obstante los débiles rayos matutinos podíamos trazar aun la maldición del cielo. ¿A dónde estaban los palacios, los soberbios bosques de ciprés los innumerables recuerdos de la antigua Grecia? ¿Por dónde vagaban las castas figuras de las sacerdotizas? Todos los encantos que encontramos descritos en las leyendas clásicas se han desvanecido. El espíritu del

hombre ha cesado de reinar y tan solo los elementos en su grandeza nos inapiran con admiración. El mar, el cielo, y las montañas apartan nuestras miradas, de la ciudad dos veces destruida y cuyos escasos restos solo muestran á la posteridad su antigua grandeza. Nuestro guía nos condujo primero á las ruinas del templo de Neptuno.

Estas consisten solamente de cuatro ó cinco columnas, las que son magestuosas aun en su decadencia. Dos de estas están unidas por un trozo de piedra horizontal. De entre estas, hay una que amenaza una ruina próxima, pues desde la parte baja falta un gran pedazo y ha sido unido con piedras pequeñas y mezcla.

Si este templo estuviese en Francia ó en Inglaterra hubiera sido cubierto con un capelo por el arqueólogo; pues adonde hay escasas se le dá valor á lo que se posee, pero cuando sucede como aquí que hay una superabundancia, apenas se le hace aprecio á las cosas.

Las preciosas jarras de Etrusco se compran aquí por una friolera, aunque entre nosotros se les considera como joyas solo dignas de un museo. No desperdiicé la oportunidad de hacerme de algunos de estos jarrones tan hermosamente trabajados. Tras las ruinas del templo de Nep-

tuno el terreno comenzó á elevarse. Podíamos ir á caballo por fuera de la ciudad á las ruinas de Acro-Corinto.

Todo lo que nos rodeaba estaba desierto con excepción de un gran higuero que daba sombra á un hermoso pozo turco, en cuyas piedras habia esculpidos algunos versos del *Óran*. Una morisca de cuerpo delgado llenaba allí su tarro de agua. El Dr. H. nos dijo que unos cuantos de estos hijos del ecuador se habian quedado desde la época de Ibrahim Pachá, aunque la mayor parte habian sido víctimas del furor de los fanáticos griegos.

En Corinto particularmente tuvieron lugar las escenas de crueldad las más horribles—los musulmanes degollaron á los indefensos, y en pago los griegos victoriosos los asesinaron á ellos.

Desde el pozo el camino continuaba á ser más escarpado, y presto nos vimos trepando las grandes rocas de las escabrosas alturas. Por algunos momentos la ciudad desapareció de nuestra vista, y por la parte del Sur apercibimos la extraordinaria fortaleza de piedra que se halla á la entrada de la escarpada. Pozos, torres, y baterías todo está plantado con un genio atrevido y práctico, sobre una roca aislada y extensa, unas de tantas de esas obras útiles del domi-

nio Veneciano. Nos desmontamos frente á la puerta que en una época fué tan tremenda, y conducimos á nuestros caballos de la brida el resto del camino. Llamamos á la oscura y grande puerta, la que nos fué abierta por dentro, por un husar griego de a pecho vivo. Pasamos por un arco oscuro ante el cual se desprendía un rastro, hasta una casa que ahora sirve como de residencia á la guarnicion. Esta se compone de diez ó doce hombres infelices, que de acuerdo con la idea del país se les llama soldados.

Frente al cuartel habia seis ó siete cañones venecianos sin cureñas. Acro-Corinto está erigido de una manera irregular por la parte mas plana de las rocas, cuyas orillas están circundadas por una muralla, que de punto á punto, tiene unas torrecillas.

Pedazos rotos de roca, grandes montones de piedras, paredes de pequeñas casas, algunos cañones, huesos de hombres y de animales, todo esto yace tendido en la mayor confusion, uno sobre otro.

Algún esfuerzo al orden, ó á tener un camino pasadero no se sueña. En uno de tantos de los rezagos de las rocas cerca de la entrada, encontramos la mayor parte de las casas en ruinas, y en medio de estas una capilla chica de donde sobresalian unos pequeños higueros. En estas chozas

se refugiaron los habitantes de Corinto despues de que les tomaron la fortaleza los griegos á los turcos por vez primera.

El doctor H. me hizo notar dos plantas curiosas que crecian entre estas ruinas. Una de ellas es el venenoso pepino en forma de carrizo, cuya fruta al ser tocada arroja sus granos de semilla con tal fuerza, que el incauto al agacharse sobre ella puede perder la vista. Me cubrí los ojos y con el pié le dí á la calabaza y al momento oí la semilla que daba contra mi sombrero. La otra planta creció entre las piedras tenia unas hermosas hojas verde oscuras. Sus flores eran de un blanco puro, y estaban cubiertas de innumerables y hermosos estambres esta flor delicada exhalaba un aroma delicado. La fruta era larga; y se asemejaba á un pequeño y verde pepino; por dentro estaba llena de unas semillitas coloradas. Mas no obstante esto, ni la fruta ni la flor dan á la planta su importancia, sino los pequeñitos y verdes pimpollos, que bajo el nombre—el lector lo debe haber ya adivinado—de “alcaparras,” se encuentran en todas las mesas.

Teniamos que subir un buen pedazo por la parte esterna de la muralla hasta que por fin, á la punta culminante contemplamos á la Grecia, como un mapa esparcido que yacia bajo de noso-

tros. Hacia la ciudad la oscura y estrecha faja del Istmo se esesndia entre dos de los cristalinos llanos alumbrados por el sol. Esta fecunda tira de tierra desgraciadamente no está habitada ni cultivada; y solo unos cuantos pinos abren la superficie de la tierra amarilla que yace allí como un tesoro sin uso.

Se había formado un plan para colomizar con alemanes el Istmo, pero no llegó a tener efecto por falta de energía de parte del gobierno, y el odio de los griegos á los extranjeros. La industria alemana podía haber salvado el país por medio del cultivo, y las cuatrocientas familias que estaban llamadas á verificarlo podían haber mostrado á sus vecinos cuán feliz y rico era posible ser en semejante suelo.

La anchura del Istmo, siempre inconsiderable, parece más angosto cuando se le vé desde lo alto. En el lado más lejano del mar, precisamente por la playa, se elevan hacia el cielo las montañas de Rumelia y Livadia. En las rocas no hay vegetacion, pero el sol les dá color. Las montañas aparecen como los hombres avaros, ó nobles. Las alturas de Grecia se elevan como las formas nobles— como los antiguos héroes. Un Htelicon, un Libetrius, un Cythero, se presentan delante como fantasmas de una época gloriosa. En direc-

cion á Atenas y á Salamis la neblina nos impidió distinguir los objetos claramente. Por ese lado, vimos cerca á nosotros, á Lutreki pequeña colonia con el "dépot" de los vapores austriacos de Lloyd, y un hotel destinado á los pasajeros del buque. En la misma costa está Relamachi, adonde tambien se toman pasajeros en un vapor que va á Atenas.

Abajo de nosotros estaba Corinto, ménos espantoso y mas agradable cuando se le contempla desde esta altura. Se echan de ver varias torres, con las que habían cercado los turcos la ciudad. El terreno se hunde gradualmente hacia la ciudad, á la que puede llegarse en cosa de media hora. De las rocas de Acro-Corinto hay un llano en lo que cabe grande, y cubierto de viñas, mientras que desde la montaña hasta la Morea se extiende un bosque de olivos por casi una legua, cuyos frutos dá á los diversos propietarios una renta anual de 50,000 *thalers*.

Los árboles de este bosque se encuentran á ciertas distancias los unos de los otros, y en su elevacion y forma se asemejan á unos grandes sauces. Su color aumenta acorde con el cultivo que se les dá, los mejor cuidados tienen un tinte mas oscuro; en Dalmacia, como en Ragusa,

la hoja es de un color azul oscuro. El llano que esta á la vista va á dar por una fvereda angosta y escabrosa por donde esta el camino vá á Nauplia lindado por un rio. Aquí se tenia un vislumbre del interior de la Morea, que nos mostraba estupendas montañas de un estilo salvaje. La impresion que hacia el panorama era agradable y elevaba. Por rara parte podia trazarse la mano del hombre; la Morea muy en particular parecia un país que habia sido explorado aun que no habia sido esclavizado por el hombre.

Como que nuestro tiempo era muy limitado, y el camino á Naupila largo, nos vimos obligados á abandonar muy pronto este rico paisaje, volviéndonos al otro lado de la puerta de la entrada. Este camino nos condujo por donde habia un pozo tapado en las rocas, y lleno de excelente agua la que abunda mucho en Corinto. Pasamos por un cuartel pequeño, adonde una ocasion estuvieron acuartelados los bávaros; y exceptuando esto no vimos sino rocas. Unos cuantos soldados vagaban por allí, y tenian unos uniformes horribles. El griego con su traje nacional, y el griego con el uniforme extranjero, están tan distantes como el cielo y la tierra, —tan altivo, tan esbelto, y gracioso como parece con su «fustanella» y su «fez»; apa-

rece insignificante y despreciable con el uniforme de los extanjeros.

Por la misma puerta por donde habiamos entrado abandonamos el fuerte que los griegos les habian quitado á los turcos solo mediante la astucia. Es una lástima que la grande obra de los venecianos se esté viniendo abajo. Las paredes se están partiendo en pedazos, y la mayor parte de los cañones, ornados con el altivo leon de San Marcos, se á acuñado en dinero, por ó iden del gobierno. Frente á Acro-Corinto, y entre las montañas de la Morea, se desprende otra roca, y en su cima se halla el castillo de forma oblonga perteneciente á la familia N. Bajamos á pié por la parte mas empinada del camino, y no volvimos á montar en nuestros caballos sino hasta cerca del pozo turco. Al regresar á la casa de N. nos encontramos con el Cronista y con el profesor G.; quienes se habian quedado en la poblacion á causa de su mucho cansancio. Habian ido á visitar sus curiosidades y tenian tanto que contar sobre ellas, que mi hermano el doctor F., y yo nos resolvimos á verlas —tan pronto como nos fué posible.

El Dr. H. nos condujo por unos escalones, cortados en la roca en forma de semicírculo, y uno ó dos brazas de profundidad. Debajo de esta pro-

y ección se halla la afamada gruta de Afrodite. En medio de esta gruta echamos de ver una pequeña abertura, de donde nace una corriente de la agua la más fresca; esta corriente de allí se abre camino por una cavidad en la roca y se esparce á través de los campos.

En el riachuelo las místicas sacerdotizas de Vénus solian bañarse; su templo descansaba precisamente arriba de este arrecife de peñas. Todo griego de celebridad, pero especialmente los generales, estaban obligados á colocar á una doncella, como sacerdotiza en este templo. En el interior de la gruta esparcía la agua fresca una temperatura deliciosa que junta con la suave enramada formaba una armonía encantadora. El piso estaba cubierto con la más fina arenilla, y de todas las hendiduras de las rocas nacia una yerba fresca.

Desde la altura adonde estaba en un tiempo el templo, se hundió el terreno insensiblemente de ambos lados y hace la forma de una herradura, de suerte que desde el campo el interior de la gruta no se podía ver, y solo podía gozarse de la vista del mar.

En la época de los turcos erigió un Pachá en el lugar adonde estaba el templo, un palacio con unos escalones que conducian al aposento subterráneo que se usaba como baño, ahora tanto el templo como

el baño han desaparecido ante la maldición de Dios desprendida sobre la pecaminosa población, y los jardines, los templos, y el teatro junto con los 3.000,000 de habitantes del antiguo Corinto, se han convertido en polvo y en cenizas. A nuestro regreso, la hermosa Eulalia estaba parada á la entrada de la puerta, y nos embelesó á todos con sus miradas. Nos despedimos de ella, le dimos las gracias por el recibimiento que nos había hecho, y montando nuestros caballos nos encaminamos hácia Nauplia.

El profesor G., no siguió nuestro ejemplo, creyendo que sería más fácil el ir á pié. Sin embargo, una vez fuera de la población, con ayuda de varios se subió al caballo, nosotros por otro lado sosteniendo que tan solo mostraba el deseo de andar, por tal de no verse obligado á tomar por asalto la silla á la vista de la novia de Corinto.

Era realmente mejor el que estuviésemos dejando el vecindario de Eulalia, pues la figura de esta divina mágica nos había afectado á todos profundamente. En esta ocasión íbamos acompañados de un mayor número de gendarmes, pues la peñascosa ciudad por donde teníamos que pasar, ofrecía fáciles escondites á los ladrones. Cuando llegamos á Nauplia oímos decir que la noche an

terior, una cuadrilla de diez y ocho personas habían sido atacadas y robadas en ese estrecho paso. Las cuadrillas de ladrones en Grecia son cosa ya conocida. Parece que la moralidad de los griegos no se eleva con las ideas de rey, madre patria, y amor fraternal. Su propio interés es el único Norte que los guía. Aun los matrimonios no son por amor, pero en los mas casos son pactos de conveniencia; y la reflexión de que se le está haciendo un mal á otro, desaparece ante el placer de llenarse las bolsas.

Presto habíamos atravesado el malo y peligroso camino que conduce por el llano de Corinto, y cuando llegamos al río, nos encontramos en un estrecho valle, del que no salimos sino hasta llegar á Nauplia. De vez en cuando el estéril camino se animaba con grupos de pinos y matorrales de acéltas que crecían en los cauces de los ríos, fácilmente comprendíamos de que manera y tras esas rocas, estas innumerables subidas y bajadas podían los ladrones poner en juego su oficio de la manera mas cómoda. La mas pequeña cuadrilla nos podía haber caído sobre la retaguardia, y si hubiera sido necesario, habérsedesaparecido sin dejar ni rastro.

Al principio, á este camino solo podía compararse con los Karsts. De tiempo en tiempo

encontramos piquetes de la milicia estacionados para nuestra protección; de estos contamos siete. Estas buenas gentes estaban vestidas muy pobremente con el traje nacional, armados con grandes mosquetes, inspiraban tan poca confianza, que tomamos al primer piquete, por los mismos ladrones.

Desgraciadamente no conocimos á ninguno de estos bandoleros, aunque muchos pueden haberse deslizado junto á nosotros; pero los gendarmes les echaron á perder sus planes. A ninguno de nosotros nos hubiera dado cuidado un leve encuentro, con tal que no hubiera dado resultados serios. Para indemnización nuestra, cinco grandes águilas andaban volando sobre nuestras cabezas, y dos de ellas, fueron tan condescendientes al grado de acercársenos tanto que les podíamos contar pluma por pluma. Estos eran los habitantes más apropósito de este desierto peligroso. Esperábamos que nos fuese posible el hacer uso de nuestras escopetas (las que habíamos cargado todo el viaje) en uno de estos príncipes del aire, pero ántes de que pudiésemos echar mano de ellas, estas huían fuera de tiro.

El calor se habia hecho tan insoportable que me ví obligado á apagar la sed en un rischuelo

estancado de un molino. Los sitios que le rodeaban eran hermosos, pero el agua estaba salobre y lodosa. Al fin el estrecho valle se abrió, y el camino tomaba un ligero declive arriba de las montañas. Me vino á la memoria patentemente nuestro país Alpino, particularmente cerca de los húmedos campos de Gasteivo, pero tan solo en el lugar adonde cesa la vegetacion y terminan las frescas praderas.

En este lugar fué donde nos encontramos con una manada de cabras salvajes cuyos largos y negros pelotes, semejantes á los de un "King Charles" estaban matizados de negro y castaño. Valdría la pena introducir en nuestro país esta hermosa raza.

Hácia el fin del valle tomamos nuestro almuerzo en la casa de uno de los jendarmes que estaba cerca de una capilla. Estos hombres desgraciados, mandados por un sargento, solo se les releva cada seis meses —que parecen una eternidad en estos páramos! La mayor parte de estas gentes han tenido la fiebre, el sargento un jóven agradable y bien parecido, debe haber sufrido fuertemente con ella. Nos recibió con gran cortesía, y deseaba mucho el hacernos entender, lo que sin embargo, no le fué posible. Su goce fué grande cuando el cronista K. con ayuda del an-

lguo idioma griego, leyó y tradujo el reglamento que estaba escrito en la pared. Su aposento en donde almorzamos, estaba adornado con una variedad de grabados en madera y acero, lo que probaba que el dueño tenia conocimientos literarios.

La capilla que estaba cerca de la casa, consistia como toda pequeña iglesia griega, de cuatro murallas desnudas y cuadradas, de cuatro á cinco piés de altura, por la cual habia abierto un especie de agujero como de puerta. De un lado hay una caja pequeña sobre una piedra pintada con asuntos sagrados, y que sirve como de alcancía para la limosna. Debe haber entre esta gente bandlera muchísima reverencia á la religion para impedirles el que echen mano á cosa de tanto valor, que no estaba asegurada á la piedra ni siquiera por una simple cadenilla.

Despues de un desoanso de cerca de una hora, la emprendimos de nuevo. Ante nosotros teniamos una cadena de montañas elevadas. Nuestro valle se habia angostado de nuevo en un paso, y á la derecha del rio por todas partes yacian esparcidos peñascos escabrosos. No les faltaba del todo vegetacion, de suerte que, aunque la perspectiva era salvaje, no era totalmente desolada.

El arroyo que por tanta distancia habíamos seguido, se nos apareció en las cercanías del molino, para brotar de la tierra, cuyo sitio bien abastecido de agua como un "oasis" en el desierto, florecía con el espeso follaje del granado, del higuero, de las viñas y de las altas cañas.

Por el molino un número de riachuelos tenían un manantial. Los olivos dejaban con sus sombrías testas, y unos polluelos picoteaban con tizon el fructífero suelo. Tan sombrío y tan meridional que nos parecía todo esto que nos compensaba el pedregozo camino. Nos refrescamos con una agua excelente, y abandonamos este "benigno oasis" el cual estaba rodeado de casas destruidas durante la guerra de independencia. Este estrecho paso fué escena de una carnicería espantosa. Miles de turcos cayeron aquí bajo el sable vengador de los griegos.

En nuestro camino había una fijeza que conducía á las montañas; el arroyo que tenía su nacimiento en el molino, fluye al mar en Lepanto, nosotros ahora seguíamos otro, adornado hermosamente por arbustos, estas aguas se derraman en el golfo de Nauplia. Cruzamos este unas veinte veces, lo que prueba la estrechez del cauce. La vegetación la más exuberante rodeaba á este río, y cerca de su manantial todas las huellas de

la perspectiva salvaje y peñascosa se desapareció. Nosotros, riéndonos le llamamos el baño del Anfitrión, porque abundaban en él las ranas y las tortugas. Estas llegaron á ser especialmente numerosas, á donde el paso de nuevo se ensanchó en un valle y se extendió de cada lado un tejido de matorrales.

Quando le pregunté á Demetry por qué la gente no hacía uso de estos animales como alimento, me dijo que era porque se les tenía por cosa sagrada. Los ingleses sin embargo, no dejan por esta creencia, de cargar sus buques con éstos animales, y llevarse los á la vieja Inglaterra como preparación para la delicada sopa de tortuga. — Como que estos animales pueden vivir por un mes sin alimento, se les tiene sin comer durante el viaje. Nosotros nos llevamos algunas; las más pequeñitas no eran más grandes que la palma de la mano, pero las más grandes tenían más de un pie de diámetro. No era muy fácil el agarrarlas, pues no obstante su pesada forma, pueden correr con bastante violencia.

El valle se prolongó por varias millas, hasta que á cosa de las cuatro, ya que estábamos muy fatigados, vimos una perspectiva encantadora. Era una tarde hermosa y refrescada por las brisas. El sol brillaba en el Eter azul, y arrojaba sombras

claras sobre el llano de Napoli di Romania, el que tambien brillaba con resplandecientes colores. La cadena de montañas, que circundan el valle, se desprenden á la izquierda con unos contornos artísticos, hasta el trasparente espejo del golfo, que termina en las exquisitamente formadas Palamides que se elevan cerca de la ciudad marina de Nauplia.

Cada porcion de esta altura coronada se destacaba distintamente del azulado fondo, y estaba cubierta de casas y de grandes árboles, sobre los cuales travesaba una hermosa luz. Precisamente frente á nosotros se esparcia un fructífero valle, que nos traia á la memoria los campos de Lombardia. — Árboles, viñas y campos, se hallaban mezclados aquí en la más preciosa confusion. A la derecha se alzaba el orgulloso Argos, cuyo formidable castillo descansaba sobre una roca cerca de la cordillera de montañas.

La ciudad de Argos yace al pié. De ese lado del golfo habia una cadena de cerros á la distancia, cuyas prominencias formaban el cabo de St. Angelo y el cabo Mytapae. A nuestros piés teniamos la montaña de Mpeone, la antigua residencia de Agamemnon; ahora no es más que un pequeño lugar en ruinas sobre un precipicio salvaje. Una roca oculta la cueva adonde se dice

estar enterrado el hijo de Atrides; desgraciadamente no la pudimos visitar, por que la distancia á Nauplia era muy grande.

En una casa que estaba al principio del llano el que teniamos ahora delante, nos encontramos como agradable sorpresa, con el cónsul de Austria, el que nos dijo que nos habia estado esperando por veintiocho horas, con varios carruajes y habia comensado á temer, que nosotros, lo mismo que nuestros diez y ocho predecesores, habiamos sido atacados por los ladrones. Este individuo era de orí gen italiano; llevaba un frac azul de gran parada, en la cabeza tenia una de esas cachuchas que usan los oficiales de marina, pero con una visera de cuero monstruosa.

Sus extraordinarias gesticulaciones revelaban su nacionalidad y se corroboraba esto por un maravilloso dón de la palabra. Despues supimos que además del empleo de cónsul, tambien ejercia como médico. Siempre le viviré agradecido por la atencion que tuvo en traernos las carretelas, pues aunque nos vimos obligados á saltar de arriba abajo sobre troncos y piedras, era un gran consuelo el poder ir en coche, despues de las malas sillas y del cansado paseo á caballo. Estábamos de un humor excelente, y nos divertimos riéndonos

de las pequeñas contrariedades de nuestra situación.

Mi hermano, el príncipe J., el baron H. y yo, tomamos una de esas carretelas raquíticas y temblorosas. Nos empaquetamos sumamente estrechos en este corto lugar, y partimos al galope furioso. Los caballos viejos, estiraron los miembros, y nuestro Hipólito los puso en movimiento mediante un palo largo y unos gritos terribles. Si os imagináis á nuestro cochero, un griego delgado y atléptico, con el antiguo resplandor semejante á la divinidad, sobre su altiva cabeza, estais enteramente equívoco. Apenas tenia cuatro pies de altura, pero suplía lo que le faltaba de estatura con un monstruoso "faz" el cual no como sus paisanos la llevaba alsada y recta como una gorra "Phrygian." Tenia una corbata negra en el pescuezo fuera de la cual salia un cuello de camisa igualmente raro al traje nacional, y parado como vicera; en cuanto al resto estaba vestido con la "fustanella," los "spencers," y las polainas.

El baron K., trató de hacerle entender en italiano (que es el medio ordinario en Oriente de comunicarse) que no llevase el carruaje con tanto descuido por los malos pasos. Sin embargo continuó tirando de las riendas, y apretándoles á lo

caballos con sus gritos discordantes. Muy pronto descubrimos que no podia ver ni los caballos ni el camino por donde íbamos, con esa especie de "steeplechase" puesto que su gran vicera de su gorra le cubria el punto de vista. De repente se levantó, alzó la barba la que tenia cubierta con un pelo colorado, se subió la entremetida vicera á dos manos, y con sorpresa fijó la vista en el tronco de caballos; despues de esto se volvió á nosotros y nos preguntó en aleman si queriamos ir más despacio. El Barón K. le aseguró que este era nuestro más vehemente deseo. A esto supimos que habia aprendido algo de aleman de los soldados Bávaros, pero desde la emancipacion del yugo aleman y del ódio al extranjero, parecia que habia abandonado sus estudios.

Precisamente frente á la ciudad, y al principio de una hermosa avenida, nos detuvimos para visitar las ruinas de la antigua fortaleza griega de Tyrene. Su origen se ha perdido en las fábulas, y las murallas parecen ser obra de Cyclopes. Más bien nos podiamos imaginar estas en un monton de restos de lava, que en un edificio hecho por el hombre, y en el que el arquitecto habia hecho justicia al suelo nativo de Hércules.

Pero el día comenzaba á declinar, y no podiamos quedarnos aquí, tanto cuanto lo pedia el in-

teres del lugar. La avenida antedicha daba un aspecto civilizado á la entrada de Nauplia. Nos paramos á las puertas de esta con el fin de vagar á pié por la poblacion; desgraciadamente ya se habia oscurecido. La fortaleza parecia sobrepasar á la de Pátras en tamaño y en arquitectura, y tenia el aspecto de una poblacion italiana, lo que en Pátras solo se echa de ver en los suburbios. Esta última, sin embargo, es más hermosa y más favorecida por la naturaleza. Como que la noche no nos daba lugar á estudiar detalles, les permitimos el que nos condujese á la bahía, adonde un bote de nuestro digno "Vulcano" nos llevó á bordo.

Las sensaciones que tuvimos al entrar al buque fueron como si despues de una larga separacion hubiéramos vuelto á nuestros lares. Nos regocijamos con pisar de nuevo la cubierta y despues en la tranquilidad de la noche recojer el pensamiento en el pequeño y cómodo camarote, y pasar en revista los frescos y variados cuadros grabados en la mente. En ningun lugar se puede meditar mejor como precisamente en este estrecho cuartito, entre el cielo y el mar, y yo aconsejaría á todo filósofo de alojarse en el rincón de un buque.

En el camarote de popa adonde generalmente

comiamos, nos encontramos con la fruta la más magnífica, que la esposa del cónsul habia enviado al capitán. Una verdadera maravilla de la naturaleza se hallaba entre esta fruta, en forma de un racimo de uvas, dos piés de largo que naturalmente nos hizo recordar el admirable "especimen" de Canaán, que habia encantado á los Hebreos alimentados por el maná, lo mismo que á nosotros esta. La colgamos al techo del camarote sin probarlo, de suerte que la fruta más baja tocaba la mesa. Cuando más tarde por la noche subimos sobre cubierta, la luna brillaba con toda la magnificencia meridional, en el golfo y su romántica playa, sus rayos jugaban levemente en las ruidosas olas, tras de las cuales en la sombría oscuridad de esa noche meridional, se desprendian los techos y las torres de la poblacion, y sobre todo y cual vigía gigantesco se alzaban las parduscas Palamides. En medio del plateado espejo, bañado por la suave ola estaba brillando con la luz de la luna la fortaleza de If, cuya arquitectura y nombre revelan su origen turco. Ahora sus torres que se elevan de la pequeña prominencia, sirven de prision. Era como una de esas escenas de las novelas de Sir Walter Scott, y á cada instante esperaba ya oír el sonido parejo de los remos de un libertador. Más en esta noche los po-

bres prisioneros tenían que suspirar en vano; también pienso que apenas hubiéramos encontrado alguno entre ellos digno del título de héroe de romance. Mas pronto que de costumbre reinaba el silencio en el alcázar del buque. El sueño desplegó sus alas sobre los alegres viajeros; solo á veces ciamcs entre sueños, el tranquilo "todo está bien" del vigil ante de la noche. Estábamos ya á toda luz ántes de que hubieses despertado la comitiva, fortalecida para nuevas empresas.

Habíamos destinado la mañana á visitar Nauplia. La poblacion existia en tiempo de los antiguos griegos, aunque no tenia importancia. Tiene que dar las gracias al espíritu creativo de la república veneciana, por sus magníficas fortificaciones, arriba de cuyas puertas cabriola el leon de San Marcos con sus alas desplegadas; fué arrancada de las manos de los turcos por los griegos. En este lugar fué donde por vez primera—recibieron á su nuevo gobernante, el que vivió por algun tiempo en una casa miserable, en un pequeño lugar de esta poblacion, y solo años despues escogió á Atenas para su capital.

Primero visitamos el arsenal; se hallaba en el lugar que le habian destinado los venecianos. Como que los griegos se abastecian de todo el material de guerra de países extranjeros; unos cuan-

tas barracas levantadas al rededor de la muralla esterna, son suficientes para componer sus armas y otra clase de trabajo en pequeño. Las disposiciones nada tienen de notable y este arsenal solo es interesante á aquellos que simpatizan con las luchas progresivas de esta gente por tanto tiempo subyugada.

Como que el comandante tuvo la bondad de conducirnos por todo el edificio, y explicárnoslo todo, el Príncipe J. como soldado distinguido, hizo algunas observaciones que le eran muy lisonjeras. De allí nos fuimos por las calles que tenían el estilo oriental, hácia la entrada por tierra de la fortaleza.

Despues de un rato nos encontramos al pié de de las afamadas Palamides. La roca se eleva magestuosamente del seno de la tierra, solo un costado está unido á la cadena de montañas. El colorido varia de amarillo ó encarnado; aquí y allí crece el pulposo cactus de flor amarillosa, cuya fruta es muy apreciada por los nativos. Hácia el mar los escaiones de marmel, con un parapeto y baterías, conducen arriba de la fortaleza. Desgracladamente a cada momento se oscurecia mas, y al fin comenzó á caer un aguacero. Esto sin embargo, no nos impidió el que subieramos los

seiscientos noventa y nueve escalones que conducen al interior del nido del águila.

Una guardia de cazadores griegos nos recibió en la puerta. De las baterías más altas teníamos una vista de la ciudad á vuelo de pájaro. Esta se halla situada en la base de las rocas, que se ensancha en un promontorio que rodea el golfo. Los edificios á esta distancia parecían bastante bien, para un país tan pobremente poblado. Ante nosotros teníamos una red de calles y plazas, por las que los ocupados habitantes iban y venían. Las iglesias, las casas, los grupos de árboles — todo parecía más chico de lo que eran, cercado por las potentes murallas venecianas; y el plano de la ciudad no podía haberse tomado con más claridad que como se nos aparecía desde la altura de las Palamides. Desde la población hasta el llano conducía una calzada angosta entre el mar y las rocas, desde donde una segunda población, con alegres casas, parecía descansar contra la montaña.

Al pié de esta nueva colonia se halla un gran peñasco, en cuyo costado está tajada la imagen colosal de un león herido, fué colocada allí por el Rey Luis, como recuerdo de los Bizanos que habían sucumbido en Grecia. A la distancia y por entre un sutil velo de niebla, vimos á Argos y las

peñascosas y gigantescas murallas por las que el día anterior habíamos pasado por una estrecha puerta. Tras las Palamides se elevan montañas aun más altas, y que tan solo están separadas del interior de la fortaleza por un gran foso tajado en la piedra.

De acuerdo con las tácticas nuevas, se vieron obligados á construir una obra de avanzada sobre este punto culminante para seguridad del lugar; pero aquí se baten hombre á hombre, como en los viejos y buenos tiempos de la caballería andante, pues no envían de la distancia proyectiles destructivos. Los Palamides tan solo fueron fortificados por los venecianos para proteger la bahía. El interior del lugar, está lleno de casas de habitación y cuarteles que están en el terreno más quebrado.

El desorden espantoso que reina aquí es casi tan notable como las grandes ruinas venecianas. Los soldados tienen un aspecto de ladrones zate-ros, y aun el comandante era bastante brusco y ordinario. Después que hubimos andado por todo el lugar con sus baluartes, alturas y cavidades, bajamos los seiscientos noventa y nueve escalones, que se habían puesto resbalosos con la lluvia, y anduvimos vagando por las calles de la población. Las casas en su mayor parte son altas

y angostas y con un balcon en cada piso. En el piso bajo habia unas barracas que se extendian hasta las oscuras y estrechas calles.

Las iglesias bastante numerosas están erigidas al estilo Bizantino. Nos fué enseñado un lugar de un aspecto que nada tenia de iglesia, destinado al culto católico. El cónsul nos dijo que los católicos eran perseguidos por todos lados en estas poblaciones. La comunidad griega esperece los cuentos mas ridículos tocante á éstos; relatan que el clero sofoca á los moribundos al administrarles la Estrema-Uncion, desuerte que los habitantes siempre que pueden interrumpen el culto.

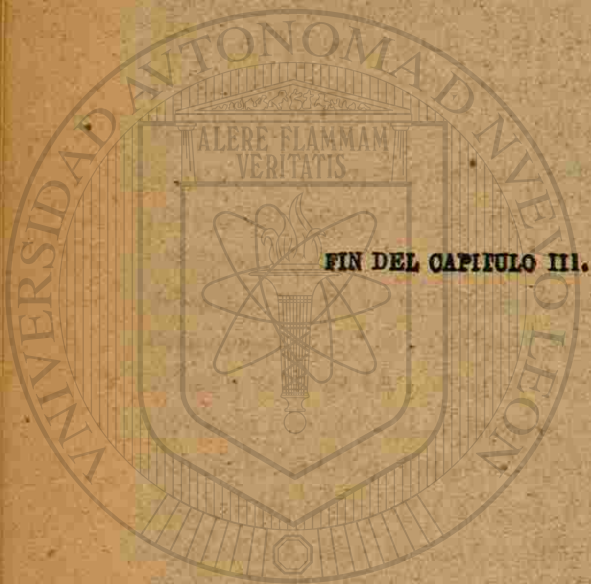
En una de las plazas pequeñas vimos un sarcófago de mármol bastante bien esculpido este contiene los restos de Ipsalanti, y fué levantado en honor de este héroe por sus hermanos. La casa y plaza adonde vivió el Rey Othou son insignificantes. Nos interesó mas una de las restantes casas de tiempo de los turcos. Solo se conservaba por un milagro. Los pilares y el enrejado del balcon proyectante (arquitectura cuyo género vimos mas tarde en perfeccion en Esmirna) estaban podridos y viniéndose abajo, y sin embargo la apariencia de estas formas curiosas y colorido brillante era pintoresco y desde luego se

realizan mis esperanzas; pero quanto mas se exitó mi imaginacion cuando de una de esas estrechas aberturas ví á una hermosa señora asomada, y vestida con el traje Europeo. Un individuo delgado con una casaca corriente, estaba parado trás de ella. De dónde vinieron estas apariiciones como de sueño se quedó sin explicacion. Solo á una pareja Inglesa podia haberle ocurrido la idea de enterrarse en estas ruinas.

Sobre una de las murallas de la fortaleza y junto al mar hay una hermosa palma-dátil de trescientos años, cuya imponente altura no se ostenta de lleno por estar enterrada en la tierra una gran parte de su delgado tronco. Al mostrar nuestro deseo de obtener alguna de la fruta que crecia en la punta, un griego de talle elevado con unos calzones anchos y azules, se trepó al árbol con gran celeridad, y distribuyó los verdes dátiles entre los que le rodeaban; aunque el clima es tan hermoso, la fruta no estaba enteramente madura, y caia inútilmente al suelo.

Cerca de la palma hay un pozo turco embutido en la muralla de la fortaleza, con textos del Coran, que el carácter religioso de los Mahometanos coloca en todas partes. Tuvimos forzosamente que admirar su habilidad para dar con hermosos sitios para los pozos, tal como este, al pié

de la palma; la vista del golfo es tan magnífica! Volvimos al muelle, y remamos para irnos á bordo del "Vulcano" y dijimos adiós á Napoli di Romania para dirigir nuestro curso hácia Piræus.



CAPITULO IV.

ATENAS.

Setiembre 14 de 1856.

A las cinco de la mañana fuí despertado en mi pequeño camarote por una exclamación que "Atenas estaba á la vista". -Lo mismo que á los cruzados con la primera vista de Jerusalem, nos sucedió á nosotros—todos nos lanzamos á la cubierta del buque, con el fin de contemplar el principal objeto de nuestro lejano viaje. La curiosidad y el placer estaban retratados en todos los semblantes, y la mirada escudriñadora abarcó todo. Las azuladas olas del espumoso mar, jugaban en la ancha y amarillenta playa; algunas veces elevándose mas y otras bajándose al nivel del mar. La llanura se extendía sin vejetacion, pero revesti-

de la palma; la vista del golfo es tan magnífica! Volvimos al muelle, y remamos para irnos á bordo del "Vulcano" y dijimos adiós á Napoli di Romania para dirigir nuestro curso hácia Piræus.



CAPITULO IV.

ATENAS.

Setiembre 14 de 1856.

A las cinco de la mañana fuí despertado en mi pequeño camarote por una exclamación que "Atenas estaba á la vista". -Lo mismo que á los cruzados con la primera vista de Jerusalem, nos sucedió á nosotros—todos nos lanzamos á la cubierta del buque, con el fin de contemplar el principal objeto de nuestro lejano viaje. La curiosidad y el placer estaban retratados en todos los semblantes, y la mirada escudriñadora abarcó todo. Las azuladas olas del espumoso mar, jugaban en la ancha y amarillenta playa; algunas veces elevándose mas y otras bajándose al nivel del mar. La llanura se extendía sin vejetacion, pero revesti-

da de alguna grandeza hasta que al fin venia á quedar cercada por un semi-círculo de montañas que tocaban el firmamento.

Al fin de esta llanura vimos á Aténas como un punto blanco. Tras este las Hymetus, el Acrópolis y otras alturas históricas y notables, y más allá, el Penthélicon. El paisaje no era por ningun título tan encantador como el de Pátras, pero áspero y descubierta. Era el cuadro del pasado que despertaba los recuerdos de grandes eventos.

Nuestro buque se habia acercado á la playa; adonde nos mostraron un monton de piedras como la tumba de Temistócles. Repentinamente dimos la vuelta y entramos á un canal de unos cientos de piés de ancho, que culebreaba por entre las tajadas y peligrosas playas, y no indicaba salida hasta que llegamos á un ancho espacio de agua y entramos al hermoso Piræus.

Un semi-círculo de casas recientemente construidas rodea la bahía, en la que fondea un considerable número de buques. Tanto en el muelle quanto en el mar hay mucha vida.—espectáculo que es muy agradable, cuando piensa uno que solo hace algunos años, unas cuantas y solitarias casas se hallaban en estas playas, y que la bahía estaba sin buques. Los suburbios están aun desiertos y sin vida.

Nos encontramos con dos vapores franceses de Lloyd, y una escuadra francesa, á cuya delantera venia la fragata de un almirante que mandaba. Lo mismo que en Pátras, [despues de haber fondeado nos vimos otra vez rodeados de un gran número de botes que con una sola vela-latina guiada con la mayor destresa por un marinero, el que la viraba ya á derecha, ya á izquierda, y volaba con la rapidez de una flecha. Estos botecitos son el adorno de la bahía.

Se envió un bote para pedir el permiso de ir á tierra; y en seguida vino á saludarnos el Conde J. Encargado de Negocios de Austria. Tras él, y poco despues se nos presentó el general G., chambelán del Rey, acompañado del capitán M., nativo de Trieste, quien durante nuestra permanencia en Aténas fué comisionado para cortejarnos.

Estos señores nos invitaron para alojarnos en el Castillo del Rey.—invitación que aceptamos muy agradecidos. Por lo tanto, despues de habernos arreglado algo el traje dejamos al caro "Vulcano" por unos cuantos dias. En el muelle encontramos un carruaje con cuatro caballos perteneciente á la Reina. Era el primer tren que habíamos visto por mucho tiempo. Libreas azules al estilo moderno, grandes frisos de Mecklenburgo, y un elegante "barouche," [todo esto for-

maba un conjunto agradable; pero hacia un extraño contraste con esos alrededores tan incultos.

Saltamos al carruaje llenos de un entusiasmo loco, y sentados en unos suaves cojines de plumas fuimos por el famoso camino de Piræus á Aténas—un camino muy bueno y ancho el que pasamos en tres cuartos de hora. Una polvareda terrible fué lo único que nos incomodó. Desde nuestra entrada á Piræus se habia desaparecido de nuestra vista la ciudad, y solo al salir de una arboleda por la que pasamos se nos presentó de nuevo. Esta arboleda es mentada en el país por su tamaño y por su fruta; pero este año guardaba un mal estado, pues los árboles habian sufrido con el terrible frio del pasado invierno, y no es de esperar que estos se recuperen enteramente sino dentro de algunos años. De vez en cuando pasábamos por una posada á orillas del camino; por allí se dejaban ver los grupos más interesantes, igualmente encontramos algunas récuas de mulas y de burros, y uno que otro mal carruaje. Cerca de Piræus existen aun restos de las antiguas fortificaciones de Aténas. Allí crecen olivos y viñas. Los matorrales se aclaran más, y el aspecto que presenta, al mismo tiempo que carece de cultivo es grandioso. Pasamos por un llano adonde tuvo

jugar una famosa batalla contra los turcos, el que está ahora ornado con un monumento.

Al fin se presentó á la vista la ciudad tan renombrada en la historia y con la que se ocupa la imaginacion con sus infinitos recuerdos. Sobre todo, se embarga la vista por una portentosa roca, que sostiene en su base de mármol una corona sin rival, el Acrópolis queremos decir, con su templo rico en columnas y sus cien recuerdos del colosal pasado, con su orgulloso aspecto; y así como de las facciones del hombre podemos trazarle el alma; así este edificio habla de la grandeza de los tiempos en que se elevó.

En el llano, y á la derecha vimos con toda su hermosura y simetría artística el templo de Théseo, cuyo amarilloso mármol brillaba como un oro palido. Ante nosotros yacía la ciudad, cuya circunferencia no es muy grande, se halla atravesada por una calle larga y desempedrada la que termina con el palacio, situado en una altura. Esta calle que al principio estaba formada por unas casas de un aspecto miserable, solo tiene una apariencia, mejor y como de ciudad en las cercanías del palacio real; y aun su misma entrada está adornada con una palma magestuosa.

La iglesia metropolitana, que igualmente está fabricada al estilo Bizantino, es notable por su

apariencia típica, y le hace á uno recordar los antiguos tiempos del cristianismo. Apenas se alza de la tierra unos veinticuatro pies, y es de una circunferencia angosta, sirviendo de extraño contraste con el palacio del Rey. Tal vez sucede lo mismo que con el cuento Hebraico, se deja á los sucesores del primer Rey, á que edifiquen un templo digno del Sér Supremo, mientras que el presente gobernante, como David, solo tiene que cuidarse de su propio abrigo. Las casas son como las de Pátras, solo que están en lo que cabe mejor amuebladas con aquellos requisitos de la vida civilizada. El primer piso se usa principalmente para tiendas. La poblacion llega á ser más y más bulliciosa, mientras más se acerca uno á la "gran plaza" adonde descansa en una altura el palacio real.

Del lado izquierdo ha fabricado un nativo de Trieste una hermosa casa al estilo griego; por el lado derecho no han fabricado aun, y se presenta á la vista una parte moderna de la ciudad, en la que hay varias casas bastante buenas. A la distancia relumbra el mar, y en día sereno se reflejan en él los magníficos pilares del templo de Júpiter. En la plaza hay sembrados grandes y bien ordenados plantíos de cactus, maguays y cipreses

por los cuales conduce un camino á los anchos escalones de mármol del palacio. A derecha y á izquierda hay unas callejuelas. — Se han formado estos plantíos en armonía con las líneas arquitectónicas del palacio, el que se desprende allí con el simple estilo griego sin adorno; el puro y blanco mármol del país brillando en las murallas, ventanas, balcones, y terrados, supliendo á otros adornos.

Se compone todo el edificio de un cuadrángulo largo por la parte hácia la ciudad; un balcón sostenido por pilares Doricos, está sobre la entrada y de esta una magnífica escalera de mármol conduce al piso alto. Del lado cerca del mar está un terrado igualmente sostenido por pilares que forma una vereda al terreno plano; de este, unos anchos escalones conducen á las calles. Del otro lado están los jardines de recreo de la reina con toda la exuberancia correspondiente al crecimiento de la vejetacion meridional. Detras, y hácia á las montañas, se desprende otro balcón sobre la entrada de la espalda, con una escalera de caracol de bronce y mármol. ®

Como que el exterior del palacio no tiene adorno, á la distancia desgraciadamente tiene el aspecto de un cuartel, lo que se modifica un poco al acercarse por lo rico del material. En todo caso, sin

embargo; es demasiado grande para la pequeña poblacion, aun diremos mas, para el país tan chico. Se echa de ver en el acto, el espíritu gubernativo del rey Luis de Baviera, que no regulaba la construccion de sus edificios por necesidad, sino acorde con sus ideas de lo que era conveniente; de suerte que el reino de Grecia, su capital su corte, y su dinastía deben acrecentarse para llenar este palacio. El interior es magnífico; hay una soberbia sala del baño para el rey, y otra semejante para la reina, grandes comedores pintados "al fresco", enormes salones de baile, doradas y relucientes salas y aposentos para visitas, se descubren ante la vista atónita. El conjunto es de un gusto exquisito, y está adornado con candiles y plata labrada al estilo griego. Tienen un atractivo estos aposentos, especialmente los de la reina donde hay el sentimiento de que aquí preside un ser amable, que rodea con su influencia no solamente el palacio sino hasta el país. Solo vimos estos hermosísimos apartamentos en el curso de nuestra permanencia, conduciéndonos primero á los cuartos que nos habian destinado, adonde esperamos una audiencia de la reina. Las ventanas daban al jardin y hacia el mar, pero un cuarto de la esquina me proporcionaba igualmente una vista de la poblacion y del Acrópolis.

No se puede uno imaginar cosa más interesante y más hermosa que la vista que hay desde estas alturas de los pintorescos alrededores con sus monumentos. La atmósfera despejada del Sur saca todos los contornos de una manera marcada y terminante; y parece como si la naturaleza hubiera deseado mostrar hasta adonde las formas nobles aunque desprovistas de una lozana exuberancia, y tan solo coronadas por las obras del arte, pueden posesionarse del alma. Estas regiones deben compararse con las elevadas bellezas, mientras que los deliciosos valles de nuestra adorada Alemania causan una impresion más agradable y benigna. El jardin de la Reina es notable por el empeño que se ha tomado para unir en hermosos grupos la vejetacion meridional á la del Norte, y forma un claro excelente á la perspectiva y un contraste pintoresco con el amarillo bajo del contorno puro que al mar circunda. Después de haber llegado nuestro equipaje de Piræus, nos vestimos de uniforme, y fuimos conducidos ante la Reina-Regente.

Las señoras de la corte se hallaban de pié en sala del trono adornada con gusto. Allí se detuvieron mis compañeros de viaje. Mi hermano y yo fuimos conducidos al próximo aposento, á donde nos recibió la reina la que tonia un elegante traje

de mañana. Es de mediana estatura y une á su dignidad una amabilidad en grado singular. Sus facciones expresan ingenio y fuerza de carácter. Su conversacion es afable y de "chispa" y se eleva al entusiasmo cuando se refiere á su adorada Grecia. Es una verdadera madre de su pueblo; pues solo una madre puede hablar con tanto interés de cada peculiaridad de sus hijos.

La reina goza—(y merecidamente)—del amor de sus hijos, y es recibida con entusiasmo por cualquier parte adonde vá. Oímos hablar por todas partes con admiracion, de su gobierno firme y prudente.

Nunca hubiera creido que una princesa alemana, acostumbrada á las gratas comodidades de su país natal, pudiera haberse hecho de esta manera á las costumbres griegas, ó podia haber hablado el idioma con perfeccion. Despues de un cuarto de hora de conversacion nos condujo la Reina á la sala del trono y nos presentó á sus damas, y yo igualmente introduje á mis compañeros de viaje.

La gran camarera de la Reina es una de las pocas alemanas que ocupan una posicion distinguida en la corte. Hace honor á su país por sus modales agradables y su viveza de ingenio. Además de esta tiene la "Basilissa" como le llaman en este país á la Reina, dos camareras griegas,

la señorita Photami M. y la señorita de Penelopo L. Estas están vestidas al estilo griego y no desmienten la renombrada hermosura de sus paisanas. Hablaban el frances bastante bien, y no parecían tan mal educadas. Despues de habernos invitado la reina para dar un paseo á caballo á las cinco, se despidió de nosotros.

El resto de los cortesanos eran muy insignificantes y solo haré mención del chambelán, el general G., el que es, como casi en todas las cortes un especie de "factotum".—Es uno de los pocos en quien tiene el rey entera confianza; y en la fatidica revolucion mostró su fuerza de carácter. La historia de su vida pasada es algo oscura, y circulan especies nada favorables que lo hacen aparecer como algo afecto á la vida bandolera. Su exterior corresponde con esta última suposicion. Tiene una cara melancólica—algo encapotada. Su tez y su cabello son demasiado oscuros, de suerte que gana mucho con el traje griego que cae también.

A las cinco nos reunimos en un pequeño gabinete que tiene vista al mar. La reina bajó los anchos escalones de mármol y saltó con gran agilidad sobre un caballo turco que la esperaba. Seguimos su ejemplo, y pasamos á los guardias del palacio á todo galope, por la plaza del castillo,

debajo de un arco triunfal hecho de mirto y levantado para celebrar el aniversario de la revolución la mañana siguiente, y por las largas calles al Théseo.

La reina deseaba que diéramos una ojeada á todas las curiosidades de Atenas. En las calles fué recibida con gritos de alegría y todo el mundo la saludaba con manifestaciones de respeto. La reina á caballo es verdaderamente un espectáculo agradable. Monta espléndidamente y tiene firmeza, guiando su caballo á todo galope por lugares que muchos de nuestros famosos ecuestres, apenas pasarían al paso. Los caballos de la corte de Grecia vienen en su mayor parte de las montañas asiáticas y hacen un ruido como cabras monteses por las alturas vertiginosas: cuando no pueden enterrar las pezuñas con firmeza, se resvalan con las patas de atrás por pendientes peñascosas y lisas y sin caerse. La Reina hace sus largos viajes á caballo, pues lo que es expediciones en coche, ni se sueñan.

El templo de Théseo es uno de los monumentos mejor conservados en Grecia, y tal vez uno de los más hermosos de la antigüedad. Es en lo que cabe grande; existen aun todos sus pilares, la mayor parte de la muralla interna, y el techo. El mármol del que está fabricado antiguamente

era blanco, pero con el tiempo y la intemperie, ha tomado un tinte de un amarillo hermoso, que le está bien. El estilo es sencillo y puro. Esta obra de arte luce en particular por el espacio abierto en donde se halla.

Desgraciadamente se echan de ver en las murallas y columnas las huellas de las libres balas de los Turcos.

Entre las metópas hay solo unos cuantos bajos relieves, y estos no bien conservados. Se presume que representan los hechos de Théseo. El cuarto interior del templo está del todo rodeado de murallas, mientras que en los tiempos antiguos solo tenia tres. El cuarto costado fué construido cuando este noble edificio se usó por los cristianos como templo. Despues de algun tiempo se sacaron de nuevo todos los adornos pertenecientes a la iglesia, y el interior se halla ahora repleto con los tesoros del arte desenterrados de la tierra. Sin embargo, por falta de lugar están amontonados de cualquier modo los unos sobre los otros. A nosotros nos parece fuera de lugar el ver entre las reliquias de los dioses y diosas profanos, el retrato del Salvador. La entrada principal del lado de la poblacion está cerrada. En la muralla del costado, que dá al Acrópolis, nos fué abierta

una puerta por un arqueólogo griego, el que recibió á la Reina y á nosotros.

Solo podíamos dar una mirada precipitada á los tesoros del interior, pero más tarde los enumeraré, despues de una inspeccion más cuidadosa.—De allí seguimos á la Reina por las estrechas é inferiores calles de Atenas, por entre los obstáculos los más variados hasta el Templo de los Vientos. Está construido en forma octagonal, y de una piedra arenosa y blanda, y están representados los vientos, del techo en bajo-relieve. Una sola puerta conduce al interior, adonde no hay ventanas. El terreno adonde descansa el edificio se ha elevado y tiene seis piés de profundidad, lo que nos probó lo muy cegada que está la vieja Atenas. Las ruinas de un acueducto conducen á este interesante templo, de las que tendré ocasion de hablar igualmente, más tarde.

A esto llegamos á la llamada Linterna de Diógenes, en realidad el monumento de Lysicrâtes. No es una torre muy ancha de doce piés de altura, y cuyo techo, adornado con hermosos aunque pequeños bajo-relieves, descansa sobre unas cuatro ó cinco columnas bajas. Pueda ser que alguna vez haya estado al aire libre. La cúspid del techo forma un bulto en forma de "buquet" esculpido como delfines. En el aposento de las co-

lumnas nuevamente construido parece haber existido ántes un busto ú estatua. El conjunto está muy adornado, y la obra es muy hermosa.

De aquí, seguimos nuestro camino al Aréopago y al Prynz. Estas son unas grandes masas de roca en las que podíamos ver aún, las huellas de escalones. En esta roca enseñan una especie de celda como calabozo de prision, tajado en la misma piedra—y se dice ser el sepulcro de Sócrates, pero sobre esto no existe el mas mínimo fundamento,

Vimos la puerta del mercado, es un portico sobre cuatro columnas. Se le ha dado mal ese nombre, por la gran piedra que cerca de él está colocada, y en la cual en el reinado de Adrian, se esculpian los precios de plaza. Esta era la costumbre antiguamente, y estos se encuentran con frecuencia cerca de las puertas de entrada. Visitamos además el arco de Adrian, los restos del templo de Júpiter, el sepulcro de Philopappus, y el lugar adonde en un tiempo estuvieron los jardines de Platon.

El columnario de Adrian consiste en seis pilares romanos que se destacan frente á una muralla de piedra blanda y arenosa contra la cual descansan unos estribos que la unen á las otras murallas; una séptima columna se alzaba solitaria;

parece que las otras seis antiguamente tenían unas estatuas. En la muralla de piedra, había los restos de una pintura cristiana al fresco, pues aquí también hubo iglesia. Frente á los pilares hay una pared y dentro de este sitio cercado, se han juntado algunas más antigüedades que se han encontrado.

La puerta de Adrian, en el paraje contiguo al templo de Júpiter, es un arco grande y ancho, cuyo origen romano se echa de ver y al cual sirve como de cimiento una segunda puerta sostenida por cuatro columnas. A esta obra hermosa del arte le hace sombra la magnificencia y tamaño de las columnas del templo de Júpiter. Su elevación puede ser de ciento veinte pies, y la circunferencia excede á la altura, no obstante estas dimensiones, tienen unas proporciones hermosas y perfectas. Son quince. Doce de estas forman un grupo, mientras que las otras tres se hallan á una corta distancia. El grupo mayor está tan solo unido por una que otra piedra grande, por lo demás nada queda del techo.

En uno de los chapiteles de los pilares se dejan ver los restos de una choza de piedra, que sirvió de residencia por veinte años á un Dervís ascético y fanático, durante cuyo tiempo jamás descendió á la tierra, pero se mantuvo como una

cigüeña trepada en esas altas regiones, y subía su frugal comida mediante un cordel. Entretanto á sus pies se seguían los eventos unos á los otros, y este anciano no debe de haber dejado de sorprenderse un poco cuando los victoriosos "rajahs"—los compañeros de destino, se desaparecieron, y él se quedó como el solitario, sirviente de la "Crescente" en Atenas—como la única voz del profeta en el desierto.

El aspecto que presentaba el templo de Júpiter, debe haber sido maravilloso. En las cercanías de las rocas hay un arroyo en el que usaba bañarse Calliope, la divina Musa; de suerte que á este lugar romántico y sin cultivo se le dá el nombre de ésta. La antigua hermosura de este sitio ha desaparecido, y tan solo quedan ahora las desnudas rocas entre las cuales fluye el agua.

El monumento de Philopappus descansa sobre una elevada colina, á alguna distancia de la población, y cerca del mar. Es una muralla algo partida y de una piedra blanda y arenosa, en cuyo costado más bajo se vé un bajo-relieve muy maltratado que representa la procesion triunfal de un Emperador Romano. Sobre esta muralla hay unas columnas entre las cuales están sentadas unas estatuas bastante mutiladas.

La altura sobre la cual se halla este edificio se

llama la montaña de Mussæus, dándosele el nombre del poeta griego. Desde el jardín de Platon del lado opuesto, se vé más de esta elevacion, la que está coronada por una capillita.

Por entre las viñas y el paseo de Aténas—y una ancha avenida con unos arbolitos muy insignificantes, regresamos al palacio habiéndose ya puesto el sol, y despues de haberse hecho las señoras una "toiltete" en extremo rápida, nos reunimos para comer. Todos los ministros y personajes de la corte se hallaban en la mesa. La Reina tuvo la amabilidad de presentarme con todos los ministros de Estado.

Algunos de estos señores tenían un aire Europeo y podían hablar ó Francés ó Italiano, lo que me servía de gran consuelo, pues detesto el hacerme comprender por medio de un interprete. Siempre está uno engañado en esta clase de conversacion y nunca puede uno decir como se traduce al otro idioma el sentido de las palabras. Pero con el ministro del interior, padre de la hermesa Eulalia la de Corinto, me ví obligado á buscar la ayuda de otra persona.

Este señor portaba el traje comun del país, y es de una edad avanzada. Me parecia que su mano era más apropósito para empuñar el sable ó el arado, que la pluma del administrador. Pero

en el estado primitivo del país tal vez sea mejor la naturaleza inculta. Sin embargo, seria una cosa buena que el envainado sable del Pelikaren, de nuevo se empuñase para librar al país de los bandoleros. ¿Pero entónces adónde estarían los resíduos del romance? Grecia sin ladrones seria Suiza sin montañas!

Es tan agradable al regresar uno á su hogar, el serle dado relatar alrededor de la sociable mesa del té, que ha vagado uno por las más fructíferas regiones, y visto las rocas por donde ha corrido la sangre de las víctimas desgraciadas! Miéntas no ha hecho uno conocimiento personal con estos héroes de romance, la casta de viajeros es bastante egoísta para conservar secreto un placer y temblar de gusto al vagar por el vecindario de mala fama. Por lo tanto, dejemos á las telarañas sobre los sables enmohecidos, y demos las gracias al Gobierno por la conservacion pasada y futura, de las cuadrillas de ladrones! Tal vez hasta uno de esos hombres tan llenos de dignidad que estaba sentado á la mesa, podía proporcionar material para escribir un romance de los Klephtos. ®

La comida fué servida con prontitud y elegancia, los manjares eran excelentes y nuestro apetito igualmente, despues del largo paseo á caballo. En las paredes del comedor habia pintado

frutas, caza y pescados, al estilo de los árabes. Despues [de la comida nuestra amable huésped nos dejó, y pudimos gozar de un sueño que nos refrescó.

El día siguiente era domingo, y se nos presentó la oportunidad de oír misa en la capilla del rey, á las ocho. Despues de la ceremonia en la fin, todo lo que sirve para la observancia de nuestro culto fué quitado, y entónces pasó adelante el prelado de la reina con sus sencillos ritos. Algunas veces en las fiestas nacionales la pareja real concurre á la iglesia griega.

Con el fin de conocer las costumbres de un país y especialmente las de una población, nada puede desearse como una fiesta nacional. Esta tocó á nuestra suerte en este día.

El 16 de Setiembre (aunque acorda con el calendario griego es el 3) la jóven Grecia celebra el aniversario de la revolucion. Quando del palacio nos dirijinos por las calles principales, la reina habia ya pasado por el arco triunfal de mirto y llegado á la catedral adonde una solemne funcion venia á formar el objeto principal de la fiesta. En las calles habia filas de soldados griegos. El aspecto que presentaban nada tenia de marcial. Echabamos de ver como el uniforme del soldado europeo habia sujetado los movimientos natura-

les y sueltos de esta gente. El corbatin tieso, el chacó redondo y adornado, daba un aspecto enfermiso á los hijos de las montañas meridionales. El hombre que está habituado á usar una chaqueta suelta y la enrollada "fustanella," debe sentirse en extremo incómodo, bajo el sol de Grecia, con el saco de paño abrochado y los pantalones largos.

De suerte que la juventud de Grecia esta háciendo á un lado el traje pintoresco de su país, con el fin de trasformarse en "bíteres," y parecerse más á nuestros guardias nacionales. Y sin embargo, la civilizacion europea lo requiere, y el admirador entusiasta de lo bello del siglo XIX, debe callar.

El batallon que llevaba el traje nacional era hermoso y de aspecto guerrero, y ostentaba sus estandartes con la misma magnificencia que las tropas que ya habiamos admirado en Pátras.

La gente andaba en alegres grupos entre las filas de los soldados, algunos con traje europeo, otros con el suyo de brillantes colores. Los balcones estaban adornados con suma belleza, y en estos echamos de ver mujeres de edad y jóvenes espléndidamente ataviadas. De sus centellantes ojos y regulares facciones fácilmente se podia reconocer la mezcla de la sangre eslabónica con la

antigua griega. Entre los trajes de las mujeres el de los "Hyáriots" me era nuevo. En vez de «fez» ó gorra colorada, las encantadoras isleñas llevaban un velo delgado de gaza el cual les caía desde la cabeza sobre el pescuezo y el pecho. Los vestidos son como los de sus hermanas las del continente, hechos de un material de seda de brillantes colores.

No obstante la clase de día importante que era, la gente estaba muy tranquila. Y no se notaba ni entusiasmas vivas ni aun esa curiosidad por ver espectáculos. Mas bien parecía como si la gente había venido por costumbre.

Después de que hubimos contemplado el brillo y alegre aspecto de las casas, aumentado por el sol abrazador, nos encaminamos á la catedral, muy adecuada en tamaño á una capital liliputiense.

En la puerta nos recibió una corriente de aire cálido y nuestros oídos fueron regalados con el cántico monótono de los sacerdotes griegos.

En medio de éstos estaba sentado el Archimandrita digna figura de pasados tiempos, con una barba ondulante y blanca como la nieve.

En el costado derecho de la iglesia, ante una silla de trono, estaba la Reina Regente lo mismo que una estatua de mármol, con unas vestiduras

guarnecidas de piel de armiño. Había algo artístico en idea de este traje y estaba cortado al estilo oriental.

Como que habíamos tomado lugar precisamente frente á unos arcos con columnas, de un docel algo elevado podíamos contemplar á nuestro antojo á esta señora tan llena de dignidad. Su persona estaba cubierta de una gran profusión de ricos bordados de oro; en su cabellera castaño oscuro brillaban los diamantes; el cuello lo tenía también cubierto de estas piedras, pero la expresión de su rostro y todo su porte era frío é indiferente; — se leía algo de disgusto en su fisonomía usualmente amable y animada. Esta pobre señora puede muy bien haberse acordado como á su trono progresivo se le puso el sello unos cuantos años ántes, en aquel horrible 3 de Setiembre. Podía imaginar con el recuerdo la imágen del pueblo dando alaridos, y de los consejeros que esdian, y ahora estaba obligada á pedir en oración por la conservación de las instituciones que habían sumergido en la confusión á su adorada Grecia. Contraía los labios fuertemente, en vez de abrirlos con el rezo.

Cuando terminó el himno dejamos la tenebrosa bóveda, con el fin de ver pasar en coche a la Rdina. Yo me había figurado que en esta ocasión

habria cuando ménos, sino una procesion magnífica, si característica, en vez de lo cual no habiamas que dos coches de estilo Bava ros con cuatro caballos, los que pasaron de prisay en uno de los cuales con la Reina con parte de su séquito, casi se perdía de vista. Uno que otro ayudante ricamente vestido y una escolta de lanceros rodeaban el carruaje, y todo desapareció violentamente de la vista del curioso.

La Reina se quitó sus pesadas vestiduras, despues de lo cual nos reunimos á almorzar en un cenador del jardin. Consistia éste en un enrejado de palo á manera de celosia, con un techo muy ligero y está construido sobre un espléndido mosaico que fué escavado de ese mismo lugar, y se dice ser el mas grande que se conoce. Está perfectamente bien conservado, y aparece por los arabescos que tiene lo mismo que por la forma, habersido encontrado en un antiguo cuarto de baño. Al aentarnos á un excelente almuerzo, la Reina observó el que eramos trece. Al instante se puso una mesa en un rincon del cenador, y el pobre ayudante que habia sido nombrado nuestro acompañante, se vió obligado á sentarse á ella. Este comportamiento original en esta Reina tan sensata en lo general, debe perdonarse por dos razones. En primer lugar, la gente griega es ex-

traordinariamente supersticiosa, al grado que no es prudente el declararse abiertamente en contra de estas peculiaridades. Y segunda, hace algunos años tuvo lugar en la corte un accidente notable.

Habia un dia, trece personas comiendo y poco despues uno de la concurrencia murió. A pocos dias la comitiva se reunió de nuevo, con el mismo número ominoso de personas. Un jóven inglés que habia estado en ambas comidas, en tono de chanza preguntaba, quién seria la víctima en esta ocasion. No pasó mucho tiempo, y el jóven británico era cadáver.

Despues del almuerzo mandó la Reina, que se le trajera una carretela abierta con unos caballos, en la que nos llevó á mi hermano y á mí dándonos la ocasion de admirar su destreza y habilidad para llevar las riendas. El resto de la comitiva nos siguió á pié.

Nos enseñaron una coleccion de venados y de gazelas. La Reina nos llevó á verlos por su jardin, el que es su mayor placer y orgullo. Riéndose, le llama su pequeño reino. Antes de que tomase las riendas del gobierno del más grande, este, "El Dorado" Ateniense era su principal diversion; más ahora desgraciadamente, el jardin ha tenido que sufrir á causa de los asuntos más graves del

Estado. Los jardines están trazados á la inglesa, allí crecen y se cultivan las plantas alemanas con sumo esmero, entre las palmas y los naranjos del país.

La vista desde algunas partes, por las ruinas del antiguo arte griego, es sumamente hermosa, y no podia serlo más. Solo lo que hace falta son algunos sitios sombríos, y algunas praderas verdes, para que fuera perfecto el jardin. El primer defecto lo rectificará el tiempo, pues todo esto ha sido hecho hace pocos años. En el terreno más alto se echa de ver ya un grupo de árboles, bajo cuya sombra la real pareja suele almorzar. En cuanto al segundo defecto hay ménos esperanzas —los rayos del sol son demasiado fuertes para permitir el crecimiento exuberante de la yerba. Para Aténas, sin embargo, este jardin es una maravilla, —es el único punto adonde se vé el fresco verde del follaje, y una variedad de flores en todo su esplendor.

Para nosotros, los que veníamos de una tierra más fria, la vegetacion meridional nos era especialmente interesante. La multitud de palmas ondeantes y de lozanos alóes, nos eran nuevos. Estos últimos se ven muy bien brotando de los macetones de mármol blanco como la nieve, colocados en los anchos y parejos escalones, que conducen

del costado izquierdo del palacio, de terrado en terrado, hasta el jardin. El primer terrado; siendo más ancho que los demás, se le usa como para paseo cubierto por unos columnarios. El segundo queda aun más bajo, y está sembrado de hermosísimas camas de flores entre unos naranjos. Estos, sin embargo, sufrieron tanto con el frio del último invierno que fué necesario que los cortasen hasta el suelo; pero el crecimiento de la vegetacion meridional es tan rápida y fuerte, que ya han alcanzado la altura de cuatro á cinco piés. Sin embargo, la cosecha se dilatará algunos años. El jardin, tiene un tamaño bastante regular. y durante su construccion se han encontrado algunas antigüedades muy hermosas, y estas se guardan en una parte del jardin. Hace pocos años tropezaron con un acueducto antiguo y bien conservado, el que usan al presente para traer el agua necesaria para las plantas. Creen haber encontrado igualmente el sitio adonde enseñaba Sócrates. El trascurso de los siglos convierte el lugar donde estaba la escuela de los filósofos antiguos, en un parque inglés!

Como que el ardiente sol del mediodia pronto nos lanzó de los jardines, se nos propuso el que visitásemos los departamentos del Rey y de la Reina. Estos unian á la magnificencia, la como-

didad, y encontré que había ideas muy ingeniosas, y entre los adornos griegos bonitas pinturas al fresco; pero por todas partes se traslucía de un modo visible, el gusto de Munich; y la verdad es, que en estos climas cálidos esta manera de edificar es de gran provecho.

En el estudio del Rey vimos á los hombres afamados de la antigua Grecia. En un rincón había un Apolo Bélvedere fundida en yeso, como una muestra del arte antiguo. En otro aposento vimos unos bustos de los héroes de la historia moderna griega. En la pared había colgados dos grandes cuadros al óleo, ejecutados por el pintor Hess, de Munich, representando la entrada del Rey á Nauplia y á Atenas. Los cuadros están pintados con gran maestría, y contienen muchos de los retratos interesantes del país. En este aposento no hay hasta ahora muestras del arte moderno griego, y sería difícil el encontrarlas al presente en Grecia.

Los anchos escalones que conducen á este cuarto están como tenemos ya dicho adornados con bronce y mármol del Penthélicos—una obra grandiosa. Estos escalones de piedra están colocados con tal firmeza, que la escalera doble por la muralla no tiene columnas que la sostengan. La Reina nos contó, que se necesitó mu-

cho tiempo, y muchísimo trabajo antes de que pudieran encontrar trozos de mármol sin tacha, para poder aventurarse á emprender esta obra maestra. Este tramo de escalera verdaderamente magnífico, conduce á un salón que está precisamente á la gran entrada, y en el centro del palacio. Los aposentos más hermosos del edificio son sin duda las dos salas grandes de baile que están en el entresuelo. El techo es sumamente alto. El color principal es el encarnado con ricos adornos de oro. Los muebles corresponden con las paredes y el cielo raso, y están de tal manera colocados que siempre dejan lugar para bailar. Un pintor se ocupaba en llenar de figuras mitológicas la parte alta de una de las salas. Cuando el pesado candil, y las ricas paredes brillan con mil luces de colores, y vuelen por todos lados esos trajes orientales tan hermosamente bordados, con el baile melodioso, el espectáculo debe ser verdaderamente encantador.

Las fiestas que hay aquí tienen fama entre los extranjeros de ser muy espléndidas, y de mucho gusto. Si estas festividades están ó no de acuerdo con las costumbres y con las rentas del país, es cosa que no me atrevo á juzgar. De buena fuente supe que la gente griega es entusiasta por la munificencia, y el esplendor del trono.

La Reina, que nos había enseñado las curiosidades de su país de una manera tan agradable, y con tanta amabilidad, nos invitó esa misma tarde para ir á dar un paseo á la afamada Eléusis. Toda la comitiva se colocó en dos amplias y cómodas carretelas, y así salimos del castillo por una parte baja de la ciudad, pero pronto llegamos á la "via sacra," que en tiempo de los antiguos griegos, conducía al Templo del Dios Desconocido.

Al principio pasamos por unos olivos y unas viñas, pero á poco llegamos á un desierto romántico y salvaje, y tuvimos que pasar por una angosta llanura para llegar al otro lado de la cadena de montañas, adonde yacía el tranquilo mar, y al fin de la llanura estaba Eléusis. A la derecha y á la izquierda del camino había esparcidos grandes trozos de roca, aquí y allí, grupos de pinos cuyas testas estaban coronadas con un verde mas hermoso que el follaje de nuestros árboles.

Con escepcion de varias tortugas que se arrastraban con lentitud no vimos señal alguna de la vida animal, pero en medio del desierto llegamos á las ruinas del convento de monjas de Daphne. Quedan aun paradas una parte de las fuertes murallas externas de la iglesia y las miserables cho-

zas de las monjas. Antiguamente fué edificado un castillo en este sitio, por la familia Laroche, de los Duques de Aténas. Los descendientes de Laroche existen en Bavaria.

Las murallas muestran distintamente una arquitectura meridional. Despues este castillo, fué transformado en convento, y mas tarde se edificó una iglesia al estilo Bizantino. En la cúpula hay un mosaico — representa la cabeza del Salvador y es de un estilo típico. Como que la iglesia está dedicada al culto griego, se deja ver naturalmente un biombo dorado entre la congregacion y el altar. Las largas y gruesas velas que estan puestas en los altos candeleros, exparecen una luz opáca sobre los grandes Testamentos que están abiertos y colocados en unos atriles que descansan en la pared cubierta de negro por el humo.

La quietud y el silencio de la casa de Dios daba un aspecto solemne al todo. En una capilla de un costado, hay aun algunos monumentos sobre los cuales se ven esculpidos en el mármol los escudos de armas de los Laroches. Y así es que en las cercanías de Aténas, encuentra uno que todas las historias de diversas épocas están inmortalizadas como los recuerdos los mas notables.

En el patio del convento se echa de ver aun la-

gunos restos del ornato gótico. Las paredes son tan maoisas, que parece como que si estos Duques no se hubieran considerado muy seguros. Apénas nos habíamos trepado por las arruinadas murallas cuando algo de vida comenzó á presentarse bajo la forma de unas figuras horribles como de brujas cubiertas con unos cuantos andrajos con unas canans emarafiadas y los miembros muy marchitados. Pertenecian enteramente á las edades pasadas de esas ruinas inanimadas que nos rodeaban. Lo único que faltaba, eran unos calderos y unas escobas para completar el cuadro. Estas eran las piadosas hijas de Daphne, las que estaban en el acto de esparcir en el suelo maíz turco y otros granos para que se secasen. Tocante á su santidad no hay mucho que decir, por lo ménos esta es la opinion del arzobispo de Aténas, su gefe espiritual. En todo caso su aspecto no es tan solo repulsivo, sino indecoroso, y mas bien parecen un grupo de pordioseras que de una comunidad de monjas. Dejamos las ruinas despues de que estos duendes negros hubieron besado las primorosas manos de la Reina, gritándole bendiciones.

Pronto llegamos al fin de la llanura, y con placer fijamos la vista en el mar, la aldea de Eleusis

y en las altas y hermosamente formadas montañas. Podíamos ver á esto las huellas de un segundo camino cortado en las rocas, pues la vereda está en un escollo estrecho, entre el mar y las elevadas rocas. Se observa aquí lo mismo que en el Acrópolis, y muchos otros lugares en Grecia, que los antiguos cortaban unas rodadas en la roca, y que las ruedas eran todas del mismo ancho, andaban por estas, de suerte que los caballos estaban obligados á ir por las desnudas rocas. Aun más interesantes que estos restos del camino, son los lagos de agua dulce, que están luego á la derecha del camino, miéntras que por el lado izquierdo está bañado por las olas del mar. Estos pequeños lagos tienen fecha ya, su profundidad no excede á cinco piés, están más altos que el mar al que fluyen sus aguas por debajo del camino. Este tan solo está separado del mar por medio de una muralla muy baja. Parece que el objeto de estos lagos es la conservacion del pescado; el abastecimiento probablemente proviene de manantiales subterráneos.

A la entrada de Eléusis la Reina se detuvo, y nos bajamos. Primero visitamos una capilla griega en extremo baja del techo, y la que fué edificada de las ruinas del Templo del "Dios Desco-

nocido." En el interior nos encontramos varios trozos de estatuas antiguas é inscripciones de gran interés para el arqueólogo que comprendia estos caracteres.

Miéntas nos ocupábamos en admirar estas ruinas de los tiempos pasados, los habitantes de la aldea que quedaba arriba de nosotros bajaron y rodearon á su amada "Basilissa;" quien los saludó con palabras cariñosas en ese idioma dulce griego. Es una costumbre encantadora la que tiene la pareja real de presentarse entre sus aldeanos. Toda la multitud sale á encontrarlos, regocijándose, y dejando oír por los aires sus gritos de "Lito."

Los habitantes de esta localidad, y particularmente las mujeres estaban vestidas de un modo distinto á los de Atenas; podré decir de un modo más poético, y con mas gusto. Llevan unos vestidos largos y de color oscuro, y sobre estos una capa blanca con borlas negras que les cuelgan hasta las rodillas. El corpiño está bordado ricamente. La cabeza y el cuello se halla ocu-

tado por un velo blanco, cuyas largas torceduras les caen por los hombros hasta el suelo. La abundancia de cabello es el orgullo de estas mujeres. Se lo componen ingeniosamente trenzándoselo con una lana color de castaño. Las doncellas usan en vez de velo en la cabeza el dote, consistiendo éste en un especie de gorra como casco, con una faja y borla compuesta de monedas de oro y plata, formando frecuentemente una pequeña colección bastante interesante. Se encuentran en gran variedad monedas de oro turcas, griegas, austriacas, y españolas. Este peinado original en extremo, cae muy bien sin embargo, á esa clase de facciones graves de los orientales. Un gran número de mujeres llevan anillos dorados con unos camafeos antiguos de lo mas hermosos; y los que se encuentran en los campos entre los terrones de la tierra.

Andábamos vagando seguidos por toda la cava, en la peñascosa colina que formaba los cimientos del templo. Solo se encuentran ahora unas cuantas paredes en ruinas y trozos de los pilares de mármol del famoso santuario adonde se celebraban los misterios Eleusinianos, y desea uno que vuelva Ceres otra vez á este vecindario y busque á sus niños, y que si viniera, por segunda vez se pudiera cantar:—

“Und auf ihrem Pfad begrüßte *
 Irrend nach des Kindes Spur,
 Ceres die verlass'ne Küste;
 Ach! da grünte Keine Flur!
 Dass sie hier vertraulich weile,
 Ist Kein Obdach ihr gewährt;
 Keines Tempels keine Säule
 Zeuget dass man Götter ehrt.”

Así pasa la mano del tiempo sobre los objetos de mas celebridad: y frecuentemente me vino á la memoria en Grecia el poema de Rückart, que nos habla del valle adonde primero existió una poblacion, despues un monton de ruinas, campos y mar, y al fin una ciudad otra vez. Nos era sencible la idea á nosotros los jóvenes de los tiempos modernos, al andar por entre las piedras rotas, que habian sido colocadas hacia tanto tiempo con gran trabajo por las gentes mas civilizadas del mundo,

* Y.... saludada al paso;
 Errante en pos de su adorada hija,
 Ceres corria la desolada playa.....
 ¡Ayl ya no existen allí, campos ni techos
 Do hallar puede descanso á su fatiga;
 Ni templo, ni columnas, que atestigüen
 Que allí á los dioses se rindió homenaje....

con el fin de crear una “obra maestra” para la eternidad, y reflexionar que aquí los jóvenes de épocas antiguas habian celebrado los místicos ritos de Ceres!

Nos llevaron á dos casas de los habitantes del país, adonde vimos los mosaicos los mas hermosos, representando unos niños jugando y el cenagal de los marranos. Sobre uno de estos pasa la muralla de la casa. Y de esta manera es como se entregaban á la destruccion por gentes ignorantes estas hermosas obras, aunque podian haberse conservado con un poco de cuidado. Desgraciadamente el Rey, quien abriga los mejores deseos para la conservacion de estos tesoros, no tiene el poder para mandar que se lleve esto adelante.

Al salir de la segunda, casa las mujeres y las jóvenes de Eléusis se formaron en semicírculo frente á la Reina, y comenzaron á cantar una melodía bastante monótona, una cancion violentamente improvisada y al mismo tiempo con los brazos cruzados dieron principio á un baile solemne y de balanceo. Poco á poco se inclinaban dando un paso adelante, y dos pasos cortos atrás; y despues de cada copla, daban en el áspero suelo con el taccon de sus sandalias. En este baile reconocimos las costumbres de los antiguos griegos, tal cual las vemos representados en los jarrones de la vie-

ja Grecia, y no hay duda que era un espectáculo hermoso é interesante. La Reina me dijo que la cancion se referia á su presencia. Con las primeras palabras daban á entender el placer que les causaba el que nosotros los extrangeros les trajésemos noticias de la próxima llegada del Rey; y con las segundas comparaban á la "Basilissa" á un naranjo á cuyo pié nacia un fresco arroyo. Esta gente parece tener una facilidad particular para estas improvisaciones.

Otro antiguo muelle griego se extendia hasta el mar al pié de la pequeña poblacion. Se distingue, por la piedra particular, en su tamaño y en su suavidad. La Reina nos invitó á tomar algun refrescó, cuya proposicion aceptamos con gratitud. Era una colacion campestre. Bien pronto nos trajeron una mesa bastante usada y unos banquillos. Una caja, que contenia las provisiones tan deseadas fué abierta, y nos ocupamos luego de la carne fria, hñevos y vino; especialmente con el de Eléusis, tan renombrado en el mundo. Así sucede con todo sér humano: la mente, el corazon, y el estómago forman desgraciadamente un triunvirato, que en esta pobre vida jamás podrán estar separados!

Despues de este ligero alimento, los hombres

de Eléusis no queriendo que sus esposas los dejasen atrás, emprendieron un baile parecido al de las mujeres, solo más animado y salvaje. El mejor bailarín del distrito dirigia este laberinto, y daba unos grandes saltos muy originales, semejantes á los de una gamuza, y que le hacia á uno recordar el modo de comportarse en los antiguos Bacanales. Despues de que hubimos admirado esto por algun tiempo, la Reina reunió en su derredor á los niños del pueblo, les hizo algunas preguntas con un tono amable, y repartió entre ellos los hñevos que habian quedado de sobra. Era un cuadro bonito el ver á esta mujer cariñosa entre esas criaturas tan robustas y tan traviesas. Todas se camontonaban en su derredor. Cada una de ellas deseaba un regalo. A los más borruquientos los rechazaba con la mano suavemente, pero entre los más modestos los dividia con alegría. Vaya una gritería y un jubileo! Sabe bien el modo de ganarse el corazon de sus súbditos, por los medios los más sencillos. Toda la poblacion jóvenes y viejos, se lanzaron trás el carruaje, y la Reina dejó este sitio interesante entre los fuertes y resonantes gritos de goce; "Zito Basilissa!" los más entusiastas entre los jóvenes corrieron por algun tiempo trás ella dándole vivas. Es fácil percibir que la Reina es la que sostiene el trono nueva-

mente establecido en Grecia con su influjo personal, sobre las afecciones de su pueblo.

Al pasar por las viñas, los pocos habitantes que allí había arrojaron dentro del coche las mas hermosas uvas que poseian, las que fueron aceptadas con agradecimiento; y esta muestra de afecto no fué como entre nosotros premiada con el oro. La mas alta recompensa del aldeano, fué el cariñoso saludo de la Reina. Los griegos son realistas de corazon, y conocen el valor que tiene la proteccion y la benignidad á lo príncipe, sin necesidad de que se los prueven, con el dinero.

En la noche, ya tarde, regresamos á Atenas con la brillante luz de las estrellas.

A la mañana siguiente almorzamos en nuestros cuartos, y á las nueve nos llevaron á las caballerizas del rey; estas son amplias y aseadas, y contienen una hermosa coleccion de caballos orientales. Los mas hermosos de entre éstos fueron sacados al patio ante nosotros. Tanto el Rey como la Reina son afectos á montar animales briosos. Se tiene por buen tono en Grecia que los caballos al partir muestren bastan brio, para enseñar que clase de jinete es el Rey, á la gente que de nada se admira. Los caballos están al cuidado de un oficial retirado Baváro, el que parece entender muy bien el arte de montar. De

allí nos fuimos á la nueva Universidad la que tiene el antiguo estilo griego. El salon mas grande, que aun no está concluido, está sostenido por unos hermosos pilares de mármol blanco. Apenas se ha dado principio á esta institucion; pero se están esforzando á perfeccionarla; á la biblioteca, que se compone principalmente de regalos hechos del continente y de personas extrañas, no le falta importancia. De esta chispa de una vida nueva, nos volvimos otra vez al centro de la antigua magnificencia y grandeza — al orgulloso Acrópolis hecho de rocas que sobrepuja á todo lo que hemos visto del arte antiguo.

Desde el pié de la altura hasta la puerta de la muralla externa, pasa el camino por unos terraplenes, y es segun costumbre en la Grecia moderna muy malo. Nos vimos obligados á abrirnos paso entre la polvareda con gran trabajo, hasta el lugar adonde ántes que el tiempo destructor hubiera completado su obra, subia el antiguo griego por los escalones de mármol hasta el asiento de los Dioses. En la distancia, brillaba el soberbio Propilo sobre los adoradores de la sublime Minerva, como un templo del Sol en el azulado eter. Con ahinco dirigia al vuelo sus pasos hácia arriba y pronto se encontraba en un laberinto de pilares, en los cuales el trabajo de un Fidias, cual

perlas del arte humano, le causaban al instante entusiasmo por su divinidad, y admiración por la maestría del hombre. Contemplaba las sérias y tersas facciones de la diosa sacadas de la vecina cantera del Penthélicon, y á quien su mente poética había convertido en su protectora. Ninguna oración tranquila y fervorosa de reverencia y devoción dirigida al Sér Supremo podía pasar por esos lábios. En su lugar se requerían exclamaciones de gozo al traer el sacrificio coronado de flores, que era la expresión del placer poético de la naturaleza; y sin embargo tenía su fin, en la alabanza de sí mismo. Un temor cristiano hacia el gran Creador del universo tan solo era causado entonces—por la obra del Sér Supremo, el fenómeno incomprensible de la naturaleza, y por la muerte! El Acrópolis era una diadema, con la que la orgullosa humanidad se había engalanado su gloriosa cabeza; pero á esta corona le faltaba las bendiciones puras de la Redención, el brillo de este ornamento vano estaba destruido, y el espíritu sensual se evaporó ante las espinas y la corona del Salvador. En este estado de la mente los discípulos unieron sus potencias artísticas para ornar á las catedrales (y en vez de las perlas y las joyas de otros tiempos) con el emblema simple del crucifijo. El brillo se desapareció, las

perlas se esparcieron con el vuelo del tiempo; y sin embargo, reconoce uno aun, por los restos, que las mentes que crearon estas obras deben haber sido grandes y sublimes. Yace todavía en las ruinas un encanto poético—un poder irresistible, que hasta satisface el amor propio del cristiano del siglo diez y nueve. El alma involuntariamente se llena de orgullo al pensar que estas obras fueron levantadas por hombres de carne y sangre iguales á nosotros; y como queñada se nos recordó con ver los atributos del culto pagano, en el ancho y tranquilo espacio, la imaginación tenía campo libre, y aun la mente cristiana podía regocijarse con los monumentos de la antigua Grecia.

Entramos por la parte de la muralla esterna. Después que hubimos pasado los oprimidos, llegamos á una pequeña atálaya, la que desgraciadamente, está en parte fabricada de los restos de los tesoros del arte. A derecha é izquierda yacían, unas piedras caídas, y unas columnas rotas, y pasamos por una apertura en la pared como de puerta, en los linderos del magnífico Propileo. Aun hasta el día se trazan, los estupendos escalones, que dicese llegaban hasta el mar. De cada lado se alzaban unas columnas gigantescas que formaban varios salones de entrada á los verdaderos santuarios. En los pisos de mármol habían corta-

do unas acanaladuras de tal manera que antiguamente deben haber pasado sus carros entre los escalones.

Las hileras de columnas se hallan separadas del interior del Acrópolis mediante unas grandes murallas hechas de una piedra blanda y arenosa. En el centro se encuentra una triple entrada. A la derecha del Propileo y sobre una roca que forma proyectura se halla el decorado templo de la Victoria y en el cual fijamos la atención por primera vez. Sus dimensiones son muy exactas, y de una simetría perfecta. Cuatro paredes adornadas con columnas al estilo Dórico, forman el edificio, y en uno de cuyos costados hay una hermosa cúpula por donde se pasa al interior. Al rededor de la corniza hay unos hermosísimos bajo relieves esculpidos, en muy pequeña escala. Debido á la posición abierta donde está el templo, su fondo lo forma el éter puro; y como que lo han fabricado con tan cortas dimensiones, las que últimamente han sido restaurados, tiene algo en extremo atractivo. En el interior y contra la pared nos encontramos con un bajo relieve en alto grado hermoso, de la diosa "Victoria." Los Atenienses con el fin de asegurar el éxito, no tan solo edificaron este monumento en honor de ella, sino que le llamaron el templo de la "Victoria sin

Alas," queriendo decir con esto, que puesto que la victoria no tenía alas no podía abandonarlos.

Después dimos la vuelta á la izquierda del Propileo, adonde encontramos, en un peñasco un gran aposento donde habitaban en la Edad Media los duques de Atenas.

Ahora se usa este aposento y el espacio que está allí adjunto, para museo de las antigüedades escavadas de la tierra. Aquí se encuentran amontonados piés, manos, brazos y cabezas de piedra. Solo unos cuantos de estos tenían gran importancia; pero con qué placer no nos hubiéramos llevado el pedacito más pequeño de la estatua la más insignificante! Esto como es de suponerse, está terminantemente prohibido, pues Grecia ha sido ya robada grandemente de sus más hermosas estatuas y jarrones por los Europeos amantes al arte. Algunas personas de nuestro séquito, no obstante esto, lograron ocultar unos pedacitos de mármol de los pilares ó de la muralla, como un recuerdo de este lugar histórico.

Que lastima que al gobierno griego le falten recursos, y á la nación el amor al arte! de otra manera todos estos tesoros lo mismo que las antigüedades esparcidas en varias partes, podían ser recogidas y arregladas sistemáticamente en un museo edificado para este objeto. Y de este mo-

do siquiera, las sombras de los magníficos monumentos de la antigua Grecia nos serian restauradas. Alza uno un terron y por entre los escombros de siglos vé uno, y se aparece la forma de un hermoso dorso —Aténas y Europa se regocijan de este gran descubrimiento y el dorso guarda su oscuro lugar de honor entre los demás fragmentos, hechos pedazos. Cuentos extraordinarios se relatan de la nuevamente descubierta obra maestra, se le atribuye á un Fidias, se le ensalza en los periódicos del arte ilustrado. El modelo malo y falsificado de cobre sorprende la vista del curioso en otras partes del globo, mientras que en la vecindad inmediata del tronco sin cabeza se enseñan á los atónitos viajeros los piés y las manos desde mucho tiempo halladas, como unos fragmentos sin sentido. ¿Qué no podria un artista diestro reunir estos miembros diversos, y unirlos para formar una estatua perfecta de un siglo pasado, ó por otro lado inspirado con estos modelos hermosos producir tal ó cual parte pequeña que falte? O no podria un arquitecto hábil posesionarse del espíritu de estas obras antiguas, y con la perspicacia tan exacta del artista unir los diversos fragmentos de los pilares esparcidos y formarlos todo? Desgraciadamente faltan los medios para tan grande empresa; hasta hoy solo se han

hecho algunas tentativas, cuyo éxito, sin embargo, nos prueba cuán grande seria la recompensa de esta magnífica, aunque difícil obra.

Nos sorprendimos al ver la estatua de una diosa con un rico ropage, desalojada de su puesto elevado, y permaneciendo en el Acropolis, mientras que su linda cabeza, escabada de la llanura, tal vez era enseñada en el Templo de Theseo; y sin embargo, esto puede haber ocurrido de un modo muy natural, aunque bárbaro. El cruel Turco se encontró esta figura en las murallas del castillo por tanto tiempo sitiadas; inspiracion alguna se posesionó de él al contemplarla; pues tan solo habia desenvainado el sable del Profeta, con los fines de la destruccion, y la mano de hierro del hombre bárbaro pronte completó su obra. La cabeza que con vida habia inspirado Fidias, y la que por medio de su cincel habia adquirido una fama imperecedera, fué arrojada de la deslumbradora garganta, y rodada con los gritos de la victoria por las rocas y los llanos del país conquistado. Pero estos sacrificios á la barbarie no se limitaron á los hijos de Mahoma; los campeones de países Cristianos supieron tomar parte en estas diversiones. Mas ahora debia tocar á los amantes del arte, del siglo diez y nueve, el reunir los miembros esparcidos de los dioses, y lle-

varlos otra vez al sitio de su antigua fama, como ofrendas á sus respectivas Musas. Y sin embargo, esto no se verifica, ni se verificará; por lo menos así no los enseña la historia de épocas pasadas.

Cada época tiene su estrella peculiar en el arte, que atrae la admiración del género humano. La lección que el tiempo nos dá, es que estas obras son destruidas, y sus ruinas legadas á la posteridad con el objeto de que las generaciones futuras puedan formarse idea, aprender y crear, para sí mismas.

Por las puertas del Propileo pasamos á un espacio cubierto de piedras—la morada de los antiguos dioses consagrada especialmente. Aquí encontramos el gran pedestal, marcando el lugar en el que en un tiempo había estado en pié la afamada Minerva. Aquí se trazaba aun el Templo de Erecthea; aquí se veía la grande obra maestra de la arquitectura griega—el ricamente adornado de columnas, el gigantesco Parténon, en donde Fidias había entronizado una vez su Zeus hecho de oro y de marfil. A la izquierda, á la salida del Parténon, descansan contra una muralla de piedra blanda y arenosa, unos bajos relieves esquisitos en su hermosura y tomados de los métodos del Parténon. Representan una procesion

militar triunfal en las que se echan de ver las figuras las más maravillosas; son las producciones más magníficas del arte antiguo. Y sin embargo, los principales tesoros entre estos bajos relieves, se los ha llevado Lord Elgin el representante de su nación mercante, al Museo Británico; y en recompensa por este robo de tanto éxito, ha edificado en la pobre Atenas una insignificante torre para reloj. Hasta donde se han podido estirar las grandes garras del leopardo, hasta allí ha causado heridas, para llegar á la sangre del corazón; y los despojos que se ven en la cueva de sus lares, muestran [que son largas las uñas del leopardo].

Nuestros sentimientos de entusiasmo se aumentaron conforme nos acercamos al sublime Parténon. La fachada está aun en lo que cabe bien conservada, y hace ver á la imaginación muchos contornos y puntos de los que fácilmente puede llenar el todo de el noble y viejo cuadro.

Un ancho columnario, del estilo más simple y grandioso rodea el templo, el que está cerrado y al mismo tiempo adornado con pilares. Las molduras del templo se hallan desgraciadamente muy maltratadas; y tan solo hay que ver dos figuras sin cabezas ni brazos que deben haber formado parte de un grupo de mármol. Unas hue-

llas rotas de las métopas se dejan ver entre el techo y las columnas. Tan pequeñas y tan elegantes son las dimensiones del templo de la Victoria, como magestuosas y grandes son estas obras del arte antiguo, y sin embargo, ambos se desprendan igualmente encantadores, en su armonía arquitectónica. Un encanto irresistible yace en estas ruinas de mármol; estas obras han sido proyectadas por una mente pensadora, y ejecutadas con espíritu. Solo queda sin solución una enigma; y es la siguiente: cómo es que los antiguos tuvieron la fuerza y los medios para poner unos sobre otros esos grandes montones de piedras. Si esos grandes artistas hicieron unos cálculos tan grandes sobre arquitectura, como nosotros no estamos acostumbrados ni siquiera á pensar, tales cual nuestra época pobre y miserable no se atreve á contemplar! Y así es que lograban proteger sus edificios admirables, construidos con piedras colosales sin el pegoste de la mezcla, de los con-terribles terremotos del Sur, dándoles á todos los pilares una inclinación algo aguda hácia el interior del templo; de suerte que las piedras atravesadas, apoyadas las unas contra las otras daban al todo sosten. De esta manera dieron á las bases del Parténon una dirección inclinada hácia el centro, produciendo una ilusión óptica, y hacien-

do aparecer más grandes eslos nobles edificios. Para la figura de Zeus ninguna obra mejor que esta podía haberse escogido como morada para un Dios, pues al mismo tiempo revela la gravedad y la grandeza del dios-trueno, y su aspecto poético como un admirador de las ninfas. Pasamos adentro. Adonde en una época hubo techo, penetra ahora la luz más clara del azulado éter por el mármol del Penthelicon al que el tiempo ha dado un color amarillo. El techo al cual subia el humo de las ofrendas, ahora yace esparcido en pedazos por el suelo adonde antiguamente corria la sangre de las béstias que eran sacrificadas. Del habitante ricamente adornado de esta vieja fortaleza de mármol, el Zeus de Fidias, no hay ya ninguna huella. El pelo dorado y el manto en alguna parte han servido para llenar el saco del ladrón. Han colocado en el interior dos troncos viejos de mármol, que han sido escavados de la tierra.

Aquí el Rey y la Reina se sientan á presidir las fiestas arqueológicas que se celebran. Nos creíamos como en los tiempo de la gente Ateniense, cuando á la caída de Creon enviaron fuera á sus Reyes. Sin embargo, el profesor K, se sentó en el trono del Rey con una admiración entusiasta por los antiguos, y á esto se veía reali-

zado el deseo por tanto tiempo abrigado por nuestra comitiva. Desde el principio del viaje habíamos conservado con gran cuidado un frasco de vino austriaco; fué sacado ahora, y su contenido vaciado para echar un brándis por la Patria. Las costumbres meridionales se unieron con las del norte. El Cronista K, estaba sentado como un bardo de los viejos tiempos alemanes, su cano pelo agitándose por la brisa, en el trono de mármol. Formamos círculo en su derredor, y entonces, con la inspiración del momento prorumpió en un discurso en una voz clara y resonante, é hizo una salutación á la Patria. Escuchamos sus palabras con entusiasmo y emoción. Era un momento poético, ocasionado por el amor patrio, y aun más exitante por las cercanías. H abíamos cumplido nuestro propósito de beber el fruto de las viñas de casa en la más grande fortaleza de Atica, mientras que con pasión pensásemos en nuestra amada patria. Antes de que nos pusiesemos el jugo de las saludables uvas austriacas á los labios, ofrecí una libación á los dioses mitológicos, cuyos admirables formas de arte en un tiempo poblaron estos aposentos, en presencia de los restos de los dioses antiguos, y en la piedra frente al trono segun costumbre antigua. Despues cada cual tomó un buen trago; y yo con el fin de evitar una

profanacion en lo de adelante, arrojé el frasco en el mármol. Los oficiales griegos que nos acompañaban, veían esta escena con sorpresa; cuando les explicamos lo que habia, se agacharon para recoger los fragmentos del frasco, como un recuerdo. Parecia que nuestro patriotismo habia despertado el suyo.

Mi hermano desgraciadamente, no podía tomar parte en estas festividades, una ligera indisposición le habia hecho quedarse en casa.

Del Partenon nos fuímes por un mar de piedras al Erecthea. Sobre una mazisa aunque no muy ancha muralla de mármol que lo cercaba habia unas caréatidas delgadas que tenían sobre la cabeza un entablamento ornamentado y esculpido en piedra. Los ricos dobleces del vestido, el aspero y ondulante pelo, y las facciones serias, daba una idea muy grande de su exelencia. La forma y los ricos ornamentos del pintoresco templo, le hacen á uno recordar, sin saber por qué, los hermosos esculpidos gabinetes del "cinque cento." — Por esta clase de obritas encantaderas se ha hecho famosa la Grecia moderna, y ha reemplazado algunas de las pérdidas cariátidas con obras nuevas de piedra. En este templo se hecha de menos el techo como en los demás, salvo el de Théseo; y daba á estas rui-

nas un contorno más agudo contra el celaje. El otro costado descansa sobre la muralla de piedra blanda y arenosa, lo que aumenta más la semejanza de esto á un gabinete. Del otro lado de la pared hay un cuarto bastante grande, el que está rodeado por dos lados de hermosos pilares de Corinto. A qué clase de pilar griego debo dar la preferencia no lo sé enteramente; pero el Partinoso, con sus formas mазisas aunque sutiles, me gustó mas. Ningun trabajo mal hecho, ni ningun ornato inútil hacia perder esa impresion gloriosa. Aquí lo mismo que en otras partes, con lo que es grande y hermoso, no se requiere el adorno para causar la admiracion y aumentar el encanto.

Volvimos nuestros pasos al templo que fué erigido á los dos guardianes de la antigua Aténas, Minerva y Neptuno. Pero la seria y magestuosa diosa que nació de la cabera de Júpiter, tenia superioridad sobre el inculto "hombre del agua," y la gente sábia de Aténas prefirió el regalo de Minerva, el árbol de olivo, al caballo de Neptuno, saliendo de las olas. Lo más hermoso de los restos de este templo, es una puerta de entrada ricamente adornada; y cerca de ésta, entre las rocas, nos enseñaron una cavidad de donde Neptuno con su tridente, habia causado que fluyera la corriente. El arqueólogo Pliego una persona

muy amable é instruida, nos dió entrada á una casa, en la que encontramos una valiosa coleccion de vasijas y otros objetos escabados. Los jarrones de barro de Grecia se distinguieron por sus formas elegantes aunque sencillas, lo mismo que por sus colores negros y encarnados hermosamente pintados. La animacion y la poesia se encuentran en todas las figuras de los restos de aquellos tiempos. Es digno de notarse que por el lado mas bajo de las portentosas rocas frente al mar está el teatro de Herodes que está ahora saliendo á la luz del seno de la tierra; y ya se hecha de ver la antigua figura del circo, tal cual se vé bien en Verona.

Fué edificado por algun Créso, que vivió en aquellos felices tiempos, cuando la gente solia tener demasiado dinero. Le pasó lo siguiente: Se habia encontrado con un tesoro que ya le habia proporcionado todo el lujo de la vida; no sabia qué hacer con esa cantidad de oro, y en medio de una dificultad apeló al Emperador Adrian, quien le dió la idea de emplear sus embarazosas riquezas en construir edificios.

Dejamos el Acrópolis con la elevada idea de que habiamos visto lo grande, lo imperecedero! Nos sentimos mas próximos á los tiempos en los vivió Pericles, y nos posesionamos del espíritu de

esos artistas sin rival y esos hombres grandes de Grecia, al ver el lugar donde vivieron, y nuestras almas parecían asumir las sombras de las formas del Acrópolis, como si la unidad y la vida aun reinase en estos lugares, como si el humo del rico sacrificio subiese aun al éter tranquilo, y como si los gritos de la turba ebria de goce resonase aun por el siempre lozano y verde valle. De la poesía retrocedimos á la prosa y tuve la no muy agradable tarea de recibir al cuerpo diplomático. Esto era como echar agua fria al poético fervor con que nuestros corazones se habian recreado con las glorias de los antiguos.

A las cinco y media monté á caballo y acompañé á la Reina á dar otra mirada pasajera á Atenas. El día se había nublado más. El vecindario por el que nos conducian nuestros ligeros caballos orientales, nos presentó un triste cuadro de melancolía. Colinas desnudas y de un color oscuro daban la idea de sepuleros, cuando faltaba el resplandor del sol. Los olivos, con su follage de un color gris oscuro, no daban vida al paisaje aplomado que en breve se desplegó en un ancho valle. A la entrada de este, cerca de los árboles, habia una capillita frente á la cual yacian grandes trozos de piedra en gran confusion.

Aquí fué donde escribió Byron sus poemas y aquí fué donde compuso su "Doncella de Atenas." El extenso paisaje que se descubre en este punto, refleja el alma del gran poeta, la tristeza y el deseo vehemente, los cuales se encienden en pasion profunda, por un rayo de sol ardiente. Mas hoy no le fué concedido al sol de Grecia el dar colorido á estas colinas y á estas anchas llanuras con los colores esmaltados del Sur. Dias como este no son favorables al fuego abrasador de la poesía; el corazon enamorado del poeta tan solo puede cantar en estos con tono melancólico. Era un cuadro del lánguido y no del victorioso Byron. Tan solo un lugar en la lejana distancia, la esperanza arrojaba luz sobre este triste cuadro. Una pequeña iglesia pintada de blanco y rodeada de unas cuantas casas y frondosos árboles, venia á consolar la vista. Oí con gusto que habia vivido allí una colonia de soldados alemanes retirados.

Para los admiradores de antiguos edificios hay dos acueductos que son los objetos mas notables en este valle. Datan desde el tiempo de los Romanos, y están contruidos de tejas. La mayor parte de los pilares han sido destruidos por el tiempo. Lo notable en estos acueductos y lo que causa mayor sorpresa es la manera con la que el

arquitecto ha dominado la naturaleza á su antojo, pues en el mismo valle ambos acueductos llevan direcciones opuestas. El objeto de estas construcciones ha finalizado, y los pilares quedan como tristes reminiscencias de una cultura pasada. A poco costo podian restaurarse estos acueductos, los que traerian una vida nueva á este país herido por la miseria.

Apénas habíamos abandonado estas ruinas, cuando comenzó á llover bastante fuerte. La Reina abrió su paraguas, echamos á andar los caballos al trote y precipitadamente nos fuimos á una casa vecina perteneciente á uno de los alguaciles reales, y la que estaba á orillas de un pequeño arroyo. Nos encantamos al observar cerca de esta, algunos árboles frutales y unos campos de trébol. Dejamos los caballos en el patio de la casa edificada al estilo aleman. La reina nos enseñó con alguna satisfaccion un magnífico "dairy" (1) que surte la crema á aquellos que beben el café al uso aleman. En la corte no nos tuvimos que quejar de la leche que generalmente es mala para los del Norte en los países Meridionales.

[1] Dairy, oficina donde se trabaja la leche para hacer queso y mantequilla.

N. D. T.

El ancho y exuberante follaje de unas cuantas plantas de la parra que quedaba frente al cuarto del alguacil, nos protegian de la lluvia. La Reina que á causa del violento paseo á caballo habia adquirido un apetito excelente, le dijo á la señora de la casa, que hiciera unos "panqués," los que nos comimos en un cuartito oscuro. Entretanto vinieron algunos coches de Aténas, y llegamos al palacio secos. Hicimos la "toilette" con violencia, y nos fuimos á la comida, adonde fué presentado el capitán O. á la Reina, por nuestro Cónsul residente, el Conde J.

Como que la alegre Reina creia que no habíamos hecho sino muy poco ejercicio en ese dia, despues de la comida jugamos "guerra." Toda la comitiva se esforzó en desplegar su habilidad para el juego, lo cual hicieron varios de un modo bastante cómico; de suerte que al diestro jugador de billar el Dr. E. le era fácil ganar. Con este triunfo de destreza Vienesa, se terminó el dia.

A la mañana siguiente mi hermano y yo en compañía del Conde C., del cronista K. y del ayudante que nos habian nombrado, visitamos otra vez el Templo de Théseo, cuyos esquisitos tesoros de arte que estaban en su interior, no habíamos examinado suficientemente. En esta mañana lo podíamos ver todo á nuestro antojo, y sin

MAXIMILIANO.--14

ser interrumpidos (por nuestros compañeros menos entusiastas (exceptuando al profesor G.). Mucho le debimos á las esplicaciones eruditas y agradables del arqueólogo griego. Lo más notable entre los muchos objetos del aposento del templo es un bajo relieve de una figura de un héroe del Templo de Xerges, representa á Aristion, un pariente de Théseo. De este curioso "souvenir" habian tomado poco cuidado, y le habian ocultado bajo una caja de cristal para guardarlo de los efectos del aire. Del perfil de este héroe, ve uno como hasta en los tiempos mas primitivos tenian disposicion para el arte en Grecia, y si al lado de cosas que fueron producidas más tarde esta obra aparece rígida, no obstante, se puede ver que una gente que en su infancia supo el modo de amoldar formas semejantes, debian ser destinadas á tener un porvenir glorioso. Las facciones y los miembros de la figura son toscos é informes, y de ellas podemos deducir cómo la chispa del arte habia pasado del antiguo, sério y fornido Egipto á la jóven nacion griega, y allí se habia desarrollado primero, bajo la influencia de una naturaleza feliz y poderosa, á sus sublimes y universalmente admirados resultados. Cuando deja uno estos antiquísimos recuerdos de la escultura griega, cerca de ellos encuentra numerosos monumentos que por sus elevadas ideas y su hábil ejecucion,

le hacen recordar á uno el apogeo de la antigua Grecia; porque despues del gránito y otros materiales difícilmente grabados, de la escuela Egipcia con sus frias y rígidas formas, el suave y blanco mármol del Penthelicon infundió una vida nueva á los juveniles esfuerzos. Ya el artista, ha unido las escenas de la vida real con fé mitológica, y levantado el místico velo; de suerte que el espectador encuentra una expresion del pensamiento que lo llena. Las figuras de los moribundos en el monumento siempre están en actitud sentadas y cubiertas por un velo emblemático de la sepracion del mundo. En su derredor se hallan sus parientes y amigos quienes por sus oraciones, se están esforzando á evitar la partida: ¿Si será una madre moribunda, rodeada de su familia? El artista coloca á una criatura en la rodilla de la madre, tiene un pájaro en su mano, con lo que se simboliza el alma volante de la madre. Muchos de estos monumentos están conservados, y las diversas figuras que hay en ellos no son emblemáticos; son de carne y hueso, cubiertas con las más ricas telas.

Entre los objetos restantes son dignos de atencion, otro sarcófago y una excelente estatua. Esta última representaba á un jóven, el cual nos enseñaron como Apolo—no sé, si le dieron su nom-

bre verdadero, pero lo que es la figura no era indigno del Dios. Una estatua colosal, un traje egipcio, tiene las marcas de una época más avanzada por la manera como está esculpida. El arqueólogo nos dijo que representaba á Antinous, el favorito de Adrian. Fué encontrada en los campos de Marathon. Fácilmente creí que esta obra pertenecía á esos tiempos romanos, pues le faltaba la moldura delicada del arte griego. En el peristilo de Adrian, adonde entramos á esto, se encuentran las curiosidades guardadas en el primer cuarto, en el que nos encontramos varios monumentos de la clase que he descrito ya.

Igualmente hicimos otra visita al templo de los vientos, el que me habia interesado grandemente á causa de las explicaciones del arqueólogo. Como tengo ya observado, un acueducto conduce á este edificio, cuyas aguas ahora secas, fluieron en tiempo con tanta regularidad en derredor de la estatua de bronce de Neptuno que formaban el centro del movimiento de un reloj en el cual se aparecian unas figuras segun el curso de las horas, y cuya edad y tamaño aumentaba con el número de la hora. En la primera division de esta se presentaba una criatura con el cuerno de la abundancia lleno de pimpollos; en la segunda una doncella con unos pimpollos que estaban ay

brotando, y en la tercera, la figura de una mujer con flores que estaban ya en toda su fuerza. En este templo nos encontramos tambien con un reloj de sol, en cuyo polo meridional hay una línea que muestra que ha cambiado el curso de la tierra por lo muy bajo hasta el curso de dos mil años, pues en ese dia, los rayos del sol al medio dia arrojaban la sombra de la varilla de fierro sobre este monumento de piedra.

En la division del octágono se encuentran embutidos varios bajos relieves que representan los diversos vientos y sus peculiaridades. Los más feos ó los más perniciosos, tienen unas fisonomías de vejez barbudas, con el fin de retratar la inelencuencia de los elementos. Los vientos suaves de la primavera aparecen bajo las formas de unos jóvenes. Están descalzos, con lo que se trata de demostrar cuán ligeramente pasan la florida alfombra de la naturaleza nuevamente despertada. Muchas entre esas figuras llevan instrumentos musicales en las manos, como signo de su dulzura; otras frutas y flores, para enseñar que las hicieron salir. El viento que más les disgustaba á los Atenenses tiene una enorme concha sobre la boca, como emblema de su rugido.

Del templo de los vientos nos fuimos á un aposento, que trasformaron los turcos en baño de

vapor, y que encierra ahora los moldes de yeso de todos los tesoros que no existen ya en Grecia. Entre otros están los bajo relieves hurtados del Parténon por Lord Elgin. La vieja Inglaterra fué tan buena que mandó estos moldes á los griegos, para recordarles lo que habian perdido. De allí nos pasamos á la llamada puerta del Mercado, la que propiamente, con unas cuantos pilares acortados, circunda los restos del templo de Minerva. El nombre que tiene hoy este pórtico, está mal dado.

Igualmente visitamos la Iglesia Católica que está cerca de estas ruinas. Es pequeña, y en alto grado indigna de presentarse; de suerte que en cuanto á esto nos ganaron los Anglicanos, quienes se han hecho construir una iglesita gótica muy bonita, mientras que los católicos tan solo tienen lo que ántes era una mezquita.

A la una salimos con la Reina en un carrito á las montañas. Sin embargo, á poco nos encontraron los caballos del Rey con los cuales tuvimos que subir la parte escarpada del camino. El tiempo en esta vez nos era favorable, de suerte que las interesantes veredas de la montaña, parecian mas pintorescas que nunca. El cultivo le faltaba enteramente; y sin embargo el fresco verde de los pinos se ostentaba entre las masas de las rocas, y

por la desnuda y amarillenta tierra. Nuestros caballos se vieron pronto obligados á comenzar á trepar por las resbaladizas rocas. Cuando habiamos llegado á la primera de las alturas, se nos dió la bienvenida con los vivas de los moradores del pueblito de Cupia quienes habian salido á encontrarnos. Habiamos pasado por este pequeño lugar en el valle, el que se veia ahora á la distancia. Era un lugar bonito y pintoresco, la vegetacion se habia plantado con mucho trabajo en su pedrusco vecindario, y se alegraba la vista al fijarla, en lo verde en medio de las masas parduscas.

Tan grande fué el gusto de estas gentes al ver á la Reina é hicieron tanto ruido, que se le espantó su caballo y se le alborotó. El traje de los aldeanos se asemejaba al de los de Eleusis. Mientras más nos internábamos en esta region y mientras más alto subiamos, mas oriental y mas primitivos se ponian el país y las gentes. Son una raza de hombres robustos é independientes, firmes en sus creencias establecidas, fuertes, moral y físicamente, y por lo tanto tienen dulzura y dignidad en su porte; y son elegantes en sus movimientos. Si la astucia de los antiguos Griegos, y la falsedad del esclavo, no apareciese en esta gente desencadenada, les compararia yo con el

resuelto Tyrolés. Esta negra sombra arroja una oscuridad desagradable sobre los pastores de esta península montañosa. Debido á estas curvas de la montaña que hacen bahías en la playa del mar, la gente ha adquirido la astucia de los negociantes. Ese genio guerrero y sanguinario que les hizo posible, (protejidos como lo estaban por sus peñascosas fortalezas) el cazar al enemigo de su país venganza por tanto tiempo abrigada, no fué como con el Tyrolés, pacíficamente arreglado, despues de la victoria tan difícilmente obtenida. La lucha fué demasiado larga y terrible y unida esta á los elementos de astucia de su carácter, ha venido á degenerar en el robo, de cuyo ataque aun con la gran expedicion que estábamos haciendo, no parecíamos del todo seguros, pues vimos en este día que había gendarmes colocados en varios puntos del camino.

Aunque la Reina nos aseguró que esta vigilancia era innecesaria, yo creo que semejantes precauciones no fueron tomadas sin razon. La vereda se había angostado ya, debido á los diversos obstáculos de roca y piedras. Pero la Reina que estaba acostumbrada á tales impedimentos por sus frecuentes viajes al interior pasaba ligeramente sobre ellos, y presto llegamos á alturas mas escarpadas pintorescamente cubiertas de pinos y pe-

ñascos; luego bajamos por una vereda que en nuestro país no hubiéramos honrado por ese nombre, y aquí los caballos sabian cómo avanzar sea cuesta arriba ó cuesta abajo, segun el caso. Mientras mas nos acercábamos al fin del viaje, la antigua fortaleza de Phila, en los confines, mas salvaje y mas estrecho se ponía el camino, y mas variadas las formas de las rocas. Por todas partes los nativos pinos se echaban de ver.

Estos lugares me hacian recordar nuestro Salzkammergut y nuestro Tirol.

Nos vimos obligados á seguir á caballo por unos planos de piedra ásperos, entre una muralla de roca, un precipicio escarpado, y un paso cóncavo desfiladero á la vista de la fortaleza.

Al fin nos encontramos al término de nuestro viaje encantador; el tiempo estaba de lo más hermoso, y las ruinas de la fortaleza yacian en el punto extremo de una meseta bastante ancha cubierta completamente de una vegetacion exuberante. Estas ruinas se componen de una muralla cuadrada no muy larga y de unas piedras colosales aunque blandas y arenosas; en las esquinas hay cuatro torres, siendo una de ellas redonda, lo que prueba que los Griegos ya sabian el modo de fabricar paredes redondas.

Phila fué el asilo de treinta tiranos, adonde se fortificaron, para librarse de la ira de los Atenien-

ses. De esto traslucimos que la idea de un fuerte asilo, no fecha solamente desde la Edad Media. Estos treinta caballeros podían contemplar la ciudad de Aténas, desde su nido de águila, por la cortadura de la montaña, que les era tan peligrosa con su deslumbrante fondo, azulado espejo del mar. Las cadenas de los tiranos están rotas, las murallas protectoras en ruinas, y ahora la tranquila yedra, el manto común de los muertos teje una red verde y exuberante sobre las ruinas. El tan temido castillo ha venido á parar en un objeto romántico de una escursión.

La vista de Aténas, del Acrópolis, y del océano era realmente encantadora; entre las masas oscuras de la montaña, parecía como una miniatura montada en un marco.

Después de que hubieron descansado algo los caballos, la emprendimos de nuevo por el pedregoso camino al que llamamos "rompe-pescuezos," y que se extendía por las montañas y la pequeña llanura; pero pronto dejamos este camino por donde habíamos venido, si se quiere para pasar por mayores peligros de equitación.

Nos fuimos por la espalda de la montaña y de nuevo bajamos por una vereda que tal vez podía haber formado un buen piso para las cabras monteses. A nuestra vista se descubría el angosto

desfiladero; en derredor nuestro se extendían unas rocas enterradas entre unos árboles enanos, y nos balanceábamos en nuestros caballos que medlo pisaban, medio resbalaban de piedra en piedra, por el precipicio escarpado. Un solo paso dado en falso por el fogoso animal, y el desgraciado víctima es hijo de la muerte! Estos son los paseos de recreo á caballo que hace el curioso europeo por la vieja Grecia, antiguo santuario de la civilización y del progreso. El desfiladero se angostaba mas y mas. Envano buscaba mi vista las murallas del convento, que era el objeto de nuestros peligros pasados. En vez de esto, descubrí que aquellos de la caravana que iban atrás de la Reina, mi hermano y yo, parece que observamos el peligro en que estábamos, pues tanto los ecuestres del Norte como los del Sur de cuyo arrojito tanto habíamos oído decir, se habían desmontado é iban tranquilamente estirando de la brida á sus caballos. Preferían cansarse á pié, á andar suspendidos en los aires por los precipicios. En obsequio de esa cara existencia era esto mejor, pero cuando vimos que la heroica "Basilissa" no le temía al peligro, tanto mi hermano como yo permanecimos en la silla. El lugar mas notable nos estaba aun reservado.

Como que no puedo decir la vereda, usaré la

palabra, nuestra dirección; el objeto era llegar al fondo de la barranca. El lugar donde teníamos que voltear era la proyectura de una roca adonde tan solo se podía parar un caballo. El caballo de la Reina llegó á este vertiginoso punto, cuando repentinamente esta noble señora se apercibió del peligro. Ni caballo ni jinete deseaban avanzar más allá, pero tan solo un paso atrás y se verían arrojados al precipicio. La situación era espantosa; más llegó la mano auxiliadora del ayudante de la Reina, el que guió al caballo de la rienda después de lo cual pasamos nosotros esta terrible lugar, felizmente.

A esto podíamos ya ver el término de este paso por donde corría el agua; ¿pero y el convento, dónde estaba? El mundo parecía como si estuviera encajonado. ¿A dónde descubriríamos el trabajo de la mano del hombre entre las rocas y los pinos en este estado primordial de la naturaleza? Repentinamente apercibimos que á la vuelta que daba el camino estaba interceptada la dirección que habíamos tomado al fin del llano, por una muralla pequeña por entre las pendientes masas de roca. ¿Pero á dónde habíamos de encontrar el convento? Terminándose el desfiladero, á la pequeña muralla tan solo se le podía considerar como un impedimento en el camino. El enigma

se hacia más y más interesante. Nos encontramos frente á la puerta de palo de la muralla, los goznes rechinaron, y de repente nos hallamos como por el golpe de una vara de virtud, en el patio hermoso y romántico de una tranquila soledad—el patio del convento. Por fuera, aterrababa el aspectoselvático; por dentro, se tendía una larga viña, cual un tierno guardian del tranquilo asilo de la oración. Tan solo el ojo azul claro del cielo, podía penetrar dentro de este asilo de las almas piadosas.

El paseo que á caballo habíamos hecho este día, bien podía haber sido el tipo de la vida, de muchos de estos monjes. Dejan estos el hogar doméstico adonde vivieron durante su feliz infancia entre las flores del jardín; se arrojan al mundo que se les representa como una ancha llanura circundada en la lejana distancia por pintorescas montañas. Avanzan con descaro; el camino está tan liso y llano, el hogar de guardianes y amigos tan cerca; pero las montañas los atraen, desean treparse á las azules y deslumbrantes alturas que están en la distancia. Se acercan á la base.—“Es fácil la obra,” se dicen para sí, pues mi vista puede dominar el camino, y alcanzarle de principio á fin.”—Pero estas almas candidas se olvidan de los pies que los tienen que llevar; se olvidan.

MAXIMILIANO.—15.

vidan que pueden resvalarse estos, y que abajo hay abismos y precipicios. Siguen á los sentidos y se fían en la firmeza de su paso. El valle se angosta; los planos comienzan á elevarse; rocas puntiagudas nacen de la tierra; mas el peligro no es todavía inminente. Marchan adelante con valentía. El sol se eleva en el firmamento, y arroja abrasadores rayos. La genda se pone más escabrosa. El viajero errante comienza á fijar la vista en precipicios. Al principio esto aumenta su goce. Echa de ver una aldea frente á él; los habitantes de ella lo vienen á encontrar con regocijo. Esto aumenta su orgullo; pero no se da por satisfecho. Pasa por la última colonia del hombre amigo; se vé ímpelido fuertemente hacia adelante. Desea adquirir fama; debe subir á la fortaleza; debe ver regiones que tan solo están habitadas por las águilas. Desprecia el peligro, porque ya vé el deseado objeto en lontananza. Los desfiladeros se hacen mas angostos, las alturas mas vertiginosas. Se esfuerza para subir; ha llegado al punto deseado, y tropieza con las ruinas de la grandeza caída, y entonces por primera vez se encuentra, rendido de cansancio. Se le vá la cabeza ante el espantoso abismo; y en melancólica desesperacion anda errante en el desierto. Sus deseos se ven frustrados, sus esperanzas desvaneci-

das! El peligro se hace mas amenazante, y cada paso mas fatal. Su curso sigue en assenso y se acerca aun mas al precipicio; entonces pone el pié sobre una punta de la roca. Está rodeado por un desierto aspero; la vejetacion verde ha cesado, y se encuentra solo y en medio de un mar de piedras blanquesinas. Ahora, ya le falta el valor; está entoquecido; el peligro ha llegado á su apogéo. Vé una muralla con una puerta cerrada; y con corazon arrependido caé sin sentido en el umbral. Llama á la puerta y no sabe que es lo que se le vá abrir. Los goznes rechinan, y el fatigado viajero se encuentra en el silencioso Claustro. La viña estiende sus ramas dando una sombra fresca; la Iglesia lo convida á la oracion y al arrepentimiento; y amigos llenos de gravedad le tienden las manos y lo acogen en su tranquilo hogar.

Este convento, cuyo recuerdo me causa aun emocion, está como ya tengo dicho rodeado de una muralla, y pende como el nido de una golondrina sobre la saliente roca de la peñascosa montaña. El pequeño espacio interior esta tan bien arreglado que haria honor, al mejor de esos mentados sacos de viaje ingleses. Pequeñas casas de piedra, que representan el retrato más fiel de la penitencia, se hallan contra las rocas y en la muralla.

En el pequeño patio hay un terrado algo elevado el que está cubierto por un rico tejado formado de uvas, dando á todo el interior un aspecto pintoresco.

Más allá de este terrado, está la pequeña iglesia que forma el fondo. Entramos con la Reina. Tiene el estilo de las iglesias Bizantinas. Reina en ella una atmósfera misteriosa que proviene de que el fondo de la iglesia está cavado en las rocas. Como que descansamos un corto tiempo en el delicioso patio, adonde nada se vé del vecino abismo, la caravana formaba un bosquejo bonito para un pintor de "genre" en busca de originalidad. La ropa de los petrimetros europeos tan poco interesante y tan usada; los elegantes trajes de montar de Francia, y los ricos trajes de la Grecia moderna, todo esto se echaba de ver en un antiguo claustro Oriental, que había sido consagrado al retiro del mundo. Nos habíamos sentado en la piedra. Había mucho ruido y mucha vocería en los oscuros claustros de abajo; y la escualida y de escudada figura de un viejo monje, se presentó en tre nosotros los que formábamos el joven y alegre mundo, con un semblante risueño. La blanca barba del débil viejo ondeaba sobre su negro traje al estilo Persa, y le bajaba hasta las rodillas, por encima de sus pantalones azules. Usaba unas medias blancas y uno^s

zapatos negros. En su inclinada cabeza tenía puesta un especie de gorra Persa. Desde los hombros hasta las manos estaba vestido de blanco.

Como en los monasterios del Poniente, este monje nos trajo presentes amistosos productos de la naturaleza, consistiendo estos de miel, pan, y uvas. Preguntamos adonde estaba el resto de sus hermanos, y se nos dijo que se hayában ocupados trabajando en los campos. Seis de ellos vivían juntos en esta soledad. Si sus alimentos son pocos y escasos, y si sus habitaciones forman estraño contraste con las ricas abadías de Austria, también su inteligencia comparada con la de nuestros orgullosos Benedictinos, es muy sencilla. Esta simplicidad concuerda con el estado agreste del país que habitan y ese antiguo sentimiento religioso que reina aquí, no hace menos impresion que los mas elevados conocimientos de los conventos de nuestro país natal.

Montamos de nuevo nuestros caballos, y abandonamos el paso que se nos había hecho tan interesante, con el objeto de ver una caverna que quedaba al fin, y adonde según nos dijo la Reina, había algún tiempo el Emperador de Austria se había encontrado un gran tesoro, bajo la forma de unos jarrones antiguos. Volvimos por un camino no menos pintoresco al pueblito de Cassia. Aquí

en un llanito encantador cubierto de pinos, acampamos, pusimos una mesa y unos taburetes de campo, é hicimos una comida opípara. El sitio era hermosísimo, y el descanso nos hizo provecho. Noté que la gente incuita de Grecia, lo mismo que á sus hermanos los europeos, les causaba gran placer el ver comer á las personas de alto rango.

Frecuentemente he pensado que se imagina que las Reinas deben comer de distinto modo de seres comunes, mas aquí el interés fué mútuo, pues nosotros los viajeros, nos alegramos de la oportunidad para observar á los espectadores Griegos. Despues de que hubimos levantado el campo, la Reina les habló á los niños, que se hallaban entre la multitud, con un lenguaje Griego encantador.

Emprendimos otra vez el camino. Como que habiamos pasado por la llanura nos alcanzó la noche, y se nos presentó á la vista una escena nueva. Se apareció la luna con su solemne y tranquila faz, en medió de un coro de estrellas. Como que en el Sur todo es más claro, más fogoso y más inspirador, así tambien las estrellas aquí centellean con más brillo y encanto. En el Norte la luna aparece como si estuviera sostenida por el azul del firmamento, mientras que por las campiñas de Atica parece como si estuviera suspen-

sa en el aire libre permitiendo que el ojo aparentemente penetre más allá en la desconocida y lejana distancia. Con tal claridad brillaban las estrellas per la noche, que la Reina pudo partir al galope hasta la capital, no obstante los malos caminos. Los carruajes que nos habian venido á encontrar, á gran placer mio no fueron ocupados, y sin aldojar la rienda llegamos al castillo real, sopiándonos ese espléndido viento de la noche meridional. Confieso con admiracion, que la garbosa "Basilissa" conoce el modo de mostrar á sus huéspedes las bellezas de su país, como tambien enseñarles á apreciar sus tesoros.

Estabamos cansados con el largo paseo á caballo de siete horas, pero esto tan solo corporalmente, pero no mentalmente, de suerte que la claridad espléndida de la luna nos hizo resolvernos, (habiéndonos refrescado algo) á estirar el cansado cuerpo de nuevo. Nuestro amor al arte hacia que tuvierámos un entusiasmo insaciable, y esto nos abstenia, de confesar fatiga. "L' appetit vient en mangeant," y por consiguiente el número reducido de filólogos griegos y los admiradores de antigüedades se consideraban realmente dichosos al acabarse este dia memorable que les habia proporcionado este buen rato. Al placer de ver estas obras del arte griego agregamos la mali-

cia y nos divertimos con esas caras de desesperacion que tenían algunos de los prosaicos amantes á la comodidad.

La excelente comida fué despachada prontamente, y presididos de la Reina montamos al carruaje. Durante el paseo tuvimos la oportunidad de admirar la pálida luz que la luna arrojaba sobre el paisaje, mostrándonos con esto cuan acreedores eramos á semejante candel. Todo lo que era sublime estaba visible distintamente, mientras que los pedazos desiertos de tierra yacían en la oscuridad. Todo color habia desaparecido dando un tinte suave al conjunto de suerte que la forma de los objetos tan solo por su sombra se distinguían.

■ Cerca de la puerta del Acrópolis, en la altura, por poco fuimos víctimas de nuestro amor al arte. Los caballos que no parecían participar de nuestro entusiasmo, no podían seguir adelante en la "vía sacra" y el carruaje comenzó á resbalarse para atrás sin más que más por el escarpado camino, al precipicio. Los griegos de nuestros tiempos que jamas conducen los carruajes por estas vías, no les daba nada el salvar nuestros temores; ninguno cerca nos causaba la grata ilusión de que seríamos salvados. A esto la Reina, se aprovechó de los únicos medios de escape que nos quedaban,

y en medio de los gritos de desesperacion, brincó fuera del carruaje. La dama de honor que se habia desmayado á causa de una emocion tan poco usual en una griega, fué arrojada en los brazos de un lacayo bávaro y corpulento. Carlos y yo, nos salvamos del mismo modo que la Reina. La carretela libre de nuestro peso, fué detenida por los caballos, y entramos á pié por la elevada puerta del templo de la Deidad.

Del patio exterior tuvimos la primera ojeada mágica del mar convertido en espejo de plata. Mi vista siempre descansa sobre el anchuroso oceano, poseido de sentimientos elevados, lo mismo que la primera vez que le vi iluminado por la luna llena de Grecia. Siempre habia anhelado y soñado por el Sur; ahora mi sueño está realizado, y más que en sumo grado. Con que sentimientos de satisfaccion pisé los relumbrantes escalones del Própileo, cuyas columnas se desprendían como gigantes de la época de los dioses. Negra y cuadrada se alzaba la sencilla torre francesa, del terreno oscuro; pequeño, pero sin embargo con una sublimidad hermosa estaba suspendido entre el mar y el cielo azul oscuro el templo de la Victoria, como la fantasía de un sueño. Orgullosa sobresalía el grando Parthénon, como si se hubiera levantado al mandato de una deidad. Las Cariátides so-

portaban ligeramente el templo de la ninfa Erec-
thea.—Todo era tan hermoso, tan grandioso, tan
fantástico, y todo estaba en ruinas! Involuntaria-
mente me cruzó este pensamiento al encontrarme
parado entre estas ruinas iluminada por la luna.
“Aquí está el cementerio de la Historia.”

Cinco épocas nacionales han dado la vuelta por
este lugar, y aun ahora la primera de estas nos
llena todavía de admiración. Esa poesía profun-
da que yace en las obras de la Grecia jamás podía
haber sido inculcada por ellos en otras gentes.
el Romano es grande, pero con una pesadez opre-
siva; el francés es angular, fuerte y cioso; mien-
tras que entre los turcos se ve por sus desnudos
cráneos el espíritu cruel y fanático de la destruc-
ción.

Con el génio del entusiasmo, nos condujo la
Reina á un punto de vista selecto y admirable,
desde donde podíamos contemplar los edificios
aislados en toda su magnificencia. Como Reina
de los griegos ella contempla la gloria que queda
á estas obras maestras, como parte de su he-
rencia.

Me podía yo haber quedado por horas enteras
en estos diversos puntos de vista, engolfado en
mis propios pensamientos, pero la comitiva era
demasiado numerosa, y habia mucho insignificante

de la naturaleza humana mezclado con nosotros.
Sentia como si aquí pudiera escribir en verso—
poemas de vehemencia y de elevados sentimien-
tos. Nos subimos hasta la cima de esa roca tan
ricamente cargada, desde donde podíamos ver la
nueva población. Yacia tranquilamente, y tan
solo la luz por las ventanas mostraba que reinaba
la vida allí. Así como cuando una criatura se
sienta al pié del trono de sus antepasados de re-
nombre, así yacia la ciudad, y la “Basilissa” que
estaba parada junto á nosotros, es el lazo que
une al presente con el pasado. Nos separamos
con el corazon lleno, y mi espíritu se posesionó
con los pensamientos de otros tiempos.

La Reina, con el fin de probar la paciencia del
cortejo, con gran placer mio, se dirigió hácia el
Areópago, desde cuya roca el buen San Pablo ha-
bia predicado á los Atenenses sobre el “Dios
Desconocido.” Aquí tambien estaba divino. La
Reina se deslizaba por los trozos de piedras con
la misma alegría, como si hubiera estado descan-
sando todo el dia, y esto con mucho disgusto de los
amantes á la comodidad, que más bien les hubie-
ra gustado estar soñando en el espumoso cham-
paña.

Al salir del Areópago y repentinamente vi-
mos por el lado que daba al mar, un espléndido

metéoro de tal tamaño que parecía como que si estuviese precipitándose la luna dentro de las olas. Cambió de color, de verde á encarnado, y dejó tras sí una extensa huella como de llamas.

Velvimos á entrar á nuestra ominosa carretela, y nos dirigimos á las columnas de Júpiter. Todas son grandes como todo lo que es Romano, pero les faltaba ese aire hermoso, poético de las obras griegas. Un esplendor sin gracia.

Regresamos al palacio real por la Puerta de Adrian. A cada instante me deseaba de nuevo en el "Cementerio de la Historia," no obstante que habia estado en movimiento todo el día. Miéntras viva, siempre recordaré esta noche, lo mismo que á la "Basilissa."

CAPITULO V.

UNA VISITA A LA MEZQUITA EN ESMIRNA.

—o—

La primer mañana en el Asia Menor, la primera en el Imperio Otomano, nos sonrió con alegría. Frente á nosotros yacia el Oriente, con su riqueza, su vejetacion y sus mil deslumbradores objetos que se ostentaban á nuestros sentidos. Las flores de Asia se abrian ante nosotros; nuestros ensueños por tanto tiempo abrigados se veian ahora realizados.

Sobre una ligera altura á orillas del mar, habia una poblacion con sus innumerables casas mezcladas en confusion de colores y de formas útiles. Sobre esas torres, esos postes de señal del Mahometismo, alzaban su arquitectura tan peculiarmente elegante, al lado de las cúpulas de las mezquitas. Ricos bosques de cipreses en las alturas dan som-

MAXIMILIANO.—15.

metéoro de tal tamaño que parecía como que si estuviese precipitándose la luna dentro de las olas. Cambió de color, de verde á encarnado, y dejó tras sí una extensa huella como de llamas.

Velvimos á entrar á nuestra ominosa carretela, y nos dirigimos á las columnas de Júpiter. Todas son grandes como todo lo que es Romano, pero les faltaba ese aire hermoso, poético de las obras griegas. Un esplendor sin gracia.

Regresamos al palacio real por la Puerta de Adrian. A cada instante me deseaba de nuevo en el "Cementerio de la Historia," no obstante que habia estado en movimiento todo el día. Miéntras viva, siempre recordaré esta noche, lo mismo que á la "Basilissa."

CAPITULO V.

UNA VISITA A LA MEZQUITA EN ESMIRNA.

—o—

La primer mañana en el Asia Menor, la primera en el Imperio Otomano, nos sonrió con alegría. Frente á nosotros yacia el Oriente, con su riqueza, su vejetacion y sus mil deslumbradores objetos que se ostentaban á nuestros sentidos. Las flores de Asia se abrian ante nosotros; nuestros ensueños por tanto tiempo abrigados se veian ahora realizados.

Sobre una ligera altura á orillas del mar, habia una poblacion con sus innumerables casas mezcladas en confusion de colores y de formas útiles. Sobre esas torres, esos postes de señal del Mahometismo, alzaban su arquitectura tan peculiarmente elegante, al lado de las cúpulas de las mezquitas. Ricos bosques de cipreses en las alturas dan som-

MAXIMILIANO.—15.

bra á los sepulcros de los Turcos en medio de esa tranquilidad magestuosa y solemne. Sobre el punto más alto, como sobre un terrado, estaban las ruinas de una formidable fortaleza la que se le atribuye á Alejandro el Grande en este país tan rico en recuerdos históricos. En el fondo se elevaba la cadena de montañas con sus miles de contornos variados, circunvalando el trasparente golfo como una media luna, y formando en sus playas los mas verdiosos declives y valles, adonde se asomaban unos cuantos y solitarios sitios de colonos.

El más hermoso de los valles condujo á la fama en tiempos pasados al bravo héroe, Ricardo Corazon de Leon. Llamase Cordelion. En la otra playa se echaba de ver una de las fortalezas Turcas en un pequeño promontorio; y sobre toda esta magnificencia se alza el azulado y terso cielo. Cada minarete, cada ciprés, cada cúpula hermosamente arqueada, y cada casa brillantemente pintada, era una revelacion para nosotros y excitaba nuestra curiosidad. Nos tuvimos por felices cuando al fin se descolgó el bote del costado del buque y nos alzamos sobre las olas con los potentes golpes del remo, acercandonos á la májica costa.

La expresion de lo espiritual, la incorporacion de ideas elevadas es la primera cosa que debe bus-

car el viajero en un lugar extraño. En este estado de la mente el minaréte solemne y la mézquita, fueron nuestro primer objeto en esta maravillosa tierra Asiática.

Deslumbrados y confundidos por la multitud de encantos, pasamos por las calles y los bazares á una plaza elevada en los suburbios, adonde se levanta la mézquita de Kiltgezagi. Frente á los escalones de entrada hasta el terrado elevado, (antiguamente los simientos del edificio), hay un pezo rodeado de árboles que dá al conjunto una expresion de vida y de frescura. Es bonito pensamiento, que en los escalones de la casa de Dios se proporcione ese rarísimo refresco en el clima de Oriente, árboles y agua. La mézquita, que consiste de una gran cúpula arqueada descansa en un lugar elevado rodeado por un parapeto de piedra. A la derecha se alza el sutil minarete, en el interior del cual una pequeña y oscura escalera conduce á una galeria que termina en un angulo agudo. De esta, y cinco veces al dia el Muezin llama á oracion. El minarete y la mézquita parecen estar construidas de una piedra arenosa y parda. Frente á las tres entradas se tienden unas escaleras, que conducen en la actualidad á un terrado que sirve como un lugar para la oracion preparatoria, que reza todo maometano antes de

entrar a la mézquita. Sobre la puerta central se alza una torrecilla con un balcon bajo, desde donde le Iman entona sus oraciones.

El Cónsul nos dispensó el que nos quitásemos los zapatos á la entrada, permitiéndonos por lo tanto el cometer un sacrilegio, segun las ideas mahometanas. Llenos de esperanza entramos á la parte consagrada del edificio y recordabamos á cada instante esas iglesias que parecen "peluquines." Hileras de pilares dividen el lugar en tres partes; en el centro y en la más grande de estas se alza la cúpula. Las paredes y las columnas están adornadas con oro y ornatos de color, pero el fondo es blanco. En diversas partes del edificio están pintados varios textos del Corán. En el centro de la pared, frente á la puerta, está el lugar adonde el Iman superior pastor de las almas turcas lee las oraciones principales. La pared de atrás está cubierta con gran profusion de decoraciones de oro; y el piso allí, como por todas partes, está cubierto con ricas alfombras. El resto del piso de mármol está provisto de esteras de juncos, arreglo muy ventajoso para las rodillas y los piés de los cristianos.

En el lugar adonde en nuestras iglesias generalmente se halla el altar, hay colgadas tres pinturas; la del centro representa el sepulcro del

Profeta. A la derecha vimos á Medina y á la izquierda á Meca con sus minaretes y sus cúpulas. Estos cuadros están pintados con una perspectiva aerea peculiar y no del todo sin mérito. El material parece ser al temple con un color encarnado. Estas pinturas de los lugares sagrados de los mahometanos, son los únicos cuadros pintados por los turcos, pues á los creyentes de la verdadera fé se les está prohibido el que representen cualesquier otra cosa acorde con los estrictos mandatos del Corán. Esta puede haber sido muy bien una de las razones por la que en Europa hemos estado por tanto tiempo en la oscuridad tocante á los usos y costumbres de la vida doméstica de los turcos, porque el coloso mahometano se guardaba de las influencias de los extraños prohibiendo la posesion de retratos ó de pinturas sagradas ó cuadros de "genre." Estos mandatos y estas prohibiciones del sábio Profeta y sus explicaciones ó doctrinas contribuian á dividir como con una muralla hecha de mil piedras, á los incrédulos, de los miembros de su congregacion.

Mas un cambio comienza ya vislumbrante aun en estos distritos. La idea de la obediencia religiosa está considerada como una molestia resible, que debe oponerséle. Empiezan á sacar las piedras más chicas de la bien unida muralla, y se

olvidan que las más grandes tienen que caer igualmente, como consecuencia necesaria. Bajo el título de abusos, comienzan á hacer á un lado todo lo que no es absolutamente y al momento necesario hasta que se renuevan los puntales necesarios para el sosten del todo, y el edificio entero quede derribado con pleno conocimiento de lo que se está haciendo, por parte de algunos, y á gran sorpresa de otros de los innovadores.

A la derecha de este lugar, que está adornado con las pinturas, se tienden unos cuantos escalones que conducen á una torrecilla sostenida por cuatro pilares. La entrada a este pequeño y elegantemente construido gariton, está oculta por una cortina colorada. Un techo que termina en ángulo, se eleva mas alto que la muralla principal, y sostiene en su extremidad, como por protección, al pequeño edificio, la media luna, ese símbolo de los mahometanos, en un tiempo tan formidable, que sin misericordia destrozó, como una hoz, razas y gentes. En esta alta y ricamente adornada casita, es deber del Iman rogar por el bienestar del Sultan. Esta costumbre es muy adecuada á una monarquía absoluta, adonde el jefe de ella es igualmente cabeza de la Iglesia; pues naturalmente debe causar honda impresion en la gente el saber que su gobernante tiene su

lugar aparte y separado de los demas; y solo el sacerdote puede subir, como en la escalera de Jacob, á estas altas regiones, desde donde, como de las nubes, permite á la gente oír sus oraciones, para el sucesor de Mahoma.

Frente á esta torrecilla, y á la izquierda de la pared, hay un púlpito blanco y oro ricamente adornado. Aquí el libro, de los libros mahometanos, ó por mejor decir, el único que conocen, se lee. Todos estos detalles de la Mezquita, tienen mucha semejanza con los de nuestra Iglesia. Este pequeño edificio, tan ricamente adornado, le hace á uno recordar el copon. El púlpito es enteramente como el nuestro, aun en la forma y los ornamentos; y el coro, como el nuestro, le echamos de ver arriba de la puerta de entrada; solo que en vez del órgano hay una gran division con enrejado, adonde asiste el Sultan á los oficios. Cuando subimos al coro, encontramos, por supuesto, que esta division estaba cerrada. En este arreglo se echa de ver una prueba de buen sentido; la gente piadosa se imagina que su gobernante está presente, aunque su persona está ocultada á sus escudriñadoras miradas; que excita su curiosidad y fomenta una adoracion misteriosa en la multitud.

Es digno de atencion el gran número de lámpa-

ras. Huevos de avestruz y[mogotes de ciervo, están colgados por la mezquita, y conservan esta verdadera mezcla de colores, encanto oriental. La pregunta siguiente se viene á la imaginación: ¿qué tienen que hacer los huevos de avestruz y los megotes de ciervo en la casa de Dios? Hicimos esta pregunta, y nos dieron otra prueba de la superstición mahometana: los fieles cuelgan estos objetos en la mezquita, para impedir que las alabanzas injuriosas de los incrédulos les hagan algún daño. De suerte que cuando un cristiano entra en la mezquita y alaba la hermosura del edificio ó la magnificencia del interior, su mirada vaga de admiración tiene que venir á dar sobre estos apéndices, y se ahuyenta la desgracia que podía resultar de su admiración. Esta creencia, extraña como aparece, en nada daña el efecto general que causa en el espectador.

La impresión que hace la mezquita con sus hileras de pilares y sus cúpulas, eleva, ameniza, y es grandiosa.—Nada repulsivo encuentra la vista del cristiano; ninguna ostentación exagerada ni tampoco una marcada sencillez desagrada al visitador. Solo un tesoro echa de ménos el cristiano: el altar. Este objeto consolador para una alma oprimida, hace falta en el templo de los mahometanos; y esta falta es lo que hace que el servicio

del culto nos parezca tan frío y poco interesante. Falta la unidad: el sacrificio mismo, incluyendo todas las oraciones. De aquí nace un vacío en la casa de Dios. Le ocurre á uno el pensamiento que podía uno igualmente orar en su casa—que ni sinagoga, ni mezquita, ni iglesia, son necesarias. El judío de todos es el que siente esto más fuerte. Su templo está destruido, su altar hecho pedazos, robada la perla de su religión, y siéndole solo dado el ofrecer el sacrificio en Sion, siente inútiles anhelos por la pasada felicidad de los Patriarcas.

Nos fué concedido á los discípulos del Mesías encontrar en la más magnífica catedral, como en la más pequeña capilla, algo superior á lo que jamás se había presentado en el admirable templo de Salomón. Por lo tanto, buscamos tristemente en las iglesias de los diversos creyentes el lugar predilecto, al que los ojos de la multitud en oración se dirigen durante el santo sacrificio.

Aunque era viérnes—el domingo de los turcos—no había en esos momentos servicio en la mezquita; era demasiado temprano, y ni un solo devoto había llegado. Una especie de Iman nos enseñó aquello. Llevaba un turbante, un vestido a lo persa, de seda rayado, una banda y un sobretodo. A este traje se unía un aspecto indolente con una

tez amarillenta y una barba larga que formaba un cuadro enteramente característico.

Al dejar la mezquita para ascender al minarete, vimos á un turco engolfado en oracion, tendido en el terrado dedicado á la oracion preparatoria. Estaba arrodillado en un tapete, que es costumbre que todos lleven. Su vestido consistia en un traje a lo persa, de un color rojo listado y de un turbante blanco como la nieve. Se habia quitado los zapatos y los habia puesto junto de él; en sus manos machucaba las cuentas del muy estimado rosario oriental. De su tostado rostro, hasta cubrir el pecho, le colgaba una barba blanca; tenia los ojos bajos, como en profunda meditacion; sus facciones serenas y contemplativas. Era un cuadro que impresionaba. Solo de cuando en cuando miraba en derredor suyo con disgusto y ansiedad, é interrumpido tal vez por nuestra ruidosa conversacion, ciababa en nosotros por un momento sus negros y fanáticos ojos. Como que apercibió la curiosidad y el desden de los incrédulos, prorumpió en un grito lastimoso y entonó sus oraciones con tono suave, quejándose tristemente. No era la expresion de un reproche irónico y frio contra los curiosos cristianos, sino mas bien la expresion de pesar por el sacrilegio que probablemente se le figuraba que habiamos cometido.

Llenos de emocion, de lastima, y de estimacion por este virtuoso adorador abandonamos el lugar y subimos la pequeña y oscura escalera de piedra que conducia al minarete. No subimos hasta arriba, sino que dejamos al minarete y á su escalera misteriosa por una pequeña salida, con el fin de ver los techos del costado de la mezquita. Desde este punto podiamos ver á Esmirna divinamente—la orgullosa princesa del Oriente. Las bellezas de la naturaleza eran mas grandes que la hermosura de los edificios alzados por la mano del hombre. Muy léjos se extendian las exquisitas llanuras de un plateado azul, y magestuosamente su testa coronada descansada, con sus pintados adornos, como estrellas, sobre las verdes faldas. En medio de un mar de casas, se distinguía el lugarcillo á nuestros piés como particularmente bullicioso y alegre, siendo la salida principal entre el bezar, las calles y la mezquita.

El lugar estaba lleno de individuos de diversos trajes variados colores de tez, y estos clababan la vista en los incrédulos forasteros, en cuyo honor habia mandado el Pachá que montasen guardia las tropas frente á la mézquita. Como que veiamos con interes á la muchedumbre que estaba á nuestros piés; derrepente oimos un repique curioso de campanas. Esperamos á ver lo que ocurría.

Subitamente se dispersó el gentío, y vimos una masa de un color castaño que se movía con paso uniforme y solemne. Era una procesion de una especie peculiar—una procesion de las mil y una Noches—un cuadro ó mas bien una sucesion de cuadros como los que ha pintado Horacio Vernet—una vision que no podia pintar la mas brillante imaginacion, ni la mas fluida pluma describir; pues cosas semejantes á las que vimos se encuentran solo en Oriente, en los campos de Asia, en los ricos y bulliciosos bazares de Esmirna de Damasco, y de Bagdad—donde solo gobierna el sable de Mohama, adonde la palma florece, y la Media Luna brilla por el desierto. La procesion se componia de camellos ricamente cargados de mercancías y de fruta. Nos parecian como heraldos, ó representantes del antiguo mundo.

Este animal que lleva á la familia del indigente árabe á través del arenoso desierto, como un buque, que se le da leche para su sencilla alimentacion, que le sirve como de muralla protectora contra el simoun ó tempestad, y en caso extremo que cae como víctima con el fin de abrir á su amo el algibe oculto—no pregunta el forastero con admiracion por qué este animal uno de los más útiles que Dios ha creado, es tan feo, tan espantosamente feo? Basta esta contestacion; que

lo realmente útil y competente en este mundo, frecuentemente se presenta con un exterior tosco y de baja esfera. Todo es extraño en este animal. Haciendo eses, mas no sin dignidad, la suave y esponjada pata pisa el ardiente suelo; la cabeza, como de serpiente, se estira muy lejos de su delgado pescuezo; la joroba, sumamente cargada, se eleva en forma de un arco elevado, como una montaña estéril y disforme. El ojo vivo, ya se presenta pasivo, ya furioso. El pellejo lo tiene tan grueso como pulpa; y sin embargo, todo el deforme cuerpo no tiene color definible. A poco rato estos hijos del desierto habian desaparecido de las calles.

Regresamos al minarete despues de haber andado por el techo y de haber visto el interior de la cúpula por una galería que hay al derredor de ella, y que tiene un borde tan bajo, que cualquiera que sufra de mareo debe abstenerse de inspeccionar la mezquita á vuelo de pájaro. Al abandonar el edificio, habia desaparecido ya del terrado externo nuestro resandero turco; probablemente se habia metido á la mezquita. Dejamos estos altos terrados y entramos á la vida variada del bazar.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

CAPITULO VI.

UNA VISITA AL MERCADO DE ESCLAVOS
EN ESMIRNA.

—o—

Habíamos estado vagando de acá para allá por algún rato en el alegre y bullicioso bazar, cuando, dirigiéndome á mi dragoman, le hice esta pregunta:—¿A dónde está el mercado de esclavos? —Estaba turbado, y me contestó que éste ya no existía en Esmirna. Como que yo había sabido todo lo contrario, no era natural que quedara satisfecho con esta respuesta; de suerte que dirigí mis pases al despacho de nuestro cónsul, el que me informó que los turcos aparentan ante los cristianos que este mercado no existe ya, causándoles alguna vergüenza esta venta bárbara de seres

humanos. No obstante esto, siempre pensé que no debíamos abstenernos (por consideracion al musulman) de visitar este interesantísimo lugar, y me mantuve fiel á mi propósito. Despues de esto, uno de los empleados del consulado nos dió una contraseña para poder entrar por cierta puerta; le comprendimos y seguimos sus huellas. En un portal que estaba bajo de una casa, se hallaban los vendedores de esclavos, vestidos con ricos trajes turcos. Fumaban pipas y "narghiles," recargados contra la pared; y tenían una expresion fria y casi idiota. A su lado habia unos cuantos esclavos cubiertos con una ropa blanca y unce trapos color de castaña.

Estos negros se apartaron de nuestras miradas de curiosidad, con quietud y en silencio. Sus fisonomías son repugnantes, sus figuras pobres y débiles; sin embargo, su porte, como el de todo suriano, es suelto y casi noble. Despues de pasar la puerta, entramos al patio mas chico. Aquí yacia, ante nuestra vista, el cuadro de la mas espantosa miseria y amargura.

En el suelo, polviento y lodoso, estaban unos grupos de negras medio desnudas. Habia colocadas cinco y seis juntas en unos petates, y tenían unas posturas variadas y artísticas. Su escasa ropa consistia en unos cobertores de un color azul y verde,

y con estos se cubrian sus delgados cuerpos lo mejor que podian. Entré estas habia algunas que tenían su lanudo cabello envuelto con un trapo. Todo se veia negro y mas negro en este lugar horrible. La tez de los hombres, sus trajes, el piso, la escasa vegetacion que cubria la choza en ruinas, todo tenia un aspecto espantoso.

Unas cuantas de estas mujeres se mofaron con una expresion estúpida y una sonrisa de desprecio, é hicieron con sus largas y duras manos unos movimientos medio cómicos; parece que nuestra presencia les causó un efecto ridículo. Sin embargo, otras se fijaron en nosotros con una mirada vaga: parecian cuerpos sin alma. Habia otras que estaban paradas junto á las puertas caidas de sus habitaciones, las que en Europa no se les hubiera considerado bastante buenas aun para cuadras. Una de estas mujeres tenia una especie de lepra en los piés, debida á una larga caminata bajo el sol. Esta criatura desgraciada estaba allí acabándose sin ayuda; la vista de esta, casi me enfermó de compasion y de disgusto. En el centro de este lugar habia un árbol seco, en cuyas ramas estaba colgada una jaula con tres pericos de un color pardo, y estos los ofrecia de venta un muchacho turco, á razon de veintitres francos cada uno. Así es que, en este lugar, los hom-

bres y los animales son comprados por sus semejantes:—un pensamiento degradante.—Muchos de esos cristianos, filántropos que se lamentan, que alaban y oyen alabar diariamente esa máxima del amor al prójimo, son los que compran con oro incontable estos pájaros emplumados; mientras que sus semejantes son vendidos en mucho menos precio. Sin embargo, sería incurrir en un error el creer que á estas gentes se les haría felices dándoles su libertad. Hay mas que considerarse sobre esto, de lo que generalmente se piensa. En su país natal, estos hombres viven en un estado animal y salvaje; y debido solo á la profunda degradacion en que están sumergidos, es fácil el poderlos coger y venderlos. Podrédos hacer tentativas para llevar el remedio al centro de la Africa por medio de misiones y de la civilizacion; pero el hombre rara vez va á dar hasta el fondo del mal, y se satisface con solo el remedio momentáneo y aparente! Desde el momento en que estos hombres llegan á ser propiedad del musulman, son verdaderamente desgraciados. Se les arrea, desnudos, lo mismo que á una manada de ganado, desde su país natal hasta Esmirna; y solo cuando están ya en el mercado se les da esa ropa de ese color azul y pardo. Su alimento se compone de una especie de pan negro. Estas "bes-

tias feroces," como les llamaba el dragoman, de niños, si son afables, cuestan de cien á ciento cincuenta francos; pero si son testarudos, solo cuarenta ó cincuenta francos. Uno de los muchachos moriscos, que parecia mejor cuidado y que estaba vestido con el traje turco, al aproximarnos para mirarlo mas de cerca, nos escupió: tenia una expresion de cólera de la mas terrible.

Los esclavos blancos son traídos á este mercado rara vez. Solo vimos entre estas negras apariciones, á una mujer sumamente hermosa, de tez clara; estaba vestida con un traje especial y rico, y ofrecia viandas en derredor. Algunos aseguraban que era una judía inspectora de los esclavos; otros decian que era una circasiana, y que estaba de venta. Sus facciones eran nobles: tenia unas cejas hermosamente arqueadas; los ojos cortados en forma de almendra, con una expresion melancólica; la nariz derecha y oriental, y una boca oblonga y delicada; su tez era pálida y algo abronzada; su cuerpo gracioso y bien formado; su acastafiado cabellolo tenia cubierto por una reticilla de oro, á la que estaba unido un hermoso velo que le colgaba, formando unos dobleces aéreos. Su corpiño y la enagua eran de un material variado y oriental; y, por consiguiente, venia á ser el único rayo de luz en medio de ese mar pardusco.

Oí decir que los esclavos tenían una vida, en lo que cabe, feliz despues de que los compraban. Son tratados como criados, y les alcanzan esas antiguas distinciones patriarcales. Esto me causó algun consuelo al apartarme de este lugar de los horrores.

Despues ví en los bazares á algunas moras que, con semblante alegre, iban acompañando á sus amas cubiertas con sus velos. La miseria espantosa está en el estado primitivo de estos hombres, y solo la civilizacion es la que les puede dar ayuda.

CARITULO VII.

EL BAZAR DE ESMIRNA.

¿Quién es aquel que no ha leído las Mil y Una Noches? ¿Quién es el que no ha soñado en ese lujo asáltico, de la abundancia y de la magnificencia oriental, y de las encorvadas y fantásticas figuras de los camellos cargados de tesoros? ¿Quién no ha oído hablar del fútil amigo doméstico de Oriente, el industrioso asno? Todo esto lo encontrará reunido el lector en las calles de Esmirna, las que están cubiertas con madera y colgaduras de lienzo, y esto es á lo que los musulmanes llaman bazares.

Cuando me encontré por vez primera en estas calles largas y cubiertas de lo alto, me imaginaba

Oí decir que los esclavos tenían una vida, en lo que cabe, feliz despues de que los compraban. Son tratados como criados, y les alcanzan esas antiguas distinciones patriarcales. Esto me causó algun consuelo al apartarme de este lugar de los horrores.

Despues ví en los bazares á algunas moras que, con semblante alegre, iban acompañando á sus amas cubiertas con sus velos. La miseria espantosa está en el estado primitivo de estos hombres, y solo la civilizacion es la que les puede dar ayuda.

CARITULO VII.

EL BAZAR DE ESMIRNA.

¿Quién es aquel que no ha leído las Mil y Una Noches? ¿Quién es el que no ha soñado en ese lujo asáltico, de la abundancia y de la magnificencia oriental, y de las encorvadas y fantásticas figuras de los camellos cargados de tesoros? ¿Quién no ha oído hablar del fútil amigo doméstico de Oriente, el industrioso asno? Todo esto lo encontrará reunido el lector en las calles de Esmirna, las que están cubiertas con madera y colgaduras de lienzo, y esto es á lo que los musulmanes llaman bazares.

Cuando me encontré por vez primera en estas calles largas y cubiertas de lo alto, me imaginaba

estar soñando. Todos andaban, vestidos con diversidad de colores, y dando, uno tras otro, los gritos mas confusos. Todos los sentidos se ponen en juego, y se pasa algun tiempo ántes de que se sienta uno familiarizado, y aun entónces las formas son tan confusas entre sí, que es sumamente difícil el describir la impresion que me causó.

El bazar está situado entre la parte turca y la francesa de la ciudad. Ocupa un gran espacio y sus calles se cruzan por todas direcciones. En el centro, y sobre un pequeño cuadro, hay varias mezquitas, grupos de árboles, fuentes de mármol y baños públicos que, juntos con innumerables barracas, forman un contraste variado y agradable.

La razon por la que se encuentran estos edificios públicos en el mismo centro del bazar, es porque en este último lugar se reúne todo lo que tiene vida en la ciudad entera y en el campo. Las calles de una ciudad turca, están tan solas, como concurridos al exceso estos lugares. Todo negocio se trata aquí. Los mensajeros de las regiones lejanas; son los camellos, los que invariablemente al son de sus campanas colgadas al pescuezo, y en lo general amarrados los unos á los otros en hileras de cinco, son arreados por la ciudad y cargados sobre manera.

Con el fin de abrirles el paso necesario por entre la multitud, los conductores dan unos gritos fuertes, y montan en burro á la cabeza de la caravana, vestidos con el traje al estilo del país, y fumando sus "chibuques." Con frecuencia se vé uno obligado á correr y meterse á una barraca para abrirle paso á semejante procesion. La mayor parte de estas barracas están en una casa de madera, y se comunican las unas con las otras, y sobre estas hay escalones de cada lado que conducen al techo. Las vigas están visibles por todas partes, y conservan su color natural. Por la parte que dá á la calle, hay grandes y anchas entradas, como en las barracas de nuestras ferias anuales, solo que estas son en mayor escala.

De un lado habia un gran mostrador de madera, sobre el cual, generalmente, se sienta el mahometano, con las piernas cruzadas, rodeado de sus mercancías, fumando su "narghilé" y sorviendo su café de un pequeño plato.

Las nobles y simétricas cabezas de estos turcos, están cubiertas con el turbante, enroscado con gracia. Sus largas barbas les cuelgan sobre su traje turco, guarnecido de pieles. La pierna, hasta la rodilla, la llevan cubierta con un calzon blanco, ancho; y mas abajo, los ricos usan medias blancas; los pobres, sin embargo, llevan la pan-

torrilla descubierta: zapatos negros ó chinelas amarillas con la punta volteada hácia arriba, completan el traje. La impresion causada por un mahometano, bien sea rico ó pobre, es muy notable.

Las diversas mercancías están colgadas en unos postes de palo á la entrada de las barracas, y con una confusion variada. Los mejores lugares son donde se venden los materiales turcos, alfombras y vestidos. Entramos á varios de estos y nos divertimos viendo ese reposo indolente que tienen los turcos mientras se efectúa la venta. Tienen una confianza plena en la honradez del comprador, mientras que con los comerciantes griegos sucede al contrario, son sumamente bulliciosos y locuaces, siguiendo todos los movimientos del comprador con sus negros y perspicaces ojos.

Las alfombras, de las que compramos varias, en su mayor parte son de Persia, y se distinguen por el brillo de sus colores y la hermosura de sus modelos: su suavidad, como el abrigo que tienen, son bien conocidos. Los materiales para los vestidos y los chales, se hacen en una fábrica en Brussa; son muy flexibles y finos. Los precios de estos son sumamente bajos. Al principio nos azoramos con las grandes sumas de "piastras" que nos pidieron los turcos por cada artículo; pero

pronto nos explicaron que diez de estos piastras solo hacen un florin de moneda corriente. Se ostentan unos colores en el extremo esquisitos, y estos se encuentran en esos materiales bordados, cuyo objeto es emplearlos para chinelas, gorras, cojines y portamonedas. Un hermosoliton de seda amarilla, entretregido con hilo de oro, les da un brillo esquisito, que hace buen contraste con un fondo negro, colorado ó azul.

Hasta que salimos de las tiendas, tuvimos lugar de contemplar el gentío en las calles. Turcos, griegos, armenios é indios circulaban en nuestro derredor. Estos últimos se hacian mas notables por su expresion astuta é inteligente, la que formaba gran contraste con la buena índole de los turcos, especialmente cuando ambas naciones llevan el mismo traje. Las turcas andaban entre ellos con los ojos, la frente y las narices cubiertas con el velo negro, que, segun nos dijeron era mas trasparente conforme se ponian mas viejas. Desde la cabeza, al rededor de la barba y sobre el cuerpo, tenian colgando un paño blanco; abajo de este y hasta el tobillo, se veia el calzon de un azul claro, completando esto la chinela amarilla ó color de violeta. Las señoras van generalmente acompañadas de esclavas negras, las que tan solo están cubiertas con un trapo blanco y burdo,

MAXIMILIANO. —17.

exponiendo sus abultadas fisonomías a la vista de los hombres.

Uno de los espectáculos mas notables de la ciudad, son los famosos cargadores turcos: Estos individuos tienen en la espalda y en los hombros una especie de cojin como colchon, sobre los que llevan cargas del peso de un quintal. Nos dijeron que uno de estos podia cargar un piano así. El profesor G..... encontró á uno que llevaba un ajuar completo para una casa. Cuatro juntos pueden mover los pesos mas fabulescos sobre unas tiras gruesas y atravesadas.

Frecuentemente encontramos á mahometanos que llevaban turbantes verdes, los que parecen muy bien. Estos descendientes del Profeta se ven hoy reducidos á vender higos y melones en las calles de Esmirna. Así es como se levantan y como caen los grandes de la tierra!

Nos propusimos explorar completamente las diversas partes del bazar. La primera parte estaba dedicada á las verduras. Los montones de melones estaban en los puestos. Miles de cajones estaban llenos de higos, los que son amasados por los dedos de los musulmanes y despachados para los paladares europeos; grandes cantidades de magníficas pasas sultanas; bizcochos enormes, hechos

de harina y de miel: todo esto atrae la vista del hambriento y saca á luz muchos piastras.

Hay una clase de restauradores especiales, que tiene dos asadores perpendiculares, y que constantemente están dando de vueltas en esas tiendas. En uno de estos, y en forma de columna, hay unos carbones que hacen una enorme lumbrada. En el otro están colgados innumerables trozos de carne, y mediante estas dos columnas móviles, se asa el carnero para los mahometanos.

Algunos de los cajones del bazar están dedicados á la venta de joyas, entre las cuales se encuentran piedras gravadas con suma hermosura. Compré algunas de estas, entre ellas un talisman, en el que hice gravar mi nombre con letras turcas á un mahometano [que estaba cerca de una mezquita. Estas ricas obras del arte están expuestas al aire libre y en medio de la gente. Nos dió gusto la siguiente prueba de honradez turca en una joyería. El Príncipe J. habia visto en el aparador de cristal un anillo con un talisman verde. La hechura de la joya le agradó y deseaba comprarla, pero el dueño del anillo no se hallaba presente. Algunos de los vecinos se acercaron, abrieron por fuerza y le pusieron precio al anillo. El Príncipe creyó que era caro, pero comenzaron

á regatear y se efectuó la venta sin la presencia del dueño. En el mercado de fruta de Viena no se podía haber arreglado el negocio así; la policía se hubiera echado en el acto encima al grito de ladrones! ladrones! Solo en las naciones bárbaras, sin civilización, son practicables cosas semejantes.

Nos reimos bastante al encontrarnos con una escuela en medio de ese bullicio y confusión, en una de las barracas, en la que exponía á la venta sus conocimientos un maestro de escuela. El joven mahometano debe ser mas juicioso que los nuestros para serle posible el fijar su atención en la seria obra del Corán, rodeado de tantas distracciones; los gritos que provenían de estos muchachos, era cosa verdaderamente notable; tal vez eran dados con el objeto de ofuscar el ruido de los de afuera.

Causa una delicia grande el tender la vista por el bazar y sus espaciosos cuartos decorados con tanto gusto, y fijar esta al fin en un lugarcillo sombreado por los árboles, que viene á ser el punto central de cuatro ó cinco calles.

Los rayos solitarios del sol y un vislumbre del azulado cielo, penetran por las ventilas, dando mas tono al contraste de los colores orientales.

Y sin embargo, vaga la vista de un modo raro, y mira bajo esos techos entablonados, fijandose por entre esa semi-oscuridad de las aberturas, y encuentra los mas bonitos efectos de colorido y cambio de luz y sombra en estas regiones meridionales. Desde los trajes de las gentes, hasta las nubes del cielo, todo tiene fuerza y brillo; por consiguiente, el artista encuentra que el terreno es difícil, pero sin embargo, fecundo para su arte. He visto pocos cuadros en Europa que den una idea exacta del Oriente. Los pocos en los que se ha logrado esto no obstante, se les tiene por exageraciones.

Del bazar pasamos á una pequeña calle que estaba á nuestra espalda, de allí, á un campamento de camellos. Era un espectáculo muy interesante el ver de cuarenta á cincuenta de estos animales en grupos y posturas variadas, su color amarillento y como de tierra; apenas se distinguían del color del suelo adonde estaban echados. Este lugar estaba rodeado de unas casas sucias y en ruinas. Muchos de los animales mas pequeños andaban orgullosos entre los ya crecidos; era divertido el ver á estos pequeños que apenas tenían de altura cuatro piés, con unas piernas como zancos refregandose contra sus toscas madres. Un de nuestros guías sacó de su guarida a un peque

ñuelo de estos, para que le pudiéramos ver de cerca. Era muy manso, y parecía como si le fuera indiferente lo que le rodeaba, pero su madre nos echaba unas miradas de colera desagradables. Los camellos, de los que hay cosa de diez mil en Esmirna y sus cercanías, son traídos de la Crimea, adonde abundan. La altura de este animal es la de siete piés; el largo de la cabeza á la cola podrá ser de ocho piés. Tiene el cuerpo de un color pardo, muestra todos sus huesos y sus músculos y está cubierto por una piel gruesa, con muy poco pelo. Para montar, en Oriente solo se hace uso del dromedario, pero de estos no hay en Esmirna.

Los camellos se reservan para llevar carga. Sus enormes jorobas están ocultas por un cobertor, de donde penden de ambos lados unos canastos amarrados con unos fuertes cinchos. Se les alimenta con una masa seca, compuesta de una mala harina mezclada con agua.

Cuando demostramos al intérprete del Pachá nuestra admiración tocante al jóven camello, nos aseguró que S. A. se lisonjearia regalándonos uno como este. La idea halagó á algunos de nuestros viajeros, y aunque hubiera sido muy fácil el transportarlo al buque, sin embargo, la mayoría se opuso.

Después de este episodio, regresamos al bazar para continuar haciendo nuestras diversas compras de los productos del país. Continuamente encontrábamos un interés nuevo en los variados cuadros que se presentaban al espectador.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

CAPITULO VIII.

UN BAÑO TURCO

De la mezquita, y de la bulliciosa confusión del bazar, nos dirigimos á la casa de baños que nos habian preparado. Esta se halla en el bazar y está construida en forma de cúpula, con sus sencillos adornos turcos. Frente á la entrada hay un terrado como el de los mezquitas. Este estaba rodeado por un puñado de hombres, los que tenian unos trajes brillantes; la probabilidad es que habian sido atraídos allí por un piquete de soldados turcos que estaban montando la guardia en honor nuestro sobre la casa de baños. Entramos á este aposento verdaderamente oriental, no sin dejar de sentir algun embarazo. Este apo-

sento estaba contiguo al baño, y sirve como cuarto para vestirse. Estaba cubierto por un hermoso sinberrio. Al rededor de la pieza, pegado á la pared, habia unas bancas de piedra, las que tienen por objeto el servir para los preparativos que hace el mahometano para darse el baño. Arriba de estas hay unos mocrillos de donde penden unas cortinas, caso de que se quiera estar en lo privado. Frente á la entrada habia un dosel destinado á las personas de alto rango. Le habian adornado en esta ocasion para nuestro uso, con las telas orientales las mas esquisitas—cojines bordados de oro, cachimires, cortinas de lana muy ligeras variadas con los colores mas brillantes, y cuyas ondas desplegaban ese perfecto gusto del turco. Habia tendidas suaves y elásticas alfombras de Persia, para proteger del marmol á los piés desnudos. Al pié del dosel habia un tazon, de allí brotaba una fuente dividida en once chorros, que arrojaban el agua mas clara y fresca sobre el marmol, con un murmullo suave. A orillas de esta fuente estaban las flores mas hermosas del Sur. Alí Pachá las habia enviado, como tambien todos esos adornos tan lujosos. Era un verdadero cuadro de magnificencia turca: un conjunto, una confusion hermosa que, no obstante, poseia una armonía interior encantadora. El cuarto estaba lleno con

los criados de Alí, los que tenian ya dispuestas las costosas pipas y los "narghiles," como tambien los criados pertenecientes de ordinario al baño. Trajimos á la memoria las descripciones de "Las Mil y Una Noches" las que en lo general se les considera muy exageradas, pero las que en realidad tienen mas de verdad que de imaginacion. Nos hicieron señas para que nos colocásemos en los divanes y nos desnudásemos para tomar el baño. Me encontraba bastante molesto al tener que hacer la "toilette" Coram publico, y primero tuve que hacerme á la situacion. Por consiguiente, empecé por acostarme en un divan y fumar el excelente tabaco del Pachá en una preciosa pipa. Este aparato de fumar costaba, á lo ménos asi nos lo dijeron, por lo bajo de mil á tres mil florines. La boquilla es un gran pedazo de ambar engastado con brillantes.

Durante esto, todos nuestros compañeros de viaje que se habian quedado atrás haciendo algunas compras en el bazar, se fueron reuniendo. Solo el Baron K., mi hermano y yo, nos habiamos hecho el ánimo de tomar el baño. Los demas estaban dudosos, pues le temian al calor que es indispensable á esta purificacion oriental. Todos los que no tomaron parte, se fueron al terrado que estaba frente á la casa para fumar y tomar refres-

ces. Es mi costumbre cuando viajo el hacer todo segun el uso del país; pues una viaja, para ver y para aprender. Me parecia absurdo el permanecer vestido en el divan, de suerte que me encaminé acompañado de mi "valet" y ayuda de baño, al primer cuarto preparatorio. Entré sintiéndome nervioso, y casi me sofoqué con la corriente de un aire cálido y húmedo.

Para mi consuelo, me encontré al Baron K. que estaba ya envuelto en su traje de baño. Me desnudé y los mahometanos que estaban de servicio, me echaron un cobertor de una lana muy suave sobre el cuerpo, y me envolvieron en un capote del mismo material blanco. Me pusieron en los pies unas sandalias altas con el fin de protegerlos del agua que corria por el mármol. Despues me instalaron en una silla de piedra que tenia unos cojines, y me ofrecieron una pipa.

A esto habia la oportunidad de examinar el cuarto; era de piedra, y tenia la forma de un paralelógramo largo pero no muy ancho. Junto á la pared tambien habia bancas para descansar. El suelo estaba cubierto con el agua que subia media pulgada de altura, y como que el calor proviene de abajo, esto hace que el aire se ponga sumamente húmedo. Apénas habia comenzado á transpirar, cuando principió la tarea de los bañe-

ros. En este cuarto preparatorio nos dieron un "champwn" (1) en el cuerpo con el fin de provocar un sudor mas fuerte aún. Parecia como si esto tuviera una influencia magnética. El aspecto de estos hombres concuerda con esta conjetura. Los mas de ellos son jóvenes, con unos ojos negros como el azabache, que de pronto parecen no tener expresion, pero cuando se les encienden, están llenos de entusiasmo y de melancolía. Esta mirada tan penetrante, la clavan y la vuelven sobre la víctima que se halla entre sus manos. Su tez, es clara, pero amarilla y pálida. La vida que pasan en ese calor intenso, les ha privado de esa frescura juvenil. Sus fisonomías, como la de todo musulman, tienen una forma larga y angular. En sus bien formadas bocas, las que generalmente tienen cerradas, les jugaba frecuentemente una sonrisa desdeñosa y triste, la que probablemente era ocasionada por esa falta de destreza, propia á los europeos que no han pasado por estas costumbres turcas. Sus cuerpos seran delgados y como de alambre. El ejercicio del "shampooing" hace que se les agranden mucho las manos. El cabe

(1) El champoon es una mistura que usan los turcos: especie de jabonadura [que saca mucha espuma. —Nota del traductor.

llo, de acuerdo con la costumbre 'mahometana, lo tienen muy rapado por enfrente. Sus trajes son muy sencillos: lo mismo que los bañeros usan una ropa de lana de un color medio azul y gris, con unas rayas coloradas que les dan por el espinazo; el manto blanco les cuelga de los hombros, y en la cabeza llevan unos casquetes blancos.

• Cuando la transpiración hubo llegado a su colmo, mientras estábamos fumando y tomando el café, gracias al "shampoo" y al calor intenso, nos pusieron los criados las sandalias y nos condujeron al tercer y principal cuarto de baño. Dejamos á nuestros criados europeos en el primer cuarto, puesto que de nada nos servían ya. Estos desgraciados, cuya ropa no era tan delgada como la nuestra, se estaban casi desmayando con el calor.

La temperatura del tercer cuarto (era más de lo que podíamos aguantar, pero habiendo llegado hasta tal grado, no queríamos salirnos ántes de haber satisfecho plenamente nuestra curiosidad. Marchamos con brío, haciendo ruido con nuestras sandalias en aquel piso húmedo.

Este aposento también estaba coronado por una cúpula estrevida y arqueada. En el centro encontramos que había en el suelo una cosa eleva-

da y redonda: tenía de altura dos pies, y servía como de camapé. En los cuatro extremos de la pared redonda, había pequeños gabinetes para bañarse. Las paredes de estos vienen á formar un ángulo pronunciado en el centro del cuarto principal, que termina en una pequeña entrada arqueada. Estas paredes sirven solo de divisiones, pues, como las de España, tienen á lo sumo nueve pies de altura. La parte superior está descubierta hácia la cúpula.

Después nos llevaron, por separado, al interior de estos gabinetes. Encontré allí un asiento de madera con su respaldo, y dos llaves para agua caliente y fría, la que venía á caer en una fuente de mármol. Las paredes estaban cubiertas por miles de escarabajos negros, los que, sin embargo (¡loado sea el cielo!), se volaron al acercarse la criatura racional.

Mi bañero me quitó el manto después de haberse quitado el suyo, y me ví obligado á tenderme en el asiento de madera, mientras tanto me frotaba el cuerpo con un cepillo muy suave y de un color azul. Después de haber proseguido de este modo por algún tiempo, tomó un gran rollo de fibras del maguey y agua caliente, lo que produjo una gran cantidad de espuma blanca; después me suplicó que cerrase los ojos, y me echa-

ba esto desde la cabeza hasta los piés repetidas veces, y siempre quitándome la espuma con el agua caliente. Durante esta operacion, me trajo, con cierta indolencia, una excelente limonada, que refrescaba mucho en medio de esto vapor espantoso.

Miéntas se efectuaba este laboratorio, se presentaba con frecuencia el intérprete en el pequeño gabinete, para preguntarnos qué tal estábamos, y si era nuestro deseo el que se nos hiciera todo exactamente como se les hacia á los turcos. Iguales veces le repetí que ese era nuestro deseo, y sin chistar, dejamos que todo continuase.

Cuando el bañero me hubo considerado suficientemente lavado, me envolvió en mi húmeda cabeza una toalla de lino á modo de turbante, y me dió á entender por señas que me parase; me echó el manto sobre los hombros, me trajo las sandalias y me condujo al primer cuarto de todos, adonde estaba el divan puesto en alto y rodeado con unas cortinas de lana, como tienda de campaña, con el fin de ocultarnos de las miradas de los curiosos.

Cárlos y yo nos tendimos sobre los cojines tan bien acolchonados; dejamos que nos cubrieran con una ropa bordada de oro, é hicimos por refrescarnos despues de esa espantosa transpira-

cion. Nos trajeron unas pipas, café, refrescos, y una agua excelente. Los bañeros estaban de rodillas junto á nosotros, atendiéndonos y dándonos el "shampooing." Todo estuvo magnífico, y nos dió una idea del lujo oriental. Entre tanto, nuestros compañeros nos vinieron á ver, y se rieron al ver el aspecto turco que presentábamos. Como que la transpiracion no cesaba, y, por otro lado, esperábamos la visita del Pachá á bordo de nuestro buque, nos vimos obligados á vestirnos y abandonar la casa de baños sudando todavía. No puedo decir que el baño me habia causado un efecto agradable. El calor excesivo le hace á uno sentirse inquieto y lo vence. Para el perezoso mahometano, que puede despues pasar hora tras hora al "dolce far niente," fumando su tabaco y sorviendo su café, todo esto será muy bueno.



CAPITULO IX.

UNA MAÑANA CON EL PACHA DE ESMIRNA.

—o—

El Pachá nos había hecho la visita de una manera tan amistosa y agradable que, por medio de nuestro consul, indagamos cuándo se la podríamos pagar. Por la mañana nos había invitado, notificaciones que intentaba darnos una comida al estilo antiguo turco. Puede fácilmente imaginarse cuál sería nuestro gusto al facilitárenos el hacer de este modo tan original nuestro viaje en Oriente, viendo costumbres peculiares una tras otra. A las once de la mañana nos dirigimos al consulado y allí nos pusimos de riguroso uniforme, el que se veía extraño y ridículo entre los trajes orientales, y esa heterógena multitud en las ca-

lles. De allí nos encaminamos al deteriorado muelle. Aquí, el bote del Pachá nos esperaba. Era una embarcacion larga, fabricada estrechamente, de una madera esculpida divinamente; estaba tripulada por doce marineros turcos, los que tenian un aspecto grave y sumamente aseados, con sus camisas blancas y sus gorras encarnadas.

La entrada á la estrecha embarcacion debajo de su techo escarlata, era en estremo difícil, estorbándonos las espadas y los saicates. Parte de nuestro séquito no encontró lugar, pero para éste habia ya dispuesto otro bote. Nos lanzamos volando por las espumosas ondas con direccion á la ciudad turca, á cuya entrada se encontraban palacios y cuarteles. Los remeros movian sus largos y encorvados remos con una rapidez extraordinaria y tan iguales, como si lo hubieran ensayado con un metrónomo. Oí decir que estas gentes reman por dias enteros sin descansar, bajo la influencia de este calor ardiente, hasta que al fin viene á sufrir como un especie de extásis calenturiento, y casi se vuelven locos, prorumpiendo en un quejido triste y uniforme.

Me senté en el bote sobre un elegante cojin de seda encarnada, y por falta de espacio, cruzé las piernas. Esto no puede verse muy pintoresco con el traje europeo. Nos acercamos al desem-

barcadero que estaba frente al palacio. Los jardines habian sido compuestos para nuestra recepcion, y conforme avanzábamos se dejaba oír una música legítimamente turca saltamos á tierra. Nos trajeron unos caballos hermosos, árabes, pertenecientes al Pachá. Estaban cubiertos con unas magníficas mantillas azules bordadas de oro y plata: las riendas estaban primorosamente cinceladas. Sin embargo, siempre preferimos ir á pié esta corta distancia. Los guardias nos rodeaban. De toda clase de instrumentos posibles, dimanaba una música confusa, y así, en medio de una numerosa concurrencia, entramos con pompa oriental hasta el régio aposento interior de Alí Pachá.

Un gran número de sirvientes armados y vestidos con el traje de turco á la antigua, formaban la línea hasta donde estaba el gobernador. Portaban las armas mas hermosas, en su mayor parte de plata pura. Los guardias que nos acompañaban, desgraciadamente no usaban ya el traje antiguo y parecian mal con el moderno. El saco sucio les venia muy mal, y no tenia color, mientras que en el traje antiguo se veía algo de noble, histórico é interesante, y de acuerdo con los colores vivos de la tierra del Sol.

El proverbio de que el "traje hace al hombre," se muestra aquí como verídico, solo que en sentido

inverso al resto de la Europa, pues los del pueblo en Esmirna son fieles á las antiguas ordenanzas, aun todavía mas en Constantinopla, produciendo una impresion imponente y original, puesto que este traje conviene á la barba, y á las figuras de los musulmanes, mientras que, tanto las "autoridades" como los soldados, parecen bastante pobres con sus trajes modernos. Al verlos, involuntariamente piensa uno en la caída del imperio turco; pues con semejantes figuras, haciendo un papel tan secundario entre la multitud, la Sublime Puerta pierde su prestigio, y los cristianos del imperio turco muy pronto cesaran de temblar ante un Pachá ó Bey, que se esfuerza en querer imitar las modas europeas con tan mal éxito, y no le considerarán como antiguamente, "el castigo de Dios." Así es como se perderá la gran idea del imperio otomano, lo mismo que el río alemán, el Rhin se pierde en las arenas. "El traje hace al hombre."

El palacio de Ali es taba fabricado de madera segun la costumbre turca, pues los musulmanes, de acuerdo con los mandatos del Corán, ven sus casas tan solo como lugares de descanso temporales puesto que su vocación particular es la de propagar el Corán por el Universo á sangre y fuego, dándose á la suerte que tregua y no paz es lo que han decidido por ahora con los cristianos.

En el último escalon de la escalera de madera nos recibió uno de los empleados principales, acompañado de varios criados. Después del Pachá, ocupa este el lugar mas alto en el Estado. Era una especie de oficial de policía, y parecia ser un espía mahometano, de una buena índole, pero al que, sin embargo, en Viena no se le hubiera considerado digno de semejante empleo. Ali tenia buenos motivos para conocer sus habilidades como político, puesto que pasa las mañanas enteras con él en amistosa charla. Este pobre hombre estaba temeroso de que se diera de él un informe desfavorable al ministerio en Constantinopla, el que no está de lo mejor dispuesto hacia el Pachá porque pertenece á la "reacción" turca.

Como no le podemos dar el apodo de "pigtail" (1) le designaremos el mahometano de la "barba larga," pues en realidad este viene á ser el símbolo de los regimientos antiguos. Le llamábamos á este espía de la policía oriental, por abreviatura, "su excelencia," puesto que, tanto el gobernador como el dragoman, siempre le daban este tratamiento. Repetidas veces se tocaba el estóm-

(1) Pigtail es el apodo que los ingleses han dado á los chinos por la trenzita que usan como colita de marrano.—
Nota del traductor.

mago, la boca y la frente, como pruebas de la mas alta estimacion. Yo no sé si con esto queria enseñar que el estómago era la parte mas desarrollada que tenia y que el cerebro era inferior al primero y á la boca. Quién sabe! pero el hecho es que el Pachá nos dió la bien venida con las mismas señales en el descanso principal de la escalera.

En la fisonomía del Pachá se leía su buena índole. No es muy alto, pero sí sumamente gordo, y en sus lábios jugaba una sonrisa benévola. Tiene la cabeza espaciosa, sus ojos son benignos y no faltos de inteligencia. Unos cuantos bucles de un color castaño se dejaban ver debajo de su gorra, la que á cada instante amenazaba caérsele y daba lugar á que hiciera unos movimientos con la mano, cómicos. El gobernador usaba la barba corta, como todo empleado de la época presente, pues aquí se le tiene á esto como una señal especial de oposicion á la reaccion turca, y con sus intrigas como de dervis-algo jesuitas, se acortan la barba. miéntras que entre nosotros por el contrario, si desea uno llegar á ser ministro, ó cuando ménos consejero privado, es necesario manejar el negocio como lo hizo "Fra Diábolo." Entre nosotros, el libre "ego," el conocimiento liberal de los tiempos modernos, se muestra por la ma-

yer prolongacion de la cara mediante la barba. En todas partes los hombres se sujetan á modas que ellos mismos se imponen.

La levita que llevaba el Pachá era de un paño azul oscuro con un bordado de oro sumamente rico; sus indesibles (pantalones) eran de paño blanco con franja de oro. En el cuello tenia la divisa que le pertenecia como cuñado del Sultan. Consiste esta en un collar de diamantes y dos borlitas de lo mismo, como igualmente el nombre del Sultan embutido en brillantes. En el pecho llevaba la Orden Rusa de San Andrés, la que recibió en el año de 1827, cuando fué enviado como embajador á San Petersburgo, habiéndose distinguido muchísimo en la guerra, y siendo el único hombre á quien los rusos temian. En la cintura tenia fajada una magnífica espada con una cubierta de "peau de chegrin," con diamantes engastados.

En el primer y gran pasillo habia reunido un número mayor de criados. Los turcos se precian particularmente en tener una gran cantidad de esclavos y de sirvientes. Mediante unas señas de lo mas respetuosas, nos condujo Alí á un salon con entrada al vestíbulo, y cuya prolongada serie de ventanas, presentaban una vista magnífica del mar, por donde penetraba una brisa vi-

vificante, que provenia de ese elemento siempre hermoso.

Las paredes y el cielo del aposento estaban pintados de un color gris claro. Unas listas doradas circundaban la cornisa con unas divisas orientales. Dos costados eran casi de espejos, las ventanas tan solo estaban separadas mediante unas ligeras particiones de madera. Estaba visible por estas ventanas una parte de la ciudad y toda la bahía. Cerca del umbral de las ventanas habia divanos, sofás y poltronas. Entre los dos rincones ovalos, cerca de la puerta de entrada, la pared está espléndidamente tapizada y adornada con oro. En el centro está inscrito el nombre del Sultan con letras de oro, sobre un fondo azul. Debajo de estas letras, en el ensamblado de madera, hay unos cajones pequeños, adonde se guardan todas las curiosidades mas preciosas, "souvenirs" y papeles. Este parece ser el santuario de la familia, y á o creencia de estar allí puesta enfrente una gran mesa cuadrada, tiene aquello aire de capilla. En el suelo hay tendidos unos tapetes primo rosamente acabados. El resto de los muebles son traídos de Viena y de Trieste por los turcos; los que habia en el cuarto en que nos hallábamos, estaban esculpidos con gusto y ferrados con una cuerda negra.

El Pachá ofreció unos sillones á mi hermano y á mí junto á la ventada y frente á la poblacion, de suerte que podiamos ver el aposento por dentro, y por fuera el mar. Allí se sentó á nuestro lado.

El resto de los señores que habian venido en el primer bote, se colocaron en los divanes indistintamente. A esto se entabló la conversacion entre nosotros y el gobernador, mediante un intérprete, el que traducia al frances. Por las preguntas que nos hacia allí, comprendiamos que no le faltaba educacion, y sus cumplimientos, legítimamente turcos, eran selectos, floridos, y casi se puede decir picantes.

A poco, llegó el acompañamiento que venia en el segundo bote. Los señores fueron presentados al Pachá por el cónsul general de Austria, quien les dijo, con afabilidad, que esperaba que todos cumplirian con su deber, salvo el médico, que no tuviera la oportunidad de llenar el suyo. Apenas podia contener la risa al ver la sorpresa de mis amigos. Nuestros uniformes tan feos y tan sencillos, no dejaban de parecer ridiculos con singularidad entre ese lujo asiatico; mientras que, por otro lado, el amable y obeso cronista de la Casa y Corte de S. M. Apostólica, en cuya fisonomía se traslucian las ganas que tenia de reirse

ante un gobernador y Pachá de una provincia asiática de la Sublime Puerta, formaba un "tableau de genre" del todo magnífico.

Después de que se hubieron sentado estos señores, y á una señal dada, se introdujo un tropel de criados con unos «chibúques» en extremo hermosos, de siete á ocho piés de largo, y los que tenían como lanzas debajo del brazo. Midieron la distancia de nosotros al suelo con mucha destreza, y una mirada sagaz; y colocaron con tal habilidad la parte hueca de la pipa en el suelo, que la boquilla llegaba exactamente á nuestros labios. Esta destreza y habilidad es considerada en las casas turcas como una prueba de buen tono. Se hincaron, y bajo de cada pipa pusieron un platillo de metal con unos cuantos carbones, y soplando prendieron el vegetal predilecto, arrojando una llama humeante. Todo esto se efectúa con admirable expedición, solo que es una lástima que estos criados usen la librea moderna.

Reconocimos la pipa que habíamos usado en el baño. Yo estaba enteramente sorprendido al ver el gran número que había de estos artículos de lujo, que muestran hasta qué grado ha llegado este en Turquía.

Una vez el Sultan dió una proclama contra la extravagancia suprema que había en esto de las

pipas, pues algunos de sus Pachás se habían arruinado nada mas que á consecuencia de estas costósísimas chucherías. Por lo que toca á nuestro buen Alí, no hay nada que temer, puesto que es muy rico. La renta que tiene, solo como gobernador de Esmirra, le da nada ménos de ochenta mil florines anuales.

En medio de la conversacion, y cuando ménos lo pensábamos, hizo que se le acercara nuestro querido Dr. F., y mediante el intérprete, le suplicó que le tomara el pulso, puesto que para él venia á ser el mismo honor practicar en su persona lo que con nosotros habia hecho todos los días. El facultativo hizo lo que se le encomendó, y aseguró á S. A. que su pulsacion estaba notablemente fuerte y de buena salud, á lo que nuestro amable huésped soltó una estrépita carcajada. Tambien le preguntó al doctor si se habia descubierto algun remedio para el cólera, y al ser contestado en la negativa, no parecia nada contento, pues es muy grande el terror que á esta epidemia se le tiene en Oriente.

Los domésticos se volvieron á aparecer, trayendo café. Esta bebida, que se toma con tanta frecuencia, se sirve en pequeñas tazas, las que están colocadas en unos pedestales que tienen la forma de un huevo. Generalmente son de porce-

lana, pero estas eran de un esmalte color de rosa, tachonadas de diamantes. El café está muy caliente, y se toma con todo y asientos y sin azúcar. No es tan malo como es de suponerse.

Cuando las pipas estaban á medio fumar, se las llevaron los criados, y se volvieron á presentar con ellas rellenas de nuevo y listas para su uso. Rspentinamente oímos sonar una campana, y en la plaza que estaba frente al palacio se aparecieron tres camellos de aspecto magestuoso y adornados con esplendidez, rodeados por unos conductores que estaban vestidos pintorescamente. Un espectáculo enteramente nuevo nos iba a ser enseñado—una lucha de camellos—cosa de que aun en Europa no habia oido hablar.

A fines del año, los machos se enfurecen, se cazan los unos á los otros, se muerden y se dan de coces á manera de los gallos en Inglaterra cuando se pelean. Desgraciadamente la tentativa que entónces hicieron, no tuvo éxito; solo el mas fuerte de todos, al ser apremiado por uno de los conductores, hizo por morder á uno de los mas débiles, arrojando espuma por la boca varias veces; sin embargo, el contrario solo gemia de un modo lastimoso, y pronto abandonó el terreno.

Aunque á esta diversion le habia faltado éxito, el espectáculo que presentaban estos animales,

nos habia interesado en extremo. Nuestro huésped se desapareció repentinamente: ignoramos aún el motivo. Despues de un rato, volvió sumamente agitado, y nos invitó á la mesa. Tomó la delantera (esto parece que es la costumbre en Oriente) y con cabeza erguida entró al pasillo, adonde fuimos saludados por las interminables caravanas de sus domésticos. De allí nos condujo por una puerta pequeña, que estaba cubierta con unas cortinas muy pesadas, al comedor.

Este aposento ofrecia un cuadro encantador, propio de la fantasía y de la gracia de esa tierra del sol. Las paredes y el cielo raso estaban cubiertas con un "moiré" blanco listado de encarnado y unos ramos de flores. De un costado, lo mismo que en el salon, habia una hilera larga de ventanas altas, y bajo las cuales habia un divan verde lujoso y amplio. Un enrejado de madera nos ocultaba de las miradas de los curiosos. En el suelo habia unos tapetes hechos de tules, y sobre estos unas ricas alfombras.

En el centro de la pieza habia dos tablones grandes de "vermeil" sobre un asiento de tres piés, cubierto con ricas telas. Estos formaban las mesas para comer, á las que, segun costumbre turca, se sientan seis ó siete personas y nada mas. Por lo tanto, la comitiva se dividió en dos par-

tes. Nos sentamos en unos cojines muy suaves, esperando ver con gran inquietud lo que venia de comer. Ali Pachá, el principe J., el baron K., el cónsul general, mi hermano y yo, formábamnos las personas de la primera mesa.

Cada uno de los convidados tenia delante una cuchara blanca y negra, en la que habia embuti- dos unos corales; una toalla de "bastista" borda- da de oro, que parecia mas bien pañuelo; un boli- llo de pan fino y blanco, cuya mitad estaba coria- da en forma de largos paralelógramos, y varios platillos cincelados en "vermeil" y plata con su- ma elegancia, en los que habia costosas pasas sul- tanas, sardinas, "caviaró," pepinos, ensalada, le- che agria (jocoque), sandias y melones. Estos úl- timos los habia madurado á tal grado el sol del Sur, que se derritian en la boca lo mismo que azucar.

Comimos estos diversos "hors d'oeuvres" á nuestro antojo durante el festin; no era malo el arreglo, pues en las comidas al estilo oriental, lo dulce y lo agrio, se ofrece por turno.

Los criados nos pusieron unas servilletas bor- dadas de oro las que nos fueron liadas por los bra- zos y las piernas; estas nos daban un aspecto muy ridiculo. Sin embargo, parece que esto es del to- do indispensable, pues solo lo líquido se tomaba

con cucharas, lo demas teniamos que partirlo con las manos.

Apénas nos habiamos sentado, cuando se llenó el cuarto de sirvientes, los que se divirtieron en grande á nuestras espensas burlándose de la sor- presa que teniamos, como de nuestros modales tan poco diestros. Habia en el centro de la mesa un tapete de cuero pequeño y redondo, y sobre del cual se colocaban los platos uno tras otro. El nú- mero de estos pasaba de veinte. Eran todos de una porcelana blanca y azul. Cómo que puede interesar á los "gourmets," europeos doy la «car- ta» de la comida.

El primer plato, era una sopa de macarroni que podia haber hecho honor á un cocinero frances. Despues se siguió carnero asado, relleno de arroz, notable por su delicadeza. La sopa se habia tomado con la cuchara; pero lo que es en este platillo el Pachá metió su pulida aunque gruesa mano, y nos dió á entender que podiamos seguir su ejemplo. To- dos se echaron sobre el asado como bestias fero- ces, y los filamentos fueron presto alojados con no meterselos en la boca aunque con bastante tor- pesa. Como una muestra particular de política y cortesía rompió un huesito, y me lo ofreció con una sonrisa amable, como si hubiere sido una flor. Nos vimos en una posicion difícil sin sabor que

hacer con los huesos restantes, pero el Pachá nos sacó del apuro, haciéndonos seña de que los pusiéramos en la mesa dorada. Estos «cretos delicados» de la comida oriental, se quedaron esparcidos por toda la mesa; durante el banquete, ofreciendo un espectáculo nada edificante á los ojos de los convidados.

Después de este ligero episodio, nos trajeron un platon con un pastel esponjado llamado por los turcos «breke». Allí se aprovechó de una feliz ocasion en la que estábamos distraídos, y levantando el centro del pastel, á gran sorpresa nuestra salió volando un pajarito. Nuestro alegre huésped se rió de una manera extraordinaria con esta muestra del ingenio turco. Parece que en Esmirna se considera á estas sorpresas ingeniosas como cosa de buen tono, pues me dijo el Pachá que podía yo relatar esta pequeña anécdota á mis parientes en mi próxima carta.

Como para mejor dar fin á este platillo de un modo placentero, tomó un pedazo del pastel, y con él hizo una especie de pelotilla, la que arrojó con gracia á su espaciosa boca.

Después de esto nos trajeron «ponche a la romana» en unas copas muy elegantes de porcelana francesa ó sajona. Todo lo que tiene de mala esta bebida en Occidente, tiene de refrescante y de

buena en Oriente. Con una rapidez extraordinaria cambiaron los platos, y esta bebida vivificante tambien desapareció demasiado pronto. Esta fué reemplazada por un pescado frito con pasas de Corinto. Dicho, esta mistura no suena bien, pero, en realidad, no estaba tan mala como nos lo figurábamos.

Después de esto, se siguió un «pudding» muy bueno, llamado «kataif», después «patlitsha», un guisado de carne con un «macédoine» de legumbres, cuyo ingrediente principal era una yerba de un gusto muy picante, y que crece por estas cercanías.

Nos servimos de todos estos platos, que tenían mucha salsa, y con ayuda de unos pedazos de pan, los sopeamos. Muchas de esas señoras elegantes de Europa, como tambien esos petimetres de refinada educacion, se estremecerian de horror con este modo tan primitivo de tomar la comida. Solo me permitiré la observacion siguiente: no hay una diferencia muy grande, después de todo, entre comer de un gran platon con unos dedos muy limpios, y en el cual, si los convidados son diestros, no hay necesidad que estén en contacto con los de sus vecinos, y entre una comida de europeos de refinada educacion, que comen con tenedores que han sido ya usados por cientos de

personas. Todo lo hace la costumbre y el capricho.

Nos dijo el gobernador que cuando estuvo en San Petersburgo, encontró que le era difícil comer con el tenedor. Tanto se ríen los turcos de los modos de los incrédulos, como nosotros de los de ellos.

Después del "patlitsha," nos trajeron un buen pescado de mar, frito; á poco unas bolas de arroz fritas, las que se encajan los turcos en la boca, enteras, y con la palma de la mano. Signióse mas arroz con manzanas del paraíso; después de esto, "halliva" (una especie de jaleatina); en seguida un plato de miel muy dulce y bueno; después, otra vez "bomba," es decir, salchichones rellenos de arroz. Este, tal vez, fué el mejor de todos los platillos.

El Pachá nos obligó á tomar de todo, mediante palabras persuasivas. Una vez, el príncipe J. ya sin aliento, deseaba poner término, pero Ali le aseguró al momento que era preciso que un soldado comiera mas de lo que otras gentes.

Sugirióse un platon de dulce llamado «lekma»; tenia este un color de esa agua de mar trasparente. Casi empalagaba de lo muy dulce que estaba. Frank-gcksi, una empanada blanca compuesta de un picadillo de la pechuga del pollo y almen-

dras, fué lo que se sirvió después. A mí me pareció este plato horrible, pero algunos de los convidados lo alabaron muchísimo. Siguióse un pavo.

Cuando trajeron uno de los platos con la carne, hizo Ali una seña al criado para la que partiera con la mano, y de esta manera se sirvieran los convidados con mayor facilidad. Un modo de obrar muy práctico y terminante.

A esto trajeron un macarroni con queso, al estilo europeo, enteramente; después, un excelente «compota» de melocotones; luego «kabak dolma», una preparacion de calabazas rellenas, (plato que los epicurios europeos hubieran tomado al instante, si no lo hubieran servido inmediatamente después del dulce «compota»). El final de esta comida tan exquisita y tan variada, venia á ser una gran pira de arroz, adornada con pequeñas pasas. Ya que habia desaparecido esa gran serie de platos, se sirvió en elegantes copas un «compota» liquido, llamado «Ureha». Esta bebida, algo fuerte, pero no muy agradable, suple al vino entre los mahometanos. Durante la comida, solo dos veces tocó á mi buena estrella el conseguir una agua buena y fresca.

Esta comida, que habia sido un espectáculo tan interesante para los viajeros, se habia acabado ya. Nos sentámos en el divan verde que es-

aba debajo de la ventana, á donde nos trajeron jabon y agua en unas jarras y lavamanos de «vermeil» hermosísimos, con el objeto de que procediéramos á darnos una buena lavada de manos lo que era del todo necesario; el Pachá (que hasta la cara se habia lavado) parecia como si estuviera rezando en voz baja. Despues de terminada esta ceremonia, nos condujo Ali otra vez al salon gris, á donde nos trajeron las pipas.

Nos divertimos despues con un baile egipcio morisco, el cual mandó el Pachá que se afectuase en el mismo lugar á donde habia fracasado el combate de los camellos.

Los negros tocaron en unos tambores y «cine-lli» una música muy monótona. El baile era peculiar, gracioso y guerrero. Los negros se daban entre sí con unos palos, y pegaban uno saltos como los tigres furiosos.

Un baile nacional viene á ser siempre una cosa interesante, pues demuestra el carácter del país. La «tarantella» está llena de un entusiasmo frenético; el bolero es primoroso, y tiene fuego; la mazurca es ligera y elegante; mientras que en esta danza vimos á esas tribus salvajes y guerreras que bailan en derredor de los cadáveres enemigos ó del leon que han vencido.

Ya que habiamos contemplado este espectácu-

lo por algun tiempo, nos preguntó el Pachá si queriamos ver los cuarteles y las tropas. Aceptamos gustosos esta oferta. Antes de despedirnos, fuimos primero á la alacena que habia en el entablado de madera, abejo de la inscripcion del Sultan. Estaba llena de champagne, higos, uvas y costosas pasas sultanas. Tomé una copa del reluciente néctar frances, y le pregunté al Sultan que si podriamos beber á su salud al estilo europeo, contestó á nuestro brádis, proponiendo uno á la salud de nuestro soberano. Balbutió el nombre del Emperador, segun costumbre turca, con unas cuantas palabras. Despues tomó á nuestra salud, y nosotros á la del Sultan.

En esta ocasion eché de ver que los turcos, no obstante el Coran, no se abstienen de tomar una copa del reluciente champagne. En favor de esto, alegan que este vino fué descubierto despues de la muerte de Mahoma.

Nos despedimos de nuestro sincero y amable huésped, de quien nos habiamos prendado durante nuestra corta visita, y nos salieron á dejar con las mismas ceremonias con que nos habian recibido. Nos dirigimos á los cuarteles. Estos consistian en un edificio muy amplio, de dos pisos, con una ala en el centro y dos en los costados. Hacia el cuarto costado, está abierto, y una reja circun-

da todo el patio. Se hallan precisamente á orillas del mar, de suerte que el aire que sopla por sus hermosos cuartos, con sus innumerables ventanas, es siempre fresco y puro.

El general encargado del edificio, está á la cabeza de los regimientos. Sin embargo, hoy solo había un regimiento en el cuartel, el otro estaba en marcha. Cada regimiento tiene dos coroneles, cuatro tenientes-coroneles, doce mayores, y veinticuatro tenientes. El regimiento está dividido en cuatro batallones, el batallón en dos compañías.

El general, que lleva el título de "gobernador militar," nos recibió en la puerta del edificio, que tenía un color rojizo. Entramos á los cuartos del primer piso. Los pasadizos son extraordinariamente altos, anchos, bien ventilados, y sumamente aseados. Los cuartos son grandes y cómodos. Hay de cuarenta á sesenta hombres en cada piso. Cada individuo tiene un colchón ralo, una almohada pequeña, y una sábana; todo de un color oscuro. El tren de cama puede empacarse en su mochila. Los soldados se acuestan en el suelo, cerca los unos de los otros. Su traje consiste en un fez colorado aplastado, una chaqueta azul, y un pantalón de género blanco. Usan zapatos negros cuando salen fuera del cuartel, pero dentro de él andan descalzos, lo que conduce mucho al aseó

Sus tirantes son de cuero blanco, sus cartucheras bastante grandes; sus armas de fuego son largas, con las culatas color de chocolate; sus mochilas son angostas y altas, y están cubiertas con un cuero de un color castaño.

No podía mostrar suficientemente mi admiración al gobernador, y le aseguré que aun en Europa podía servir de ejemplo el aseo de su cuartel, un cumplimiento que pareció halagar considerablemente al comandante.

A es'o, nos condujeron a una especie de balcón, que contenía una sala de recepción, en medio de la ala céntrica en el primer piso. Desde aquí nos explicaron que observásemos las evoluciones del regimiento. Aseguramos á estos señores, sin embargo, que en vez de estar reclinados en los suaves cojines del diván, preferiríamos ir abajo para admirar á las tropas mas cerca. Esta atención agradó á los turcos en extremo, y esto lo supe mas tarde, en una carta de Constantinopla. No están acostumbrados á una inspección tan de cerca por parte del Sultán. Por consiguiente, en cada cuartel se arregla un soberbio aposento en el segundo piso, para su Magestad Otomana. Desde allí puede contemplar á los creyentes hijos de Mahoma como de entre una nube; es decir, solo con el cuerpo se le vé asitiendo á estos espetáculos guerra

ros, pues el espíritu melancólico del joven príncipe no le encuentra gusto á semejantes cosas. Prefiere entregarse al goce de sus pipas, y mas le importa el ejército de sus setecientas esposas, que los defensores de su patria. De suerte que aunque el intérprete me dijo con bastante inteligencia, "Cette chambre est réservée pour le grand Sultan, puisque les soldats son ses enfants, et le père doit toujours loger parmi ses enfants," esto hubiera sonado bonito á no haber sido una simple forma de discurso.

El rejimiento estaba formado en el gran patio. Todos los oficiales estaban á pié: creo que solo el general tenia caballo. Los cuatro batallones se formaron en línea y comenzaron un corto ejercicio de fuego. Al principio, cada batallon descargaba por turno, durante lo cual la primera fila se incaba al estilo antiguo; de suerte que tres filas podian hacer fuego al mismo tiempo; despues se siguió una descarga de todo el frente de fuego graduado, y la formacion de un cuadro entero. Hacian fuego muy bien: la descarga era lo mismo que una solo tiro, y la carga de las armas se hacia con una prontitud maravillosa. Las evoluciones restantes no estaban bien ejecutadas. Aun todavía las hacen al sistema antiguo. El desfile fué en extremo malo; estaba dirigido por un eniente negro y de elevado talle.

Entre tanto, tocaba la banda de un modo singular y desordenado. Una vez se esforzó en tocar algo de la "Martha de Flotow," pero hizo un fiasco completo. Las palabras de mando turcas, dadas en el idioma natal, suenan muy altas é imponentes, y son obedecidas por las tropas con mucha prontitud.

El tipo característico de un pueblo, nunca se ve tan ventajosamente como en la division de un ejército. A donde todos están vestidos iguales, y todos son de la misma estatura, la semejanza de las facciones viene á ser evidentemente remarcable. Compónese el tipo turco de una frente bastante corta é inclinada hácia atrás, en unas cejas hermosamente arqueadas sobre unos ojos penetrantes y ovalados; una nariz larga y algo aguilena; la boca indiferente; gruesos los labios inferiores; la barba larga y ovalada. Tienen la tez de un color acitunado. La tropa usa solo bigote, pues, como he dicho antes, toda la barba ha sido prohibida por estar fuertemente asociada con la tiranía de los genizaros.

Despues del desfile de las tropas, hicimos presente nuestra admiracion al general: le dimos las gracias y salimos del cuartel. Parece que los turcos han sabido aprovecharse de la experiencia que han ganado en la revolucion; pues el palacio

del gobernador está cerca de los cuarteles. Si la monarquía turca es débil y podrida en su esencia, esta debilidad no es causada por la revolución. La caída de un antiguo coloso, que una vez fué tan poderoso, no es mas deplorable que la terrible debilidad de los estados cristianos de la Europa, los que, odiando las revoluciones, con gusto les pondrían término; pero con debilidad infantil, se alejan de los medios, y solo se aventuran á darles en la oscuridad puñaladas ocultas.

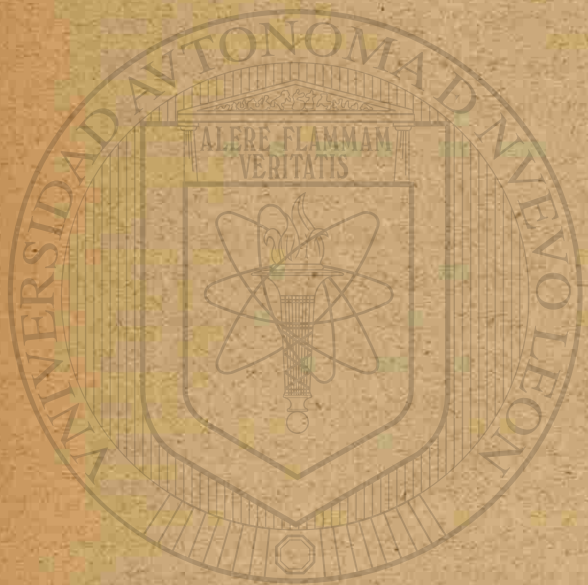
La religión es lo que mantiene unido á este reino. Una vez enterrado Mahoma, su "creciente" no iluminará á los países mas hermosos y ricos de la tierra. Si la Turquía tiene que ser subyugada, su religión tiene que ser arrancada de raíz. Si las naciones europeas quieren que ser derrocadas, la cruz tiene que ser destruída.

Durante la mañana había estado el mar muy alborotado. Por lo tanto, propúzose que regresásemos al consulado por la ciudad, y en los caballos que nos había mandado el Pachá. No aceptamos la oferta, porque no nos alagaba la idea de trasformarnos en espectáculo para todo Esmirna en estos cuarteles magníficamente ornados. El otro modo de regresar era á pié, por esos pisos desiguales, con ese olor viviano y de todo uniforme. Sin embargo, yo, que adoro el turbulento

mar, y me vanboleo con gusto en las poderosas olas, me decidí á regresar en el bote de Ali. Me prometí gran placer en esta travesía encantadora, por entre esa mágica bahía de Esmirna. Siguió mi ejemplo mi hermano, el conde G., el consul general, y el intérprete. A los demas, parece que no les alagaba la idea de las olas que se alzan y se hunden; prefirieron valverse á pié con todas las molestias.

Partimos récio de la playa, y me regocijé de mi elección. Navegábamos violentamente con la fresca brisa del mar, pasamos valles y montañas, observando las escenas alegres que habia en la bahía. El toldo colorado que tenia el bote, nos cubria de los ardientes rayos del sol, y podíamos contemplar descarsadamente el magnífico panorama de la ciudad.

Habíamos estado descansando por algun tiempo en los sofás del consulado, sumerjidos en los felices recuerdos de esa mañana tan ologre y tan llena de incidentes, ántes de que llegasen nuestros amigos, medio muertos de cansancio y de calor. Les compadécimos por su larga y penosa caminata por esos pisos desiguales, especialmente despues de la abundante comida que habian tomado. Interiormente me reia, y pensaba que las danzantes ondas eran preferibles el áspero camino.



CAPITULO X.

UN PASEO A BURNABA.

Esmirna, Setiembre 20 de 1850.

Era uno de aquellos días hermosos y despejado del Sur; el cielo tenía un azul claro; el tiempo estaba caluroso, mas no opresivo. Todas estas circunstancias nos tentaban á aceptar la oferta del Pachá y del Cónsul, y hacer una expedición á Burnabá.

A las tres de la tarde, y despues de un abundante "lunch," dejamos la cubierta del "Vulcano." Los botes pronto nos dejaron en tierra en la costa de Asia, y á pocos pasos llegamos á la puerta del consulado. Aquí nos aguardaban los caba-

llos del Pachá. Eran unos hermosos animales, ricamente enjaezados. Sus largas y anchas gualdrapas estaban bordadas de oro; los frenos y los estribos eran de un bronce dorado y reluciente. Estos últimos brillaban como trofeos de guerra. Montamos á caballo, rodeados de innumerables oficiales turcos y de una especie de guardias del Pachá, pasamos por las calles de Esmirna.

Con el fin de llegar á las alturas y á la campiña, nos vimos obligados á pasar por la ciudad Armenia. Todos los habitantes corrieron á las ventanas y á las puertas, y en las calles habia un cordon de nobles orientales, con sus hermosos semblantes y sus ojos ovalados, esperando con ansia la entrada de un príncipe asiático con sus costosos atavíos; mas, ¡oh presal! solo vieron á un par de miserables europeos vestidos con unos sacos de verano almídonados, coronados con unos sombreros que parecian mas bien unos cilindros, negro y cabalgando en los magníficos corceles de Alí.

Llegamos bien pronto á un punto muy bonito, y á ser cierta la historia, un lugar muy interesante, en la parte mas alta de Esmirna. Aquí, se nos dijo que era el feliz lugar adonde vió la luz el primogénito de las musas, el divino Homero, el primero que usó el lenguaje encantador de la poesía. Aun á ser falsa la tradicion, la in-

vencion es bonita, pues lugar alguno podia ser mas digno que este de esa honra. Altos platanares dan sombra á este hermoso lugar, formando arcos con sus tersas ramas, y coronas con sus infinitas y puntiagudas hojas á orillas de un pedazo cubierto con agua. Mas allá, en la orilla extrema de esta agua, se eleva hácia el cielo una floresta de cipreses tranquila, solemne y casi muerta; miéntras que, como símbolos de una época mas tardía en la historia, yacen esparcidas entre los árboles oscuros las tumbas, como espectros de los turcos. A través del rio está visible un puente pintado con colores brillantes. Se erigió especialmente para Esmirna, y es de gran importancia, pues miles y miles de camellos se cruzan constantemente, cargando los ricos productos del país á este emporio de Oriente. Pasamos por esta antigua fábrica, y entramos al cementerio del musulman.

Reinaba en este lugar una magestad peculiar y una tranquilidad que hacia impresion. Los altos cipreses—esos minaretes que existen, pero que, sin embargo, anuncian la muerte con su presencia—se hallaban en fila á iguales distancias los unos de los otros; entre ellos, encuéntranse innumerables tumbas, que consisten en unas lápidas

MAXIMILIANO.—21.

de piedra perpendiculares, en su mayor parte colocadas en línea recta.

Distínguense las tumbas de los hombres por unos turbantes que hay gravados en la parte alta de ellas; las de las mujeres no tienen este distintivo, pues la mujer, en Oriente, no hace un papel importante en la vida. Hállase colocado, ante muchas de las lápidas, una balaustrada baja de piedra, iguala á la que, con frecuencia entre nosotros, hay en las montañas hechas de madera. Las tumbas mas nuevas están pintadas con unos colores brillantes, y en vez del turbante, échase de ver en ellas el fez ó gorra turca. En las lápidas de piedra, están gravados los nombres de los muertos, y un texto tomado del Corán.

Das cosas de los turcos me agradaron; primero, jamas destruyen ó profanan con sus manos los sepuleros de sus antepasados, sino que dejan al tiempo que lo haga; y segundo, no meten los huesos de los muertos en estrechos y cerrados cajones, sino que los tienden en el seno de nuestra madre comun: la tierra.

Prefiero infinito los panteones turcos á los nuestros; hay mas pureza, sencillez y natural embelleso en ellos, que en los nuestros, adonde frecuentemente me inclino á creer que veo un monumento teatral-triunfal pagano en vez de un pan-

teon cristiano. Pero peor que todos, son los de los italianos, adonde los ricos se hallan separados de los pobres, un lugar vasto rodado de portales, está dedicado á los primeros, mientras que los pobres yacen en un lugar abierto: sus sepuleros solo se distinguen de los de los perros mediante una señal de madera con su numeracion; y si se desea saber el nombre ó título de alguno, es preciso ir al registro y buscar en el catalogo. En nuestra época materialista, pueden ocurrir cosas semejantes. El hombre se analiza como si fuese un autómeta; y familiarizándose de esta manera con su propia carne y sangre, pierde, como es natural, todo respeto á los huesos de los muertos. Nuestros antepasados conocian este sentimiento hermoso, que de por sí se enseña en los panteones turcos, y encontramos que era lo mismo en muchas partes de los distritos de las altas montañas.

Abandonamos la gran floresta de cipreses; montamos á caballo, y continuamos nuestro camino á Burnabá. Pasamos por un vecindario sumamente fructífero, con una vegetacion de lo mas abundante. Aquí podiamos creer fácilmente en las riquezas de los países turcos. Las uvas mas magnificas se entrelazaban en los salubres higueros. Los famocos y dulces melones de Esmirna crecian

entre las ricas espigas del trigo. Todo tiene el aspecto de la abundancia; sin embargo, podíamos ver que la madre Natura es la grande artista en medio de esta vegetacion espléndida.

Frecuentemente encontrábamos reuas de camellos y de mulas, cargadas con la fruta del país; y por todas partes, hasta donde podía alcanzar la vista, contemplábamos algo nuevo y encantador. Al descender á una ancha llanura, por la cual habia unos cuantos árboles esparcidos, los guardas del Pachá, tan originalmente vestidos, comenzaron á rodearnos, armados de mosquetes y sables. Apretaban, mas y mas, el paso á sus caballos, alzando la voz con gritos salvajes. Nubes de polvo se alzaban de las peanías de sus caballos, los que, cruzándose entre sí con frecuencia, de cada lado del camino, presentaban el cuadro de un combate guerrero. Se ve bien cuando estos hijos de Oriente, de tez morena, con sus pintorescos trajes, se precipitan en sus fieros y diminutos corceles, en medio de esas nubes de polvo, por entre los árboles, el sable golpeándose, los mosquetes preparados para hacer fuego, con sus movimientos salvajes, y su clamor guerrero mas salvaje aún. ¡Cuánto lamentaba el que no pudiéramos hacer otro tanto con nuestros caballos de gran parada! Desgraciadamente a estos anima-

les de ostentacion, solo puede montárseles al estilo turco, al paso; y úsalos solo el Pachá en las grandes ocasiones, como cuando va en procesion á la mezquita. Poco cortesía al buen Ali, nos vimos obligados a ir la primera parte del camino á un paso de procesion imponente; de vez en cuando, dando unos saltos no muy elegantes; mas despues de haber puesto alguna prueba á nuestra paciencia, nos procuramos ayuda. Llegamos á un molino de papel, y asegurando á nuestra escolta de la manera la mas política, que estábamos ansiosos de tomar un cuidado especial de estos nobles animales, saltamos de nuestros caballos, y eligiendo otros mas lijeros de entre nuestro acompañamiento, nos pusimos al instante en camine, a gran placer nuestro, y á un paso mas acelerado. No podíamos haber manejado mejor el negocio; los turcos no parecían estar nada ofendidos. Y de esta manera, riendonos y diciéndonos bromas, llegamos á Burnabá con un tren numeroso.

Esta elegante villeggiatura—retiro en el verano, de los turcos, y á la cual van las razas europeas, las mas diversas, á pasar las vacaciones de la estacion calurosa—yace en una montaña, y debido á sus encantadoras y hermosamente cultivados jardines, tiene un aspecto sumamente bello y

alegre. La comunidad es grande; pero es una lástima que la costumbre oriental de cercar todo con altas tapias, le evita á uno, al entrar á la ciudad, el ver los jardines ó las casas. En la parte turca, hay un bazar, el que, sin embargo, estaba muy sucio y era pequeño, de suerte que, lo que son las calles, nos ofrecian poco que nos interesase. Sin embargo, nos permitieron el que diésemos otro vistazo á la magnificencia y á las comodidades de los habitantes de esta tierra meridional. Hay una diferencia característica entre la gente oriental y la europea, y es que el habitante del Poniente desea hacer alarde de sus tesoros, abre sus jardines á la inspeccion pública, y se esfuerza de todos modos para que otros admiren sus posesiones. El oriental, al contrario, encierra y guarda sus tesoros con escrupuloso cuidado entre las cuatro murallas protectoras; se forma un paraíso dentro de ellas, y goza de él, en silencio, con la cervidumbre admitida; y, cuando mucho, permite que la fama hable de sus secretos y desconocidos portentos. De suerte que, en Oriente, todo posee el encanto de la novedad, mientras que en Europa, la familiaridad produce hastío.

Mediante la bondad del cónsul general, nos fué permitido entrar al jardin de un rico banquero, llamado B....., nativo de Trieste. Este señor

nos recibió con cortesía en el umbral, y nos condujo á una especie de tienda de campaña encantadora, que estaba en el jardin, lo que nos dió una idea palpable del gusto exuberante en Oriente. El piso era de mármol, separado en dos compartimientos, una parte estando elevada. La pared, con divanes, se prolongaba al rededor de estos, abierta por innumerables ventanas, entre las cuales habia un candelabro fijado en el cerco dorado de unos espejos cóncavos; en el piso habia ricas alfombras; en la division mas baja del cuarto, un tazon de mármol hermosamente esculpido, y en el cual corrían once chorritos de agua con un murmullo delicioso; la agua que corría, formaba despues fuera del edificio un pequeño lago sombreado de árboles, los que estaban cercados por un grutesco y replato de pescados dorados, conservándose una frescura encantadora en el pabellon.

Los jardines estaban plantados con naranjos y otras plantas pertenecientes á este clima. Despues de haberle andado todo, nos ofrecieron en el pabellon refrescos los mas deliciosos. Consistian en helados y las mentadas frutas cubiertas de limirna. Es costumbre en todas las oasas ofrecer estas cuando llegan de visita los extranjeros.

Despues de esto, fuimos á ver la casa de un

armenio, y desde su cuarto alto, gozamos de una vista soberbia del valle, de la ciudad y del golfo, Feliz el hombre que desde la ventana de su casa puede siempre ver un paisaje tan mágico! El jardín del armenio es excelente y lleno de sombra; pero el mas hermoso que vimos en este lugar encantador, fué el de Mr. W., un inglés rico, que era á la vez comerciante y banquero.

Al entrar al jardín, nos encontramos con una concurrencia elegante reunida frente á la casa rodeada de cipreses, y otras plantas. Causaba satisfaccion el ver á estas señoras y á esos caballeros cómo se entregaban al "dolce far niente" de esta espléndida tarde, mientras que de todos lados las flores exhalaban sus deliciosos perfumes; un perico sacudia su brillante plumaje; los árboles elevaban sus soberbias crestas magestuosamente hasta lo infinito de la azulada cúpula del cielo; la hermosa casa con sus persianas, reunido todo esto en una silenciosa armonía, en ese suave éter meridional y ese puro crepúsculo vespertino. Un espectáculo de esta clase, penetra al corazón del extranjero, y tiene por felices á aquellas gentes que viven en semejante paraíso.

La señora Ws. hija política del dueño, una mujer hermosa, aunque un poco gruesa, nos vino á encontrar con una espresion dulce y angelical, y

unas facciones simétricas y nos condujo al interior de la casa. Aquí reinaba, en este delicioso clima meridional, un lujo europeo. Echamos de ver que precidia un espíritu inglés por la confortale y esquisita disposicion del rico ajuar. Despues de una conversacion corriente, fuimos otra vez al jardín, el cual la señora Ws. bondadosamente nos dió la oportunidad de admirar. Desde uno de los terrados gozamos de una espléndida vista del valle y de las altas montañas, las que resplandecian mágicamente con la luz disolvente. Cuando entramos de nuevo, nos ofrecieron dulces otra vez, y el hijo del Sr. W., un individuo magro pequeño, y de presencia cómica, con una chaqueta blanca y sombrero del mismo color, se nos presentó; hacía un contraste notable con su robusta y hermosa consorte, la que estaba vestida de negro. Despues de que hubimos abandonado á este jardín, y atravesado por otros, pasamos algun rato mas con el Sr. W. y entonces montamos nuestros caballos y emprendimos la vuelta á casa.

Era de noche, pero una noche de aquellas que no puede pintar la fantasía de la gente del Norte. Solo podia gozarse de ella en las exuberantes costas del Asia Menor. La vóveda del cielo estaba infinitamente mas clara, no se apercibía un solo sonido; la tranquilidad reinaba en el

anchuroso mar, y cual un vencedor despues del caluroso y bullicioso dia, la luna llena se presentó magestuosa trás las grandes alturas de Esmirna. Las sombaras arrojaban unos relieves pronunciados; habia una ondulacion plateada por entre el follaje; el paisaje se cambió, como por la vara mágica de una hechicera.

Espeleamos á nuestros caballos y galopeamos hácia á la ciudad por entre la vaga y misteriosa luz de la luna; las tumbas de los turcos se desprendian como hileras de espectros entre los oscuros y tristes cipreses. A esto llegamos a la poblacion y pasamos por unas cuantas calles estrechas, y pronto nos vimos en la cubierta del caro "Vulcano," adonde despues de una cena gustosa, nos rejocigamos de nuevo con la divina vista del reluciente mar, los blancos y bien marcados minaretes las cúpulas, las grandes masas de casas, y las lejanas montañas.

CAPITULO XI

AL AVISTAR CORFU.

Nació la aurora; salió el sol esparciendo una tranquilidad profunda por los plateados mares y las altas montañas de la Albania; el vapor surcaba las olas con repidez, y avanzábamos con violencia, pasando por las islas Jónicas mas pequeñas, que se elevaban fuera del agua como lomos de monstruos marinos. A esto, contemplamos la punta extrema de la fértil isla de Corfu. Unas

anchuroso mar, y cual un vencedor despues del caluroso y bullicioso dia, la luna llena se presentó magestuosa trás las grandes alturas de Esmirna. Las sombaras arrojaban unos relieves pronunciados; habia una ondulacion plateada por entre el follaje; el paisaje se cambió, como por la vara mágica de una hechicera.

Espeleamos á nuestros caballos y galopeamos hácia á la ciudad por entre la vaga y misteriosa luz de la luna; las tumbas de los turcos se desprendian como hileras de espectros entre los oscuros y tristes cipreses. A esto llegamos a la poblacion y pasamos por unas cuantas calles estrechas, y pronto nos vimos en la cubierta del caro "Vulcano," adonde despues de una cena gustosa, nos rejocigamos de nuevo con la divina vista del reluciente mar, los blancos y bien marcados minaretes las cúpulas, las grandes masas de casas, y las lejanas montañas.

CAPITULO XI

AL AVISTAR CORFU.

Nació la aurora; salió el sol esparciendo una tranquilidad profunda por los plateados mares y las altas montañas de la Albania; el vapor surcaba las olas con repidez, y avanzábamos con violencia, pasando por las islas Jónicas mas pequeñas, que se elevaban fuera del agua como lomos de monstruos marinos. A esto, contemplamos la punta extrema de la fértil isla de Corfu. Unas

cuantas varas á lo largo de su costa, conduce á uno á la fortaleza que corona la ciudad. A este fuerte colonial inglés, puede solo comparárselo con una corona de espinas.

Compónese la isla, principalmente, de un terreno montañoso, el que está demasiado crecido, con el bosque mas fresco y hermoso, presentando á la vista un cuadro de frescura. Todo el país es como un gran parque, en el cual se hallan unos cuantos hogares de colonos. Estos presentan un aspecto de aseo y de sólida construcción, y no causan esa impresión triste, como algunos de esos pueblos griegos esparcidos, que se elevan en una forma irregular sobre un terreno inculto.

Es un espectáculo agradable el ver unas quintas de campo hermosamente construidas, en medio de una vegetación meridional, cultivada con todo el esmero de un jardinero. Las rocas, en la playa, forman un contraste excelente con ella. Es preciso confesar que los ingleses entienden el modo de transformar todo lo que les viene á las manos, en hermosura y en cultivo, pues aun la peñascosa Malta se halla ahora cubierta con la vegetación mas fresca y verdeosa.

Mientras mas nos acercábamos á la ciudad, mas numerosas eran las casas de campo.

A corta distancia estaba un buque inglés an-

clado, desde donde tiraban á un blanco pintado de negro, que flotaba en el mar.

Esta pequeña maniobra me divirtió en extremo; era ridículo ver cómo iba saltando la bala en el agua diez ó veinte veces tras del blanco, de tal manera, que el mar hacia espuma como una cascada. Ciertamente los marineros británicos no le daban al pequeño blanco frecuentemente. Como queetibaamos obligados á pasar dentro de la línea del tiro, algunos comenzaron á preguntarnos si no nos podían pegar, pero el cañoneo cesó por algunos instantes mientras pasamos.

Las rocas que dominaban la ciudad, se desaparecian mas y mas, y el hermoso sitio colonial de los ingleses se presentó á nuestra vista. Las partes mas elevadas de la fortaleza se desprendían del azul cielo, al rededor de esta, formando terrados, habia los mas bellos jardines y las casas mas hermosamente construidas. Al pié de esta fortaleza habia hileras de baluartes de piedra, que parecia como si nacieran del mar; en el ángulo extremo de uno de estos, estaba situado el jardín del gobernador, bien sombreado por hermosos y elevados árboles. Al fin de estos, cerca de la ciudad, se halla un gran palacio de una piedra de un color pardo; compónese este de varios

costados, cuyos aposentos están cubiertos del calor mediante unas grandes celosías verdes.

Este edificio extenso é imponente, es la residencia del tirano que el libre poder británico le ha puesto encima á estos pobres isleños, como protector. Pensaron, en la ciudad, que íbamos á desembarcar. Sin embargo, dirigimos nuestro curso por una especie de canal ancho, el que estaba formado por una isla estéril y peñascosa, que quedaba, precisamente, frente á la ciudad.

Esta última tiene un aspecto elegante y aseado. Grandes y bien construidas casas dan señales de riqueza, y atestiguan el lujo práctico de Inglaterra, y ese "comfort" al estilo comerciante. El lugar está rodeado por las mas deliciosas y verdes colinas, desde donde se descubren de un modo alagüeño esas preciosas cabañas inglesas. En la isla que yace frente á la ciudad, hay otra fortaleza, á la que nosotros, aunque extranjeros, fuimos admitidos.

Nos dijeron que todas las mañanas cien soldados ingleses eran conducidos en botes de la ciudad á esta isla, y llevados de regreso en la tarde. Se supone que han hecho juramento de guardar algun secreto, pues nadie sabe lo que tienen que hacer en esta tierra misteriosa; pero se pien-

sa que tal vez están trabajando por unir á ambas islas mediante un túnel debajo del mar.

Hicimos alto frente á la ciudad por unos momentos, con el fin de recoger algunas noticias del vapor de la compañía Lloyd, que á la sazón estaba anclado. Al instante subió Jhon Bull con sus marineros vestidos de blanco. Era el capitán del puerto, el que, de un modo atento, nos trajo al "práctico," con el fin de recibir una buena propina en esta ocasion. Le contestamos que de ninguna manera intentábamos desembarcar. No obstante esto, deseaba saber de nuestro capitán, quiénes estaban á bordo; y cuando no lo pudo descubrir, se retiró con una "cara muy larga."

Durante esta pausa, pudimos examinar la ciudad á nuestra satisfaccion. Como que era la hora de la siesta, habia poco movimiento en las calles. El número de buques en la ensenada, era tambien corto, pues el cólera estaba asolando las islas Jónicas, é impidiendo el comercio por algun tiempo. De nuevo nos hicimos á la vela, y continuamos nuestra correría.

Hácia la extremidad de la isla, sus playas se acercaban á la costa de la Albania. En medio de este estrecho pedazo de agua, existe un trozo pequeño de roca sólidamente formada, y sobre la que descansa, igualmente pequeña, la torre de un

faro. Dásele un nombre sumamente desagradable: "La Sarnosa," probablemente á causa de la formacion peculiar de la roca. Un soldado inválido y viejo vejeta en este lugarcillo.

Presto se desvaneció de nuestra vista la punta extrema de la isla; y llenos de gozo, dirigimos nuestro curso hácia nuestra amada patria.

CAPITULO XII.

DOS DIAS EN EL BOCHE DI CATTARO.

Muy temprano, por la mañana, me puse la ropa violentamente, y subí el primero á la cubierta. Sobla el ambiente fresco y saludable de mi adorada Austria, á la que volvia á ver despues de mi regreso por primera vez; esto fortaleció mis miembros; y lleno de placer, contemplé la salida del sol sobre las montañas azul oscuro de Dalmacia. Una niebla suave y lijera descansaba sobre las tranquilas aguas, y daba un tinte rosado á las estrellas; pero pronto se disiparon los vapores, y grande y magestuoso se levantó el sol ante mis ojos agradecidos. La luz nueva daba color y vida á

faro. Dásele un nombre sumamente desagradable: "La Sarnosa," probablemente á causa de la formacion peculiar de la roca. Un soldado inválido y viejo vejeta en este lugarcillo.

Presto se desvaneció de nuestra vista la punta extrema de la isla; y llenos de gozo, dirigimos nuestro curso hácia nuestra amada patria.

CAPITULO XII.

DOS DIAS EN EL BOCHE DI CATTARO.

Muy temprano, por la mañana, me puse la ropa violentamente, y subí el primero á la cubierta. Sobla el ambiente fresco y saludable de mi adorada Austria, á la que volvia á ver despues de mi regreso por primera vez; esto fortaleció mis miembros; y lleno de placer, contemplé la salida del sol sobre las montañas azul oscuro de Dalmacia. Una niebla suave y lijera descansaba sobre las tranquilas aguas, y daba un tinte rosado á las estrellas; pero pronto se disiparon los vapores, y grande y magestuoso se levantó el sol ante mis ojos agradecidos. La luz nueva daba color y vida á

las melancólicas montañas; las rocas, los bosques y las pequeñas y solitarias aldeas se presentaban á la vista, la que se fijaba con encanto en ese lugar tan semejante á nuestros lares. Pronto subieron mis compañeros de viaje, y nos saludamos con placer mutuo en las aguas austriacas. Parecíame un buen agüero el que, precisamente al avistar nuestra tierra natal, el sol brillase saludándonos con tanta claridad y esplendor.

Almorzamos sobre cubierta alegremente, y en medio de la conversacion mas animada, llegamos á la entrada del famoso Bocche de Cattaro. Por entre un canal bastante angosto pasamos el primer estrecho de mar. La impresion que causa es enteramente igual á la de una laguna tranquila. Se olvida uno del gran Océano atras, y se enagena uno de gozo con el espectáculo del hermoso paisaje. Aquí no se encuentran ya las desnudas rocas y las amarillosas llanuras de la Grecia, sino la vida alegre y llena de frescura, y una civilizacion positiva y próspera. No vimos más esos lugares salvajes y despoblados; las casas se destacaban de entre los exuberantes bosques, y de su buen estado, es fácil percibir que están bajo el cetro austriaco. Y sin embargo, el estado de incivilizacion de Grecia tiene sus encantos peculiares. El brillante paisaje bajo ese cielo meri-

dional, y las desnudas y sonrosadas montañas á orillas del azulado y espumoso mar de Lepanto — ¡vaya un contrastel—Hacia el interior del país, se elevan unos cerros pefiascosos, con unos contornos en el extremo pintorescos; los que, aunque son estériles en las regiones mas altas, sin embargo, tienen el sello de las capas geológicas del Norte. Hacia el mar, la cordillera es de una configuracion baja y redonda, por cierto no muy hermosa. En su mayor parte, está cubierta enteramente de arrayanes. En las playas, encuéntranse frescas y verdes viñas, con unas cuantas quintas de campo al estilo italiano.

Dos puntos, en particular, llaman la atencion —la pequeña poblacion de Castelnuovo, pintorescamente situada con sus fortines cuadrados, y el convento griego Sabina, edificado al estilo bizantino, un lugar que relucia entre una vegetacion exuberante. Nuestro buque ancló junto al hospital de Castelnuovo, el que se halla á distancia de legua y media de la ciudad, cerca y abajo del convento, á orillas del mar.

Despues de habernos vestido, desembarcamos, y pisamos de nuevo, con placer, y despues de tantas aventuras, la cara tierra firme de Austria.

Nuestro primer punto fué el convento, que ya habia despertado nuestra curiosidad en el buque.

¡Cuán agradablemente nos sorprendimos al encontrar el encino alemán (*quercus germanica*), junto al exuberante laurel bajo cuya sombra nos refrescamos! También vimos prados—frescos y verdes prados—después de tanto tiempo: ¡qué placer! En estos prados crecían grandes naranjos, en los cuales se enredaba la yedra del Norte. Era un lugarcillo tranquilo y hermoso, que estaba precisamente frente á la puerta del convento; la mezcla más encantadora de la hermosura del Norte con el fuego del Sur.

Los ardientes rayos del sol estaban mitigados por la sombra de las hojas del encino y reducidos á una sombra agradable. Aquí y allí, el cielo azul oscuro se veía por entre el ramaje; y además una alfombra de musgo suave y afelpada. Un soberbio ciprés elevaba su cresta en el éter purísimo, y junto de él, cerca de una muralla antigua, se bamboleaba un naranjo cubierto de fruta. Sus ramas servían como de apoyo á la uva, mientras que, cerca de ellas las relucientes granadas, de una manera juguetona, inclinaban sus tiernos y flexibles tallos. Al pié del ligero declive, teníamos un hermoso paisaje del tranquilo y cristalino mar. Pasamos por un arco de piedra á un patio en forma de terrado. En este lugar estaba una iglesia pequeña y otra grande, lo mismo que el convento.

Mediante la intercesión de nuestro amable capitán, nos permitieron la entrada á las iglesias, y dos ancianos monjes griegos nos condujeron por ellas. Uno de estos hombres, ya avanzado de edad, con una barba larga y blanca, hablaba un mal italiano, de suerte que le podíamos comprender bastante bien.

En el interior de la casa de Dios, de acuerdo con las costumbres griegas, se halla colocado, frente el altar, un biombo de palo ricamente dorado, y en el cual hay pinturas simbólicas. Todas las cabezas de Cristo y de la Virgen, tienen las facciones largas y orientales, no muy atractivas. Especialmente hallamos representado allí á San Jorge con armadura, y varios otros santos. Unos cuantos de estos cuadros no están faltos de valer artístico. Colgaban del techo ricos candiles de plata, huevos de avestruz; y al rededor, decoraciones hechas de lana, de oro, y listones de colores. Cuando pregunté al monje con asombro que quería decir todo esto, me contestó que cada capitán de embarcación, al botar á la agua un buque nuevo, cuelga en la iglesia uno de estos ornamentos, que no tienen ningún gusto.

En la capillita, que fué lo primero que se edificó en este lugar, se encuentran los hermosísimos donativos piadosos, entre los cuales notamos,

en particular, una cruz divinamente esculpida, y varias pinturas adornadas con joyas preciosas. El interior del convento, que solo consiste de unos cuantos cuartos; es pequeño y está edificado con un estilo pobre. En el refectorio habia colgadas unas cuantas malas pinturas al óleo de unas testas coronadas de Rusia.

Nos despedimos del buen anciano que nos habia llevado por todo este lugar sagrado, y emprendimos camino, por entre la cerca de encinas á Castelnuevo. Mientras tanto, nos llamó la atención una capilla en una altura, que estaba enteramente cubierta de magueyes.

Aquí teniamos una vista sumamente estensa. A nuestros piés estaba el mar; los cerros, cubiertos de mirto, brillaban como plata contra el horizonte azul; y por entre estos, interceptados por elevados peñascos, el infinito Océano estaba visible. De un lado veiamos las murallas de Castelnuevo, cubiertas de yedra. No lejos de estas; y del lado opuesto, se hallan los dominios turcos, y la restante "Boche," en cuyas playas yacian esparcidas las quintas de campo mas encantaderas. Todo esto está abovedado por el celage azul y esplendoroso, é iluminado por el ardiente sol. Al volverse, la perspectiva era igualmente grandiosa, pero mas triste; grupos de rocas, que parecian

tocar al cielo, como si es tuvieran cortadas distintamente, en la oscura y tempestuosa atmósfera. Solo unas cuantas casas descansaban sobre la muralla de piedra, rodeada de negros cipreses. El conjunto era como una fantasma; sin embargo, atraia la vista con un poder misterioso. Estas grandes murallas de montañas, elevándose hasta las aubes, ocultaban la playa encantadora de Boche. La perspectiva elevaba; por un lado, halagando con sus encantos meridionales; y por el otro, causando compasion en su altiva desolacion; de suerte que dije á mis compañeros de viaje: "este lugar me fascina; quisiera erigir aquí una quinta al estilo veneciano, desde cuyas ventanas, balcones y terrazas, pudiésemos gozar de una vista esplendorosa." Esta proposicion fué recibida unánimemente con entusiasmo.

Al viajar, encuentra uno tantos lugares adonde exclama con ardorosa admiracion: "Aquí levantémos tabernáculos!" Y mucho tendríamos que hacer si siempre pudiésemos llevar adelante estos deseos íntimos.

El encanto principal de este vecindario, está formado por la feliz union del fenómeno variado de la naturaleza—grandes mares, tranquilos lagos: la mistura de la vegetacion del Norte con la

del Sur: la palma y el encino, la sesgada montaña y las ásperas rocas.

Por entre viñas y florestas, ya subiendo, ya bajando, llegamos al fin á la fortaleza de Spaniol, que corona á Castelnuovo. En sus cercanías vimos una casa abandonada, sin techo, y en sus paredes habia crecido la yedra de una manera exuberante, de suerte que la casa se parecia á una de esas cercas francesas de árboles cortados á tijera.

Allí cerca, en el camino, estaba sentada una anciana con aspecto como de bruja. Nos pidió limosna. Cuando la vimos mas de cerca, encontramos que tenia toda la cara pintada con unas cruces pequeñas; nos aseguró que un padre la habia marcado de esta manera. Tal vez fué con el fin de proteger á esta pobre mujer de la supersticion de la gente, la que se encuentra aún muy atrasada en esta parte de Dalmacia; es posible que esta vieja sea el espíritu maligno que ronda el edificio en ruinas cubierto de yedra.

El sol brillaba sobre el castillo con un calor sofocante; la vista de los soldados austriacos, que por tanto tiempo nos habia sido negada, nos llenó de gozo. Los uniformes blancos se ven muy bien por todas partes; en las profundidades del Sur, como en las alturas del Norte.

Vimos las diversas partes de la fortaleza, que fueron erigidas bajo Carlos V., despues de que el emperador hubo tomado la pequeña ciudad de Castelnuovo á los venecianos. Las torres, en los cuatro ángulos, están perfectamente fortificadas; en una de estas, existe una cisterna muy bien construida. Sobre la puerta de entrada hay una inscripcion turca hermosamente esculpida, puesta allí por los mahometanos cuando arrancaron la fortaleza á los españoles.

A la entrada de la poblacion hay un espacio abierto, que segun dice la tradicion, era el lugar destinado al encuentro para el combate singular entre españoles y musulmanes. La ciudad es pobre y chica, con unas callecitas angostas y de subida hácia el fin de ella; sin embargo, hácia el mar, hay una fortaleza formidable, fabricada con una piedra arenosa y blanda: igualmente la visitamos. Desde todos estos puntos, gozamos de una perspectiva hermosísima. La parte interior de la ciudad está rodeada de una muralla alta, en la que hay una puerta de entrada sumamente escarpada; por encima de ésta inclinada y mal enlosada entrada, dícese que saltó un bay á caballo y á todo galope. Apenas es creible esto: aunque el turco que á pié es torpe, es diestro y atrevido cuando se halla montado en esos caballos

MAXIMILIANO. —23.

salvajes del desierto. Enseñáseles igualmente á los viajeros un lugar pintado de colorado en la muralla de la ciudad, adonde exhibieron los musulmanes las cabezas ensangrentadas de los cristianos á la gente horrorizada.

Abandonamos la ciudad casi deshaciéndonos de calor, y regresamos por las refrescantes florestas y camino mas abajo por las murallas del convento, las que nos eran ya tan caras hasta el hospital. Parecia muy hermoso en la tranquila tarde; la tierra, el mar y la atmósfera, descansaban de su vida creativa del dia. Otro tanto hicimos nosotros.

Volvimos al buque, y refrescamos nuestros cansados cuerpos con la comida, servida sobre cubierta. Despues de la comida, se suscitó una discusion sobre política, que tuvo despierto á parte de nuestro séquito hasta las once de la noche.

Al dia siguiente, y muy temprano, se puso en movimiento nuestro vapor, con el fin de que visitásemos las partes restantes del Bocche. Apenas hubimos perdido de vista á la bahía, en la que está el convento y el hospital, cuando un nuevo lago, formado por el mar, se tendió á nuestra vista. Era ménos hermoso, pero tal vez mas encantador y agradable que los otros. Las montañas que le rodean están formadas con ménos

aspereza, y tienen una vegetacion y un cultivo mas exuberante. Fructíferos bosques de olivos y ricas viñas, variadas por alegres praderas, cubren la playa, que gradualmente se eleva. Esta parte encierra en sí mas bien las cualidades de un paisaje rural, y hace contraste con el Bocche, adonde el mar se angosta hasta formar un canal, cercado de rocas. La atmósfera blanda se pone fria, é intensa; se imagina uno que se ha descarriado en un laberinto peñascoso que no tiene salida. Repentinamente se ensancha la escarpada playa; y se encuentra uno en una agua mansa y sombría que se asemeja á un lejano lago en la montaña. Las desnudas y ásperas rocas se reflejan en las profundas y azuladas aguas.

Frente á la entrada hay un bonito pueblo. El ojo vaga con placer en este lugar alegre; colocado sobre la muralla de piedra, es como un precioso nidito en un panteon solemne. Dos isitas, que contienen iglesias, descansan en el espejo azul. El repique dominical de las campanas nos saludó con una solemnidad cristiana, y como que tambien deseábamos oír misa, paramos el buque; nos sentamos en un bote y nos dirigimos á este lugar, llamado Perasto.

Esta ciudad fué erigida por los venecianos, y en miniatura le hace á uno acordarse de la capi-

tal de la gente comerciante. Los sitios de la nobleza, palacios elegantemente fabricados con balcones y ventanas arqueadas al estilo morisco, se hallan mezclados con una preciosa confusión por un gran número de iglesias hermosísimas, en las cuales se elevan unos cuantos y sutiles cipreses.

Cuando desembarcamos, nos encontramos con un gran concurso de gente reunida en el muelle. Algunos de entre ellos eran notables por sus trajes peculiares. Los vestidos de Dalmacia, como por todas partes del Sur, son muy variados y originales. Cuando indagamos sobre la misa, se nos dijo que habria una mas tarde. El intervalo lo empleamos en hacer un paseo por la isla, que es célebre por su iglesia dedicada á la "Madonna."

Toda la isleta es como un hermoso terrado, sobre el cual descansa una iglesia, adornada con cúpulas al estilo bizantino. Acorde con la leyenda, un pescador se halló el retrato de la Virgen en una pequeña roca, precisamente debajo del terrado. Despues de que esta imagen hubo efectuado varios milagros, se resolvió erigirle una iglesia sobre la roca. Sin embargo, habiendo allí poco espacio, los piadosos habitantes de Perasto, oen inuaron á arrojar piedras al mar, hasta que

se alzó la pequeña isla sobre la cual está ahora la iglesia fabricada.

El interior está bonitamente adornado con altares de marmol. Mas con el fin de que las aguas no se absorban aquello que se ha reunido con tanto trabajo y cuidado, todo dueño de buques tiene que llevar una carga de piedra, y arrojarlas por la isla en las aguas.

Cuando volvimos á Prasto, nos dijeron que habiamos llegado muy tarde para oír la misa. De nuevo nos metimos en el vapor y nos fuimos á Cattaro. De este peñascoso y sombrío Bocche, llegamos á otro, en cuyas playas se sigue una muralla de roca hasta Cattaro, mientras que del otro lado, el paisaje mas encantador se ofrece á la vista. Es difícil decidir á cual de estos Bocche se le debe dar la preferencia. La última parte, sin embargo, es sin disputa la mas hermosa; pues casa, tras de casa, se hallan en el declive rodeadas de jardines, en medio de las cuales las palmas y los cipreses forman variacion con los granados y los naranjos.

Las casas, hundidas en el mas fresco verdor, dan todas señales de riqueza. En su mayor parte, pertenecen á ricos capitales de buques, cuyas esposas charlan en casa ocupadas con sus ruecas, mientras que sus esposos luchan con las olas en

las aguas americanas. Cerca de muchos de los edificios, echamos de ver á buques anclados en diques adecuados á su tamaño, y que se colocan allí como emblema del feliz retorno del ausente.

Enteramente al fin de este extenso y hermoso Bocche, yace la pequeña poblacion de Cattaro, descansando contra una muralla de roca, sobre cuya vertiginosa altura se halla la fortaleza. Cerca de esta, encuéntrase un muy buen camino que conduce á Montenegro, hecho por el gobierno austriaco con el fin de facilitar la comunicacion. Sin embargo, los habitantes de Montenegro no le usan, prefieren escalar las escarpadas rocas.

Como que Cattaro es una fortaleza, al llegar ve uno poco de la ciudad, la que está fabricada en un lugar muy estrecho. Casi nos inclinábamos á tomarla por el fin del mundo, de tal manera estaba rodeada por masas de rocas. Hicimos que nuestro buque se parase por algunas horas. En la ensenada habia innumerables buques; entre otros, el vapor "Castalona," un buque de guerra. Cuando hubimos desembarcado, nos echamos á andar por la ciudad, que nada tenia de notable con excepcion de un pórtico de catedral bonito medio Gotico, medio Bizantino, y unas cuantas casas fabricadas al estilo Veneciano.

Hácia las cuatro regresamos por el mismo ca-

mino que habiamos venido con la hermosa luz de la tarde, que es mas suave, y muestra los contornos de los objetos mas distintamente. Las diversas escenas tenian aún un aspecto meridional, si no el calor y fuerza de la Grecia. A esto nos acercamos mas á la peñascosa playa, á la cual, por la mañana, le habiamos dado las espaldas, y vimos que mestraba muchos encantos de la naturaleza, y en varios puntos estaba tachonada por las mas bonitas aldeas. En la tarde volvimos á anclar en la bahía de Lazaret.

Los sentimientos que en nosotros habian nacido con el espetáculo del Boccho, fueron los de sorpresa, al ver que en nuestros lares no sabian mas sobre este vecindario encantador. Todo el mundo se lanza á Niza, á Florencia, y á otras regiones semi-meridionales, sin soñar jamas que en su país natal tienen algo muchísimo de mas hermoso, y que reúne todos los encantos de la vegetacion con el clima mas espléndido. Los palacios venecianos se hallan vacíos; solo se necesita comprarlos por ochocientos ó mil pesos, y despues habitarlos, con el fin de ofrecer á los poseedores de ellos las mas esquisitas vistas, y los mas espaciosos y espléndidos aposentos. Pero no, se lanzan á una distancia, gastan su dinero entre gente estraña, y se conforman con un mal alojamiento, con el fin

de estar entre extranjeros; se sienten felices por que están de moda, y suspiran por su poco interesante y triste patria. Ciertamente la civilización, en estas partes meridionales de Austria, no está muy avanzada, pero si un hombre rico que está acostumbrado á las comodidades, se hace el ánimo de establecerse en estas partes, encontrará buenos simientos; y si no es tonto, se tendrá por muy feliz con establecerse en un paraíso, adonde la palma y el encino, la paz y la fuerza, crecen juntos como hermanos.

CAPITULO XIII.

RAGUSA.

Muy temprano por la mañana, mientras dormiamos bastante descansados, nuestro vapor entró en la rada de Gravosa, bahía principal del puerto de Ragusa. Cuando subimos sobre cubierta, echamos de ver que estábamos rodeados por las mas hermosas costas. Suaves y verdes cordilleras circundaban el profundo y azulado mar. En la playa se alzaban quintas erigidas al estilo veneciano, rodeadas de cipreses y otras plantas pertenecientes á la vegetacion meridional. Al país no podía llamársele precisamente magnífico ó im-

de estar entre extranjeros; se sienten felices por que están de moda, y suspiran por su poco interesante y triste patria. Ciertamente la civilización, en estas partes meridionales de Austria, no está muy avanzada, pero si un hombre rico que está acostumbrado á las comodidades, se hace el ánimo de establecerse en estas partes, encontrará buenos simientos; y si no es tonto, se tendrá por muy feliz con establecerse en un paraíso, adonde la palma y el encino, la paz y la fuerza, crecen juntos como hermanos.

CAPITULO XIII.

RAGUSA.

Muy temprano por la mañana, mientras dormiamos bastante descansados, nuestro vapor entró en la rada de Gravosa, bahía principal del puerto de Ragusa. Cuando subimos sobre cubierta, echamos de ver que estábamos rodeados por las mas hermosas costas. Suaves y verdes cordilleras circundaban el profundo y azulado mar. En la playa se alzaban quintas erigidas al estilo veneciano, rodeadas de cipreses y otras plantas pertenecientes á la vegetacion meridional. Al país no podía llamársele precisamente magnífico ó im-

ponente, sino simplemente encantador. La vista de la ciudad de Ragusa se halla oculta por las alturas de Bella-Vista, de suerte que tuvimos que contentarnos con la de las cercanías inmediatas; las que, sin embargo, del todo recompensa al admirador de la naturaleza tal cual soy yo. La espléndida mañana estaba brillante, amena y agradable.

Hasta el medio día tan solo visitamos la ciudad. No obstante el anhelo que tenía por ver este lugar interesante é histórico, no me pesó el pasar esta deliciosa mañana sobre cubierta, con ese fresco y balsámico ambiente, y á la vista de una perspectiva tan hermosa. Aunque es mi costumbre cuando estoy viajando aprovecharme todo lo posible de cada oportunidad para buscar y adquirir conocimientos, no me opongo algunas veces en pasar unas horas revisando antiguas y agradables impresiones. El viajero que desea sacar provecho de sus viajes, es preciso que tenga el poder de luchar de nuevo, recordando sus conflictos y anotándoles en su diario. Solo mediante esto puede quedar grabado indeleble en la mente, y para toda la vida, lo que uno ha visto. Mucho tiempo despues, y sentado junto al fuego de su hogar, las aventuras pasadas florecen de nuevo en la memoria. Esto es lo que hice en es-

ta hermosa mañana, y me puse á escribir mi diario con mucho cuidado.

Desgraciadamente, mi hermano se vió obligado á paear en cama este hermoso día, habiéndose resfriado la tarde que visitamos á Castelnuevo, en el bocche di Cattaro. El Dr. F. se estuvo con él al principio de la mañana, pero mas tarde en el día, sin embargo, anduvo con C..... por Bella-Vista, y fué hasta la ciudad. El príncipe J. y el Baron K., se habian estado allí desde por la mañana, comprando algunas de las armas peculiares al país, lo mismo que un vino de Dalmacia de muy pobre calidad, para abastecer el buque; habiéndosenos casi agotado ese artículo tan necesario. El conde C. y yo, nos quedamos solo con mi hermano; el atento Dr. F., apenas habia visto la poblacion cuando se volvió, y nos relevó de la asistencia del enfermo.

Remamos en un botecito á tierra (el único de su clase que se encontraba en Ragusa), y proseguimos por el camino real que mencionamos antes; estaba tambien hecho (sin embargo, era casi inútil) hasta la cima de Bella-Vista. Este punto muy bien merece su armonioso nombre, pues desde allí se presenta tres veces el mar á la vista encantada. Las rocas descienden perpendicularmente desde la montaña hasta el mar, el cual,

bramando y espumeante, se estrella contra las asperas y oscuras masas.

Cientos de magueyes que cubren los lados aumenta el efecto meridional. A la derecha se echa de ver la hermosa bahía de Gravosa. Una escena de la Arcadia! A la izquierda, aparecen las cúpulas de la ciudad, la que está erigida en un pequeño espacio al pié de un carro. Quinta tras quinta de campo, se presenta á la vista, rodeadas de alegres jardines, llenos de palmas, laureles; granados, plantas sensitivas y otra vegetacion meridional. Por la parte extrema de la poblacion, se destaca del agua una roca elevada, sobre la cual descansa la fortaleza de "San Pietro." La cima estéril de esta altura, está coronada por el fuerte "Napoleon" y el fuerte Imperial.

Esta vista encantadora iluminada por una hermosa luz, me traía á la memoria frecuentemente las descripciones y los dibujos de la Sicilia. Es muy distinta á los paisajes Griegos. La Grecia causa una impresion y una melancolia vehemente y solemne, mientras que aquí está marcado el sello de la grandiosa y encantadora Italia.

Dejamos los coches y regresamos á pié á la ciudad. El camino rodeado de quintas, se inclina gradualmente hasta la fuerte muralla veneciana de la poblacion. Nos hicieron notar que por

una parte regular del camino, se hallaban vacías y sin habitantes las casas de campo. La razon era la siguiente:—En el año de 1805 fueron saqueadas por los Rasos y por los habitantes de Montenegro. Entónces los franceses se defendieron en el interior de la ciudad. El país está ahora pobre el poder de los nobles quebrantado, y están imposibilitados de vender sus posesiones á causa del vínculo que tienen. Hé aquí por que, á las desnudas murallas se les ha dejado en completo estado de destruccion.

Llegamos á donde habia unas dos entradas de piedra, cerca la una de la otra, y de allí nos introdujimos en la parte interior de la ciudad por una calle que estaba empedrada con unas losas blancas. Podiamos habernos imaginado que estabamos transportados á Venecia. Cerca de la entrada habia un convento de franciscanos, fabricado al estilo Bizantino—gótico. Despues de este, se sigue una hilera de palacios, pertenecientes á la antigua nobleza.

Ragusa era, en ménor escala, una república como Venecia, gobernada por nobles, á cuya cabeza estaba un Doge que elegian de nuevo cada mes los senadores. Durante el vreve período de su cargo, no le era permitido el salir de su palacio, elegantemente adornado. Solo en ciertas fes-

tividades sacaba un pié fuera de la puerta. Esta libertad era casi como una prision para los presidentes de los senadores; sin embargo, se disputaban este honor.

Con el fin de que un noble no fuese mas poderoso que el resto, era necesario que sus posesiones estuviesen esparcidas por diferentes partes de la República de Ragusa.

En la época floreciente del gobierno Frances, fueron anuladas estas instituciones aristocráticas. Esta ciudad, en un tiempo independiente, con el resto de las tierras Venecianas, llegó á sujetarse á la corona de Austria. Solo el nombre de la nobleza se conserva por sus hijos, los que ganan un escaso sustento, en los magníficos edificios de sus antepasados. La gleria ha desaparecido, pero el odio de ciertos partidos de la república existe aún entre sus poderosos descendientes. Así como todas las contiendas domésticas se hacen á un lado al acercarse un poder invasor extranjero, así sucedió con Ragusa en el año de 1848; un cierto partido se alió con los Venecianos, aunque hasta entónces, los de esta ciudad se habían visto con animosidad.

De las calles, ricas en palacios, pequeñas y oscuras callejuelas, conducen al resto de la ciudad y aun aquí se destacan de vez en cuando hermo-

sos palacios. La ancha calle del centro, termina en el pintoresco lugar llamado Moneta. Del estado excelente del pavimento, es fácil echar de ver que los coches raras veces pasan por allí. Aquí igualmente nunca se cansa la vista de admirar la hermosa arquitectura. El mas notable entre todos los edificios es la Bolsa, con sus primorosas ventanas arqueadas al estilo Veneciano el gariton del centinela, y cerca de este la hermosa fuente de piedra, en cuyo tazon esquisitamente esculpido en transparentes chorros, arroja la agua mas buena y clara. En cuanto á arquitectura, allí está la hermosa aunque no grande iglesia consagrada á San Blasio, el santo patron de Ragusa. Entramos á esta, y me sorprendi mucho con la situacion del organo, pues está precisamente tras el altar mayor, pareciendo como si estuviera colgado en la pared.

Despues nos dirigimos á la "Piazza del Duomo," adonde se halla el palacio del Doge—imitacion en miniatura del de Venecia—y la catedral. Está construida de una piedra blanca, al estilo Romano. Contenia una capilla muy cargada de adornos de oro.

En el centro de la iglesia vimos una inmensa cantidad de reliquias notables en extremo por su antigüedad, y por su esquisita montadura. En-

re estas había una de una clase bastante desagradable: el cuerpo entero de un santo hecho de cera y pintado para mostrar adonde había recibido sus heridas mortales. Los padres parecían venerar esta reliquia en particular. Nos mostraron esta colección con grande orgullo, y no sin justa razón, pues rara vez he visto un número tan considerable de reliquias en un solo lugar.

De entre tantos objetos notables, dos me llamaron muchísimo la atención. Un vaso y una vasija de oro. Dentro de estos podíamos ver los símbolos del Océano esquisitamente labrados en un metal oscuro. Se componía de pescados, lagartos, cangrejos, salamandras y otros reptiles semejantes. Un padre me manifestó su sentimiento de que la máquina de esta pieza se había descompuesto, pues antes al lavarse uno, en el momento que la agua tocaba el fondo de la vasija los pequeños reptiles se movían en círculo, impulsados por la presión del agua.

En la época en que usaban los hombres trenza, al clero le gustaban estos pulidos tesoros del arte, y se encuentran todavía objetos de esta clase en muchos de los conventos.

De la iglesia nos fuimos al palacio del Doge. En el piso bajo vimos una ancha y larga galería, sostenida por unas columnas, con unos arcos Mo-

ricos. Una de estas pilastras es del templo de Esculapio de Esidorus, llamado ahora "Ragusa Vuchia." El chapitel está decorado con "altos relieves" típicos, representando el arte del semidios. El palacio tuvo en un tiempo un segundo piso, el que fué destruido por el espantoso terremoto de 1760.

Desde el patio interior una escalera Arcadia conduce al primer piso. Al fin de esta, hay un busto de palo forrado lijamente de zinc; este representa á un ciudadano de la República, á la cual había legado una gran cantidad de dinero. Todos los estados se muestran muy agradecidos por hechos patrióticos de esta naturaleza. La magnificencia de los aposentos interiores del palacio ha desaparecido enteramente, y en vez de tener un Doge, un capitán de los Guardias está instalado allí, y con él encontramos al resto de nuestros compañeros de viaje. Este capitán nos condujo á un terrado perteneciente al palacio, desde donde teníamos una hermosa vista de algunos de los palacios, el mar y la pequeña bahía de la ciudad.

Cuando dejamos el palacio ducal, en camino á la ciudad pasamos el hermoso convento Dominical, que está en ruinas. También quisieron enseñarnos el lazareto turco y el bazar, situados cerca del mar. Este último forma un contras-

te completo con el de Esmirna, siendo este un lugar de aspecto desolado y vacío, en donde los turcos hacen sus negocios con los habitantes de Ragusa tres veces á la semana. Con gran placer me eché de ver á unos cuantos Mahometanos con sus magníficos trajes, que me traían á la memoria mi querida Esmirna.

Al regresar por la ciudad pasamos por unas cuantas calles de palacios, y terminamos nuestra vrébe permanencia en Ragusa, con una visita al convento de Franciscanos, el que está situado cerca de la muralla de la ciudad. Lo mas interesante del convento eran los claustros, fabricados con un estilo suntuoso, y prolongandose al rededor del circulo esterno de las murallas. Sobre de estos, y sostenido por hermosas columnas, al estilo Bizantino descansa un ancho terrado con una balaustrada de piedra hermosamente esculpida. Esto terrado sirve para que se paseén los monjes.

En el centro del patio se eleva un magnífico naranjo. El amable Prior nos enseñó todo el convento. Entre otras cosas, es de alguna consideracion la biblioteca nuevamente construida. En la puerta volvimos á encontrar nuestro espléndido tren y regresamos con el capitán á Gravosa par Bella-Vista.

Ragusa, me habia hecho una grande impresino con sus innumerables recuerdos históricos. La

hermosa situacion, el clima suave, y los objetos variados encantan la vista del "conocedor." El capitán nos acompañó há el buque, pues intentaba enseñarnos los renombrados platauares de Cenossa, despues de la comida, y lo mismo que á la mañana siguiente, acompañarnos á Curzo y á Sabioncella.

Hubieramos partido al instante, estando ya listo el vapor, á no habersenos perdido nuestro buen K. completamente en la biblioteca de la ciudad á tal grado que no regresó hasta ya tarde acompañado de un Franciscano y de un padre, entre los cuales parecia como si estuviera en pena. Se hallaba de tal manera engolfado en su conversacion científica, que absolutamente echó de ver el bote que lo habiamos mandado. Al fin, ya que estabamos á bordo salimos de Gravosa, y navegamos entre las islas de Callamota. Mezzo y Guipana, á Canosa, á cuyo lugar llegamos despues de la puesta del sol.

El capitán nos dijo que en la isla de Mezzo, enseñan hasta la fecha una capa que en un tiempo perteneció á Carlos V. Un hombre de alto puesto tuvo una audiencia con este Emperador, mas estando de prisa, le recibió con esta misma capa. En el curso de la entre vista, le permitió al pretendiente que le pidiese un favor. Como que

en aquellos tiempos á la persona imperial se le tenia en alto honor, el empleado pidió al Emperador le regalase la capa blanca de seda que colgaba de sus hombros.

La próxima isla es la de San Andres es fria y estéril. Sus unicos habitantes eran unos cuantos monjes de un pequeño convento. Sin embargo, esta isla es celebre por un acontecimiento palpitante que tuvo lugar allí.

Un joven monje de alto rango, que vivia en este monasterio, era amado en extremo por una aldeana que residia en la tierra principal de Val di Noce. Todas las noches nadaba la doncella á traves del ancho estrecho hasta un punto, el cual le iluminaba el joven monje, mediante una lampara. Los hermanos de la doncella supieron de estos encuentros, y una noche cuando su hermana iba á visitar á su amante, se adelantaron en un bote. Tampronto como oyeron el ruido hecho por la nadadora al cortar las aguas, encendieron luz. La doncella siguió la luz, dirigiendose á ella con rapidez y ansiedad. Los crueles hermanos se fueron mas y mas lejos, su hermana siguiendo siempre los engañadores rayos, hasta que al fin exhausta hasta la muerte se hundió en las aguas. Cuando estan visibles los rayos del sol poniente y ve uno las meláncolicas cercanias, con el tran-

quilo y azulado mar en su rededor, el recuerdo de esta historia lo llena á uno de tristeza.

Canosea, es la residencia de campo de un noble de Ragusa. Nos subimos por una vereda muy inclinada y peñascosa hasta la entrada del jardin. Aquí, otra vez reinaba la abundancia meridional en su mayor extension. Espesas calles de laurel y árboles entrelazados por entre bosques de olivos verde oscuros. Largos terrados, fabricados sobre los escarpados pañascos, se prolongaban hácia el mar, y la hermosa y serpeante viña tejia sus ramas por todas partes. La naturaleza parecia aún mas floreciente con el opaco crepúsculo.

Estábamos andando por las florestas con silenciosa admiracion, cuando de repente hicimos alto, mudos de sorpresa. Ante nosotros se hallaba el roble que jamas habiamos visto. El cimétrico tronco de este árbol gigantesco parecia estar casi tocando al cielo. La parte mas baja del tallo estaba desembarazado de ramas á una altura considerable, comenzaban estas á desprenderse á un grado tan vasto que formaban una especie de techado á los árboles que le rodeaban.

Se dice aquí que este roble solo tiene ciento cincuenta años. Su rico y verde follaje, por lo tanto,

tiene que ser la delicia de generaciones por nacer; es decir, si hemos de creer el dicho relativo al encino, que afirma que necesita cien años para crecer, cien para florecer y cien para decaer. Este portentoso árbol de Canossa, está, por consiguiente, aún en la flor de su edad, en estado de aguantar las tempestades de muchos inviernos. ¡Ojalá y en Alemania tuviéramos sus iguales!

A esto, dirigimos nuestra atención á un tazón de piedra decorado con una estatua de Neptuno. Esta fuente, que en un tiempo encantó al rico noble que era dueño del lugar, no existe ya mas para sus descendientes heridos por la pobreza. El edificio de piedra de la antigua grandeza, se convierte en ruínas. Pero esta misma decadencia aumentaba la pintoresca melancolía del lugar. Plantas de todas clases crecían por entre las hendiduras de las paredes, y una cadena de la siempre verde yedra, se entrelazaba entre las piedras que se estaban desmoronando hasta enroscarse en los marchitos miembros del Dios del agua. El gusto que tiene la naturaleza en exceder al arte, parecía estar patente por el salvaje, mas sin embargo, encantador desorden que había al rededor de esta fuente. Tal vez en la tranquila tarde las hojas del granado y del mirto se contaban en voz baja las leyendas de esplendores pasados, cuando

los senadores reinaban aún con autoridad suprema por la tierra.

No lejos de este poético sitio, crecían los célebres portentos del país—los platanares de Canossa. Son los dos árboles mas gigantescos de la Europa. Sus enormes y umbrías ramas forman una especie de dosel bajo del cual se dice haber acampado todo un regimiento austriaco en una ocasión. Tomando en consideración su enorme altura, son aún muy jóvenes, pues no tienen arriba de ciento cincuenta años. La circunferencia del mas viejo es la de veintisiete piés, y la del mas joven, treinta. Cada una de las ramas principales, es tan gruesa como un árbol de buen tamaño. Dos de las ramas han crecido unidas. La corteza del tronco es tersa y robusta, y no podíamos encontrarle huella alguna de vejez. El platanar es siempre un árbol hermoso: ¡se veían magníficos en sus gigantescas dimensiones.

Cuando salimos del jardín para regresar al buque, era ya de noche; el azul brillante del cielo se había anublado repentinamente por negras nubes. Durante la noche, nos dirigimos rumbo á la isla de Curzola; y al despertar por la mañana nos encontramos frente á la pequeña poblacion que toma su nombre de la isla. El tiempo estaba oscuro y lluvioso, y no muy á propósito para

enseñar ningun país ventajosamente, mucho menos los estériles suburbios de una población.

Después de almorzar, remanemos á tierra. Aquí también nos encontramos con todo fabricado al estilo Veneciano—preciosos balconitos, arcos moriscos con elegantes decoraciones, dando un encanto irresistible á las casas de los ciudadanos de la clase media. Nuestros antepasados comprendían este arte. El hombre más pobre hacia el exterior de su casa pintoresca, y el interior, muy cómodo; mientras que ahora, con el presente estilo de arquitectura, aun los palacios son fríos, desagradables é inhabitables. El ojo de la hermosura se deleita en descansar su mirada en serpientes galerías, arcos curvos, y aborrece las líneas rectas y las paredes desnudas. Prefiero muchísimo las casas al estilo Aleman antiguo, con sus miradores y sus torres, ó el palacio Veneciano, con sus arcos y balcones, á los blanqueados edificios del siglo diez y nueve, que parecen cuarteles, trayéndole á uno á la memoria forzosamente las casas de muñecas. La poesía murió ya, destrozada en estos tiempos de especulación y de cuidados domésticos.

La catedral de Curzola merece la pena de verse. Cuando entramos, un músico patriótico estaba tocando la marcha Radetzky para darnos la

bienvenida. Sonaba de un modo peculiar en el órgano dentro de ese sagrado recinto; pero me gusta ese último himno del difunto Strauss, aquí como en todas partes. El interior del templo era sombrío, pero venerable. En una capilla de un costado, oculto tras unas columnas, nos enseñaron un hermoso cuadro del Ticioano. Admiramos el tono fuerte del colorido y la grande composición de este gran artista.

Al pasar por las angostas y tristes calles, echamos de ver en la puerta de un palacio arruinado un magnífico aldabon de metal de Corinto, representando á Neptuno con sus caballos de mar. El trabajo de este era ricamente hermoso, y á nosotros los "connoisseurs" nos llamo tanto la atención, que hicimos uso de este instrumento con el fin de investigar si álguien habitaba esta mansion desierta, y dado el caso, excitarlos é inducirlos á que prestasen oído á nuestras ofertas de compra.

Ningun espíritu obsequioso se nos presentó al primer toquido del aldabon, que produjo un sonido musical. Hasta que empezamos á tocar más recio, hasta entónces vimos abrirse la antigua puerta, y una bruja de aspecto benévolo, acompañada de un ciego, se apareció á la entrada.

Parecian sumamente sorprendidos de nuestro modo intruso, pues probablemente hacia ya mu-

cho tiempo que este viejecito y su ama de llaves no habian recibido visitas. Alabamos al Neptuno, lo que parecia encantarles; mas, sin embargo, cuando les preguntamos sobre el precio, el viejecito se hizo el sordo. Nos aseguró que un inglés le habia ofrecido tanta plata cuanto de peso tuviese el aldabon. Esto en un tanto nos alarmó, y por consiguiente nos despedimos precipitadamente y abandonamos la poblacion.

Quando llegamos á los diques, les encontramos repletos, con un gran número de excelentes buques; estos son los que dan al lugar su importancia. Los materiales son traídos de Herzegovina, y del Valle de la Naventa. La riqueza de los Dalmacianos siempre está á flote, y hacen guerra constante al incansable mar. El suelo patrio, siendo tan infecundo y peñascoso, la necesidad les obliga á buscar fortuna por agua.

Despues de esto, regresamos á nuestro buque, y dirigimos nuestro curso á la península Sabioncella. El mar se habia alborotado mas; y por consiguiente, la mayor parte de nuestra comitiva no se inclinaba á descender al pequeño bote (que se bamboleaba) é ir á visitar la costa. El conde C., el profesor G. y yo, únicamente, desafiámos las agitadas olas, y remamos á tierra en medio de un chubasco espantoso.

Nos habian hablado de Sabioncella á causa de los notables trajes de las mujeres. El lugar en sí no se compone mas que de una sola hilera de casas esparcidas á lo largo de la playa y rodeadas de exuberantes jardines sombreados por platanares. Las casas pertenecen á ricos dueños de buques, quienes despues de haber viajado la mayor parte de su juventud, se radican en la vejez en su hogar doméstico, cargados de tesoros y de experiencia.

Entramos á la casa del "Podesta." Esta persona habia sido tambien capitán de marina, y sus dos hermanos se hallaban en América, siguiendo la misma carrera. El objeto de nuestra visita era el ver uno de los trajes llevados por las mujeres por muchos siglos. Nos ofrecieron unos asientos en un cuarto de recibimiento muy aseado y decente, el cual me traía á la memoria patentemente las novelas de Marryat. Las paredes estaban adornadas con grabados de sencillos marcos, mapas y cartas de navegar, que aumentaban su aspecto bonito y alegre. Los muebles eran de una madera clara y de bejuco: probablemente habian pertenecido en tiempos pasados al camarote de algun buque.

El suelo estaba tan bien fregado, como lo podia estar la cubierta de un buque de guerra; y por

una vidriera que se habria de un balcon, se veia una vista del mar. ¡Con qué frecuencia la esposa ha de haber estado espiaando aquí el regreso del marinero esposol. Aun todavía ahora, la mayor diversion del viejo capitán es el observar con su telescopio las idas y venidas de los buques.

No tuvimos mucho tiempo que esperar antes de que se nos presentase la bonita hija del Podesta, vestida con ese traje peculiar. En la cabeza llevaba un sombrero de hombre, hecho de paja, de cuya angosta ala colgaban muchos listones anchos de diversos colores, y arreglados en tal disposicion, que casi cubrian todo el sombrero. En un lado de este, habia colocadas cinco ó seis grandes plumas de avestruz, mientras que unos listones color de guinda le colgaban por las orejas, recogidos por graciosos lazos. Dos rizes, negros como el azabache, formaban un hermoso contraste con el cutis blanco y deslumbrador de su delicado rostro. Agujas de oro estaban prendidas en varias partes de su rico traje al estilo de las Romanas, y varias cadenas del mismo metal, ceñian su alabastrina garganta. Tenia una chaqueta color de castaña, y un pequeño pañuelo de los mas brillantes colores. Su corpiño, igualmente, era de diversos colores, y estaba adornado con cadenas y monedas de oro. Su ena-

gua era de listas encarnadas, amarillas y azules. Sus diminutos piés calzaban unos bonitos botines afansados con unos meñes de cinta. El conjunto era una mezcla del mas brillante colorido. A no haber sido por la primorosa casita, á este traje podia llamársele hermoso. El mismo estilo de traje usan tambien las viudas, solo que es todo negro.

El Conde C., queriendo hacerse en extremo agradable, trató de hablarle á la preciosa y modesta niña; pero, desgraciadamente, no comprendia ringuno de los idiomas que hablábamos. En medio de la lluvia, regresamos á nuestro palacio flotante, y embromamos á aquellos de nuestros compañeros que cobardemente se habian quedado atras, con la descripcion de la vision hermosa que habiamos visto en la casa del "Podesta."

INDICE.

<u>CAPS.</u>	<u>PAGS.</u>
— PROLOGO DEL TRADUCTOR.....	3
AL VUELO.	
I.— Trieste.....	2
II.— El primer día en Tierra Griega.....	19
III.— Un viaje por tierra en Grecia.....	35
IV.— Aténas.....	99
V.— Una visita á la Mezquita de Es- mirna.....	181
VI.— Una visita al mercado de esclavos de Esmirna.....	195
VII.— El Bazar de Esmirna.....	201
VIII.— Un Baño Turco.....	213
IX.— Una mañana con el Pachá de Es- mirna.....	223
X.— Un paseo á Burnabá.....	251
XI.— Al avistar Corfu.....	263
XII.— Dos días en el Bocche di Cattaro...	269
XIII.— Ragusa.....	285
XIV.— El 4 de Octubre en Alta Mar.....	307



CAPITULO XIV.

EL 4 DE OCTUBRE EN ALTA MAR.

—o—

Las ocho era la hora fijada para nuestra partida de la bahía de Zara. Era el cumpleaños de nuestro amado Soberano. El día anterior habíamos recibido una invitación á una comida de Estado en casa del Vice-Gobernador. Durante el convite, el Gobernador dió un brándis á nombre del Emperador, el que fué recibido en medio del sonido de la música y el estruendo de cañon.

Esta mañana, muy temprano, vino nuestro amable huésped, junto con otros generales de la ciudad, á despedirse de nosotros á bordo del "Vulcano." Le dimos sinceramente las gracias por las grandes atenciones que nos habia mostrado durante los dias de nuestra residencia en Zara, pues se habia esforzado para entretenernos y hacer que nos fuese grato el recuerdo de este lugar. El primer dia nos dió un "soirée" y una representacion teatral. El segundo, nos llevó por toda la poblacion, enseñándonos todo lo que valia la pena de ver. Despues de la última comida que nos dió, nos condujo por los interesantes suburbios de Zara, para que diésemos un paseo. Anoche nos divirtió poniendo una banda de música en el parque iluminado. Poseía el dón de improvisar estas pequeñas fiestas como por magia, lo que hizo que nuestra permanencia en Zara fuese muy agradable.

Los espectáculos que hay en esta pequeña ciudad, no son numerosos, aun que, como lugar que está sujeto á Venecia, posee algunas fortalezas é iglesias interesantes. La mas notable entre las fabricaciones de los tiempos modernos, es un cuartel que está á prueba de bomba, y se distingue por su adecuada y hermosa arquitectura. Hay tambien dentro de las murallas de la fortaleza,

algunos receptáculos de agua, conocidos bajo el nombre de "cinque pazzi:" todas las aguas de la ciudad se juntan allí y se filtran por arena, despues de lo cual están ya en estado de poderse usar. Aunque esta idea no convida, es en extremo ingeniosa.

Por la "Puerta della Terra Ferma," la que está construida de una piedra amarilla y oscura, y con un estilo Veneciano sumamente elegante, salimos al campo abierto, el que cerca de la ciudad es muy plano y nada interesante, y que corresponde perfectamente con el nombre que lleva. Sin embargo, el mar, que siempre viene á agregar un encanto especial á toda region; las incontables islas; la gran cordillera de montañas que separa á la Dalmacia de las fronteras militares de Austria—todo esto dá al paisaje un aspecto hermoso, melancólico, que se hace mas notable aún al anochecer. Entónces las casas y las estériles llanuras se ven bañadas de un tinte purpurino que les dá el sol que se despide; un colorido triste y sombrío que conmueve el alma: por lo ménos, á mí así me sucedió, llenándome de una dulce melancolía.

La vegetacion es pobre, y la falta de arbolado trae á la memoria uno de los dominios Venecianos. Desgraciadamente el crecimiento de nue-

vos plantíos viene á disminuir el número de cabras que, junto con los asnos, forma el ganado principal del país. Por falta de vegetación, el sol lo abraza todo, y aun los arroyos están todos secos.

Con respecto á esto, como en muchas otras cosas, hay una semejanza notable entre Dalmacia y Grecia. Ambas son dignas de lástima á causa de esto; y para remover estos obstáculos, solo podia efectuarse tomando medidas muy fuertes, cuyo beneficio no sentiria la nacion sino despues del trascurso de muchos años. Pero el egoismo del mundo es demasiado grande. Todo lo que se hace, es solo por el presente, y medidas de esta naturaleza le serian muy difíciles á un gobierno, salvo que fuera sostenido por las masas. La obstinada resolucion de una mujer como Isabel, la reina de Inglaterra, seria necesaria para semejante propósito. Ella, nos dicen, hizo que todos los caballos feos y defectuosos, se matasen, con el fin de mejorar la cría. El plan tuvo éxito, pero los beneficios se vinieron á cosechar en la tercera generacion.

Al sonar las ocho, y al comenzar á evolucionar las ruedas de nuestro vapor, los corteos generales que estaban en tierra, nos dieron tres vivas. Despues, en medio del estallido del cañon y el

sonido del himno nacional, que anunciaba al pueblo que era el cumpleaños del Emperador, abandonamos á todo vuelo la ciudad de Zara. Era un espectáculo imponente, y ese sentimiento de orgullo nacional se despertó fuertemente en nosotros. La idea nos parecia grandiosa, de que semejante dia se celebrase desde el punto mas nevado de la Galicia, hasta las regiones mas léjos de la Dalmacia.

Desgraciadamente la mañana estaba bastante nublada; sin embargo, á gran fortuna de los malos marineros, el mar estaba muy tranquilo.

Pasamos la mañana parte sobre la cubierta, y parte en el camarote, al que nos vimos reducidos una lluvia desagradable que empapó la cubierta por completamente.

Escribimos nuestros diarios, discutimos la política; pasatiempo que generalmente lo promovía el conde C.,— y de ese modo matamos algunas horas alegremente. Cuando mas tarde subimos sobre cubierta, no obstante el mal tiempo, presenciábamos un espectáculo que vino á causar un disgusto general.

Navegábamos ya á alguna distancia de tierra, cuando repentinamente pasó volando arriba de

nosotros un pobre pajarito pechicolorado: iba muy asustado. Buscaba con anhelo un lugar donde dar descanso á sus fatigadas alas; mas sin embargo, apénas se paraba en uno de los obenques, cuando se echaba á volar de nuevo, alarmado por objetos desconocidos para él. Volverse á tierra firme le era imposible; se habia aventurado demasiado lejos en las traicioneras aguas. Varias veces le perdimos enteramente de vista, y á poco se volvía aparecer casi cayéndose de fatiga. Al fin se desapareció completamente, y la probabilidad es que pereció en las olas. Esto me traía á la memoria, de una manera tan marcada, la introduccion al "Fausto de Lenau;" el gran poeta describe este cuadro con un sentimiento y una tristeza tan profunda! De buena gana hubiéramos salvado al pobre animalito, pero no era posible alcanzarle.

Hácia la hora de comer, afortunadamente el tiempo se compuso, y pudimos celebrar este fausto dia hasta donde nos alcanzó el ingenio. Hicimos que nos sirviesen la comida sobre cubierta, la que estaba adornada "ad hoc," y nos sentamos á la mesa, de riguroso uniforme. El capitán mandó que se cargasen los cañones de grueso calibre, para que el estruendo fuese oido á través de los mares austriacos, al momento en que se

propusiese un brándis. Las últimas botellas del buen vino fueron traídas de la bodega, pues con esta provision de boca nos habiamos propasado. Hoy, sin embargo, todo debia ser de lo mejor, pues no tan solo era el santo de nuestro emperador, sino tambien el último dia de nuestro delicioso viaje, debido á la bondad de este monarca.

Habiamos convidado á todos los oficiales del buque, y á las cinco nos reunimos. Las espesas nubes que por la mañana habian nublado el cielo, se habian dispersado por el hermoso horizonte de Austria; todos estaban con un humor alegre y jovial. Aun mi hermano, el que, gracias á Dios se habia salvado de una fiebre violenta, y el pobre capitán, que tambien habia estado enfermo desde hacia algunos dias, se presentaron. Nadie queria estar ausente en este dia.

A la mitad de la comida, todos nos pusimos en pié; los marineros treparon la jarcia; y á esto propuse un brándis de corazon á la salud del Emperador. Los vivas resonaron por todo el buque, estalló el cañon, y al mismo tiempo la niebla, que hasta entónces habia oscurecido el horizonte, se disipó; salió el sol brillante reflejándose

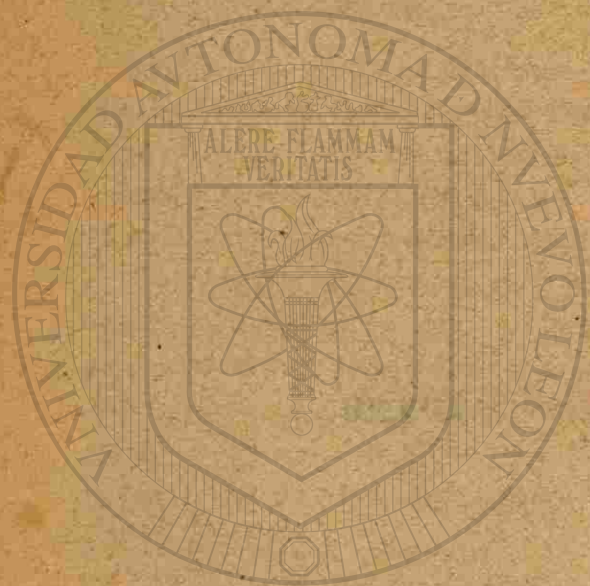
dose en el trasparente y cristalino mar. El cielo y la tierra brillaban con esplendor; el agua, el ambiente y los últimos rayos del poniente sol, relucian en nuestras copas de cristal: todo contribuía á celebrar este día.

Brindis, tras brindis se siguió, sin dejar de estar mezclados con alguna tristeza, cuando pensamos que por última vez estábamos reunidos en derredor de la festiva mesa del caro "Vulcano." A cada nuevo "vivas" teníamos la contestación eco de los marineros que estaban en la jarcia, hasta que también á ellos les llegó su turno, cuando fueron igualmente obsequiados con vino. El generoso néctar no dejó de producir sus regulares efectos. Desde el mas alto, hasta el mas bajo, todos estaban de buen humor, como era regular en semejante día.

Aunque veníamos de regiones que estaban mas al Sur, y por lo tanto nos encontrábamos mas susceptibles al frio, sin embargo, nos quedamos sobre cubierta por la noche hasta muy tarde. Ya se habia oscurecido enteramente y todavia se apercibia el sonido del himno nacional que cantaban en italiano los alegres agraciados marineros. Despues de que se hubieron cantado algunas canciones mas, todos nos reti-

ramos á costar, era la última noche que teníamos que estar juntos á bordo de "Vulcano." Que placer sentía al pensar que nuestra última noche se habia pasado tan feliz y tan agradablemente!

FIN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS

INDICE.

<u>CAPS.</u>	<u>PAGS.</u>
— PROLOGO DEL TRADUCTOR.....	3

AL VUELO.

I.—Trieste.....	8
II.—El primer dia en Tierra Griega.....	19
III.—Un viaje por tierra en Grecia.....	35
IV.—Aténas.....	99
V.—Una visita á la Mezquita de Esmirna.....	181
VI.—Una visita al mercado de esclavos de Esmirna.....	195
VII.—El Bazar de Esmirna.....	201
VIII.—Un Baño Turco.....	213
IX.—Una mañana con el Pachá de Esmirna.....	223
X.—Un paseo á Burnabá.....	251
XI.—Al avistar Coifu.....	263
XII.—Dos dias en el Bocche di Cattaro...	269
XIII.—Ragusa	285
XIV.—El 4 de Octubre en Alta Mar.....	307



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FE DE ERRATAS.

Pág.	Líneas.	Dice.	Léase.
5	1	Jablonowsty	Joblonowsky
5	6	Corbeta	Corvéta.
6	1	arreatada	arrebata
6	11	parduzcas	parduscas
10	4	Italia?	Italia!
10	26	Wellinton	Wellington
12	19	inherentes	interesantes
15	12	buso	buzo
17	27	Amilrar	Al mirar
20	7	os	es
23	10	nobes	nobles
23	22	emchones	mechones
33	4	empzase	empezase
40	8	varipo	varias
43	10	parte	porte
54	22	ubierto	cubierto
54	25	relenas	rellenas
56	15	gias	guías
63	19	de	la
66	14	correspodia	correspondia

FE DE ERRATAS.

Pág.	Líneas.	Dice.	Léase.
74	25	Htelicon	Helicon
79	4	3.000,000	300,000
81	19	peligroso	pedregoso
82	12	"King Charles" perro	"King Charles"
92	8	Estabamas	Estáabrmos
94	12	glesias	iglesias
121	1	Hadía	Había
121	2	en idea	en la idea
122	5	igero	ligero
137	15	camontonaban	amentonaban
161	13	rios	frios
172	23	panalones	pantalones
173	27	mucho y habia	y habia mucho de
217	2	champwn	champon
217	22	ejerciaio	ejercicio
223	7	nuessro	nuestro
233	17	estrépita	estrepitosa
237	25	huesito	huesesito
261	4	espíritu inglés	espíritu inglés

INAUGURACION

DEL SEGUNDO AÑO

DE LA SOCIEDAD PRIMARIA ROMANA PARA LOS

INTERESES CÁTOLICOS

DISCURSO

DEL PADRE ALEJANDRO GALLERANI D. L. C. D. J.

Y RELACION DEL AÑO PRIMERO 1871

PRESENTADA POR LA PRESIDENCIA

A LA SOCIEDAD.

Domino Christo servire

S. Pablo Col. 3. 24.

Traducido del italiano y dedicada para la Comicion central á la
"Sociedad Católica de México."

Edicion de La Voz de México.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.—1872

IMPRESA A CARGO DE M. ROSELLO.

Escalerillas número 21.

FE DE ERRATAS.

Pág.	Líneas.	Dice.	Léase.
74	25	Htelieon	Helieon
79	4	3.000,000	300,000
81	19	peligroso	pedregoso
82	12	"King Charles" perro	"King Charles"
92	8	Estabamas	Estáabrmos
94	12	glesias	iglesias
121	1	Hadía	Habia
121	2	en idea	en la idea
122	5	igero	ligero
137	15	camontonaban	amentonaban
161	13	rios	frios
172	23	panalones	pantalones
173	27	mucho y habia	y habia mucho de
217	2	champwn	champon
217	22	ejerciaio	ejercicio
223	7	nuessro	nuestro
233	17	estrépita	estrepitosa
237	25	huesito	huesesito
261	4	espíritu inglés	espíritu inglés

INAUGURACION

DEL SEGUNDO AÑO

DE LA SOCIEDAD PRIMARIA ROMANA PARA LOS

INTERESES CÁTOLICOS

DISCURSO

DEL PADRE ALEJANDRO GALLERANI D. L. C. D. J.

Y RELACION DEL AÑO PRIMERO 1871

PRESENTADA POR LA PRESIDENCIA

A LA SOCIEDAD.

Domino Christo servire

S. Pablo Col. 3. 24.

Traducido del italiano y dedicada para la Comision central á la
"Sociedad Católica de México."

Edicion de La Voz de México.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.—1872

IMPRENTA A CARGO DE M. ROSELLO.

Escalerillas número 21.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Frater qui adjuvatur á fratre,
quasi civitas firma.

Prov. 18. 19.

I.

Este año que declina, este 1871 ha visto efectuarse grandes cambios (por donde quiera, pero, sobre todo, en esta gran capital de un reino divino, que tiene por confines los del mundo. Ha visto Roma en estos últimos meses nuevos hombres, nuevas cosas, nuevas instituciones: unas cosas son buenas, otras pésimas: unas que han germinado de su propio seno, otras importadas como una merced del extranjero, y todas ó directamente producidas, ó indirectamente ocasionadas por acontecimientos luctuosos que deploramos, y que el dolor mismo nos prohíbe recordar.

Entre las nuevas instituciones que han salido á

luz este año, ocupa ciertamente un lugar distinguido aquella sociedad de nombre y de espíritu verdaderamente Romana, que se denomina "de los Intereses católicos:" aquella Sociedad á la que pertenecéis de uno ó de otro modo la mayor parte de vosotros, señores que me escucháis. Tuvo su nacimiento en el luto y en la tristeza en medio de mil trastornos religiosos y sociales: dió una mirada en torno suyo, y viendo abandonados los Intereses católicos por quien habria debido protegerlos con mayor eficacia, deliberó tomarlos á su cargo, y, segun su naturaleza y sus fuerzas, de acuerdo siempre con la autoridad eclesiástica, sostenerlos y promoverlos con todo ardor: acordándose bien de aquellas palabras del sabio: *Frater qui adjuvatur á fratre, quasi civitas firma*. Hoy cuenta la Sociedad casi un año de vida, y recorrido el primer estudio de su carrera. El viajero que se ha fijado una jornada lejana y fatigosa, vuelve de cuando en cuando la mirada hácia atrás, para medir con la vista el espacio que lleva andado, y aquella mirada lo conforta dulcemente de las fatigas que ha sufrido, y al mismo tiempo le sirve de estímulo para proseguir animosamente el largo camino que aun le resta. Así es con vosotros, señores: próximos á tocar el primer término de vuestra laboriosa carrera, es muy natural que mireis

el camino andado, y que os preguntéis á vosotros mismos: ¿cuánto hemos recorrido hasta aquí? A tal pregunta he venido á responder; y puedo hacerlo con tanta más franqueza, cuanto que no hablo en causa propia. Hablo de una Sociedad que estimo y venero profundamente, pero á la que soy extraño del todo. Hablo de una Sociedad que observe con ojos de espectador no indiferente, no sin duda, pero simple espectador.

Así es que mi respuesta no podrá en justicia parecer á nadie ni sospechosa, ni vanidosa. Y, por otra parte, la pura y simple verdad de las cosas expuesta de este modo por un lábio imparcial, confio en que vendrá á parar no en una estéril recomendacion del pasado, sino lo que importa más, á una nueva excitativa para lo de adelante.

II.

¿Qué ha hecho, pues, hasta aquí la Sociedad Primaria Romana para los Intereses católicos?

Me parece incontrastable, señores, que el hecho solo de la existencia de una Sociedad tal, y aun prescindiendo por ahora de sus obras, es ya por sí mismo un bien precioso, una ventaja de gran valía, supuesto que esta grande Asociacion con el nombre mismo que lleva escrito sobre su

frente dice á un siglo frio é indiferente que hay hombres en cuyo pecho late un corazon no frio ni indiferente para los intereses católicos, sino ántes bien, lleno de zelo, de solicitud, de santo ardor: hombres que no imitan al árabe del desierto, que viendo incendiarse la cabaña de su vecino y amenazada del fuego la suya, permanece sentado á la puerta, con los brazos cruzados y fumando tranquilamente las últimas hojas de su tabaco. Tal era en alto grado la llaga mortal de nuestro siglo; la frialdad, la indolencia, la apatía religiosa, por la cual muchos espíritus avaros y mezquinos encerrados todos en el mísero cerco del yo, no daban un solo pensamiento á los intereses de la religion. Y á esto contribuia no poco, acaso, aunque indirectamente la paz externa de que se gozaba, y el saberse que no faltaba sobre la cima de Sion quien velara solícito por tales intereses, con voluntad y poder de proveer á ellos. Pero una vez que este poder fué arrancado por fuerza de la mano en que descansaba; una vez que los centinelas de Sion fueron reducidos á la dura condicion de tener que verlo todo sin poder impedir nada, hé aquí levantarse corazones magnánimos y generosos para venir en su auxilio y correr á la defensa donde quiera que la necesidad lo exigiese.

¿Y quiénes con estos hombres? ¿son nuevos Aaro-

nes, nuevos Levitas, personas, en suma, que por su carácter pertenezcan á la custodia del Templo ó del Tabernáculo? No, no son de la tribu sagrada, son de las varias tribus de Israel sin distincion. No faltan, es verdad, los hijos de Leví, pero las tribus de Manasés, de Ruben, de Simeon, y así hasta la de Benjamín, todas han dado su contingente de la flor más bella de sus hijos. Y no se vaya á pensar que estos quieran renovar la temeridad de los Oza con extender una mano irreverente sobre la Arca de Dios, sino que, como los Gedeones, quieren á toda costa defenderla y sostenerla. A la manera que en ciertas guerras contra la patria todo ciudadano viene á ser soldado, así en ciertas luchas contra la Iglesia todo cristiano viene á ser sacerdote y se fija animoso en torno del altar.

¡Oh! cuán bello es el espectáculo de esta falange sagrada en que figuran mezclados el esplendor de la púrpura, la nobleza de los escudos, la magestad de la toga, los emblemas de las artes y de la industria, y todos los distintivos de las diversas clases sociales, hermanándose y uniéndose en un solo pensamiento, cual es el de defender lo que hay de más sagrado, la religion. ¡Oh! cuán sublime es la muestra que dá de sí esta grande reunion de tantos jóvenes en la flor de los años y en

el brio de la vida; de tantos gravísimos padres de familia que con el cargo de la esposa y de los hijos, y rodeados de mil cuidados domésticos y temporales, han sabido encontrar tiempo, actividad y dinero para acudir afanosos á intereses de una esfera del todo diversa, asemejándose en esto á los Israelitas del tiempo de Neemías, que miéntras con una mano se ocupaban en reconstruir los muros de su patria, empuñaban con la otra la espada, prontós siempre á defenderse de sus enemigos.

III.

Cierto que á cada paso aparecian los obstáculos para impedir tan buena obra. Habia que afrontar las arengas de los malvados, las invectivas de la imprenta libertina, los celos, las contiendas, las contradicciones y otros mil impedimentos que se presentaron desde el punto de partida; pero todo fué vencido con gozo de los buenos, con ira de los malos, teniendo ambos razon. No faltó entre estos últimos quien supiera reconocer vuestro mérito, apreciándolo lealmente, y escucharse de entre sus filas una voz que les preguntaba, *si habian jamás constituido una sociedad igual á la vuestra, y excitarlos á aprovecharse de vuestras mismas lecciones.*

Y en verdad, al mirar una sociedad ordenada á un fin tan noble, organizada con tanta maestría,

compuesta de tantas y tan notables personas, viéndolo en medio de circunstancias pésimas, luchando contra obstáculos tan formidables, ¿quién hay que no vea en su sola existencia una grande lección dada á nuestro siglo todo material y sensual; una lección que le enseña prácticamente á salir de la materia en que él se sumerge todo, y extenderse á un orden de cosas mucho más digno de una alma inmortal; una lección que suponiendo este orden y cuidándolo, viene con esto mismo á cuidar el maximo entre los intereses católicos y que los comprendia á todos? ¿Quién no vé en esta Sociedad que se inspira en principios tan altos y sentimientos tan nobles, una oposicion permanente al espíritu de impiedad que se difunde en daño de la Ciudad Santa, una protesta elocuente contra los errores y los escándalos que se vienen introduciendo cada dia; un dique levantado contra el torrente de iniquidad que se desborda; y, para decirlo todo de una vez, quién no descubre á la Roma Cristiana alzando magestuosa la frente contra la Roma Pagana que revive?

¿Me permitireis, señores, que os abra todo entero mi pecho? pues francamente os diré que cuando veo en tal maldad de tiempos tanto fervor de zelo, mayormente en la parte seglar; cuando considero todas esas admirables Asociaciones católi-

cas, y la vuestra principalmente, señores, encuentro ménos duro doblar la frente á los desgraciados trastornos que dieron ocasion á tales manifestaciones, y respiro con mayor libertad. Mas no se vaya á aiterar mi pensamiento. Bien sé que así como no es lícito hacer el mal para que de ahí resulte el bien, tampoco se puede desear que acontezca, ni complacerse de que haya acontecido, y más ciertos males que no tienen compensacion!

Pero una vez que el mal haya venido, en el acto mismo de detestarlo, bueno y lícito es complacerse del bien á que ha dado ocasion, tanto más, cuanto que el mismo Dios en su bondad y providencia no permitiría el mal, si no fuera para sacar de él algun bien. Pues ahora, entre los bienes que el Señor ha sacado de los males que deploramos aquí en Roma, reputo no el último, y sí, acaso el primero, las Asociaciones católicas, y la vuestra singularmente, con su organismo, con su zelo, con su fervor. La guerra actual contra la Iglesia ha hecho mal á los malos, que se han hecho mucho peores: ha hecho mal á los vacilantes que, como cañas débiles, se han dejado doblar de donde soplabá fuerte el viento; pero en los verdaderos cristianos, en los firmes católicos, en vosotros, señores, ¡oh! cuánto bien no ha producido! ha reforzado mucho mas la fé en vuestros corazones.

nes, haciendo saltar de ellos, en fuerza del choque, no chispas, sino llamas vivísimas de santo ardor. Ante el espectáculo de tanto entusiasmo religioso en hombres que no son de la Iglesia ni del Claustro, sino seculares, bendigo al Señor, porque si en el juego de la tribulacion se ha liquidado el plomo, el oro de Sion ha brillado más refulgente, y porque de en medio de las tinieblas la luz ha despedido sus fulgores, y de entre las espinas han brotado las rosas. *Benedictus Deus et Pater Domini Nostri Jesuchristi, Pater misericordiarum et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra.* 2. Cor. I. 4.

IV.

Es indudable, por tanto, que solo el existir una Sociedad tal, el solo mostrarse al mundo, es de por sí un bien muy considerable, una prenda de salud y de bendicion.

Pero esa Sociedad ha hecho mucho más que mostrarse solamente al mundo: ¿cuáles son, pues, sus obras?

De una Sociedad que cuenta apénas diez meses de vida, sería pretension loca y ridícula querer que se hubieran obtenido ya resultados grandes y sensibles. Claro es que ántes de obrar conviene existir, y que para dar la existencia á un cuerpo

moral, mayormente siendo tan vasto, para organizarlo, disponerlo y hacerlo apto para obrar espeditamente, se requieren no dias, sino largos meses. ¿Quién ha pretendido jamás de un árbol corpulento que apenas arrojada en la tierra la primera semilla se desarrolle del momento como por encanto, cubriendo de nudos su tronco, extendiendo sus largos brazos cubiertos de ramas y cargándose de frutos maduros y deliciosos? Y sin embargo en este bello árbol, con todo y ser tan reciente, no han faltado los frutos; quien tenga deseo de conocerlos distintamente, lea el opúsculo que los expone uno á uno, y estoy cierto de que encontrará allí con gusto amplia materia para satisfacer su deseo, en verdad justo y recomendable. En cuanto á mí, no debiendo hacer ahora una exposicion completa de tales frutos sino presentar por vía de ejemplo una rápida muestra, ¡haré como la aveja que vuela ligera de flor en flor libando su cáliz.

V.

El primer pensamiento, la primera mirada de la Sociedad Romana se volvió al Vaticano, como debía ser; esto es, á la más sublime de las autoridades, y convertida en objeto de mayor veneracion todavia, por la más augusta de las desventuras. ¡Ahl si el consolar á la adversidad es obra siempre noble y santa, ¿qué será el alivio dado á

aquel dolor inefable, que más que cualquier otro tiene su origen en el dolor del Gólgota? ¡Ahl si el Vicario de Cristo ve ahora desde su Calvario á los soldados que juegan alegremente al pié de la cruz sus sagradas vestiduras por vosotros y en vosotros ve tambien á los Juanes piadosos estrechándose en torno suyo, para ofrecerle un tributo de compasion, de obsequio y de fé inalterable.

Y cuando el venerado Pontífice ajustó primero los años y despues los dias de Pedro, ¿quién fué el que reunió á toda Roma primero en la Basilica Vaticana, despues en la Madre y Maestra de todas las Iglesias, á dar gracias al Altísimo por aquel beneficio, y á impetrar nuevos años para una vida tan querida y tan preciosa? De vosotros vino el impulso que determinó tanto movimiento, de vosotros la chispa que suscitó tanto incendio; y si aquel memorable 23 de Agosto vió tanto fermento religioso, quanto no se habia visto hacia mucho tiempo, la gloria de ello es vuestra, señores. Y aquella famosa felicitacion cubierta de veintisiete mil firmas y todas de personas respetables nacidas ó domiciliadas en Roma, que profesan plena adhesion á las doctrinas y á las protestas del gran Gerarca, ¿por quién fué concebida, y hecha circular por tantas manos, sino por vosotros, con aquella inmensa solicitud que no ven los hom-

bres, pero que el Angel del Señor sí ha registrado en el libro de oro? Si esta gran capital se mostró entónces digna de su nombre, si patentizó con tanta evidencia sus verdaderos sentimientos, si dió un solemne mentís á ciertas arengas que se queria hacer correr por su cuenta, vuestra tambien, vuestra es la gloria.

Y por todo esto fué muy feliz el pensamiento de ofrecer al Pontífice aquel *Nazionale* en que la preciosidad del trabajo superaba á la de la materia: para que así como en otro tiempo el gran sacerdote en ciertas funciones solemnes llevaba escritos sobre el pecho los nombres de las doce tribus de Israel, del mismo modo este nuevo Aaron en el esperado dia de sus triunfos portase sobre el corazon como un recuerdo de aquella fé y amor que le profesaba la Sociedad en el dia de sus humillaciones.

VI.

Tener alto concepto y ferviente degocion al Romano Pontificado así como era el gravísimo de entre los intereses católicos, fué tambien el principal cuidado de la Sociedad, pero no el único. Ella vió multiplicarse otras mil necesidades en el órden religioso, y corrió solícita á repararlas.

Vió á Jesus en el Sacramento de amor, cuando es llevado á confortar la agonía del moribundo y allanarle el camino del cielo, y encontró que en su tránsito por nuestras calles era despreciado, ó dejando en abandono: entónces los sócios de diversas comisiones corren á hacerle el debido cortejo, y con su presencia y con el canto devoto dan á Dios gloria, un saludable ejemplo á los que los ven, y se suscitan buen número de imitadores.

Vé que el objeto más tierno de nuestro amor, María Santísima, en su templo mayor sobre el Esquilino, es defraudada este año del tributo acostumbrado que le daba la ciudadanía romana, é intérprete fiel de Roma Cristiana, llena este indigno hueco á sus expensas.

Vé á un tiempo mismo heridos cruelmente los sentimientos religiosos de Roma y del mundo con el execrable banquete del Viérnes Santo, y trémula de ira, contrapone á la sacrílega orgía de los nuevos Baltazares los ayunos de los Danieles y de los Bautistas: cuidó tambien de que la negra impiedad fuese rechazada de otra manera, y fué, estableciendo en la iglesia más cereana un ejercicio perenne de reparacion, que recordando el insulto, perpetuase igualmente la satisfaccion.

Junto á estos escándalos que fueron horribles, pero pasajeros y parciales, vió levantarse otros,

tal vez ménos graves, pero más permanentes y generales: y á estos opuso la divina palabra publicada en forma de ejercicios en veintidos iglesias de esta santa ciudad.

Escuchó con horror en las calles de la misma de algunos meses á esta parte resonar palabras de blasfemia, y buscó la reparacion con oportunas proviciones tomadas de acuerdo con la Obra Pia prexistente.

Observó con enojo ampliamente profanados los dias festivos con el tráfico y labores, y para detener la sacrilega profanacion levanta una barrera, mediante una Pia Union que germina de su seno y se organiza admirablemente, dejando esperar que presto veremos muy disminuido el monstruoso desórden, y no envidiara más Roma católica á la Protestante Lóndres su respeto al domingo.

VII.

Si de estas obras estrictamente religiosas se quiere pasar á otras, que podrian llamarse de caridad, el nuevo campo me ofreceria muchos manojos que recoger: pero no puedo ahondar la hoz y debo contentarme de recoger con la mano algunas espigas.

Omito, pues, aquel acto de caridad verdaderamente católica, esto es, universal, que atravesando

los mares y los montes donde quiera que encuentra un hombre besa un hermano: hablo del tríduo celebrado por la pacificacion de Francia, y de los subsidios aprestados á las víctimas de una guerra tan ruñosa. Omito los donativos á los perjudicados por la inundacion del Tíber: omito los cuidados que tomó sobre sí en favor de los clérigos sujetos á la conscripcion militar: omito las donaciones de objetos sagrados para iglesias pobres: tambien paso en silencio los subsidios de una seccion especial de la sociedad suministrados á aquellos generosos militares que en los recientes luctuosos trastornos prefirieron una honrada indignencia al pan de la traicion: más de ochent ay seis mil liras supo reunir y erogar esa seccion en solo este objeto; lo cual demuestra por una parte la munificencia de un Personaje altísimo; por otra la generosidad de los contribuyentes, de los cuales algunos han dado cuatrocientas, quinientas y más liras mensuales; y por último la actividad de esta seccion que ha sabido enjugar tantas lágrimas. Pero todas estas cosas las dejo á un lado, porque una caridad de otro género exige de mí especial mencion: la caridad que se ejercita con la clase social más temible y peligrosa, la juventud.

Ya en el seno de la Sociedad misma existe la

tal vez ménos graves, pero más permanentes y generales: y á estos opuso la divina palabra publicada en forma de ejercicios en veintidos iglesias de esta santa ciudad.

Escuchó con horror en las calles de la misma de algunos meses á esta parte resonar palabras de blasfemia, y buscó la reparacion con oportunas proviciones tomadas de acuerdo con la Obra Pia prexistente.

Observó con enojo ampliamente profanados los dias festivos con el tráfico y labores, y para detener la sacrilega profanacion levanta una barrera, mediante una Pia Union que germina de su seno y se organiza admirablemente, dejando esperar que presto veremos muy disminuido el monstruoso desórden, y no envidiara más Roma católica á la Protestante Lóndres su respeto al domingo.

VII.

Si de estas obras estrictamente religiosas se quiere pasar á otras, que podrian llamarse de caridad, el nuevo campo me ofreceria muchos manojos que recoger: pero no puedo ahondar la hoz y debo contentarme de recoger con la mano algunas espigas.

Omito, pues, aquel acto de caridad verdaderamente católica, esto es, universal, que atravesando

los mares y los montes donde quiera que encuentra un hombre besa un hermano: hablo del tríduo celebrado por la pacificacion de Francia, y de los subsidios aprestados á las víctimas de una guerra tan ruñosa. Omito los donativos á los perjudicados por la inundacion del Tíber: omito los cuidados que tomó sobre sí en favor de los clérigos sujetos á la conscripcion militar: omito las donaciones de objetos sagrados para iglesias pobres: tambien paso en silencio los subsidios de una seccion especial de la sociedad suministrados á aquellos generosos militares que en los recientes luctuosos trastornos prefirieron una honrada indignencia al pan de la traicion: más de ochent ay seis mil liras supo reunir y erogar esa seccion en solo este objeto; lo cual demuestra por una parte la munificencia de un Personaje altísimo; por otra la generosidad de los contribuyentes, de los cuales algunos han dado cuatrocientas, quinientas y más liras mensuales; y por último la actividad de esta seccion que ha sabido enjugar tantas lágrimas. Pero todas estas cosas las dejo á un lado, porque una caridad de otro género exige de mí especial mencion: la caridad que se ejercita con la clase social más temible y peligrosa, la juventud.

Ya en el seno de la Sociedad misma existe la

Sociedad de jóvenes ligados en santa amistad para sostenerse mutuamente en la fé y en las obras cristianas, en medio de los mil peligros que les rodean. Pero la juventud de fuera del seno de la Sociedad no dejó de reclamar para sí una parte principalísima de sus cuidados.

¿Quién no conoce cuanta sea la importancia de infiltrar en los niños desde los primeros años un sentimiento exacto de la religion, de sus dogmas, de sus preceptos, de sus máximas, en una palabra, de la doctrina cristiana? Estos son los anillos á que está ligada toda la cadena de su vida. Pues bien, esta obra de la doctrina cristiana exitó vivamente el zelo de sus socios, quienes interviniendo personalmente, con la autoridad de la presencia, con la persuasion de la palabra, con el atractivo de las dádivas le dieron tal impulso, que iglesia hubo donde concurriendo catorce niños al catecismo, vió presto subir su número á ciento doce: y el mismo impulso con idénticos medios fué comunicado después á más de treinta parroquias. ¿Quién podrá apreciar dignamente el valor de un bien tan grande? Con ocasion de esto se pudo conocer que muchos no ya niños, sino jóvenes adultos llamados al servicio de las armas, no se habian acercado aún á la mesa eucarística, y entónces la Sociedad á sus expensas los puso en una casa de ejer-

cicios espirituales para prepararlos dignamente al grande acto.

Ni solamente la educacion religiosa, que tambien el establecimiento civil ha sido objeto del empeñoso cuidado de la Sociedad, y de ahí las numerosas escuelas elementales auxiliadas por ella, y otras instituidas enteramente por su propia cuenta: de ahí las otras escuelas, liceos ó gimnacios de Instituto paterno por ella igualmente abiertas, ó promovidas, ó sostenidas. ¿Qué más? ahí esta la obra del patronato de los niños pobres iniciada y creciendo, merced á la cual encontrarán los jovenzuelos de aquí en adelante segura colocacion con los maestros de Artes y de Negocios que pertenezcan á la Sociedad. Padres, que temblais hoy por la suerte de vuestros hijos, tranquilizaos: ya sabeis á quien podreis confiarlos con seguridad.

VIII.

Hasta ahora he circunscrito mis palabras casi únicamente á la esfera de los hechos: ¿pero quién no sabe que los hechos dependen de los principios y no son otra cosa que su aplicacion práctica? Si se quiere, pues, obtener en el órden de los hechos resultados estables y permanentes, es necesario ir á dar á los principios, declararlos, inculcarlos, desenvolverlos de mil maneras á fin de

que se profundizan en los entendimientos: es necesario oponerse con insistencia perpetua á los malos principios y á las doctrinas perversas que corrompen á toda la sociedad moderna: es necesario, en fin, hacer lo que aconsejaba el Apóstol: *prædica verbum, instu opportune importune, argue, obsecra, increpa, in omni patientia et doctrina.* 2. Tim. 4. 2.

Y esto es lo que ha hecho la Sociedad, la cual, viendo propinarse continuamente en tantos libros y periódicos el veneno del error, desde luego ha contrapuesto el antidoto, haciendo circular muchos buenos escritos, procurando la publicacion de algunos á sus expensas: sobre todo, fundó un periódico por medio del cual todos los dias *la Voce della Verità* sonase alta contra el error, y representase dignamente los intereses católicos. Como ven- ga llenando ese periódico su noble mandato, vosotros todos sois testigos de ello, Señores, y mi palabra nada añadiría á su mérito, ni á vuestra estimacion. Diré, sí, para confortar á la prensa católica en general, que vosotros, Apóstoles de la pluma, coadyuvais admirablemente con los Apóstoles de la palabra; y que á vosotros principalmente se debe que en esta Roma aparezcan tan netamente separados y distintos el campo de Cristo y el de Lucifer.

Tiempo es ya de concluir. Os he dado un bosquejo de cuanto ha obrado la Sociedad Romana en los diez meses que cuenta desde su nacimiento. Recoged en vuestro pensamiento lo que os he dicho, ó más bien leed lo mucho y mucho mejor que se contiene en el opúsculo anunciado, y confío en que si al abrir el libro os preguntais á vosotros mismos ¿qué ha hecho hasta ahora la Sociedad Romana? al cerrarlo direis; ¿en tan pocos meses podía haber hecho más?

Yo por mi parte, teniendo en cuenta la naturaleza de la obra, la brevedad del tiempo y los obstáculos en que se ha tropezado, he venido á esta conclusion: que uno de los mayores bienes que de los males presentes ha sabido sacar la Providencia, ha sido precisamente la formacion de vuestra Sociedad: que los intereses católicos han sido eficazmente promovidos por ella, y que pertenecer á esta asociacion, es para vosotros, señores, un placer, un honor, una gloria.

Pero si mucho habeis hecho hasta ahora, mucho más os resta por hacer. El campo que teneis delante de vosotros es vasto y laborioso y para

bien cultivarlo se requieren brazos robustos y numerosos. Por lo cual á vosotros gérmenes primeros de esta Sociedad de felices angurios, fluctuante sobre las olas de males inmensos que cual un diluvio cayeron sobre vosotros, os dirigiré aquellas mismas palabras que dirigió el Señor á los primeros gérmenes de toda la humana familia renaciendo despues del diluvio: *crescite, et multiplicamini, et replete terram.* Gen. 9. 1.

Crescite. Creced en fuerza á proporcion que crece vuestra bella tarea; y puesto que la union engendra la fuerza, establézcase más y más esta union entre vosotros, consolidese y manténgase compacta, aun á costa de sacrificios, si fuere necesario: si todas las fuerzas no tienden á un fin, ó si tienden por diversos caminos sin unidad de direccion, ¿qué sucederá? las fuerzas andarán dispersas en sus procedimientos; á cada paso vendrán á encontrarse, á cruzarse, á elidirse, de modo que el resultado final será escaso ó ninguno, ciertamente nada es más fácil y ha acaecido hasta entre los santos que en las cosas hacederas aparezcan diversos pareceres, más con presentarse fácil y respetuoso á la opinion ajena, con sacrificar, al ménos en la práctica algo de la propia con aquella condescendencia recíproca, hija bellísima de la caridad cristiana, pronto desaparecerán las diversi-

dades, y todas las fuerzas procederán disciplina. das y gallardas hácia el término con unidad de impulso, de fin, de direccion. Entónces la Sociedad será fuerte como una ciudatela: *frater qui adjvatur á fratre, quasi civitas firma.* Prov. 18, 19. Union, pues, si se quiere fuerza, y condescendencia recíproca si se quiere union.

Crescite et multiplicamini. Creced no solamente en fuerza, sino tambien en número: y este número ya desde ahora tan considerable, se haga más y más grande é imponente. Bien sé que los malvados se ocupan con mil artes no solo en impedir vuestra propagacion, más tambien en extinguir vuestra vida. Sé que no han escaseado ni las insinuaciones malignas, ni las desvergonzadas calumnias, ni las amenazas más ó ménos abiertas, y ni aun la promulgacion de vuestros nombres en las columnas de sus periódicos, esperando acaso que bajo el peso de tales intimidaciones la Sociedad callase y acabara por disolverse. ¿Pero qué han obtenido de sus maquinaciones? ¿Quién de vosotros ha desmentido la calificacion que se merece? ¿Quién se ha retirado ante el espectro del miedo?.....; Hombres generosos! os habeis gloriado de aquella oposicion, y con razon. Si se os ha puesto la mira, si contra vosotros se alza tanta queja, es que sois apreciados, porque las personas y las cosas de

poco valor se dejan pasar inapercibidas: y si los mismos adversarios muestran apreciarlos, justo es que alta la frente y con paso franco y seguro prosigais vuestro camino. Por otra parte ¿qué maravilla es que encontreis contradicciones? Yo leo escrito en vuestra bandera: *Domino Christo servire*. Col. 3, 24: ¿y es esta acaso la vez primera en que la bandera de Cristo es contrariada por Lucifer y por sus hijos? Este mismo odio es indicio seguro de que sois activamente fieles á vuestra bandera: es un signo evidente de que vuestra existencia no es estéril vegetacion, sino vida fecunda: y por tanto, la satisfaccion que querian tener los malos de ver disolveros por vosotros mismos, no, no la tendrán. Si la Sociedad debe morir, morirá de muerte violenta, no de consuncion: morirá aplastada por la fuerza y por la prepotencia, no arruinada por debilidad interna: morirá como el soldado en el campo, no en la tienda ó en la fuga. Pero hasta ahora ni una ni otra muerte parece próxima, y ántes bien el número siempre creciente de los socios, y su actividad á un tiempo férvida y prudente hacen presagiar una vida cada día más florida y vigorosa.

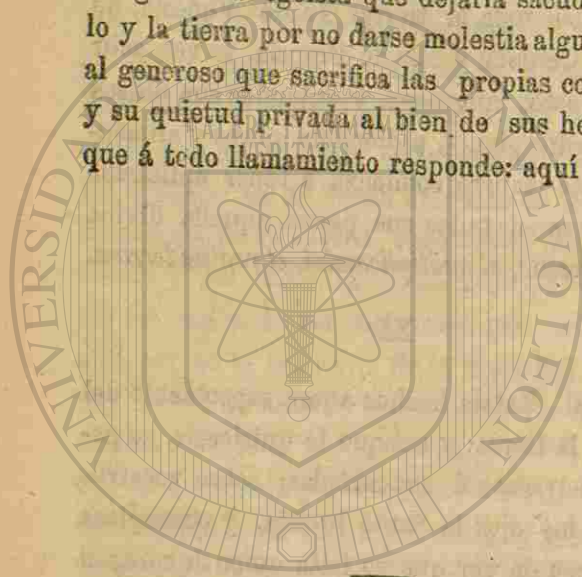
Multiplicamini et replete terram. Sí, que la luz de vuestro ejemplo se difunda por todo el mundo, y lleve consigo vida y calor: que vuestra Sociedad

sea como una chispa que prenda otras muchas por todas partes: ó por mejor decir, aquel hermoso árbol que tendiendo sus raices al pié del Vaticano, á semejanza de la planta evangélica vea multiplicarse largamente sus mugrones, y cubrir con sus ramas toda la tierra. Ya de Venecia, de Sicilia, de Cerdeña y aun de Francia, se ven salir bellamente estos mugrones, y extender sus brazos hácia la madre planta, pidiéndole apoyo y alimento: y de esta manera comienza á tener aplicacion para vosotros en todas sus partes aquella divina palabra: *crescite, et multiplicamini, et replete terram.*

XI.

¡Señores! Estais hechos ahora espectáculo del cielo y de la tierra: y aunque lo quisieseis, no podríais substraeros á sus miradas; sobre vosotros tiene fijos los ojos la Santa Iglesia, y consuélase en sus penas de ver que no falta quien de corazon se encargue de sus divinos intereses: á vosotros vuelve sus ojos el venerando Pontífice, y le alienta el que entre tantos objetos como contristan su mirada, aun le queda donde posarla complacido: á vosotros mira esta Roma, que de vosotros aguarda la salud: á vosotros todo el orbe católico, que de vosotros aguarda grandes ejemplos y grandes alientos. ¡Quién querrá desdecir de su noble em-

presa? Animo, pues, Señores, y bajo el soplo potente del Espíritu Santo, que vamos á invocar, entrad fervidos en el segundo estudio de vuestra carrera, siempre preparados á ocurrir allí donde haya un bien que hacer, ó un mal que reparar. Vergüenza al egoísta que dejaria sacudirse el cielo y la tierra por no darse molestia alguna. Honor al generoso que sacrifica las propias comodidades y su quietud privada al bien de sus hermanos, y que á todo llamamiento responde: aquí estoy.



LA SOCIEDAD PRIMARIA ROMANA

PARA LOS

INTERESES CATOLICOS

EN EL AÑO DE 1871.

RELACION

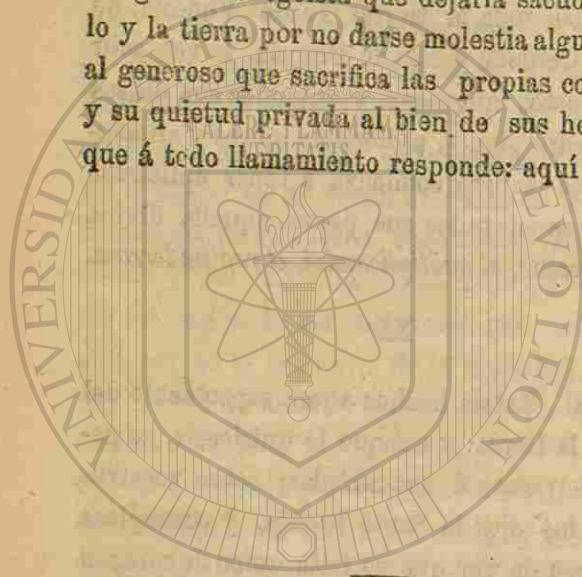
DE LA PRESIDENCIA A LA SOCIEDAD.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



presa? Animo, pues, Señores, y bajo el soplo potente del Espíritu Santo, que vamos á invocar, entrad f6rvidos en el segundo estudio de vuestra carrera, siempre preparados á ocurrir all6 donde haya un bien que hacer, 6 un mal que reparar. Vergüenza al egoista que dejaria sacudirse el cielo y la tierra por no darse molestia alguna. Honor al generoso que sacrifica las propias comodidades y su quietud privada al bien de sus hermanos, y que á todo llamamiento responde: aqu6 estoy.



LA SOCIEDAD PRIMARIA ROMANA

PARA LOS

INTERESES CAT6LICOS

EN EL AÑO DE 1871.

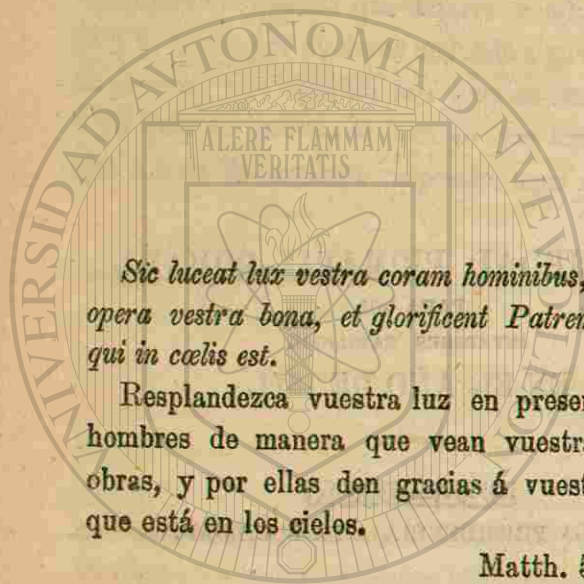
RELACION

DE LA PRESIDENCIA A LA SOCIEDAD.

UNIVERSIDAD AUT6NOMA DE NUEVO LE6N

DIRECCI6N GENERAL DE BIBLIOTECAS





Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in caelis est.

Resplandezca vuestra luz en presencia de los hombres de manera que vean vuestras buenas obras, y por ellas den gracias á vuestro Padre, que está en los cielos.

Matth. 5 16.

SUMARIO DE LA RELACION.

ARTÍCULO I.

Naturaleza de la Sociedad.

Origen é idea de la Sociedad.—Carácter especial—Autor.
—Juicios de los periódicos.—Breves apostólicos.

ARTÍCULO II.

Obras de la Sociedad.

Inauguración de la Sociedad.—Presentación de la Sociedad al Soberano Pontífice.—*Te Deum* en San Pedro en el Vaticano.—Suscripción Romana.—Razionale.—*Te Deum* en San Juan de Letran.—Fiesta de los Santos Protectores.—Funeral del año por los socios difuntos.—Ejercicios espirituales para los socios.—Asistencia de los socios á las procesiones del Santísimo Sacramento.—Reparación por el banquete sacrílego propuesto por los libre-pensadores en el Viérnes Santo.—Cáliz ofrecido en Santa María la Mayor en lugar del Mu-

nicipio Romano.—Obras contra la blasfemia.—
Obras contra la profanacion de los dias festivos
con el trabajo.—Tríduo para la pacificacion de
Francia.—Recibimiento de las Diputaciones cató-
licas extranjeras.—Subsidios á los necesitados.—
Ejercicios espirituales para el pueblo.—Impre-
sion y difusion de buenos libros.—Asociacion ar-
tística, negociante y operaria.—Primera comunion
para los jóvenes de leva.—Doctrina cristiana.—
Escuelas católicas.—Patronato de los niños.—
Concordia con las Sociedades católicas de Roma.
—Zelo de los sceios.—Caridad fraterna entre sí.
—Dadivas de los mismos.—Subordinacion á la
autoridad eclesiástica.

ARTÍCULO III.

Estado actual de la Sociedad.

Número y calidad de los socios.—Comisiones
parroquiales.—Secciones de la Sociedad.—Sec-
cion del socorro.—De las escuelas de *instituto pa-*
terno.—De los artistas y negociantes.—De los
jóvenes.—De las Señoras.—Periódico.—Círculo.
—Oratorio y Director espiritual.—Sociedades fi-
liales.—Correspondencia con las Asociaciones ca-
tólicas.—Intervencion en los congresos católicos.
ibid.

Domino Christo serviro.
S. Pablo, Col, 3. 24.

I. A los que fueron destinados á presidir la
Sociedad Romana para los intereses católicos, les in-
cumbe un deber de obligacion precisa impuesto por
el Estatuto (Apénd. § 18) de poner en conocimiento
de todos los sócios el mes de Enero de cada año,
todo lo que se refiera á la gestion del año prece-
dente. Y pues que en este año tuvo principio la
Sociedad, será útil, cuando no necesario, que se
diga algo no solo de las obras, más tambien de la
Sociedad misma, á fin de que apareciendo más cla-
ro el pensamiento que la produjo, pueda juzgarse
si los hechos han correspondido á la idea. De aquí
es que esta sencilla, pero fiel Relacion será dividi-

da en tres artículos, de los cuales el primero hablará de la naturaleza de la Sociedad; el segundo de sus obras, y el tercero finalmente de su estado actual.

ARTICULO. I.

Naturaleza de la Sociedad.

2. Las uniones pías de legos dirigidas á un fin católico, no son nuevas. Desde tiempo remoto, cuando los gobiernos protegían la religion, nacieron las Sociedades, las Congregaciones, las Universidades, las cofradías, todas en el espíritu de obrar el bien, segun las reglas particulares de cada una. En tiempos más próximos; despues de haber sido abandonada á sí misma la religion por los gobiernos ateos, han tenido origen los Casinos, los Círculos, las Uniones, las Sociedades católicas. Han llevado éste nombre, ó por la calidad de las peronas de probada fé católica que las componian, y á cuyo solo uso y ventaja estaban destinadas, ó porque se dirigian á favorecer las obras de instituto católico, en proporciones más ó menos extensas.

3. Instituciones de tal clase no podian ciertamente satisfacer las necesidades de Roma, despues que con la invasion terminó el Gobierno Pontificio. No siendo ya protegida la religion por las leyes

introducidas de nuevo, si querian los católicos conservar lo que pertenece al órden religioso, era muy necesario que se preparasen á sostenerlo. Esto no se podia hacer de otra manera que con la union productora de concordia y de fuerza, no tanto para obrar el bien, cuanto principalmente para combatir el mal, y combatirlo más que en su desarrollo, en sus mismos principios, ó sea en todo aquello que por las máximas ó de cualquier otro modo pudiese ofender á la fé ó á la moral católica.

4. Es evidente que una Sociedad de este género ni podia estar oculta, ni restringirse á corto número, ni dirigirse á meras y simples obras religiosas. Debía ser una Sociedad amplia, pública, no definida ni circunscrita en sus operaciones, ordenada, difusiva. Una Sociedad que pudiese formar centro para cuantos hombres de buena voluntad desearan hacer parte de ella, á fin de que todos, concordes y dispuestos, pudiesen defender, mantener, promover los Intereses Católicos, esto es, en una palabra, cuanto mire bajo todos aspectos á la religion de Jesucristo. Y aqui es de observar, que la sola existencia de una Sociedad tal, sería por sí sola, é independientemente de las otras obras, medida bastante para mantener y promover los intereses católicos, así por el espíritu y el valor que una grande y numerosa reunion debe nece-

sariamente infundir para obrar con fervor y rectitud en cada uno de aquellos que se ligan entre sí, como por la impresion de admiracion que con el ejemplo propio debe racionalmente suscitar esta union en la mente y en el ánimo de muchos.

5. Así es que, ya en sí misma, ya en su fin, la *Sociedad Romana para los Intereses católicos* presenta aquellos caracteres por los cuales se distingue esencialmente de la generalidad de las Asociaciones católicas. Ella, en efecto, no fué instituida para algunas obras, ni solamente para obras en general, sino para servir á los Intereses católicos, los cuales, más que á las obras, miran á los principios. No fué, por otra parte, no fué instituida como una union cualquiera, restringida en el número y limitada á calidades especiales; sino que, accesible á todos, fué criada al efecto de constituir en Roma, y á su ejemplo en cualesquiera lugares, la comunidad católica, la cual, regularmente ordenada, pudiese representar en toda ocasion á la mayoría de los ciudadanos en todo lo que toca á la religion. Y sosteniendo eficazmente la religion con la fuerza de su organizacion la *Sociedad para los Intereses católicos*, se propuso separar netamente á los fieles de los ateos y de los indiferentes, distinguir con certeza á los seguidores, de los enemigos del Evangelio, y conservar

aun visible en el consorcio civil el reino de Cristo.

6. Y puesto que para alentar al bien ayuda en algunos casos el ejemplo, y es frecuente que el conocer la calidad del autor quite aquellas preocupaciones y sospechas que sobre toda obra suelen manifestarse facilmente, será útil manifestar aquí en obsequio de la justicia y recuerdo de la verdad, que el pensamiento especulativo y práctico de la *Sociedad para los Intereses Católicos* no debe atribuirse ni á muchos, ni á personas eclesiásticas. Las invitaciones publicadas por la prensa el 29 de Noviembre y 7 de Diciembre, las reglas escritas para su constitucion y ordenamiento, en fin, el hecho de la institucion real y efectiva de la *Sociedad*, fué obra de un solo légo (Osservat. Romano núm. 201). Y esta institucion fué aprobada por el Eminentísimo Cardenal Vicario el 15 de Enero de 1871, y declarada Pia Union.

7. Llegado el hecho á noticia del público, el egregio periódico *La Unitá Cattólica*, en el número 28 del 3 de Febrero de 1871 hizo mencion de él en un artículo titulado la *Sociedad Romana para los Intereses católicos*, con las siguientes palabras: "Muchos y nobilísimos ejemplos dan los Romanos á Italia y al mundo; ejemplos de fidelidad, de piedad, de afecto, de zelo, de valor, y quieren con propiedad poner en práctica lo que la revolucion

les dijo tantas veces por burla, que *Roma era de los Romanos*. Enviamos nuestras sinceras congratulaciones á aquellos hijos primógenitos de la Iglesia y de Pio IX, y digamos á los demás, que es lo que han hecho los Romanos, y como debamos imitarlos."

"Los Romanos se han unido en una grande asociacion que llaman *Sociedad Romana para los intereses católicos*. Y se han unido en esta Sociedad, para conocerse,, manifestarse, entenderse, regularse, y concertarse sobre los modos de proceder concordes y uniformes. La asociacion es laical y privada, bajo la invocacion de la Santísima Virgen Inmaculada, y de los Santos Apóstoles, Pedro y Pablo. Tiene por objeto todo aquello que mira á la fé y la moral católica, con subordinacion siempre á la Iglesia y al Sumo Pontífice Pio IX.

"Tenemos á la vista el Estatuto de esta Sociedad, y está formado con mucha sabiduría. Luego que lo permitan nuestras columnas lo publicaremos. Dirémos aquí, que estas asociaciones son el verdadero medio para combatir á los revolucionarios..... Pero advertiremos á los Romanos, que mucho deberán padecer á su vez por la bella Sociedad hace poco establecida: más no teman. Tienen la aprobacion de Pio IX, y no pueden ni deben esperar más."

8. En seguida otro periódico no católico, y por revolucionario muy contrario á los católicos, *la Libertá* en el núm. 23, de 1º de Setiembre de 1871, señalando la Sociedad al *partido moderado*, y analizando difusamente la constitucion de ella, pregunta á sus "amigos, si han constituido jamás una sociedad que valga lo que *la de los Intereses católicos*; si han fijado su atencion en los principios que prevalecen en ella."

Luego añade: "Grande error fué siempre despreciar al enemigo, y mayor el de no aprovecharse de sus lecciones cuando se encuentran buenas. Aprendamos, pues, de nuestros adversarios." Y concluye así: "No vacilamos en decirlo: si el partido moderado quiere conservar en Roma el ascendiente que ha tenido hasta ahora, si no quiere ser supeditado..... es necesario que trabaje eficazmente en constituir una sociedad que pueda extenderse en toda Roma....."

Y en el siguiente núm. 241, volviendo á hablar de la *Sociedad para los Intereses católicos*, afirma: "hemos propuesto aquella Sociedad para ejemplo á nuestros amigos."

9. Pero este juicio en favor de la Sociedad, tanto más notable cuanto que ha sido emitido de modo uniforme por dos periódicos de primera clase, y campeones ambos de principios absolutamente

opuestos y contrarios entre sí, habia sido ya prevenido por la Suprema Autoridad Pontificia: puesto que el Santo Padre Pio IX con dos diversos Breves Apostólicos confirmó primeramente *la Sociedad Romana para los Intereses Católicos*, y la enriqueció de indulgencias espirituales el 17 de Enero de 1871, y de ahí en 1º de Marzo siguiente la elevó al grado de *Primaria*, con facultad de agregar otras Sociedades semejantes que se constituyan en cualquiera parte.

ARTÍCULO II.

Obras de la Sociedad.

10. En este lugar debe demostrarse cómo ha provisto la Sociedad á la ejecucion de sus deberes, ó lo que ha hecho respecto de los fines que se prefijó en su Estatuto.

11. Para mayor claridad podrán distinguirse en tres clases las obras de la Sociedad; esto es, obras de obsequio, obras religiosas, obras de caridad.

§ 1.

Obras de Obsequio.

12. Con las obras ha profesado la Sociedad su obsequio primeramente hácia Dios, y luego há-

cia el vicario de Jesucristo, el Soberano Pontífice.

13. Hácia Dios. Apénas constituida la Sociedad en 26 de Enero de 1871, quiso celebrar un solemno Tríduo en la Santa Iglesia de Jesus. Los días del Tríduo fueron los precedentes á la fiesta de la Purificacion de la Santísima Virgen María. El esclarecido P. Cura de la Compañía de Jesus, quien miéntras estuvo en Roma auxilió tanto á la Sociedad con su energía y con su poderosa y autorizada palabra, pronunció entónces discursos análogos, que despues fueron impresos y difundidos. El 3 de Febrero, despues de la Comunion General en la mañana y del sermón elogio de la Beatísima Virgen predicado en la tarde por el otro insigne orador P. Alejandro Gallerani de la Compañía de Jesus, fué cantado un solemnisimo *Te Deum* en accion de gracias á Dios por la institucion de la Sociedad.

14. De varios modos y en repetidas circunstancias la Sociedad, como era para ella un grato deber, hizo profesion de su obsequio hácia el Santo Padre Pio IX.

15. El 18 de Febrero el Presidente y Consilia-rios de la nueva Sociedad se presentaron reverentes al Soberano Pontífice, y en la exposicion que humillaron ante El, le dieron gracias en nombre de

la asociación, por haber sido aprobada y favorecida con Breve Apostólico. Entendieron que de esta manera rendían aquel homenaje de reverencia y subordinación debidos por una asociación legítima desde el primer momento de su existencia. La exposición puede leerse en el núm. 31 del periódico *Voce della Verità*.

16. Otras demostraciones de obsequio al Soberano Pontífice fueron hechas por la Sociedad en los meses de Junio y Agosto últimos, primero cuando llegó su Beatitud y de ahí cuando superó los años del Pontificado de San Pedro.

El 16 de Junio toda la Sociedad, distribuida en sus treinta comisiones, y juntamente á su sección del Socorro, en todo cerca de 1200 individuos, fué recibida por el Soberano Pontífice en la Sala consistorial, y el Presidente leyó la exposición que se refiere en el núm. 56 de la *Voce della Verità*, juntamente con la respuesta de su Santidad, y las circunstancias que acompañaron á aquella memorable audiencia.

17. Del 16 al 21 de Junio, debido al cuidado de muchas comisiones de la Sociedad, en varias iglesias parroquiales estuvo expuesto el Santísimo Sacramento el día entero, y los socios alternándose oraron devotamente y sin interrupción por la conservación del Santo Padre. Estas fun-

ciones fueron siempre concluidas con el canto del *Te Deum*.

18. Despues, el 21 de Junio la Sociedad obtuvo del Rmo. capítulo Vaticano que en la tarde se pudiese cantar un público y solemne *Te Deum*, cumpliéndose en aquel día cinco lustros de la coronación de N. S. P. El altar de la catedral estaba espléndidamente adornado y ricamente iluminado, con la magnificencia propia de aquel capítulo Patriarcal y, cosa nunca vista ni practicada en tiempos pasados, el mismo Rmo. capítulo se dirigió en cuerpo al altar, precedido en buen orden por cerca de 300 legos vestidos de negro y llevando hachas encendidas. Estos legos eran miembros de la Sociedad, quienes, durante el rito sagrado, estuvieron en pié en lugar separado y distinto. La novedad del hecho, la suntuosidad de la función, la circunstancia extraordinaria que la motivaba, atrajo extraordinario número de personas á la Basílica Vaticana, y dejó maravilladas á muchas Diputaciones católicas que entonces estaban presentes en Roma. *Voce della Verità*, N. 62.

19. Pasado el 23 de Agosto en que fueron excusados no solamente los años, más también los días del primer Pontificado, la Sociedad quiso ofrecer al Santo Padre Pio IX dos diversos dones.

20. Consistía el primero en dos volúmenes que

contenian más de 21 mil firmas de hombres todos mayores de edad nacidos ó domiciliados en Roma, quienes bajo su propia firma expresaban sus congratulaciones al Soberano Pontífice, y declaraban adherirse á sus enseñanzas y á sus protestas. El recoger estas firmas fué posible únicamente por la existencia y organizacion de la Sociedad, y se hizo no sin muchas dificultades y con no leve molestia de los socios. Los volúmenes en que estaban reunidas las firmas fueron presentados al Santo Padre por el Presidente y todos los Oficiales de la Sociedad. La importancia y el significado de este don fueron demostrados con el opúsculo titulado *La Soscrizione Romana*, impreso por el P. Curci de la Compañía de Jesus en el núm. 227 de la *Unitá Cattolica* y en el núm. 256 del *Osservatore Romano*. En los números 87 y 88 de *Voce della Verità* se encuentra la exposicion leida por el Presidente y la respuesta de su Beatitud.

21. El otro don rendidamente presentado por el Presidente en union de una Diputacion especial el 23 de Agosto, porque no se pudo concluir ántes el trabajo, fué un *Razionale*, ó sea broche de la capa pluvial, más precioso que por la materia por el mérito artístico. Y fué regalado este objeto al Santo Padre, porque debiendo descansar sobre su corazon, le recordase en el deseado dia de sus triun-

fos el amor y la fé de la Sociedad para su Sagrada Persona. La descripción del objeto, el agrado de Su Santidad, y las benignas palabras con que se oomplació en expresarlo, pueden verse en la *Voce della Verità* núm. 116. Aquí es de recordar que en la plancha interior del *Razionale* está grabado el siguiente epígrafe dictado por el Socio Comendador Giovanni Battista De Rossi:

PIO IX PONT. MAX.

ANNOS PETRI

ERECTA BONORUM EX ECTATIONE

FAUSTE FELICITEM ATTINGENTI

SOCIETAS PRIMA REBUS CATHOLICIS DEVOTA

SANCTITATI MAJESTATIQUE EJUS

XVI. K AL. JUL. A. MDCCCLXXI.

D. D.

22. Pero lo que superó á toda demostracion de obsequio al Soberano Pontífice, fué aquel *Te Deum* que por diligencia de la Sociedad fué cantado el 23 de Agosto en la Sacrosanta Basílica Lateranense *Caput Urbis et Orbis*, en nombre de todo el mundo católico en debida accion de gracias á Dios, cuando el Grande Pio IX habia superado aun los dias del Pontífice San Pedro. Está por demás hablar de la pompa, á la que contribuyó mucho el favor con que el Reverendísimo Capítulo Patriarcal acogió y secundó el deseo de la Sociedad. La funcion fué celebrada por el Emmo.

Cardenal Vicario, Decano del Sacro Colegio, asistido de todo el Capítulo y de muchos Obispos. El concurso fué tan extraordinario, y las demostraciones de piedad y de religion tan espléndidas é imponentes, que desde aquel dia se manifestaron así la violencia del partido liberal contra los católicos, como la persecucion no interrumpida del periodismo revolucionario contra la *Sociedad para los Intereses católicos*, pidiendo abiertamente su disolucion. La descripcion de este hecho importantísimo puede leerse en la *Voce della Verità* y en el *Osservatore Romano* de aquellos dias. El ódio que se suscitó entonces, ó mejor dicho, que se declaró por los liberales contra la Sociedad, puede inferirse de los artículos escritos en casi todos los periódicos libertinos de aquella época en adelante, y en especial de la respuesta que les dió la *Voce della Verità* en el núm. 122.

§ 2º

Obras Religiosas.

23. Bajo este título pueden comprenderse las obras de culto de reparacion, y de remedio.

24. Entre las obras de culto ocupan el primer lugar las prescritas á la Sociedad por el art. 2º del

Estatuto; esto es, la festividad de los Santos Patronos, y el funeral anual por las almas de los socios difuntos.

25. Obtenidas, pues, las debidas facultades, la fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo fué celebrada con misa y comunión general el dia 30 de Junio en la Basílica Eudosiana.

26. De igual modo fué celebrada la fiesta de la Santísima Virgen Inmaculada en la Venerable Iglesia de la Impresion de las Sagradas Llagas.

27. En esta misma iglesia fué celebrado el 6 de Noviembre el funeral anual en sufragio de los catorce socios muertos en el año. El oficio de difuntos fué cantado por los socios, y de ahí uno de los Reverendos Párrocos adseritos á la Sociedad y elegido por el Colegio de Párrocos, invitados al efecto por la Sociedad en demostracion de reverencia, cantó la misa de *requiem* é hizo las absoluciones acostumbradas.

28. Y porque en esta iglesia de la Impresion de las Sagradas Llagas practicaron los socios; á más de las dichas, otras varias funciones, y en especial en la semana precedente al Domingo de Ramos asistieron á los santos ejercicios espirituales ordenados por ellos para prepararse á la Pascua, y en el mes de Mayo al piadoso ejercicio en honor de la Santísima, Virgen que se acostumbra hacer allí anual-

mente; por todo esto en muestra de gratitud donó la Sociedad un cáliz de plata, en cuyo pié está grabada la siguiente inscripcion del P. A. Angelini de la Compañía de Jesus, para memoria del devoto homenaje de la Sociedad:

VALERE FLAM CHRISTO DEO
IN ONOREM SAN CTI FRANCISCI ASSISINATIS
SOCIETAS ROMANA
REI CATHOLICAE PROVEHENDAE
DONO DAT
CALICEM
GRATI ANIMI TESTEM
ERGA SODALES A SACRIS STIGMATIBUS
AN. MDCCCLXXI.

29. Entre las otras demostraciones públicas de *culto* dadas por la Sociedad, la que merece especial consideracion es el acompañamiento al Santísimo Sacramento que hacen los socios de las comisiones cuando sale procesionalmente de las parroquias para llevarlo á los enfermos, ó se presenta en la calle para la funcion de las Cuarenta Horas. La presencia y ardiente devocion de muchos legos respetables por edad y por condicion, es un espléndido homenaje de *culto* rendido con mucha frecuencia por los socios á Jesus Señor Nuestro; y cierto es que tal ejemplo ejerce accion muy viva y eficaz en el ánimo del pueblo.

30. Dos fueron los hechos públicos mas graves

que la Sociedad estimó por su parte dignos de *reparacion*.

31. El primero fué la sacrílega invitacion de los libre-pensadores, divulgada en los periódicos, para profanar con un banquete de viandas prohibidas el Viérnes Santo, é insultar de este modo, precisamente en la hora de su muerte al Divino Salvador. El otro fué la omision por parte de la manicipalidad de Roma del acostumbrado homenaje á María Santísima en la Basílica Liberiana en el día que recuerda las prodigiosas Nieves; homenaje consistente en un cáliz de plata y seis hachas de cera que se ofrecian allí de tiempo inmemorial como tributo de amor y de gratitud á tantos beneficios otorgados por María Santísima á esta ciudad, la cual á causa de ellos la honra con el título especial de *María Salud del Pueblo Romano*.

32. Acerca del primer ultrage, la reparacion fué establecida de este modo. La Sociedad, aconsejaba previamente un ayuno estrechísimo á los socios, proporcionalmente á las fuerzas de cada uno, y que muchos observaron escrupulosamente á pan y agua y no pocos con una perfecta abstinencia, quiso unida practicar extraordinariamente el ejercicio piadoso de las *Tres Horas de la Agonia* en la iglesia de la Impresion de las Sagradas Llagas. Obtenida además la oportuna autorizacion del Eminentísi-

mo Vicario, se afanó porque en todas las iglesias y Oratorios de Roma, donde, segun costumbre, se celebra la misma funcion, los respectivos predicadores, llegando á la palabra *Sitio*, señalasen con prudencia el insulto hecho al Divino Salvador con aquel sacrilego convite, y excitando la reprobacion de los fieles por tan horrendo atentado, les hiciesen recitar juntos y públicamente alguna oracion para obtener del Redentor Divino el perdón y la conversion de los pecadores. Y no paró aquí el zelo de los socios inflamados del santo amor de Jesus, sino que hubo quienes quisieran se perpetuase la mencionada reparacion, cada dia más necesaria por los insultos que hacen los pecadores á la Magestad de Dios. Abierta, pues, una suscripcion favorecida por la Sociedad, se estableció que, creado un fondo con las limosnas que se recogieran, todos los viérnes del año á las once de la mañana se practicase un piadoso ejercicio en la capilla del Santísimo Cristo en Santa María *della Pace*, consistiendo dicho ejercicio en la exposicion del Santísimo Madero de la Cruz, la celebracion de la misa, la recitacion de oraciones análogas y la bendicion con la sagrada reliquia. Esta devocion, instituida por la comision parroquial de Santo Tomás *in Parione*, aprobada por el Eminentísimo cardenal Vicario, lleva el título de *Obra pia de*

reparacion perpetua de las ofensas hechas á Nuestro Señor Jesucristo, y comenzará en el próximo año de 1872, el dia que será indicado con anuncio al intento.

33. Acerca del segundo ultraje, la reparacion fué hecha con ofrecer en la vigilia de la Asuncion de María Santísima el cáliz de plata y las seis hachas de cera en el altar de la Virgen de las Nieves en la Basílica Liberiana á nombre de los católicos Romanos, y en satisfaccion de la deuda de la ciudad de Roma á su celestial Patrona. La inscripcion hecha por el P. Angelini de la Compañía de Jesus, y grabada en el pié del cáliz, conservará la memoria del hecho en estos términos:

SOCIETAS ROMANA
REI CATHOLICAE PROVEHENDAE
CALICEM
QUOM MUNICIPIUM ROMANUM
CONTRA JUS ET MOREM
DENEGAVIT AEDI MAYORI MARIE
MATRIS DEI IN ESQUILIIS
SUMPTU SUO LARGITA EST
XVIII KAL. SEPTEM. MDCCCLXXI

El pensamiento de la Sociedad fué muy bien acogido por los verdaderos Romanos. Y el Reverendísimo Patriarcal Capítulo en carta honorosísima dirigida á la Sociedad declaró cuanto habia

apreciado y agradecido este testimonio del afecto filial de la Sociedad á la Augusta Madre de Dios.

34. Dos graves escándalos se difunden cada día más en Roma, y contra ambos se ha propuesto la Sociedad aplicar del mejor modo posible algun remedio.

35. El primero de estos escándalos es la blasfemia. Existe ya en Roma una Pia Union cuyo especial instituto y obras son *contra las blasfemias y las palabras obscenas*. Con esta Pia Union se halla en pleno acuerdo una Diputación especial encargada por la Sociedad para que, con los necesarios permisos del Eminentísimo Cardenal Vicario, se busquen y acuerden los medios más adecuados para detener de algun modo la invasion de este vicio. Cuando la cosa quede establecida y adoptadas las provisiones oportunas, la *Sociedad para los Intereses católicos* cooperará con la citada Pia Union en esta santa obra. Puede asegurarse que no transcurrirá mucho tiempo sin que aparezcan en el público los resultados de las medidas que actualmente se toman.

36. El segundo escándalo gravísimo es *la profanacion de los días festivos con el tráfico y con las labores*. A este objeto la Sociedad, instruida de lo practicado con fruto en otros lugares, ha instituido una Obra Pia especial, á la que ha llamado á

tomar parte á algunos como socios Promotores y á otros como socios Adherentes. Pertenecen á la primera clase los que encargan trabajos ó adquieren mercancías: pertenecen á la otra clase los trabajadores y los vendedores. Los primeros, dando, su nombre, declaran favorecer de todos los modos posibles á los socios Adherentes, con procurar preferirlos en todo caso de labores y de adquisiciones. Los otros prometen no trabajar ni vender en días festivos, ni permitir que lo hagan sus subalternos y dependientes. Cuando se habrá obtenido suficiente cantidad de nombres, en especial de socios Adherentes, serán compilados privadamente catálogos divididos segun las respectivas especies de labores y de negocios, á fin de que los socios Promotores en todo caso necesario puedan dirigirse á persona de confianza y ayudar así en igual tiempo á sus hermanos católicos. De esta manera es de esperarse que si el deplorable abuso del trabajo y del tráfico en días festivos no se podrá quitar del todo, será enfrenado para que no se extienda y propague más.

§ 3º

Obras de Caridad.

37. La caridad, ó sea el amor y el zelo por el bien de los semejantes, se ha mostrado por la So-

ciudad bajo un cuádruplo respecto; esto es, primeramente hácia *los hermanos del mundo católico* en general, y de ahí particularmente en Roma hácia los pobres, hácia el pueblo, hácia la juventud.

38. De los anhelos de la Sociedad hácia *los hermanos del mundo católico* se tiene una muestra en la parte que tomó por los infortunios de Francia. Con un tríduo solemne celebrado en los días del primero al tres de Mayo en Santa María *sopra-Minerva* imploró de Dios la pacificación: recogió limosnas para los pobres perjudicados por la terrible guerra franco-prusiana; y los discursos pronunciados en el tríduo por los valientes oradores Rev. P. Curci de la Compañía de Jesus, P. M^o Zigliarà de los Predicadores y Rev. Canónigo Deggiovanni, y que tanto contribuyeron á excitar la generosidad de los Romanos, á expensas propias los hizo imprimir, y también difundir á lugares lejanos, para que así se moviesen otros á aliviar las desgracias y socorrer las miserias de los católicos Franceses.

39. También de otra manera demostró la Sociedad sus fraternos sentimientos para los católicos extranjeros. Cuando en el mes de Junio, y aun ántes, llegaron á Roma de todas partes las Diputaciones católicas para felicitar al Santo Padre en su Jubileo Pontifical, la Sociedad anduvo

solicita en mostrarse á ellas: y habiendo obtenido de la benignidad del Emmo. Cardenal Borromeo, socio honorario, que se hiciese uso de los nobles salones de su casa, constantemente estuvieron allí algunos socios, para recibir á toda hora á los varios Señores que componian aquellas Diputaciones, para proveerles de las noticias y direcciones que podrian necesitar, y darles finalmente oportunidad de detenerse en lugar seguro y tranquilo, especialmente en la tarde. Esta vecindad y estas relaciones produjeron la manifestacion de sentimientos recíprocos, y fueron estrechados por los lazos de la más sincera y santa amistad con los *hermanos católicos* de todas partes de Europa.

40. Aunque los *subsidios* no sean del instituto de la Sociedad, con todo habiéndose agregado á la Sociedad la Asociacion católica del *Socorro*, la cual por su naturaleza está encargada de proporcionar auxilios materiales y pecuniarios á los empleados militares que sirvieron honrada y lealmente al gobierno Pontificio, y que por su fidelidad cayeron en la miseria, cuanto en alivio de estos *necesitados* fué hecho por los socios pertenecientes á la Seccion del *Socorro*, puede decirse hecho por la Sociedad. Y nada ménos de ochenta y seis mil liras, parte obtenidas para este objeto de la inagotable liberalidad del Soberano Pontífice, parte suminis-

tradas por la caridad privada de los adseritos, fueron distribuidas por esta Seccion en el curso de un año. De este modo, no fueron pocos ni leves los auxilios dados, y muchos los trabajos que, si no pudieron ser extinguidos, fueron, no obstante, convenientemente atendidos y aliviados.

41. De varios modos se aplicó la Sociedad á aliviar al *pueblo Romano*.

42. Primeramente con el *ejemplo* del cristiano preceder de los socios, y con las insinuaciones y consejos al bien: de estos medios usan los socios siempre que se les presenta oportunidad favorable.

43. De ahí con la *predicacion*. En la semana de Pasion la Sociedad, obtenido el permiso del Exmo. Cardenal Vicario, estableció por ocho dias un curso de ejercicios espirituales, predicados por doctos y celosos sacerdotes en más de veinte iglesias elegidas en los centros más frecuentados de la ciudad y en algunos Oratorios nocturnos; todo ello en fuerza de cuidado, diligencia y gastos. Para dar la Sociedad un testimonio de su respeto á todo el clero secular y regular indistintamente, escogió con estudio los predicadores entre los eclesiásticos seculares y entre las muchas y diversas corporaciones religiosas. En cada iglesia asistían diariamente algunos socios, para representar á la So-

oiedad. Segun aseguraron los predicadores, no fué poco el fruto que se sacó de aquellos santos ejercicios; y aun espresaron su dolor de no poder prolongar la mision; pues viendo aumentarse diariamente el número de los que concurrían á oír la palabra de Dios, debia tenerse por seguro, que si las circunstancias hubieran permitido proseguir, habria sido inmensamente mayor el bien espiritual que se habria sacado.

44. Tambien auxilió la Sociedad al pueblo con la *lectura*. Para este efecto fué establecido el periódico de la Sociedad; subvencionado el pequeño semanario popular *La Festa*; procurada la difusion de buenos libros y la impresion de algun escrito que pareciese mayormente útil por su oportunidad, cual es el que contiene los tres magistrales discursos sobre la Infalibilidad Pontificia, del insigne orador P. Gallerani de la Compañía de Jesus, en los que con claridad y solidez son refutados los errores y las preocupaciones que sobre aquella materia se habian difundido recientemente. A la buena lectura se podrá proveer más adelante con mayor eficacia por la institucion de bibliotecas circulantes, obra que en pequeñas proporciones está ya iniciada por alguna comision.

45. Finalmente con la *union*, esto es, propagando como ya se ha hecho, y se seguirá hacien-

do mejor, la Sociedad y su espíritu, primero entre los cabezas de tiendas y de negocios, y de ahí entre los dependientes y operarios subalternos.

46. El mayor cuidado de la Sociedad es el bien de la *juventud*, en la cual se funda principalmente la esperanza de un porvenir mejor.

47. Publicada apenas la ley que llamaba á las armas á los jóvenes pertenecientes á la clase de 1850, tuvo la Sociedad conocimiento de que algunos de ellos, por motivos del todo extraordinarios, no habian participado todavía de la *Mesa Eucarística*. Obtenida de los reverendos párrocos de Roma y del Suburbio la nota de las que debian comulgar, escogió de entre estos sesenta, que fueron los de más edad, y á sus expensas los colocó en la piadosa casa de Ejercicios espirituales cerca de Ponte Rotto, donde aquellos pobres jóvenes se alimentaron por primera vez con el Pan de los Angeles.

48. Con el mismo empeño cuidó la Sociedad de auxiliar á los párrocos en la enseñanza de la *doctrina cristiana*. La bondad de los Párrocos y su zelo por la gloria de Dios hizo que aceptasen de buena voluntad la cooperacion ofrecida. La presencia de los socios y los pequeños regalos que hacian á los niños más asíduos, hicieron crecer el número de concurrentes á la instruccion religiosa en las igle-

sias parroquiales. El buen resultado ha sido de tal modo evidente y la satisfaccion de los Párrocos tan esplicita, que el Consejo Directivo de la Sociedad creyó conveniente destinar una suma competente para premios en el principio del nuevo año escolar en cada una de las Parroquias en que habian intervenido los socios. Elegida una comision del Consejo de Prefectos para la adquisicion de premios, se estimó útil erogar la suma asignada en la adquisicion de objetos de ropa. Estos, unidos á libros, imágenes y otras cosas devotas procuradas por la industria y la celosa actividad de no pocos socios, fueron equitativamente distribuidos á los Prefectos de varias comisiones, y repartidos en más de treinta Parroquias. En muchas de estas el premio fué acumulado al que suelen dar los Párrocos. En todas el premio fué conveniente, pero en algunas resultó esplendísimo, como se lee en el núm. 196 della *Voce della Verità*.

Todo persuade que la obra de la *Doctrina Cristiana* progresará cada dia. A este fin contribuirá muchísimo la inmediata institucion de una Diputacion especial compuesta de socios eclesiásticos y legos, la cual presida el movimiento general, arregle la uniformidad y promueva el desarrollo en la parte que toca á la Sociedad.

49. Si bien obtiene el primer lugar la instruc-

cion religiosa, no es ménos necesario vigilar por el establecimiento civil de la juventud. Por esto desde su principio la Sociedad fijó su atencion en las *escuelas* elementales; y de entre ellas socorrió á aquellas cuyos maestros podian merecerlo por sus cualidades; auxilió á algunas de las escuelas nocturnas, y la del Hospicio de ciegos. Por cuenta propia instituyó enteramente otras y no pocas escuelas, en aquellos lugares que más las necesitaban. Finalmente ayudó á los Gimnasios y Liceos de Instituto Paterno. En muchas de estas escuelas se cerró el año con premios por obra de varias comisiones de la Sociedad, las cuales los repartieron (*Voce della Verità* núm. 132). De entre los premios, los más espléndidos fueron los de los Gimnasios y Liceos dados el mes de Setiembre en la iglesia de las Sagradas Llagas, y consistentes en medallas de plata suministradas por la Sociedad, y distribuidas por el Príncipe Presidente. (*Voce della Verità* núm. 130). Considerado el breve tiempo que lleva la Sociedad de haber tomado á su cargo las escuelas católicas, considerado además que muchas escuelas han sido recientemente abiertas por el Municipio de Roma, no deberá parecer corto el número de cerca de dos mil niños á cuya institucion cristiana y civil provee la Sociedad. Pero creciendo cada dia el nú-

mero de niños que desean ser admitidos en las escuelas católicas favorecidas, protegidas y vigiladas por la *Sociedad Romana de los Intereses Católicos*, es de necesidad proveer á ello regular y establemente. Al efecto fué instituida una Diputacion especial para las escuelas, de la cual forman parte algunos Prefectos de Comisiones y algunos socios Párrocos y Eclesiásticos. Esta Diputacion tiene el encargo de vigilar las escuelas y los maestros, proveer á las mismas segun las necesidades, cuidar en ellas tanto del orden y de la regularidad moral y material, como de la uniformidad del método y de la enseñanza. Esta Diputacion permanente, sea por sí misma, sea por las personas de los respetabilísimos socios de que se compone, ofrece una prenda segura de que las *escuelas católicas* florecerán y se propagarán cada dia más.

50. Todavía otro beneficio debe dispensar la Sociedad á la juventud, y es el *patronato* de los niños pobres. Tal obra, si se mira en sí misma, presenta inmensas dificultades en la práctica. Sin embargo, la existencia de las Juntas Parroquiales, la existencia en la Sociedad de las Secciones Artística y Comerciante, y la de la Seccion de Jóvenes, son elementos tales, que por ellos el patronato de los niños ha venido á ser para la *Sociedad de los Intereses Católicos*, no solo posible, sino ab-

solamente fácil. Puede decirse que esta obra tan ventajosa está ya casi establecida; y los niños del pueblo que encontrarán por ella una colocacion segura con los cabezas de talleres y de negocios adscritos á la Sociedad, podrán confiar en que jamas les faltará la vigilancia, el auxilio y la proteccion católica de la Sociedad.

51. Verdaderamente las obras de la Sociedad instituidas y promovidas para el bien de la *juventud* son de tal naturaleza y están ligadas de modo, que con la doctrina cristiana, con las escuelas elementales diurnas y nocturnas, y las de Gimnasio y Liceo, con el patronato y sistema establecido en las tiendas de los socios Artistas y Negociantes, con la Seccion instituida para los *Jóvenes*, la Sociedad misma ejercerá un benéfico y nunca interrumpido influjo sobre las nuevas generaciones, desde la primera edad hasta los años maduros cuando ya podrán pertenecer á la Sociedad.

52. La ejecucion de las obras mencionadas que propiamente pueden decirse de la Sociedad, pues por ella fueron iniciadas ó cumplidas, no le impidieron tomar parte y cooperar tambien en las obras de *otras Sociedades*. Aunque varios motivos impidieron en un principio aquella razonable union, que para el bien comun habria sido de desear entre las varias Sociedades recientemente nacidas en

Roma, con todo, la *Sociedad de los Intereses católicos* quiso mantener y mostrar con los hechos una sincera concordia, aceptando las invitaciones, y haciendo más espléndidas con el gran número de sus socios muchas funciones que promovieron otras Sociedades. De entre ellas, hay que recordar con especialidad las siguientes: Los tríduos á María Santísima bajo el título *Auxilium Christianorum*, en el mes de Mayo en Santa María *sopra Minerva*, en el mes de Junio en Santa María *in Vallicella*: en Agosto la fiesta de San Pedro *in Vinculis* en la Basílica Eudosiana y la de la Asuncion de la Bienaventurada Virgen en la Patriarcal Basílica Liberiana: en Noviembre la del Santísimo Salvador en la Sacrosanta Iglesia Lateranense: en Diciembre la novena á la Santísima Inmaculada Concepcion en San Agustin. Se debe además hacer mencion de la funcion conmemorativa en Santa María la Mayor por la victoria de Lepanto en el 6 de Octubre: y entre todas las otras funciones principalmente la intervencion de la *Sociedad de los Intereses católicos* en la traslacion de las Sagradas Cabezas de los Santos Príncipes de los Apóstoles, en el dia octavo de su festividad, á San Juan de Letran, en donde los miembros de las varias Sociedades representaron á la Ciudadanía Romana, y suplieron la ausencia del Senado, que en

el tiempo pasado acostumbraba prestar en aquel día un solemne tributo de obsequio á los Protectores de Roma. *Voce della Verità* núm. 73.

Pero, si algo ha hecho la Sociedad, todo debe referirse al zelo y actividad de los socios, á su espíritu y valor eminentemente cristiano. De aquí trae su origen el hecho venerable de que cuando en Septiembre los periódicos enemigos publicaron los nombres de los socios, y *la Libertá* especialmente en su núm. 245, diciendo lo hacia porque sabia con certeza que algunos *habian sido inscritos en la Sociedad contra su voluntad*, ninguno desmintió su calidad de socio, ninguno negó el consentimiento y la satisfaccion de estar inscrito. Así es que no debe causar asombro que hombres dotados de un corazon tan generoso y magnánimo, no satisfecho de haber dado vida, desarrollo y ejecucion á todas las obras arriba mencionadas, se mostrasen siempre más infatigables, cooperando y contribuyendo en toda ocasion en que se pudiese hacer el bien, á promover los intereses católicos. Recogieron donativos para aliviar á los perjudicados por la inundacion del Tíber y por la guerra de Francia. Solicitaron suscripciones en favor del Hospicio de Ciegos. Buscaron cuestaciones en beneficio de los clérigos sugetos á la conscripcion militar. Obtuvieron de Lugares Pios y de perso-

nas privadas donativos de objetos sagrados, para servir al culto en las iglesias pobres. Se adhirieron á la demanda de firmas y donativos para presentarlos al Santo Padre en el día de su cumpleaños.

En medio de tantas obras no olvidaron el *fraternal amor* que los une, y de ahí es que nunca dejaron de confortarse y socorrerse recíprocamente en sus necesidades. Ayudaron é invocaron proteccion para los socios injustamente perseguidos y oprimidos con la violencia. Para otros socios en extremo necesitados ó heridos de graves desgracias dieron ó buscaron subsidios ó colocacion. Visitaron á los socios enfermos, hicieron sufragios por los difuntos, manifestando el dolor por su muerte con estar presentes á las exequias, y con acompañarlos al sepulcro.

53 Mas, fuera de sus obras, los socios con dádivas ordinarias y extraordinarias, ministradas directa ó indirectamente á la Sociedad, recogieron por sí y de entre sí la suma de cerca de treinta mil liras, suma no pequeña ciertamente, con especialidad si se consideran las actuales condiciones de los católicos en Roma, y con la que fueron hechos todos los gastos necesarios para las obras de la Sociedad. Gran parte de las liberalidades ordinarias se ha destinado ya de un modo estable al

subsidio de las escuelas. La cuenta perteneciente á la administracion de fondos sociales será presentada con regularidad á fin de año por el Tesorero, sujetándola á la aprobacion de la Sociedad, como previenen los artículos 37 y 40 núm. 3 del Estatuto.

54. Y este es el lugar oportuno de observar que muchas de las obras de la Sociedad necesitaron por su naturaleza del especial permiso, concurso y favor de la Autoridad Eclesiástica; el que no habiéndole nunca faltado, sino ántes bien, concedido siempre con largueza, la Sociedad no pudo expresar de mejor modo su gratitud al Emmo. Cardenal Vicario (el cual con particular dignacion ha permitido ser inscrito entre los socios honorarios) que enviando una Diputacion especial á congratularse con él en su jubileo sacerdotal el 17 de Junio, y disponiendo que en aquel mismo día muchos Prefectos de comisiones asistiesen en San Apolinar á la misa que celebró, y allí representasen á la Sociedad. Despues la gratitud de la Sociedad hácia los Rev. Párrocos (socios gran parte de ellos) se ha manifestado en los pocos modos que han presentado las circunstancias, y se manifestará siempre que haya ocasion de testificar el respeto y consideracion que les son debidos por su

carácter y por su oficio, y que la Sociedad entiende profesar constantemente.

ARTÍCULO III.

Estado actual de la Sociedad.

54. El estado actual de la Sociedad puede mirarse bajo un triple aspecto, esto es, en el *interno*, en la *difusion*, en sus *relaciones*.

§ 1º

Interno.

55. Larga, laboriosa y difícil fué la obra de organizar la Sociedad, pero se consiguió. La Sociedad funciona perfectamente, y acaban de hacerse con toda regularidad las elecciones para el año próximo.

56. La Sociedad es grande y respetable, por que es digna y numerosa.

57. Cuéntanse entre sus miembros una Princesa Real, Cardenales de la Santa Iglesia, y el mismo Emmo. Cardenal Decario del Sacro Colegio, Arzobispos, Obispos, Príncipes, Prelados, el Patriaciado, las personas más distinguidas de la clase media por el mérito y por la virtud.

58. Los socios activos, en número de más de

1100, han estado distribuidos hasta aquí en treinta Juntas Parroquiales que extienden su acción sobre toda la superficie de Roma. Los miles de socios adherentes sostienen indirectamente á los activos. Los eclesiásticos son admitidos en la Sociedad por el derecho que á ello tienen como ciudadanos, sin que su presencia y acción cooperativa altere la naturaleza laical de la institución.

59. Están íntimamente unidas á la Sociedad sus *Secciones*. El destino de estas, es recoger una clase especial de personas para fines determinados, ó dedicarse de modo especial á cualquiera obra que sea de mayor entidad. Las *Secciones* de la Sociedad son cuatro hasta ahora.

60. *Seccion del Socorro*. Cuenta mas de 600 socios, y está encargada de los subsidios para los pobres militares que se han señalado por su fidelidad y adhesión al Gobierno Pontificio.

61. *Seccion de las Escuelas de Liceo y de Gimnasio paternas*. Comprende á todo el cuerpo de socios que se dedican á aquella enseñanza.

62. *Seccion de artistas y negociantes*, recientemente establecida. Cuenta ya cerca de 400 socios, todos ellos gefes de artes ó de negocios. Tiene por institución difundir la Sociedad en el pueblo, y propagarse entre los artesanos y operarios inferiores formando con estos una segunda clase de la

misma Seccion. Se presentó al Soberano Pontífico el 17 de Noviembre ofreciéndole en donativo un juego completo de objetos sagrados necesarios al culto divino para una iglesia pobre, y trabajados por los socios. El Presidente de la Sociedad leyó en aquella circunstancia una exposición que manifiesta el espíritu y el fin de esta Seccion. La exposición y la respuesta del Santo Padre constan en el núm. 182 de la *Voce della Verità*. Las reuniones de esta Seccion son constantemente honradas con la presencia del Exmo. Cardenal Borromeo, quien toma parte activísima en todo aquello que mira á su bien, incremento y prosperidad.

63. *Seccion de los Jóvenes*. Se forma actualmente bajo el impulso é inmediata dirección del citado Exmo. Cardenal Borromeo. Ella reunirá en dos clases distintas á los jóvenes de los 30 á los 18 años, y de los 17 á los 12. Tiene por objeto genérico las obras de piedad, y proveer á las necesidades particulares de la edad juvenil y á su honesta recreación. En especial se ocupará la primera clase en ayudar á los Prefectos de Comisiones de la Sociedad en el *patronato* de los jovencitos. De esta Seccion se sacarán los elementos de permanente institución tanto para la Sociedad, cuanto para la otra Seccion de artistas y negociantes. La *Seccion de los Jóvenes* fué notablemente inaugura-

da con una funcion religiosa el 8 de Diciembre de-
dicada á la principal Protectora de la Sociedad, en
la capilla privada del mismo Exmo. Cardenal Bor-
romeo, el cual en cada dia del tríduo pronunció
discursos análogos, y desempeñó personalmente
los ritos sagrados, con satisfaccion inmensa de los
muchísimos que estuvieron presentes, y de toda
la Sociedad.

64. Quanto ántes serán tambien reunidas en una
Seccion especial todas las *Señoras* adscritas á la
Sociedad, á fin de que bajo la inmediata sobrevi-
gilancia de una Presidenta, y con la direccion de
persona eclesiástica, puedan dedicarse eficaz-
mente á aquellas obras que de un modo especial
convienen á las señoras católicas.

65. La Sociedad, conforme á su Estatuto, ha
provisto ya al *círculo* y al *Periódico*.

66. El periódico *La Voce della Verità* llena con
laudable empeño su mandato, no obstante las mu-
chas dificultades que encontró en su principio. En
el año venidero se propone la Sociedad ayudarlo
más eficazmente, para que con mayor alegría y de
manera más adecuada pueda corresponder á la gra-
ve tarea que le espera, y al fin para que fué es-
tablecido.

67. El *Círculo* fué abierto hace meses provisio-
nalmente en los salones del Exmo. Cardenal Bor-

romeo, que lo favorece con benignidad, hasta que
se provea sobre elle de un modo estable. El círculo
es un lugar de reunion y de honesto entretenimien-
to nocturno, ventajoso con especialidad á la ju-
ventud.

68. Acaso no esté léjos el tiempo de satisfacer
el deseo de no pocos socios, de tener un *Oratorio*
particular, para que los que quieran practiquen en
comun los ejercicios religiosos. Entretanto tiene la
Sociedad un Director espiritual obtenido de los
superiores de la Compañía de Jesus, y pedido por
la Sociedad, no solo para testificar la estimacion
particularísima que profesa á la Compañía, sino
tambien para demostrar su gratitud por las mil
maneras con que la Compañía la ha favorecido
desde sus principios.

§ 2º

Difusion.

69. Mas que las obras, ayudaron á difundir el
nombre de la *Sociedad Romana para los Intereses*
católicos los desprecios y las calumnias que repi-
tieron sobre ella casi continuamente y por largo
tiempo las *hojas liberales*. Con aquel hablar fre-
cuente le dieron cierta importancia, excitaron en
muchos el deseo de conocerla, y de ahí en no po-
cos la voluntad de imitarla. Muchas fueron las
peticiones para obtener las reglas ó las noticias

pertenecientes á la Sociedad. Hoy no es desconocida en Inglaterra, Francia, Portugal, España, Alemania y en toda Italia. En muchos lugares se promovió por esto la institucion de *Asociaciones católicas*, y en varias partes se constituyeron idénticas Sociedades de igual nombre y con igual norma. Entre ellas merecen una mencion especial las de Cagliari, Palermo, Lion de Paris, destinadas á ser centro de otras *Sociedades de los Intereses católicos*, la primera en Cerdeña, la segunda en Sicilia y la última en Francia. Muchas de estas Sociedades *filiales*, á petición suya han sido agregadas ya á la Primaria Romana; otras varias lo serán cuanto ántes, luego que hayan provisto enteramente á su arreglo. Las *Sociedades para los Intereses católicos* adscritas ya á la *Primaria Romana* son las siguientes, segun el orden cronológico de su agregacion, á saber: las de Velletri, Grottaferrata, Frascati, Monte Compatri, Siena, Viterbo, Maenra, Cagliari, la Asociacion católica de operarios, artistas y traficantes en Venecia, y las Sociedades de Palermo y de Ferracina. Todas estas Sociedades se formaron y pidieron ser agregadas á la *Primaria Romana* no solo con el consentimiento, sino con el esplicito favor de los Ordinarios de las diversas Diócesis; el cual lo testificaron algunos Obispos con inscribirse entre los so-

cios honorarios de aquellas Sociedades, y alguno aceptando tambien la presidencia de honor, como lo hizo no ha mucho el respetabilísimo nuevo Arzobispo de Palermo, con las nobles y elocuentes palabras que refiere el periódico la *Sicilia Cattolica*, y reprodujo en el número 209 la *Voce della Verità*.

§ 3º

Relaciones.

70. La difusion de su nombre, y más aún los vínculos de amistad estrechados en Roma, cuando estuvieron aquí muchísimas Diputaciones católicas, y los conciertos establecidos en la reunion general convocada por el Presidente de la Sociedad Romana el 18 de Junio y á la cual concurrieron los representantes de las Diputaciones católicas de Baviera, Hungría, España, Portugal, Bélgica, Venecia, Mónaco, Helvecia, Génova, Inglaterra, Francia, Sajonia, Tirol, Cremona, Países Bajos, Polonia, Irlanda, Forli, Nápoles, Wuttemberg, Bolonia, Colonia, Maestricht, Dresde, Milan, Linz, etc., etc., han puesto á la *Sociedad Romana de los Intereses católicos* en íntima correspondencia con todas las principales Asociaciones católicas de Italia y de todos los puntos de Europa. Sostiene la Sociedad esta correspondencia por medio de una

Diputacion especial compuesta de socios extranjeros de varias naciones pero domiciliados con estabilidad en Roma. Y no se limitan las relaciones á la correspondencia, pues la *Sociedad Primaria Romana para los Intereses católicos* es invitada tambien á los congresos, como sucedió en Septiembre con la reunion católica de Einsiedlon en Suiza, en Octubre en Venecia, y más recientemente en Gromare en Lombardía. En cada uno de estos lugares la Sociedad Romana ha estado noble y dignamente representada, y sus Enviados han recibido honorosísima acogida, como se lee á los números 130 y 151 de la *Voce della Verità*, y al número 281 del *Osservatore Romano*.

Conclusion.

71. Hé aquí lo hecho por la *Sociedad Romana para los Intereses Católicos* en el año 1871, primero de su nacimiento. Si los hechos expuestos no son por sí mismos de grave entidad, no serán despreciables ciertamente para quien quiera considerar la breve vida de la Sociedad, la obra larga y laboriosa que se requirió para constituir la, la novedad de la cosa en Roma, las costumbres y hábitos retiradas y pacíficas de los ciudadanos, las dificultades que se interpusieron, los miramientos, preocupaciones, desconfianzas y temores que fué

necesario superar, las luchas, las persecuciones, los padecimientos que, como habia anunciado la *Unitá Cattolica* núm. 28, se verificaron con demasiada precision. Pero estas justas reflexiones, así como servirán para que la Sociedad sea rectamente forzada por los que no conociéndola bastante, la censuran inmerecidamente ó la desprecian, servirán tambien para confortar á los socios, y los convencerán de que su Pio Instituto con la bendicion del Soberano Pontífice obtuvo tambien la de Dios, la cual evidentemente ha protegido y sostenido á la Sociedad. Gozosos con esta conviccion, se harán en adelante todavía más celosos, fervorosos y concordés, siempre recordando y persuadiéndose de que la *Sociedad para los Intereses Católicos* no puede ni debe admitir ningun fin inno-ble, caduco y terreno, sino que instituida únicamente para ser una de las milicias de Jesucristo, su último, su solo fin se compendia y resume en aquellas palabras de San Pablo, al grito de las cuales, con la mirada y el corazon al cielo, cumple su empresa: *Domino Christo servire*.

Roma, 19 de Diciembre de 1871.—El Presidente General de la Sociedad, *M. Príncipe de Campagnano*.—El Vice-Presidente, *Av. Camilo Baccelli*.—El Secretario General, *Giovanni Av. Frascati*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.— 1872

IMPRENTA A. CARGO DE M. ROSELLO

Escalerillas número 21.

UN DESCUBRIMIENTO

PRODIGIOSO

OBRA ESCRITA EN FRANCES

POR

JULIO VERNE,

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. A. RIBOT Y FONTSERE,

Edición de La Voz de México.



UN DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO.

I.

EL ANUNCIO.

Amaneció un día en que tenía preocupados á todos los parisienses un escrito autografiado que se había repartido profusamente durante la noche. Su contenido era el siguiente:

“Los que el próximo domingo, 1º de Junio, se encuentren á las doce en punto en la plaza de la Concordia, asistirán á la primera manifestación de la mayor de las revoluciones presentes y futuras.”

“La palabra *revolucion* no debe asustar á nadie, pues no se trata de una revolucion política, ó al ménos sus consecuencias políticas y sociales, ya

“que deben ser con el tiempo de mucha trascen-
 “dencia, no se producirán de una manera inme-
 “diata y directa.

“Tambien produjeron en los destinos del mun-
 “do revoluciones inmensas la invención de la im-
 “prenta, de la pólvora y del vapor, y el descu-
 “brimiento de América. Del género de dichas re-
 “voluciones es la que se anuncia.

“Verdad es que todas ellas reunidas son una
 “bagatela comparadas con la que se prepara.

“Los que vean su primera manifestacion po-
 “drán consignar entre sus grandes recuerdos per-
 “sonales una fecha la más memorable en los ana-
 “les de la humanidad.

“Esta manifestacion empezará á las doce en
 “punto en la plaza de la Concordia, y continuará
 “hasta las cinco en los Campos Elíseos, en el jar-
 “dín de las Tullerías, en los paseos públicos, en
 “los baluartes y muelles, y en todos los demás
 “puntos en que se pueda acumular la muchedum-
 “bre al aire libre.

“La autoridad hará muy bien en tomar medi-
 “das de orden para evitar desgracias. Tomará
 “tambien, si lo considera conveniente, las debidas
 “precauciones para prevenir acontecimientos po-
 “sibles, si bien lo único que puede temer es una
 “afluencia excesiva.

“Los que funden su amor propio en efectar in-
 “credulidad respecto de lo que se dice en este
 “anuncio, los que crean ver en él la ilusion de un
 “loco ó algun ridículo engaño, no tienen que ha-
 “cer más que fijar su atencion en la manera ines-
 “plicable con que se ha repartido este escrito,
 “para convencerse de que en la presente ocasion
 “no serán los más perspicaces los ménos crédulos.

“Aténganse á las pruebas incontestables que,
 “á las doce en punto del dia primero de Junio,
 “se darán en la plaza de la Concordia.”

Esta hoja volante se encontró esparcida por to-
 do Paris, cinco ó seis semanas ántes del primero
 de Junio, despues de una noche oscura y lluvio-
 sa. Empleáronse en la distribucion todos los me-
 dios, hasta los más incomprensibles.

Muchos la recibieron por el correo, y algunos
 dentro de un sobre sin sello de franqueo. Otros re-
 cojieron ejemplares en los patios de las casas, en
 los balcones, en los alféizares de las ventanas, en
 los tejados de las boardillas, en las escaleras, den-
 tro de las chimeneas, no siendo en ellas preciso el
 fuego por lo primaveral de la temperatura. Desde
 el amanecer recogieron muchos ejemplares los bar-
 renderos y traperos. Los habia en todos los mo-
 numentos que ofrecian alguna abertura que no ha-
 bia sido cerrada de noche, en los mercados, en las

iglesias, en los teatros, en los salones de la Bolsa y de la Audiencia, y en los bailes públicos, y en las estaciones de los caminos de hierro. Se les veía entrelazados con las ramas y el follaje de los árboles, se les veía metidos en las agujas de los pararrayos, y enganchados por todas partes y á todas las alturas, donde quiera que habia un clavo, una escarpia, una prominencia, un ángulo saliente, una persiana, un techo. Muchos flotaban sobre las aguas del Sena, arrojados por el viento de las cornisas y techumbres. En la plaza de la Concordia, estaba de ellos cubierto el obelisco de Luxor. Alrededor y á diferentes alturas, hasta llegar á la cúspide, colgaban de una especie de coronas de cuerdas ejemplares enhebrados que agitaba el viento. Trabajo costó despojar de aquellos insólitos adornos al venerable monumento, y si bien se procedió á la operacion desde muy temprano, siendo necesarias al efecto largas escaleras de mano, no se pudo evitar que muchos testigos la presenciasen. Los que, no obstante el mal tiempo, habian pasado en la calle la noche precedente, contaban que les habian caido ejemplares en los paraguas. Aquel dia, y en otros sucesivos se cogieron en Paris y en los alrededores pájaros diferentes, palomas, gorriones y golondrinas, que llevaban el escrito atado al cuello con un hilo. Largo tiempo

despues se veian aun revolotear no pocos. Hasta en Bélgica, Córcega y Argel se cazaron algunos.

Todo esto era más que suficiente para excitar la curiosidad pública y llamar la atención de la policía.

El público no se ocupaba tanto del contenido de la hoja, como de la manera con que se habia hecho el reparto. Recordábase la historia de una casa que en 1848 se llenó de piedras en una sola noche, sin que se haya podido hallar hasta ahora una explicacion satisfactoria del fenómeno. Todos se afanaban en explicarse tan sorprendente maravilla; pero todos, como suele decirse, se quedaban en ayunas. Solo en un punto estaban de acuerdo, y era en que los repartidores debian ser numerosos y habian dado una gran prueba de discrecion y destreza..... ¿Qué fin se proponian, y qué habia en el fondo de todo aquello? Segun la opinion más acreditada, todo se reducía á una gran burla de un petardista de buen humor que queria reírse de la credulidad pública. No obstante la reflexion bastante plausible que contenia el escrito, nadie se hubiera atrevido á afectar que creia en algo real. Se reconocia perfectamente que la chanza no valía el trabajo y el dinero que debia haber costado. ¿Pero acaso un bromista repara en pelillos? Referíanse muchas anécdotas de escritos

echados á las habitaciones por las ventanas abiertas, y hacía también mención de cristales rotos y de una mano cubierta con un guante que algunos decían haber entrevisto, pero no se daba ningún crédito á semejantes cuentos. Los más sagaces suponían que era aquello un reclamo industrial, cuyo autor esperaba que se hubiese hablado de él suficientemente para darse á conocer, ántes de anunciar un nuevo insecticida ó una pomada anti-calvítica. En cuanto á ir el primero de Junio á la plaza de la Concordia, no había uno que no dijese que no daría un paso que le había de acreditar necesariamente de demasiado crédulo.

Pero en el fondo, y sin decirlo, los más excépticos se prometían *in petto* asomarse á su ventana como tuviese vistas á alguno de los lugares en que se ofrecía la escena. Los que no gozaban de esta ventaja, meditaban un pretexto plausible para hallarse fuera de su casa y atravesar, si era posible, la plaza de la Concordia el 1º de Junio á cosa de las doce. Y cada cual, en vista de la incredulidad de todos los demás, se figuraba ser el único á quien se había ocurrido semejante idea.

La policía y la autoridad participaban de las impresiones del público, pero se sentían algo más preocupadas. Detrás de aquella pretendida farsa podía muy bien haber alguna segunda intención

política, tal vez un complot. ¿No era quizás un medio ingenioso para atraer á un punto dado una muchedumbre enorme y provocar movimientos populares? Se resolvió ponerse en guardia por lo que pudiera tronar, pero disimuladamente, para no comprometer la dignidad del poder, pareciendo dar importancia á lo que podía muy bien ser no más que una fruslería. Se decidió igualmente no omitir medio alguno para tratar de averiguar el misterio. Se ordenó hacer dos sumarias, una de ellas por medio de la policía y la otra judicial.

El expediente por medio de la policía no requería pretexto alguno. Los comisarios recibieron orden de reunir todos los datos que pudiesen recoger sus agentes, y enviarlos á la prefectura para centralizarlos. En cuanto á la sumaria judicial, estaba suficientemente justificada por las circunstancias del enigmático reparto. Y, ámen de todo, era un reparto no autorizado, pues el impreso no había sido presentado á la autoridad competente, no llevaba nombre de impresor, y hacía sospechar que procedía de alguna prensa autógrafa clandestina. Es posible que no contuviese ningún delito perfectamente caracterizado, pues si bien carecía de timbre, no podía decirse en rigor que se ocupase de materias políticas y de economía social. Pero se hablaba de cristales rotos, lo que consti-

tuía una serie de hechos verdaderamente punibles. Había en todo más de lo necesario para motivar una sumaria en averiguación de los autores, más ó ménos justificables bajo diferentes puntos de vista.

La información de la policía produjo una balumba de documentos. Los agentes recogieron concienzudamente todos los cuchicheos que llegaron á sus oídos. Los *dícese* se multiplicaban incesantemente. No se hablaba de otra cosa en los salones, en las tertulias, en los cafés, en las fondas, en la Bolsa, en la Audiencia; pero donde especialmente se propalaban las especies más inverosímiles, era en los cuartos de los porteros y en las tiendas de comestibles. Desgraciadamente, era casi siempre imposible remontarse á la fuente de la noticia. Ocioso sería referir todos los incidentes que habían engendrado la imaginación, los cuales iban creciendo á medida que pasaban de una boca á otra. Algunos se reproducían con variantes, pero con una persistencia singular, en puntos muy distantes unos de otros.

Un estudiante, que vivía en un cuarto muy alto del barrio chino, contaba que á cosa de las dos de la mañana, no pudiendo conciliar el sueño, se levantó para coger un libro, y de repente se rompió con estrépito un cristal de su ventana, y cayó al

suelo otro objeto. No le permitió la oscuridad distinguir más. Se precipitó hácia la ventana, la abrió, y nada percibió fuera. Entónces encendió una vela, y encontró un objeto redondo envuelto en un papel en que se leían estas palabras: *por el cristal roto*. El objeto redondo que contenía el papel era una moneda de cinco francos. El papel era un ejemplar autografiado del famoso anuncio.

En los barrios de Mouffetard, de la Bastilla, de la Opera y de los Campos Elíseos, en el de San German, en Montmartre, en Vaugirard y en Montrouge, algunos decían haberles despertado con sobresalto el ruido de un cristal roto, y que en seguida habían hallado junto á la ventana una moneda de cinco francos envuelta del mismo modo que la del estudiante. Otros, entrando por la mañana en su salón, en su gabinete ó en su comedor habían encontrado también, previa la rotura de un cristal, un objeto análogo. Examinada detenidamente la forma de las roturas de los cristales, parecía imposible que estuviesen estas producidas por el solo choque de la moneda de cinco francos.

Era digno de notarse que los cristales rotos, pertenecientes indistintamente á ventanas que daban á la calle ó al patio, no correspondían en ningún caso á habitaciones que estuviesen alumbradas al verificarse la rotura. Era indudable que los

autores del reparto nocturno, que debían ser muchos, habían puesto mucho cuidado en evitar que se les viera. Sin embargo, había quienes afirmaban haber notado algo, y, vista la gravedad del hecho, se les obligó á declarar ante la autoridad judicial.

El encargado de la sumaria era un magistrado de reconocida confianza, á quien se entregaron los voluminosos informes recogidos en la prefectura de policía. Dejó á un lado todo lo que presentaba un carácter demasiado fabuloso, como, por ejemplo, las declaraciones inadmisibles de personas que pretendían haber distinguido en los aires un bulto negro, de figura casi humana, entre otros dos bultos informes á quienes sostenían ó que le sostenían, gesticulando como un sér fantástico, y moviéndose con una rapidez que ya que no igualase á la de una bala de cañon excedía á la de un venejo. El juez no hizo caso más que de los hechos que ofrecían alguna verosimilitud ó al ménos alguna posibilidad. Oyó á todos los que habían tenido cristales rotos y recibidos monedas de cinco francos, siendo estas provisionalmente retenidas como cuerpos del delito. Pero ni el año de la acuñación ni otra señal alguna característica pudo suministrar indicios útiles. Se recogieron doscientas próximamente, lo que representaba para el solo objeto del reparto un gasto de 1,000 francos. Los

impresos enviados por el correo, que pasaban de dos mil, aunque no era posible determinar el número de una manera precisa, habían costado solo en sellos más de 200 francos, sin contar el gasto de exceso de peso de unas cincuenta cartas. Por las investigaciones practicadas en correos se pudo saber únicamente que las cartas habían sido presentadas al franqueo por un individuo de quien ningun empleado hizo el menor caso. Dijo llamarse *Nagrién*, lo que es un nombre supuesto, y supuestas eran también las señas que dió de su casa. Se probó que las roturas de los cristales se habían verificado casi simultáneamente ó á intervalos muy cortos en barrios muy distantes unos de otros, de lo que parecía lícito deducir que los repartidores no bajaban de cincuenta y eran tal vez más de ciento, sin contar el número mucho mayor aun de los que habían ido distribuyendo impresos por todas partes. Muy caro debió costar aquel personal, y mucho dinero se tuvo que invertir en autografías ejecutadas clandestinamente. Por lo demás, á nada condujeron las multiplicadas revisiones de los caracteres autografiados, la letra de los sobres de las cartas recibidas por el correo, la clase del papel empleado, las cuerdas y cordeles colgados del obelisco y demás reconocimientos periciales. Completamente infructuosas fueron las

averiguaciones que se hicieron en los almacenes de papel, en las cordelerías y en los puestos de pájaros. Se apuntaron con la mayor minuciosidad las declaraciones de algunos sugetos de que hemos ya hecho mencion, los cuales decian haber visto algo más que los otros.

Seis personas que al salir del teatro habian cenado y jugado en casa de uno de ellos, en una pieza bastante reducida de un cuarto cuarto, á cosa de las tres de la mañana abrieron la ventana para que se renovase el aire saturado de humo de tabaco, y un instante despues cayó dentro de la habitacion una multitud de anuncios. Nada se vió en el exterior, y solo uno de los concurrentes dijo que habia creido distinguir en el tejado de la casa de en frente una sombra negra que se deslizaba detrás de una chimenea. Llamóse á declarar á todos los vecinos de dicha casa, y solo se supo que al dia siguiente uno de ellos habia encontrado algunos ejemplares en las dos chimeneas de su cuarto.

En otro barrio un médico habia sido llamado por la noche para ir á visitar un enfermo. Una feliz casualidad quiso que su criado, que tenia una luz en la mano, abriese la puerta del dormitorio de su amo en el acto de romperse con estrépito un cristal de la ventana. El médico y su criado afirmaron categóricamente que al trasluz del traspas-

rente habian visto una mano con un guante grueso, parecido á los que se usan en las salas de armas, que, despues de romper el cristal, dejó caer un objeto en su habitacion y desapareció luego. Fuera de la casa no vieron nada.

Otras dos personas, que eran marido y mujer, hallándose despiertas en el momento de romperse un cristal de su cuarto, dijeron tambien que habian visto, aunque algo más vagamente, una mano con guante, gracias al resplandor proyectado en la ventana por el mechero de gas de un farol de la calle.

Otras muchas declaraciones se tomaron que no hay necesidad de referir, sin que fuese posible prender á nadie como acusado de una complicidad ó participacion cualquiera. Todos aquellos sobre quienes habia recaido momentáneamente alguna sospecha se justificaron de la manera más satisfactoria, y hubo que sobreseer en la causa.

Las conclusiones que de sus pesquisas sacaron el prefecto de policia por una parte y por otra el juez, fueron las siguientes:

Que nada se podia afirmar acerca de la naturaleza del objeto de aquel reparto de impresos, si bien dicho objeto era evidentemente grave y debia desecharse la idea de una simple broma;

Que los repartidores habian sido demasiado numerosos;

Que se habian tomado demasiado trabajo y habian dado pruebas de una habilidad demasiado profunda;

Que la distribucion habia debido ocasionar gastos demasiado considerables;

Que se habia guardado demasiado bien el secreto.

En cuanto á la explicacion de los medios empleados, era por entónces imposible. Probablemente se encontrarían más adelante. Pero urgía mucho estar prevenido á todo evento.

Algo llegó el público á traslucir de todo esto. Se supo que habia una informacion, en la cual se tomaba declaracion á muchos testigos. La incredulidad general disminuyó bastante.

Cada periódico habia referido y comentado las cosas á su manera, como es costumbre. El primer dia todos ellos solo se permitieron algunas indicaciones chuscas sobre el reparto nocturno, que calificaron de muy extraño, pero sin darle ninguna importancia, aconsejando todos á sus lectores que se pusiesen en guardia contra las exageraciones y fábulas mezcladas al parecer con la mayor parte de las narraciones. Estas al dia siguiente se multiplicaron de tal manera, que hubo necesidad de

dar algunos pormenores, y todos los periódicos reprodujeron el texto del anuncio, acompañándolo cada cual de su correspondiente comentario, dictado generalmente por un perfecto excepticismo. Pasados algunos dias, nadie quizás hubiera vuelto á hablar del asunto, si á un diario no le hubiera ocurrido tomarlo por lo sério, con lo que provocó una carcajada unánime. El inocentón y cándido periódico se llamaba *El Universal*. Al cuarto dia publicó un largo artículo en que enumeraba todas las circunstancias, tan numerosas como inexplicables, que estaban al parecer bien averiguadas, partiendo de ellas para sostener que hombres capaces de haber rechazado tan gran prodigio no podían ser farsantes ni charlatanes vulgares, que lo más prudente era, ya que no creer ciegamente en algun portentoso descubrimiento, aguardar al ménos el 1º de Junio ántes de echarlo todo á barato. En cuanto á él, confesaba muy alto que se sentia más dispuesto á creer que á dudar. Hasta llegaba á aventurar una hipótesis. Le parecia probable que se habia hallado un medio de dar direccion á los globos. Segun todas las apariencias, los repartidores nocturnos eran aeronautas dirigidos y amestrados por el inventor. Y tal vez el 1º de Junio se verían navegar por encima de Paris centenares de globos obedeciendo todos los impulsos que tu-

viesen á bien comunicarles los conductores que tripulasen los esquifes.

El *Universal* quedó abrumado bajo el peso de pullas y sarcasmos, ya que no de buenas razones. El que más formalmente se dignó discutir con él, solo le hizo observar que una invencion semejante habria requerido una multitud de experimentos que no podian quedar profundamente ignorados. No se podian suponer ménos de trescientos reparadores. ¿Cómo admitir que trescientos globos, susceptibles de ser dirigidos, hubiesen podido construirse sin que nada se trasluciese? ¿Cómo suponer que hubiesen podido ser hinchados de antemano, lo que es una operacion bastante larga y que requiere un personal numeroso, y luego practicar sus evoluciones en Paris durante toda una noche, sin que nadie percibiese uno solo de ellos? Además, ¿no estaba científicamente demostrado que el globo aerostático susceptible de ser dirigido es una pura quimera, no pudiéndose hallar en el aire suficiente resistencia, y siendo necesario dar á los globos dimensiones que no guardan proporcion alguna con ningun motor aéreo posible? Todo esto fué dicho incidentalmente en medio de innumerables epigramas. *El Universal* no dió su brazo á tercer, ni hizo caso alguno del ridículo en que se pretendia envolverle, oponiendo á los di-

charachos argumentos sólidos que dieron en qué pensar á muchos incrédulos. Ganó en la polémica numerosos suscritores. Al mismo tiempo se hicieron públicos algunos pormenores de la sumaria en que habian figurado ya tantos testigos. Se desechó desde luego la hipótesis de un gran número de globos susceptibles de ser dirigidos, no siendo posible conciliarla con la infructuosidad de las pesquisas de los tribunales y de la policía. Pero empezó á sospecharse que habia en todo aquello algo de muy formal, puesto que se ponian en juego medios de investigacion tan poderosos. Los que más lo tomaban todo á broma empezaron á pasarse á á las filas de *El Universal*, el cual no tuvo inconveniente en declarar que no se aferraba á su hipótesis de multitud de globos, y se limitaba á sostener contra todos sus adversarios que algo extraordinario sobrevendria el 1º de Junio. Los demás periódicos no las tenian ya todas consigo. ¿No habrian representado un papel muy desairado, si el acontecimiento daba la razon á un contendiente, como empezaba ya á parecer ménos imposible? Todos se dispusieron á un habilidoso cambio de frente para el caso en que hubiese necesidad de rendirse á la evidencia.

Llegaron luego los ecos de la impresion producida en las provincias, la cual en un principio no

fué más que la repercusión de la que en París tomó las apariencias de un completo excepticismo. Pero muy pronto varió todo de aspecto. En las provincias hay más tiempo de leer y reflexionar, y *El Universal* adquirió en ellas muchos prosélitos. La generalidad se abandonó sin ninguna vergüenza hipócrita á los ardores de una violenta curiosidad. Muchos hicieron su maleta para hallarse en París el 1º de Junio. Las compañías de ferrocarriles pensaron en organizar trenes de placer á precios módicos, y los hubieran organizado indudablemente si á ello no se hubiera opuesto la discreción del gobierno.

Sin embargo, faltaban aun diez dias para terminar Mayo, y ya la gente empezaba á estar cansada de oír hablar siempre de una misma cosa. No hay objeto de conversacion que á fuerza de manosearlo no se haga al fin pesado. Dejóse de hablar casi enteramente del misterioso anuncio de que se hallaba ya saturada la atención pública, y se hizo de moda declarar que toda alusión al 1º del próximo Junio ó al reparto nocturno era de mal gusto é irritaba los nervios más aguerridos. Hubiérase dicho tres dias ántes del 1º de Junio que nadie habia de dar un paso para buscar la llave del enigma, cuando una nueva circunstancia dispartió de repente las preocupaciones adormecidas.

Hubo un segundo reparto nocturno, no ya de una hoja autografiada, sino de medallas de hoja de lata, algo mayores que una moneda de cinco francos, las cuales se distribuyeron con la misma profusion que el anterior anuncio, pero sin rotura de cristales ni mano cubierta de guante percibida por algunos. En dichas medallas estaban grabadas groseramente, pero en caracteres muy inteligibles, las siguientes palabras:

DOMINGO

1º DE JUNIO,

á las doce

PLAZA DE LA CONCORDIA.

Además se observó una cosa singular encima de la casa en que estaban las oficinas de *El Universal*. Este periódico ostentaba en el alero del tejado entre dos chimeneas una muestra de palastro en que se leía su título, con gruesos caracteres que podian verse desde muy léjos. Durante la noche se habia puesto encima de la muestra una gran bandera blanca, sin más lema que el siguiente, escrito en letras que tenian dos metros de altura:

¿ANIMO?

Se averiguó perfectamente que nadie durante

la noche había podido subir al tejado. Por último, el obelisco de la plaza de la Concordia se había emperegilado con un nuevo adorno que consistía en una especie de gorro de dormir de lienzo blanco que formaba cuatro caras, leyéndose en cada una de ellas:

AQUI

DOMINGO

1º DE JUNIO

á las doce.

Esta vez no se contentó la gente con preocuparse, sino que empezó á no avergonzarse de su preocupación. Los estudiantes, los trabajadores, el pueblo de los arrabales, sobreponiéndose á todo respeto humano, se abandonaron francamente á una curiosidad que se hizo contagiosa. En el *Jockey-club* y en todas las reuniones se hicieron grandes apuestas en pro ó en contra de la realidad del acontecimiento que se esperaba. Hasta los bolsistas se persuadieron de que el 1º de Junio influiría en uno ú otro sentido en los fondos públicos, y se dividieron en alcistas y bajistas. Las mujeres expresaron enérgicamente su deseo de ir á ver la función, con gran contentamiento de los maridos, que hallaron en la curiosidad de sus caras mi-

tades un pretexto para satisfacer la suya. La gente del pueblo, sobre todo, se dispuso para invadir en masa la plaza de la Concordia. En cuanto á los individuos de las demás clases, los había que no tenían gran miedo á los apretones de la multitud, y se resolvieron á arrostrarlos. Los que temían ser estrujados se procuraron ventanas en los baluartes ó en los muelles. La calle Real era el blanco de todas las ambiciones. Uno de sus vecinos, que no debía ser rana, tuvo la feliz ocurrencia de poner el 29 do Mayo pegado á la pared de su casa un cartel que decía: *Se alquilan ventanas para el 1º de Junio*. El ejemplo fué inmediatamente seguido y se propagó, como el incendio de un reguero de pólvora á los baluartes, la calle de Rívoli y los malecones. Todas las localidades se alquilaron á precios fabulosos, que revelaban una curiosidad llevada á su paroxismo. A las cinco de la tarde del 31 de Mayo no quedaban ya más que algunos carteles en los barrios más lejanos de la plaza de la Concordia.

Era indudable que la concurrencia sería enorme, y acerca del particular no cabía á la autoridad la menor duda. Todas las tropas se pusieron sobre las armas en sus cuarteles, y se reforzaron y amunicionaron las guarniciones vecinas. La artillería se puso en disposición de funcionar, con las piezas ata-

lajadas en los patios de sus cuarteles. Verdades que todas estas precauciones se tomaron con el mayor sigilo posible. Antes de amanecer se apostaron en todos los puntos donde debía agolparse la muchedumbre agentes de policía y municipales de París á pié y á caballo, con las más severas consignas para mantener el orden y prevenir los accidentes. En algunas calles se prohibió el tránsito de carruajes, y todo se reglamentó como en los días de fiesta nacional.

Y cada cual se decía que si de lo que se trataba era de hacer correr al público un bromazo, el autor de la ocurrencia se había salido con la suya.

PARÉNTESIS.

Los acontecimientos sucesivos, no obstante ser tan notorios, podrian á algunos parecer imposibles y á otros sobrenaturales, si no colocásemos aquí su explicacion científica de una manera bastante inteligible, como van á ver nuestros lectores. Lo mejor que podemos hacer es transcribir el extracto de algunas notas halladas entre los papeles del inventor, y se verá que todo lo que podria parecer extraño en esta verídica historia, luego que se posee la llave del enigma, es tan natural como el espectáculo de una locomotora que avanza sin caballos.

II.

LA INVENCION.

Me costó algun trabajo percibir con claridad yo mismo la primera idea de mi invencion.

Una especie de intuicion vaga me decía que seguia un camino extraviado, obstinándose en querer dar direccion, por medio de motores comunes, á los vehículos aéreos, ménos ó más pesados que el aire. Toda fuerza motriz era fatalmente insuficiente en el mero hecho de exigir una maquinaria pesada. Cuanto más se aumentasen la magnitud y eficacia de las alas, velas ó hélices destinados á producir la locomocion, tanto más necesaria habia de ser una fuerza motriz considerable, imposible de obtener en el aire en razon del peso de las máquinas, sobre todo si estas exigian provision de agua y combustible. No se puede aumentar la po-

lajadas en los patios de sus cuarteles. Verdades que todas estas precauciones se tomaron con el mayor sigilo posible. Antes de amanecer se apostaron en todos los puntos donde debía agolparse la muchedumbre agentes de policía y municipales de París á pié y á caballo, con las más severas consignas para mantener el orden y prevenir los accidentes. En algunas calles se prohibió el tránsito de carruajes, y todo se reglamentó como en los días de fiesta nacional.

Y cada cual se decía que si de lo que se trataba era de hacer correr al público un bromazo, el autor de la ocurrencia se había salido con la suya.

PARÉNTESIS.

Los acontecimientos sucesivos, no obstante ser tan notorios, podrian á algunos parecer imposibles y á otros sobrenaturales, si no colocásemos aquí su explicacion científica de una manera bastante inteligible, como van á ver nuestros lectores. Lo mejor que podemos hacer es transcribir el extracto de algunas notas halladas entre los papeles del inventor, y se verá que todo lo que podria parecer extraño en esta verídica historia, luego que se posee la llave del enigma, es tan natural como el espectáculo de una locomotora que avanza sin caballos.

II.

LA INVENCION.

Me costó algun trabajo percibir con claridad yo mismo la primera idea de mi invencion.

Una especie de intuicion vaga me decía que seguia un camino extraviado, obstinándose en querer dar direccion, por medio de motores comunes, á los vehículos aéreos, ménos ó más pesados que el aire. Toda fuerza motriz era fatalmente insuficiente en el mero hecho de exigir una maquinaria pesada. Cuanto más se aumentasen la magnitud y eficacia de las alas, velas ó hélices destinados á producir la locomocion, tanto más necesaria habia de ser una fuerza motriz considerable, imposible de obtener en el aire en razon del peso de las máquinas, sobre todo si estas exigian provision de agua y combustible. No se puede aumentar la po-

tencia de los medios sino aumentando, en una proporcion mayor aun, la dificultad del resultado. La concepcion de *globos susceptibles de ser dirigidos*, ó de un vehículo cualquiera que recibiese el impulso de alguno de los motores conocidos, implicaba contradiccion en mi concepto, constituia un verdadero círculo vicioso, una imposibilidad, hija del absurdo. Se requeria otra concepcion primordial, radicalmente distinta.

Reflexioné acerca de los motores hasta entónces mal conocidos, mal estudiados, ó, por mejor decir, no descubiertos, que podria suministrar la naturaleza.

Se me ocurrió desde luego la *gravitacion*. La gravitacion es evidentemente una gran fuerza, una fuerza enorme, que funciona sin mecanismo, lo que es una condicion precisa. ¡Qué energía en el descenso de un peñasco que cae desde la altura de un centenar de metros! ¡Qué poder en las fuerzas que determinan el movimiento de los cuerpos celestes!

Pero la gravitacion no es una fuerza que puede dirigirse. Tiene para nosotros un centro de direccion único, el centro mismo del globo, en cuya superficie pueden realizarse los fenómenos que están á nuestro alcance.

La gravitacion era un motor exactamente inverso al que necesitaba.

Esta idea de exactamente inverso fué un rayo de luz. ¿La gravitacion no tenia su contrario?

Debia tenerlo. El doble fenómeno de atraccion y repulsion se observa en las combinaciones químicas y en la composicion de los cuerpos. La ciencia tendia ya á referir todos los fenómenos físicos que presenta la materia á una causa única: el movimiento molecular, del cual el calor, el sonido, la luz y la electricidad no son más que manifestaciones distintas, si bien iba demasiado léjos desconociendo el dualismo de esta primera causa que pretendia referir á la unidad absoluta, explicando los fenómenos repulsivos por los mismos impulsos exteriores de átomos de éter con que explicaba los fenómenos atractivos, y rebajando á la categoría de la hipótesis condenadas la concepcion de las dos electricidades, *positiva y negativa*.

En aquella época no se conocia la electricidad, de la cual, sin embargo, nos serviamos. Se tenia el telégrafo eléctrico, invencion que hoy parece hasta trivial, pero que entónces pasaba por el *plus ultra* del génio de la ciencia práctica. Se sospechaba confusamente que habia alguna relacion entre la electricidad y la imantacion, pero nadie sabia darse exacta cuenta de la identidad de aque-

llos fenómenos, de que la chispa eléctrica, el magnetismo, el galvanismo, la imantacion, la gravitacion y las afinidades químicas no son más que manifestaciones diversas. Acaso se diga que es un mérito muy escaso el que he contraído, descubriendo que la gravitacion y la electricidad son una sola y misma cosa, descubrimiento que hasta entonces habia permanecido en el estado de pura hipótesis, apénas sospechada y de ninguna manera demostrada. ¡Siempre la historia del huevo de Cristóbal Colon! Todo problema parece fácil de resolver cuando está ya resuelto.

Nadie puede figurarse cuántos esfuerzos, cuántas meditaciones, cuántos trabajos, cuántos experimentos, cuántos dolores y cuánta perseverancia me costó llegar á esta fórmula: la gravitacion no es más que uno de los modos de manifestacion de la electricidad.

La electricidad es, si así puede decirse, la gravitacion elevada á su mayor potencia. Es una especie de frenesí, de locura, de atraccion.

Presenta los dos inversos, que se expresan con las palabras de electricidad positiva y negativa. De la misma manera, la gravitacion propiamente dicha, ó positiva, tiene por inverso la gravitacion negativa, ó anti-gravitacion.

Su doble accion produce el movimiento de los

cuerpos celestes, y esta teoría completa el descubrimiento de Newton. La gravitacion no explica más que la mitad del fenómeno, cómo, por ejemplo, la fuerza que sujeta la tierra á cierta distancia de los que le atrae. Pero para darse la razon de que la tierra atraida por el sol no se junte con este, habia necesidad de suponer una fuerza de impulsión original producida de una vez para siempre y resolviéndose en fuerza centrífuga. No se conocia la naturaleza de esta fuerza, que no es original sino continúa, y tiende á alejar la tierra del sol hácia el cual la gravitacion tiende á atraerla. Esta fuerza es la anti-gravitacion, ó gravitacion negativa, ó fuerza de repulsion, una de las formas de la electricidad negativa. Las dos gravitaciones, positiva y negativa, obran á la vez, en sentido inverso una de otra, siguiendo un ángulo cuya resultante, que á cada instante varia, produce la revolucion de cada planeta alrededor de su sol y de cada satélite alrededor de su planeta.

El motor existe en la naturaleza. No se trataba más que de apoderarse de él, de moderarlo, de volverlo manejable y utilizable.

Esta era la parte más árdua de mi empresa. ¡Cuántas orgías, cuántos experimentos, cuántas tentativas infructuosas, ántes de llegar á la creacion de los dos cuerpos electro-metálico-químicos

á que he dado el nombre de *pos* y *neg* abreviando los vocablos *positivo* y *negativo*! ¡El *pos*, amarillo como el oro, sólido como el platino, fusible á una temperatura que tan difícil es de obtener! ¡El *neg*, blanco como la plata, ligero como el aluminio, poroso como la piedra pómez! Aislados, se conducen como todos los demás cuerpos, caen á tierra y obedecen las leyes de la sola gravitacion. Su juxta-posicion es quien les da sus cualidades particulares, así como los discos sobrepuestos de zinc, cobre y bayeta convenientemente humedecida determinan el desprendimiento de la electricidad en la pila de Volta.

Es tambien electricidad lo que se desprende del *pos* y el *neg* juxta-puestos: electricidad positiva ó atractiva por el *pos*, electricidad negativa ó repulsiva por el *neg*. El primero está solicitado por la gravitacion, y el segundo por la antigravitacion.

Hé aquí las comprobaciones á que me condujeron mis experimentos:

Construí una bola compuesta de un hemisferio de *neg*. Cuando el *pos* se volvía hácia tierra, la bola caía. Cuando se volvía hácia tierra el *neg*, la bola se elevaba con mucha fuerza. Como era natural, mi primer aparato salió muy imperfecto. Fué sin embargo suficiente para darme la seguridad del éxito definitivo.

Reconocí que las dos electricidades gravitantes, positiva y negativa, se desprendian de una manera constante, la una por el *pos* la otra por el *neg*. Pero este desprendimiento no producía ningun efecto en ninguno de los dos cuerpos cuya superficie no estaba vuelta hácia la tierra. La fuerza, fuese atractiva ó repulsiva, se anulaba por falta de objetivo, si no se hallaba en presencia de la masa terrestre. Sucedia á poca diferencia lo que sucederia á un cuerpo pesado que supusiésemos perdido en el espacio léjos de todo cuerpo celeste. Quedaria sometido á la fuerza de gravitacion, y sin embargo no caería á parte alguna, por no haber nada que pusiese en accion dicha fuerza. Tomando del testimonio jurídico un término de comparacion, tendria, si así puede decirse, el *gaze* de la facultad gravitante, pero no el *ejercicio*.

Sucedia, pues, que cuando volvía la bola con el *pos* hácia abajo, se desprendía siempre por el *neg* una electricidad repulsiva, pero, no hallando objetivo en el espacio, ningun efecto producía. Al contrario, desprendiéndose por el *pos* la electricidad atractiva, la bola era atraída á tierra con violencia. Quise comprobar si este efecto de caída era únicamente el resultado de la pesadez. Había dado un peso de mil quinientos gramos á mi hemisferio de *pos*, y de quinientos gramos á mi he-

misferio de neg. La bola, pues, no obedeciendo más que á la gravitacion ordinaria, pesaba dos kilogramos. La coloqué en el platillo de una balanza con el pos hácia abajo. Despues, aumenté sucesivamente el peso con el otro platillo, y no pude conseguir que subiese el platillo en que estaba la bola no obstante poner en el opuesto un peso total de cincuenta kilogramos. La bola se adheria con una fuerza invencible, como esos pesos huecos que un jugador de manos levanta con un solo dedo, siendo ineficaces todos los esfuerzos para levantarlo luego que se habia establecido la comunicacion eléctrica. Las dimensiones de mis balanzas no me permitieron llevar más adelante mi experimento, pero quedé muy satisfecho del resultado obtenido. No tuve que hacer más que ladear mucho la bola para hacer cesar la adherencia.

Cuando la bola estaba vuelta con el neg hácia abajo, se elevaba con mucha fuerza y golpeaba con violencia el techo, del cual quedaba suspendida. Entónces se producía el efecto inverso. Era entónces la electricidad gravitante atractiva la que, desprendiéndose por el pos vuelto hácia arriba, no hallaba objetivo en el espacio y no producía efecto en ningun sentido. Al contrario, la electricidad gravitante repulsiva, desprendiéndose por

el neg, hallaba un objetivo en la masa terrestre y alejaba de ella con violencia la bola, como si la hubiera empujado un resorte tendido despues de haberle dado un punto de resistencia.

Quise medir tambien el grado de adherencia de la bola en el techo, y me fué imposible vencerla á pesar de todos los pesos que de ella suspendí. No necesitaba más, y aplacé para más adelante la graduacion exacta de la fuerza dinámica del sistema, ya en el sentido atractivo, ya en el repulsivo. Ladée la bola, y entónces la desprendí fácilmente del techo.

El problema estaba resuelto en sus tres cuartas partes; tenia un motor dotado de una fuerza enorme, que hacia subir ó bajar *ad libitum*. Una bola del tamaño de la cabeza me bastaba para elevar pesos considerables, pero esto no era un gran progreso sobre los globos. Era necesario hallar el medio de moderar la fuerza ascensional para no ser arrastrado á alturas demasiado elevadas, y transformarla en fuerza lateral para dirigir el aparato.

Fácilmente se obtuvo el primer resultado. La adherencia completa del pos y del neg producía el máximo de desprendimiento de la electricidad gravitante, positiva ó negativa. Comprendí que separándolos ligeramente, no se suprimiría el fe-

nómeno pero se aminoraria. Seguía manifestándose, aunque muy débilmente, colocando los dos cuerpos á una distancia de dos centímetros. Así, dispuestos, permanecían en el aire casi en el mismo punto en que se les colocaba, sin subir ni bajar sino con un movimiento imperceptible y con la mayor lentitud, según se dirigía hácia tierra el pos ó el neg. Era ya dueño de la fuerza motriz, pudiendo aumentarla ó disminuirla como mejor me pareciese.

Faltaba dirigirla, y practiqué al efecto numerosas tentativas, de cuyos pormenores no me ocuparé, para llegar inmediatamente al procedimiento que me suministró la solución.

Compuse la bola de una parte intermediaria en neg y dos partes extremas en pos. Era un disco entre dos hemisferios. Se produjo un fenómeno bastante curioso.

La juxta-posición del hemisferio inferior con el disco intermediario engendraba la electricidad gravitante positiva y tendía á hacer bajar la bola hácia tierra. Pero al mismo tiempo la juxta-posición del disco en el hemisferio superior, desarrollaba la electricidad gravitante negativa y tendía á hacer subir la bola sin que el hemisferio inferior le opusiese obstáculo alguno, lo que me admiró mucho. El doble fenómeno se producía si

multáneamente. La bola era solicitada por dos fuerzas, la atractiva y la repulsiva, directamente contrarias. Obedecía de las dos á la que superpujaba á la otra, subiendo ó bajando con más ó ménos fuerza, según las proporciones que yo daba sucesivamente á las distintas partes de la bola, solo que no pude conseguir nunca pararlas con bastante exactitud para que el sistema permaneciese completamente inmóvil en el punto preciso en que la colocaba en el aire.

Tuve después la idea de dar al disco intermediario una forma especial como si estuviese cortado el bicel, procurando que fuese muy grueso por un lado y que el otro terminase en filo como una hoja cortante. El efecto producido fué maravilloso.

Las dos fuerzas contrarias se producían sin cesar, pero oblicuamente. Su resultante era horizontal. Llegué á construir una bola que coloqué sobre mi chimenea, con el lado grueso del disco vuelto hácia la pared de enfrente. Partió como una bala de fusil contra la pared, rompiendo el papel y arrancando algún yeso.

Fácil me fué moderar esta fuerza construyendo bolas cuyas diversas partes distaban más ó ménos unas de otras.

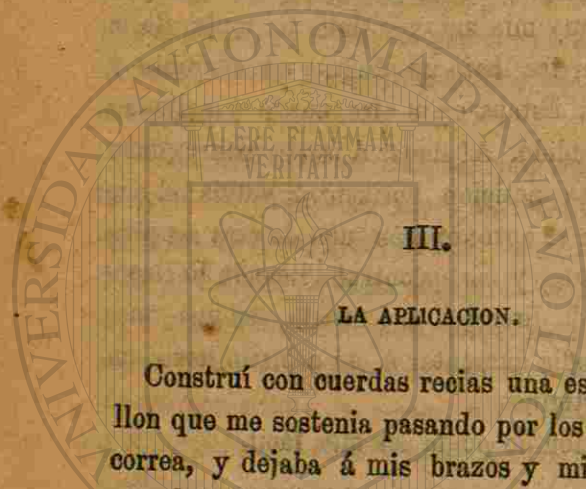
Había pasado muchos años en busca de este re-

sultado, pero por último, el problema de la locomoción aérea quedó resuelto en principio. Tenía el motor y el medio de moderarlo y la facultad de dirigirlo. No me faltaba más que perfeccionar algunas minuciosidades, lo que era fácil. Hé aquí el resultado de las modificaciones que idée sucesivamente:

Varié la forma del sistema, que era esférico, y lo volví esférico-cónico. Diré, para expresar gráficamente mi idea, que tenía la forma de una pera ó de una breva en lugar de ser la de una manzana ó una naranja. La pera estaba destinada á conservar habitualmente una posición casi horizontal. Se componía de tres partes, las cuales eran más voluminosas por el lado opuesto á la punta, adelgazándose á medida que á ella se aproximaba. En medio estaba el pos, y encima y debajo el neg. Un mecanismo muy sencillo me permitía acercar ó separar á mi arbitrio estas partes una de otra, volviendo ligeramente en uno ú otro sentido, como se vuelve una llave, un ege que salía de la pera y bajaba verticalmente. El mismo ege, por medio de movimientos circulares análogos á los que se comunican á un manubrio ó á la caña de un timon, servía para volver la punta de la pera en el sentido que se quería, é igualmente para subir ó bajar arbitrariamente.

Si me suponía colgado del sistema, me veía viajando por el aire con tanta facilidad y rapidez como el pájaro más ágil. Empezaba volviendo el ege de suerte que no dejase al aparato más que una acción muy mínima y dirigía la punta de la pera hácia arriba bajo un ángulo de cuarenta y cinco grados. Estaba en el aire, suave y oblicuamente suspendido. Al llegar á cierta altura, daba á la pera una posición horizontal, volvía el ege de modo que se aproximasen una de otra las piezas del aparato, y me encontraba llevado horizontalmente en la dirección que quería, con una velocidad que podía aumentar á mi arbitrio hasta un máximo vertiginoso.

La ejecución no podía ser más fácil.



III. LA APLICACION.

Construí con cuerdas recias una especie de sillón que me sostenia pasando por los sobacos una correa, y dejaba á mis brazos y mis piernas en completa libertad para ejercer sus movimientos. Las cuerdas, convergiendo unas hácia otras, se reunieron encima de mi cabeza en un punto cónico de suspension que adapté en un principio á un gancho sólidamente clavado en el techo. Modifiqué sucesivamente los puntos de union de mi sillón aéreo-hasta que obtuve un perfecto equilibrio al mismo tiempo que una posicion cómoda. La que preferí era poco más ó ménos la de un hombre sentado en una butaca á la Voltaire, y ligeramente echada hácia atras. Pero noté que la posicion más cómoda que pueda imaginarse se hace

penosa y hasta insoportable al cabo de algunas horas, si no se la puede modificar algun tanto. Esta observacion me condujo á completar mi sillón con cuerdas pasadas transversalmente bajo mis piés, en las cuales podia apoyarme y ponerme casi en pié. Tan pronto estaba sentado como casi echado, como suspendido por debajo de los brazos, como levantado enteramente, cargando el peso del cuerpo ya sobre una pierna, ya sobre otra, y podia cruzarlas, y recostarme del modo que más me convenia. Noté tambien que con un solo punto de suspension, no podia evitar completamente un ligero movimiento de rotacion, que se producía ya en un sentido, ya en otro, al impulso de la causa más insignificante, por lo que dí á mi asiento dos puntos de suspension en vez de uno. Una separacion entre los dos, de ménos de un decímetro, fué suficiente para impedir todo movimiento de rotacion, ó al ménos para que el sistema volviese á tomar instantáneamente su posicion normal.

Me ejercité largo tiempo en la gimnasia especial que requería mi sillón aéreo, donde llegué á sentarme con tanta seguridad y comodidad como en la mejor butaca de muelles. Creí entónces que podia dedicarme á experimentos definitivos. Suspendí sólidamente mi asiento de cuerdas de los dos lados de la especie de pera que he descrito, á

la cual di ese nombre, de que me valdré en lo sucesivo.

Se sabe ya á lo que llamo el pos y el neg. Todo sistema en que su juxta-posicion produce los efectos que he descrito, se llama *negópos*. Los *negópos* pueden tener diferentes formas. Ya se ha visto que, despues de ensayar la esférica adopté definitivamente la esfero-cónica. Pero todos son *negópos* con la tierra y los planetas, aunque compuestos de distinta manera que por una superposicion de pos y neg. La aguja imantada es tambien un verdadero *negópos*, pero en estado completamente rudimentario. Es el único que se conocia ántes de mi invencion, sin que nadie se diese cuenta de su manera de funcionar. Se ignora que la atraccion de la aguja hácia el polo se debe á una combinacion de las dos fuerzas gravitante y anti-gravitante, producidas en condiciones particulares que les dan una direccion determinada, por lo que se llama imantacion, pero con tan poca eficacia que la menor resistencia impide á este *negópos* embrional obedecer á la fuerza que le solicita.

El *negópos* simple es el primero que he descrito, compuesto únicamente de dos partes, una en pos y otra en neg. El *negópos* complejo, ó com-

pleto, ó *negópos* por excelencia, es el que se compone de tres partes dispuestas de modo que permiten obtener todos los resultados requeridos, ya se halle el pos entre dos piezas de neg, ya el neg entre dos piezas de pos. En ambos casos los efectos producidos son idénticos, pero inversos. En el primero el *negópos* en forma de pera se dirige hácia la punta, y en el segundo hácia el otro extremo. Cuando me valgo de la palabra *negópos* sola, sin adjetivo ni explicacion, designo el *negópos* esfero-cónico, compuesto de una pieza de pos entre dos de neg. Del sustantivo *negópos* hago derivar el adjetivo *negoporiano* y *negoposiano*, y digo sistema *negoporiano*, efecto *negoposiano*, fuerzas *negoporianas*, locomocion *negoposiana*. La expresion de *locomocion* ó *navegacion aérea* seria más general, pues designaria una locomocion aérea, cualquiera, obtenida por el *negópos* ó por otro cualquier sistema que se encuentre, y que, entre paréntesis, NO SE ENCONTRARÁ, porque es INENCONTRABLE. Llamo sillón *negoposiano*, barquilla *negoposiana*, vehículo *negoposiano*, etc., á los varios aparatos que se pueden suspender del *negópos*.

A estas pocas palabras se reduce mi vocabulario especial. Necesidad habia de crearlas, pues objetos nuevos reclaman denominaciones nuevas. Pero las indicadas, con los vocablos del lenguaje

corriente, bastan para expresar todas las ideas relativas á mi descubrimiento.

Vuelvo á mis experimentos.

Suspendí mi sillón de los dos lados del negópos, despues de haber aflojado el aparato de manera que solo produjese un efecto casi insensible. Bien se comprende lo que significa eso de aflojar el aparato. El negópos se afloja ó se activa separando ó acercando sus diversas partes, de lo que resulta, como se sabe, una disminucion ó aumento de las fuerzas negoposianas.

Me coloqué en seguida en mi asiento negoposiano, y dirigí la punta del negópos hácia el techo, bajo un ángulo de cuarenta y cinco grados, en cuya direccion fuí subiendo en un principio con lentitud y despues con velocidades distintas. Sin embargo, mi mecanismo funcionaba imperfectamente. Corregí sus más esenciales defectos, y algunos dias despues volaba en mi habitacion con la misma soltura que un pájaro en su pajarera.

Con todo, no habia llegado aun la ocasion de manifestar públicamente mi descubrimiento. Querria darle ántes una perfeccion completa.

Tenia el defecto de no moverse más que oblicua ú horizontalmente, y no servia para subir ó bajar en direccion vertical. Cuando la punta del negópos se volvia verticalmente hácia arriba ó há-

cia abajo, las fuerzas negoposianas dejaban de desenvolverse y el sistema se venia al suelo como otro cualquier cuerpo pesado. Cuando la punta tenia una direccion lateral ú oblicua, la forma de las piezas de pos y de neg, que componian el negópos, desarrollaba fuerzas que obraban bajo ángulos cuya resultante no era jamas vertical.

Allané este inconveniente separando únicamente la parte superior de la parte intermedia, más hácia delante que hácia atras del negópos. Con esta modificacion no se producía más que una fuerza descendente muy escasa, la cual, combinándose bajo un ángulo dado con una fuerza ascendente muy enérgica y ligeramente oblicua, daba por resultante una fuerza ascensional vertical sumamente poderosa. Procediendo á la inversa, se conseguía el movimiento vertical descendente, para lo cual bastaba aflojar el negópos hasta suprimir enteramente su eficacia. Entónces obedecía á la ley de gravitacion y caía con una velocidad que me era dado moderar á mi arbitrio.

Perfeccionado mi mecanismo, me fué posible combinarlo de modo que, comunicando los más sencillos movimientos al ege de que he hablado, obtenia siempre todos los resultados apetecidos. En lo que tenia de esencial, la invencion era completa.

Ambicionaba algo más bajo el punto de vista de la elegancia. Hubiera querido poder simplificar el sistema hasta el punto de embutirme yo mismo en él si así puede decirse, ocultándolo enteramente bajo mi traje. Tal era el efecto que me proponía. Un hombre vestido como todos los demás se pasea tranquilamente sin que nada en su actitud y movimientos haga sospechar que se halla cinchado por debajo de los vestidos de pies á cabeza, y que oculta en cualquier parte, en el sombrero por ejemplo, un objeto en forma de pera. Como quien no hace nada, se mete la mano en el bolsillo ó en la solapa del gaban, da vueltas á un pequeño manubrio que nadie puede ver, y echa á volar por el aire, describiendo las más caprichosas curvas, más rápido en sus movimientos que los pájaros á quienes caza al vuelo.

No pude obtener este resultado completo, pero me acerqué á él bastante.

El negópos pudo colocarse encima de mi cabeza de modo que el sombrero lo tapaba enteramente. Las cuerdas que bajaban de los puntos de suspension podían disimularse por medio de una peluca, patillas postizas, el cuello del gaban y una bufanda ó tapa-bocas. En cuanto á las que directamente sostenían el cuerpo, nada más sencillo

que ocultarlas bajo el vestido. El extremo del ege negoposiano se colocaba bajo el gaban al alcance de la mano izquierda que bastaba para la manobra, quedando la derecha enteramente libre.

Preciso es confesar que resultaba de todo esto cierto embarazo extraño, cierta rigidez que no era posible dejase de notarse. La cabeza especialmente se hallaba muy envarada. Además, había necesidad de conservar la posición de un hombre puesto casi de pié, sin poder tomar la de una persona sentada y casi echada en una poltrona.

Imaginé otro sistema que me obligó á variar radicalmente la forma del negópos. Hice de él una especie de collar que se aplicaba á los hombros y á la parte superior del pecho, á la manera del alzacuello de una armadura antigua. Se componía de tres aros, muy gruesos anteriormente y posteriormente muy delgados. El principio era igual al del negópos esfero-cónico. El aro inferior y el superior eran de neg y el intermediario de pos. Podían acercarse ó separarse por medio de un mecanismo que ponía también en juego un ege cuyo manubrio estaba al alcance de la mano izquierda. Las cuerdas partían del triple collar y sostenían el cuerpo en una actitud cómoda, que se acercaba algo más que la precedente á la posición del que

está sentado. La cabeza quedaba libre, lo que era una gran ventaja.

El negópos de collar se ocultaba fácilmente bajo un cuello de gaban, una corbata algo ancha y un tapabocas, lo que daba al aeronauta el aspecto del que pretende disimular que está afectado de bocios ó de alguna enfermedad cutánea que reside en el cuello. Pero no pude hallar nada mejor, y me pareció que el aparato se aproximaba bastante á mis miras, por lo que renuncié á mayores perfecciones.

Los que no han observado el perpendicularismo que conserva un cuerpo suspendido cuando el punto de suspension es el único que se halla en movimiento, creerán sin duda que la fuerza de impulsión, obrando encima de los hombros, debia arrastrar hácia delante la cabeza y la parte superior del cuerpo y dejar el resto de éste en una posicion inclinada. No hay nada de esto, á no ser que el impulso sea muy brusco ó se aumente con demasiada rapidez. Pero yo me hallaba siempre casi en pié, y no sentado, por lo que resolví no hacer uso del negópos de collar sino como medio de suspension y dar el impulso por medio de un segundo negópos esfero-cónico, dispuesto delante del cuerpo á la manera de un cinto, á que se adherian sólidamente las cuerdas. Así obtuve una

segunda ventaja, que no era de despreciar. Los dos negópos podian sustituirse recíprocamente, de suerte que si por una causa cualquiera dejaba el uno de funcionar, no por eso era inevitable mi caída. Quedaba colgado del otro con el cual podia gobernarme. La mano izquierda bastaba para la maniobra de los dos.

Basta lo que precede para dar cabal idea de los incidentes tan extraños y ruidosos con que se manifestó mi descubrimiento. Antes de dar á conocer mi obra, quise hacerme cargo de todas las aplicaciones de que era susceptible.

Una de estas aplicaciones, la más considerable tal vez, era la locomocion aérea. Pero otros habia cuya importancia merece tomarse en consideracion.

Acababa de descubrir un motor nuevo, una potencia indefinida, y tan económica que el gasto que se necesitaba para ponerla en accion era casi nulo.

La construccion de un negópos me salia bastante cara. El pos venia á costarme la mitad de su peso de oro, y el neg algo más que su peso de plata. Los dos negópos que empleaba para la locomocion individual no bajaban de 5,000 francos, lo que era mucho para mis experimentos, pero muy poca cosa en comparacion del resultado obtenido.

Además estaba muy seguro de que cuando, en lugar de fabricar penosamente por mí mismo en mi laboratorio, pudiera organizar una fabricación en grande escala, el precio vendría á reducirse considerablemente. El establecimiento del motor era, pues, poco costoso y sus funciones no acarreaban gasto alguno. Desde luego se adivinan los inmensos resultados que se podían obtener aplicándolo á todas las máquinas que utiliza la industria. Además de la simplificación de las máquinas mismas, se conseguía la supresión de todos los gastos de combustible.

No se trataba más que de organizar el *negópos* como motor, lo que era fácil.

Construí un *negópos* simple, de forma casi elíptica, con los extremos achatados de cierta manera. Lo coloqué entre dos montantes provistos de muescas, deslizándose en cada una de ellas una de sus puntas. El aparato estaba colocado horizontalmente, con el *neg* hácia abajo. Precipitóse hácia tierra resbalando por las muescas, las cuales en su parte inferior estaban dotadas de botones de detención debidamente dispuestos. En el momento de tropezar con este obstáculo los extremos aplastados, se verificó un movimiento de revolución, por el cual el *neg* se halló á su vez vuelto abajo. Entónces el *negópos* volvió á subir con mucha

fuerza entre sus dos montantes hasta que puntos de detención análogos, colocados en la parte superior, le hicieron volverse otra vez hácia abajo y bajar de nuevo. Omito la descripción de los medios circunstanciados de que me valí para mantener el aparato, de manera que sus evoluciones se verificasen con regularidad sin que el *negópos* pudiese girar más que de la manera conveniente, ni salirse de las muescas, etc. He dicho lo bastante para hacer comprender cómo obtuve un movimiento alternativo, análogo al de los émbolos de las máquinas de vapor, con la diferencia de que el volumen de mi aparato era infinitamente menor, al mismo tiempo que era infinitamente superior su fuerza. Y para colmo de dicha, había descubierto al mismo tiempo el movimiento continuo, continuo al ménos hasta que se desgastase el aparato, lo que no podía ménos de suceder sino después de mucho tiempo.

Pero el descubrimiento del movimiento continuo era solo cuestión de curiosidad, que todo lo más podría utilizarse para los progresos de la relojería.

Lo que tenía un inmenso alcance era el descubrimiento de un motor susceptible de ser aplicado á todas las máquinas imaginables. Tenía en mis

manos una revolucion industrial, cuya menor consecuencia, luego que me diese la gana de explotarla, era la adquisicion de millones y tal vez de centenares de millones.

Sin embargo, estos resultados palidecian al lado de los que me parecia estar ya tocando como consecuencia de la locomocion aérea.

Bien determinadas mis ideas, respecto de la aplicacion de mi descubrimiento á la maquinaria, cesé de ocuparme del aparato [bajo este punto de vista, y no pensé más que en disponerlo todo para las primeras manifestaciones con que quise dar un golpe teatral, sin ejemplo en los pasados tiempos.

IV.

LOS PREPARATIVOS.

Para conseguir mi objeto, me habia trazado de antemano cierto método de vida. Vivía muy aislado tan pronto en Paris como en una propiedad que adquirí, pasando por muy hurafío, y consiguiendo, á fuerza de irregularidad en mis costumbres, que nadie hiciese caso de mi ausencia ni de mi presencia. Además, ejercitándome mucho habia logrado escribir con la mano izquierda tan de corrido como con la mano derecha, y mi segundo carácter de letra, que nadie conocia, era absolutamente distinto del primero, que conocia todo el mundo. Así pude, aunque muy difícilmente, porque no queria hacer declaracion alguna á la autoridad, procurarme una prensa autógrafa, que es-

manos una revolucion industrial, cuya menor consecuencia, luego que me diese la gana de explotarla, era la adquisicion de millones y tal vez de centenares de millones.

Sin embargo, estos resultados palidecian al lado de los que me parecia estar ya tocando como consecuencia de la locomocion aérea.

Bien determinadas mis ideas, respecto de la aplicacion de mi descubrimiento á la maquinaria, cesé de ocuparme del aparato [bajo este punto de vista, y no pensé más que en disponerlo todo para las primeras manifestaciones con que quise dar un golpe teatral, sin ejemplo en los pasados tiempos.

IV.

LOS PREPARATIVOS.

Para conseguir mi objeto, me habia trazado de antemano cierto método de vida. Vivía muy aislado tan pronto en Paris como en una propiedad que adquirí, pasando por muy hurafío, y consiguiendo, á fuerza de irregularidad en mis costumbres, que nadie hiciese caso de mi ausencia ni de mi presencia. Además, ejercitándome mucho habia logrado escribir con la mano izquierda tan de corrido como con la mano derecha, y mi segundo carácter de letra, que nadie conocia, era absolutamente distinto del primero, que conocia todo el mundo. Así pude, aunque muy difícilmente, porque no queria hacer declaracion alguna á la autoridad, procurarme una prensa autógrafa, que es-

tablecí con mucho misterio en mi casa de campo, en una torrecilla que comunicaba con mi laboratorio, donde no entraba nadie más que yo. Pasó por alto numerosos pormenores, dispuestos en conformidad con mis proyectos, bastando los que preceden para que se comprenda de qué modo pude realizarlos.

Acaso se me pregunte qué motivos tuve para tomar tantas precauciones y rodearme de misterios como si cometiese un crimen. ¿No hubiera podido solicitar privilegios de invención y explotar mi descubrimiento sin recurrir á medios tortuosos?

Las razones de mi conducta me parecían poderosas. No podía tomar privilegios de invención sin explicar mi descubrimiento en algunas memorias descriptivas, con las cuales lo hubiera revelado, de modo que cualquiera hubiera podido usurpármelo. Impedir el plagio por medio de un proceso, hubiera sido una tontería. ¿Cómo proceder entre gentes que podían huir por los aires? Tomando privilegios de invención, ponía mi descubrimiento en manos de todo el mundo. No era, sin embargo, mi interés material quien principalmente me prohibía divulgar mi secreto. Era evidente que desde el momento en que se conociese mi procedimiento, ya no habría Estados, ni países, ni nacio-

nes distintas. Todas las barreras que separan á los pueblos, quedaban suprimidas de un solo golpe, lo que á la larga podía ser muy bueno; pero por de pronto hubiera sido un gran mal abandonar de repente una revolucion tal á todos los azares de lo desconocido y á todas las empresas de los aventureros. Un país que se hubiese prevalido de ella ántes que los otros, podía hacerse dueño del mundo. ¿Y quién sabe si Francia, léjos de hallar, como yo queria, una causa de grandeza en la obra de uno de sus hijos, no hubiera sido la primera víctima de esta obra, descendiendo al último lugar entre las naciones? Yo, al contrario, queria que mi país tomase la delantera á todos los otros, lo que requería un sigilo profundamente guardado hasta haberme puesto de acuerdo con el gobierno acerca de las medidas que habian de tomarse de antemano.

Una revelacion imprudente y prematura podía tener consecuencias aun más funestas. Podía hacer imposible toda posicion social y entregar las sociedades á los más peligrosos malhechores. El robo, el saqueo, el asesinato, el incendio, las más odiosas violencias se podían poner á cubierto de todas las represiones. No habia ya seguridad, ni propiedad, ni proteccion para los débiles, ni organizacion social de ningun género. Aquello hu-

biera sido el caos, la ruina universal, la violencia del mundo, una desorganizacion espantosa.

Era, pues, preciso tomar numerosas medidas de precaucion ántes de descubrir mi secreto, y no dejarlo traslucir en lo más mínimo ántes de llegar la ocasion oportuna. Y yo no podia evitar completamente toda posibilidad de indiscrecion sino suprimiendo radical y absolutamente á los amigos que habrian podido adivinar algo, y á los ayudantes, á los operarios, á los criados, que habrian tal vez concebido algunas sospechas acerca de mi objeto. Todo lo hice por mí mismo. Tenia una fragua, un torno para metales, un crisol, todo lo necesario para las manipulaciones químicas, todas las herramientas que mis proyectos requerian. Confiaba, sin embargo, durante mis experimentos la construccion de varias piezas á herreros, maquinistas, cordeleros, etc. Pero no les confiaba más que aquellas piezas que no podian inspirar ninguna sospecha, y como habia tomado un privilegio de invencion por un freno que habian adoptado algunas compañías de ferrocarriles, nunca se supuso que me ocupase yo de otra cosa que de invenciones relativas á camino de hierro, y particularmente de nuevos sistemas de frenos.

Quería tambien que la invencion se manifestase desde luego de una manera patente é incontestable.

Si hubiese empezado á hablar de ella, ya al público por medio de anuncios, ya al gobierno en comunicaciones más ó ménos secretas, es probable que el asunto no se hubiera tomado por lo sério, y hasta hubiera corrido el peligro de pasar por oco. No podia evitar este percance sino haciendo Iseguir inmediatamente á mis comunicaciones experimentos decisivos. Pero en esto veia otros inconvenientes. Desde el momento en que se supiese que poseia un secreto semejante, quedaba expuesto á que se ejerciese sobre mí una presion constante para obligarme á entregarlo al gobierno ó al público, y me hubiera visto tal vez forzado á desprenderme, de él bajo condiciones que no me habrian convenido. Y al expresarme así, no me refiero á mis intereses personales, que constituian la menor de mis preocupaciones que era menester tomar ántes de desencadenar en el mundo las consecuencias incalculables de un descubrimiento de tanta trascendencia. Hasta posible era que se emplease conmigo la violencia para arrancarme mi secreto, manantial de poder y de fortuna mucho más tentador que los pedazos de tierra que convierten los filibusteros en teatro de sus fechorías, mucho más tentador que las presas que codician los piratas y los bandidos mucho más tentador que las provincias que provocan la ambicion de los conquistadores, con

frecuencia, poco escrupulosos en la eleccion de sus medios.

Quería, pues, quedar en posesion de mi secreto hasta el momento que considerase oportuno, despues que el mundo hubiese apreciado su importancia, despues que se hubiesen calculado sus consecuencias, despues que se hubiesen tomado las medidas necesarias para que Francia hallase en mi descubrimiento una fuente de grandeza y no un azote para la humanidad.

A estas consideraciones se agregaban accesoriamente otra relativas á mis intereses personales. Era sin duda muy justo que yo sacase alguna ventaja de mi invencion, y sobre todo que nadie me arrebatase el mérito que hubiese contraido. Si bien no creia en la posibilidad de que otros descubriesen perfeccionamientos esenciales, podia suceder que se modificasen algunos accidentes del aparato que diesen á éste, como alguna vez se ha visto, el nombre del modificador. Yo no podia consentir que mi invento quedase relegado á un segundo término. No queria que un dia se borrara de la memoria de los pueblos, para no quedar más que en la de los eruditos. ¿Semejante sentimiento se puede calificar de vanagloria? En cuanto á mí, opino que si revelaba algun orgullo, era al ménos el orgullo más legítimo y mejor jus-

tificado. El resúmen, el plan que mereció mi predileccion se reducía á lo siguiente: llamar vivamente la atencion por medio de ruidosas manifestaciones de mi descubrimiento; guardar el más absoluto secreto, no solo respecto de mis procedimientos, sino que tambien respecto de mi persona, de suerte que no se pudiese sospechar quién era el navegante aéreo cuyas evoluciones parecian prodigiosas; ponerme, sin embargo, hasta cierto punto en comunicacion con el público, y hasta con el mismo gobierno en ocasion oportuna, discutir con éste las medidas que convenia tomar, y las condiciones bajo las cuales entregaria mi descubrimiento, del cual no queria que hiciese él un instrumento de despotismo, pues yo queria que fuese un instrumento de libertad, quedando siempre bastante dueño de la situacion para hacer prevalecer mi voluntad si sobrevenia alguna discusion que rompiese nuestra buena inteligencia; revelar en seguida mi nombre, pero solo en ocasion oportuna y despues de haber organizado en varios países puntos de refugio invencibles para ponerme á salvo de todas las impertinencias, violencias é intrigas: aguardar, en fin, para comunicar mi secreto al público ó al gobierno, que se hubiesen tomado las medidas necesarias y ejecutado las condiciones convenidas, y que se grabara mi nombre en mi descubrimiento de una manera indeleble, que nunca pudiese borrar la mano del tiempo.



Desde que rayó el alba podía preverse que el primero de junio sería un día espléndido. Aunque el cielo estaba cubierto, las nubes que lo encapotaban eran de esas que en el clima de París responden mejor de la seguridad del tiempo que un sol que nace demasiado radiante. El viento, sin ser fuerte, era bueno y fresco.

En la plaza de la Concordia la circulación había sido numerosa desde la víspera. Afluyó gente de todas las avenidas, esperando notar algunos preparativos que indicasen el misterioso acontecimiento anunciado para el día siguiente. Muchos concurrentes permanecieron en la plaza hasta muy entrada la noche. Gran número de esos que viven de industrias desconocidas, de esos que ofrecen

fuego á los fumadores y recogen colillas de cigarrillos, acudieron después de salir de los teatros á la plaza de la Concordia, donde se estacionaron, con la esperanza de poder ceder un puesto *mediantibus illis*. Entre seis y siete de la mañana empezó á aparecer la plebe, y á cosa de las ocho la juventud de las escuelas. A las nueve era la multitud tan compacta en la plaza de la Concordia, que se dió orden de no dejar penetrar en ella á nadie más y de dejar salir á quien quisiera. Como sucede en semejantes casos, el contagio lo invadía todo. Los curiosos atraen á los curiosos. Los que más seguros creían estar de no salir de su casa se sienten como arrastrados á pesar suyo, y por la sola razón de que el torrente crece, ellos contribuyen á aumentarlo. Se acumuló la muchedumbre en los Campos Eliseos, en el jardín de las Tullerías, en el puente de la Concordia, en los muelles, en la calle Real, en la calle de Rívoli, y en los baluartes. A las diez se circulaba difícilmente por el baluarte de la Magdalena. A las diez y media apenas se podía transitar por la calle de la Paz. A las once era imposible llegar á la calle de la Chaussée d'Antin. En las ventanas se agolpaba más gente de la que podían contener.

Las conversaciones, las suposiciones, las chanzonetas se sucedían incesantemente. ¡Qué se em-

piece! ¡qué se levante el telon! ¡música! ¡música! gritaban los pilluelos de Paris. José Prudhomme decía:—La autoridad no debería permitir que se hiciese agolpar la gente de una manera tan peligrosa y sin decir con qué objeto. Un curioso, tendiendo su vista por el espacio, exclamó: ¡Aaaa! Y le contestaron con hurrahs, silbidos y aplausos. Hubo algunos estrujones, pero sin ningun accidente sério. A las doce ménos cuarto la curiosidad se convirtió en una ansiedad vehemente, mezclándose con el vago terror que experimenta siempre el que espera algo desconocido. Cesaron las chanzas, no encontrando ya ningun eco. Reinó un silencio extraño. Nada es tan grande como este silencio de la muchedumbre, solemne y casi lúgubre. Todos los que tenian reloj miraron la hora. Eran las doce ménos cinco minutos, y nada aparecia en la plaza de la Concordia. El público empezó á temer que le habian engañado. Un descontento sordo, próximo á convertirse en saña, se apoderó de todos los ánimos. Los más flemáticos y de carácter más apacible se pusieron rabiosos y feroces á la idea de que se les habia chasqueado ignominiosamente.

El sol atravesó las nubes, que en gran parte se habian ya disipado, y resplandeció en el zenit en un vasto espacio de cielo azul. De repente se oye-

ren algunos gritos: ¡Mirad.....! Los ojos más penetrantes habian percibido un punto negro perdido de vista en el espacio. Aquel punto negro crecia visiblemente. En pocos segundos aumentó de tal modo que se pudo distinguir como una forma humana que bajaba á plomo sobre el obelisco. Estalló una aclamacion formidable que rompió el silencio como el relámpago rompe la nube. Resonaba aun cuando se veia ya distintamente un hombre, con la cara medio tapada, en pié sobre la cúspide del obelisco. Un nuevo clamor se levantó, mezclado con aplausos y bravos. El hombre que llevaba un sombrero redondo, se descubrió, y volviéndose sucesivamente hácia los cuatro puntos cardinales, saludó á la muchedumbre. Sacó en seguida su reloj y lo señaló con el dedo. Cada cual miró el suyo. Eran las doce ménos un minuto. Los aplausos y los gritos redoblaron. El hombre volvió á meterse el reloj en el bolsillo, y todos los concurrentes se pusieron á observarle con la mayor atencion.

Estaba vestido de negro. Una especie de gaban ó sobretodo abotonado le llegaba del cuello á las rodillas. Los faldones del gaban estaban sujetos al pantalon de modo que no pudieran flotar al aire. Las piernas y el pantalon estaban metidos dentro de unas botas anchas y flexibles, que eran

bastante grandes para que se comprendiese que tenían debajo otro calzado. El cuello del sobretodo estaba levantado y rodeado de una corbata ancha de lana blanca. El cuello parecía grueso y se notaba en él cierta rigidez, lo mismo que en los hombros. Una melena rubia, no muy larga pero espesa, ocultaba la nuca y las orejas. La barba entera, más rubia, aun, cubria las mejillas y los labios. Tapaba la parte superior del rostro una media careta parecida á las que usan las bailarinas en los bailes de la Opera. El sombrerito redondo, negro como el resto del traje, estaba provisto de barbuquejo. Cubrian las manos guantes gruesos que parecian acolchados. Veíase que, apesar de la estacion, aquel hombre se habia prevenido contra el frio. Tenia la mano izquierda oculta dentro del sobretodo, del cual solo la habia sacado un instante para indicar la hora del reloj, volviéndola á colocar inmediatamente en la actitud en que se suele representar á Napoleon I y á ciertos oradores.

Hizo un ademan, y á las doce en punto se elevó verticalmente en los aires con la rapidez de una flecha. Al llegar á una altura bastante considerable, se detuvo y se cernió encima de la multitud, describiendo lentamente un círculo que se ensanchaba en espiral. Parecia estar casi en pié,

un poco inclinado hácia atrás y con las piernas muy ligeramente encogidas. La mano izquierda permanecia oculta bajo su traje. Despues el círculo se estrechó poco á poco, al mismo tiempo que la rapidez del navegante, ó, por mejor decir, del nadador aéreo, aumentaba progresivamente practicando un descenso. Al llegar algo debajo de la punta del obelisco, describió en torno con una rapidez vertiginosa algunos círculos estrechos, se puso en pié en su actitud primera y saludó de nuevo á la multitud á derecha é izquierda y en todas direcciones.

Imposible seria dar una idea de los bravos, aplausos, aclamaciones y gritos con que fué acogido. Echábanse al aire millares de sombreros. Algunos parecian locos de entusiasmo, y los más impresionables se enjugaban los ojos, sorprendidos de haber sentido brotar una lágrima. Habia circulado la noticia con una rapidez eléctrica hasta las últimas filas de la multitud acumulada en Paris. ¡Un hombre en el aire! decia cada cual al de su lado, y le faltó muy poco para que los empujones hácia la plaza de la Concordia produjesen una sofocacion general. En vano las personas sensatas exclamaban que iba á venir puesto que lo habia prometido, y que todos le podrian ver sin moverse de su sitio. La curiosidad deliraba y nada oía.

Los municipales y guardias de Paris empezaban á ceder bajo la presion de la muchedumbre, no obstante habérseles agregado tropas de infantería cuando se vió aumentar la afluencia hasta tal extremo. El primer resultado de aquel prodigioso descubrimiento iba á ser una hecatombe inmensa de gentes ahogadas, aplastadas, pisoteadas.

Afortunadamente el hombre aéreo no se detuvo mucho tiempo en el obelisco. Volvió á tomar su vuelo á la altura próximamente de un cuarto tercero, y entró por la calle Real y luego por los baluartes. Avanzaba con una velocidad moderada, á poca diferencia como la de un caballo á galope tendido, y así se le podia examinar perfectamente sin que nadie pudiese intentar seguirle, lo que hubiera producido en la turba espantosos reflujos. Avanzó de este modo por los baluartes hasta la plaza de la Bastilla, descendió el Sena hasta el puente de Jena, ganó el Arco de Triunfo de la Estrella, volvió por la Avenida de los Campos Eliseos á la plaza de la Concordia, recorrió la calle de Rívoli hasta la casa del Ayuntamiento, llegó por los muelles hasta el *Pont-au-Change* que atravesó lo mismo que la *Cité*, siguió el baluarte de San Miguel hasta el jardin de Luxemburgo, donde hizo algunas evoluciones, recorrió los ba-

luartes exteriores hasta los Inválidos, remontó el Sena hasta el puente de Solferino, y se cernió encima de las alamedas del jardin de las Tullerías.

Esto fué suficiente para aplacar lo que habia de excesivo y demasiado punzante en la curiosidad pública. Se comprendió que seria imposible seguir evoluciones semejantes, y que sin moverse de su sitio tenian todos más probabilidades de volver á ver lo que ya habian visto. La multitud total aumentó, porque, muy pronto no quedó en las casas una sola persona, que no fuese inválida, exceptuando los vecinos que tenian ventanas que daban á las calles principales. Pero se diseminó más y más y se encontró ménos oprimida. Nada se perdió en ello, y todos pudieron ver á su gusto algun incidente de aquel espectáculo inaudito.

En el jardin de las Tullerías, por ejemplo, el hombre aéreo, al acercarse á un castaño, espantó dos palomas que en él habia, y se echó á perseguirlas. Las excedia muy sensiblemente en velocidad, pero no parecia volverse con bastante facilidad para seguir los esguinees que en su azoramiento describian ellas bruscamente. Notóse tambien que él no trataba de cogerlas más que con la mano derecha, conservando siempre la izquierda debajo del traje. El público se complacia sobremanera siguiendo las peripecias de aquella

caza de nueva especie. No tardó el cazador en coger una paloma, y luego cogió la otra. ¡Qué aplausos y qué gritos! El aeronauta victorioso se sentó en el brazo horizontal de la estatua de *Alejandro combatiendo*, cerca del estanque que hay delante del palacio; sacó su mano izquierda, se quitó los guantes, y ató juntas las cuatro patas de las dos aves. Volvióse á poner los guantes, su mano izquierda recobró su actitud ordinaria, echó á volar otra vez, y se cernió á la distancia de un metro encima de una señora elegante, á cuyos piés dejó caer con galantería su presa batiendo las alas.

Siguió su carrera encima del Sena, de los paseos, de los baluartes y de las calles anchas, pero sin guardar una marcha regular y uniforme. Se levantaba, se bajaba, se separaba ya á la derecha, ya á la izquierda, describía espirales ascendentes y descendentes, y tan pronto se cernía casi inmóvil, espectáculo más arrebatador que el de las evoluciones más rápidas, tan pronto se lanzaba en línea recta con una velocidad increíble. Se divirtió en el Chateau-d'Eau cogiendo una golondrina al vuelo, y otra cogió también en la plaza del Panteon. En el jardín botánico bajó sin permiso de nadie á la parte reservada y cogió una multitud de flores con que formó un ramillete ántes que los

guardas, vacilando respecto de lo que debían hacer, hubiesen tenido tiempo de impedirselo. Un instante despues estaba ya ofreciendo el ramillete á un grupo de hermosas jóvenes puestas en observacion en una guardilla del baluarte de Sebastopol. La que fué más lista para apoderarse de él dió las gracias al aeronauta con la más franca de sus sonrisas y con un atrevido beso lanzado al aire con la punta de sus dedos. En el café del Gren-Balcon, en el baluarte de los Italianos, habia muchos concurrentes colocados, para ver mejor, en los primeros puestos. Se acercó al balcon todo lo posible, se apoderó de un vaso lleno de cerveza, se alejó uno ó dos metros, lo apuró de un solo trago, volvió á dejarlo encima de la misma mesa de que lo habia tomado, echó encima de ella un luis, y se alejó saludando. Se detuvo, se cernió un instante, sacó del bolsillo un cigarro, se acercó á un fumador á quien pidió con mucha finera le diera el suyo, se lo devolvió despues de haber encendido, y prosiguió su vuelo fumando. Fué á sentarse y á acabar de fumar su cigarro en la punta del para-rayos en la torre meridional de Nuestra Señora, lo que hizo decir á algunos chuscos que no debia aquel asiento ser de los más cómodos. Las personas graves respondieron que se ignoraba qué armadura defensiva llevaba debajo,

y que, además, teniendo la facultad de sostenerse en el aire, no debía hacer peso sobre la punta. Algunos pretendieron también haberle visto poner antes en la punta para embotarla un objeto que no pudieron distinguir, sin duda para preservar de un fracaso sus pantalones.

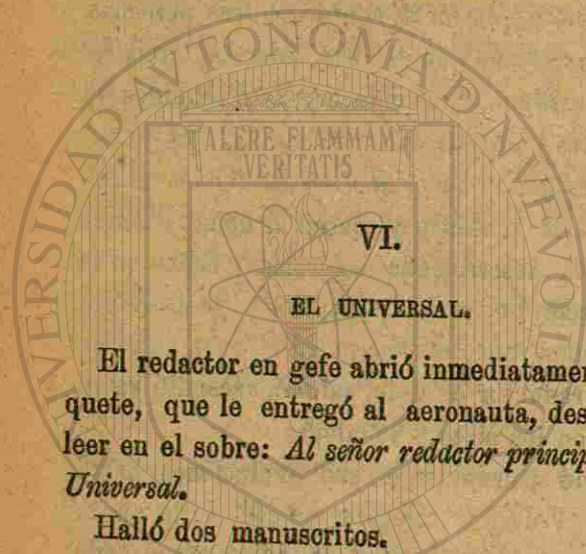
Lo que parece más prodigioso es que, después de tantas idas y venidas, no habían dado aun las cuatro. Iban á salir los periódicos de la tarde y se comprende que no podían hablar más que del acontecimiento que había sacado de sus casillas á todos los parisienses. Los periodistas habían tomado resueltamente su partido, haciendo de las tripas corazón para ponerse á cubierto, por medio de algunos equilibrios y habilidades redactoriles, del mal trance en que les ponía su incredulidad pasada. *El Universal* era el único que tenía el derecho de cantar victoria.

Su redacción, toda reunida en las oficinas, proclamaba con frenético entusiasmo el trunfo de su redactor principal. Este trabajaba ordinariamente en un gabinete bastante elegante, aunque pequeño, precedido de una biblioteca y de la *sala de redacción*, donde se hallaba una gran mesa, á cuyo alrededor se colocaban varios redactores. Esta habitación, que era un cuarto segundo, daba á dos anchas calles, pues la casa formaba esquina. Cuan-

do los redactores habían concluido sus tareas, tenían un rato de conversación. Aquel día poco antes de las cuatro, el redactor principal, sentado en su gabinete, platicaba con dos ó tres personas, y por las puertas, que estaban abiertas, terciaban en su conversación sus colaboradores reunidos en la biblioteca y en la sala de redacción. De repente oyéronse gritos de *¡Vedle! vedle!* Todos se dirigieron á las ventanas y vieron al hombre aéreo que bajaba describiendo espirales. Tenía en la mano derecha un rollo de papeles. Se acercó á una ventana, puso el legajo en la mano que le tendió el redactor en jefe, saludó, ascendió verticalmente en los aires y se alejó.

Se le vió prosiguiendo sus evoluciones hasta las cinco. Volvió á colocarse de pié en la punta del obelisco, sacó el reloj y lo indicó con el dedo á la multitud compacta que había en la plaza. Eran las cinco menos cinco minutos. Se sentó en la cúspide del obelisco, volvió á levantarse, saludó hácia los cuatro puntos cardinales, se lanzó verticalmente á las cinco en punto, y con una rapidez prodigiosa desapareció en el espacio.

Había terminado la manifestación. Se convino generalmente en que se realizó cuanto se había anunciado y mucho más de lo que los menos desconfiados suponían.



El redactor en jefe abrió inmediatamente el paquete, que le entregó al aeronauta, después de leer en el sobre: *Al señor redactor principal de El Universal.*

Halló dos manuscritos.

Uno de ellos era una carta concebida en los siguientes términos:

“Señor redactor principal:

El Universal ha sido el único periódico que ha dado pruebas de sagacidad y perspicacia. Recibid por ello mis plácemes y las gracias más sinceras.

Hallareis natural que me dirija á vos con preferencia á todos vuestros colegas, para proponeros una reciprocidad de servicios.

Creo, en efecto, poder contribuir poderosamente

á la prosperidad de vuestro periódico, ofreciendoos dirigir únicamente á él todas las comunicaciones relativas al descubrimiento, cuya primera manifestación pública se ha manifestado en el día de hoy. Si esto os conviene, vuestro periódico será un verdadero *Avisador* de la locomoción aérea, el único autorizado y exactamente informado. Mis comunicaciones serán frecuentes, y, si no me hago ilusiones interesantes para el público. El número de vuestros lectores aumentará, en mi concepto, mucho y muy rápidamente.

En cambio os pido que consintais en que vuestra redacción sea el centro y el intermediario de todas las comunicaciones que haga ó que reciba, públicas y privadas. Se pondrá en conocimiento del público que, para mi uso, hay establecida una estafeta en vuestras oficinas y que se me remitirá exactamente cuanto por este conducto se me dirija. No os pido que trasmitais las cartas que tenga que escribir yo mismo, para las cuales me valdré del correo. Pero deseo que en vuestro periódico inserteis, sin excepcion alguna, todas las comunicaciones cuya publicidad desee. Además, suplico á todos vuestros colaboradores que separen, para hacerlo llegar á mis manos, cuanto se inserte en los periódicos relativo á mi invento.

Os agradeceré que me designeis una persona

perteneciente á la administracion ó redaccion de vuestro periódico, en quien pueda tener una confianza absoluta, y que se preste á ser mi interdiario, mi representante y mi mandatario para todo lo que en la ejecucion de mi descubrimiento pueda ofrecer un carácter administrativo. Si, por ejemplo, yo tuviere que abrir una suscripcion, él se encargaria de recibir los fondos para entregármelos, y de emplear, en conformidad con mis instrucciones, los que yo le remitiere. Si tuviese á bien fundar una sociedad, él prepararia las bases, las actas y los estatutos, y practicaria, por indicacion mia, las gestiones necesarias. Si hubiese necesidad de un local, él lo alquilaria; si de un objeto cualquiera, él se encargaria de comprarlo ó hacerlo construir; si de trabajadores ó auxiliares, él los contrataria, etc. No es necesario decir que recibiria siempre adelantados los fondos necesarios para todos los gastos que ocurriesen, y seria generosamente indemnizado de los viajes que pudiese requerir su cometido. Me entenderia con él sobre la cuestion de honorarios, que serian considerables, y aumentarian á medida que necesitase un concurso más activo, sin que este concurso pudiese en ningun caso absolver de tal manera su tiempo que le inhabilitase para trabajar en el periódico.

Guardaria estrictamente, lo mismo con él que con vos mismo y con todo el mundo, el más riguroso incógnito.

Si estas proposiciones os convienen en principio, os bastará publicar mañana el artículo adjunto. Si no os acomodan, considerad esta carta como si no la hubiéseis recibido.

Si el artículo adjunto, que podeis vos honrar con vuestra firma, se publica mañana, me apresuraré en transmitir las explicaciones necesarias para el establecimiento de nuestro buzón y la seguridad de nuestras comunicaciones.

La primera que os dirija será una relacion, escrupulosamente exacta de la manifestacion del 1º de Junio, pero sin ninguna revelacion de mi procedimiento y mi persona. El momento de divulgar mi secreto no ha llegado todavía.

Me permitireis firmar esta carta y las que os dirija en lo sucesivo con un nombre supuesto, sin por esto considerarlas anónimas. La inicial X, que puede ser una abreviatura del nombre Xavier, es la incógnita de los algebristas, y expresa en realidad lo desconocido. En cuanto al nombre de Natrien, se compone de letras entresacadas al azar de las palabras. *Navigeteur aérien* (Navegante aéreo), que serán la única firma de mis comunicaciones al público por medio de vuestro periódico.

Incluyo en esta carta la cantidad de 2,000 francos, que os suplico considereis como irrevocablemente adquirida, lo mismo si rehusais que si aceptais mis proposiciones. Hareis de ella el uso que mejor os parezca, ya sea aplicándola á los gastos de instalacion de nuestra estafeta, ya sea en intereses de vuestro periódico, ó ya lo querais invertir en alguna buena obra. No os la envio con otro objeto que el de daros una prueba palpable, y probablemente innecesaria, de la formalidad de mis proposiciones.

Vuestro, con la mayor consideracion, etc.

X. Nagrien."

En efecto, clavados en la carta con un alfiler habia 2,000 francos.

El redactor en jefe no vaciló ni un solo instante. Era hombre de muy buen sentido y de mucha experiencia, de buen golpe de vista y determinacion pronta. En el ofrecimiento que se le hacia vió una verdadera ganga para su periódico, á cuya prosperidad estaba entregado en cuerpo y alma, sin contar las ventajas personales que debia reportarle por carambola. Leyó la carta á todos los redactores juntos, y todos fueron de su parecer. Aceptaron el trato por aclamacion. Pero ¿quién habia de ser el administrador de la locomocion aérea? Se propuso que se decidiera por

votacion, y se procedió á ella inmediatamente. Despues de un primer escrutinio, en que cada cual se dió el voto á sí mismo, recayó en una segunda votacion unanimidad de votos en el administrador del periódico, antiguo cajero de una casa de banca, hombre sumamente inteligente, muy versado en los negocios y de una probidad á toda prueba.

El Universal del dia siguiente, publicó en sus columnas, en grandes caracteres interlineados, el siguiente artículo como primer fondo:

Ponemos en conocimiento del público que *El Universal* es desde hoy el *Avisador* de la locomocion aérea.

El será el único que reciba las comunicaciones del autor de este prodigioso descubrimiento, firmadas con las palabras: *El Navegante aéreo*.

Estas comunicaciones serán frecuentes, y todas ellas sumamente interesantes para nuestros lectores. Llevarán un sello de exactitud y, si así puede decirse, de autenticidad, que nadie seria capaz de dar á sus reseñas y trabajos sobre el mismo objeto.

Las primeras comunicaciones empezarán á aparecer dentro de dos dias. Estas primeras comunicaciones no serán más que la explicacion de lo que no se haya podido aclarar bastante en las dis-

tribuciones de escritos y medallas que tanto han llamado la atención, y vendrá luego una relación tan exacta como circunstanciada del gran acontecimiento de 1º de Junio.

Los anuncios, informes y explicaciones relativos á la locomoción aérea abundarán en nuestro periódico, sin que en nada perjudique esto á su redacción habitual. Nuestro periódico será lo que era, con algo más.

Pero este algo más consistirá en todo lo que se refiere únicamente á un descubrimiento destinado á transformar la faz del mundo.

Dirigiéndose á nuestras oficinas, sin que haya otro conducto, será dado transmitir al navegante aéreo todas las comunicaciones posibles, que se enviarán con tanta exactitud como discreción, sin que nadie las abra más que él.

Debemos añadir en honor de la verdad que, hasta que trascurra un poco tiempo, no se hará revelación alguna acerca de los procedimientos de locomoción, ni tampoco acerca de la persona del navegante aéreo, sobre cuyo particular no tiene hasta ahora el menor indicio el redactor principal de este periódico ni sus colaboradores. El navegante aéreo ha tomado eficaces medidas para ponerse en comunicación con nosotros, pero conservando un riguroso incógnito.

Ofrece al público leer con la mejor detención cuantas cartas se le dirijan sin excepción alguna y contestar por el correo ó en las columnas de este periódico á todas las que merezcan respuestas. Suplica á las personas que le dirijan alguna carta que escriban con claridad su nombre y señas. Leerá hasta las cartas anónimas, pero no las contestará.

En ocasión oportuna expondrá en nuestro periódico sus ideas personales sobre la mejor marcha que deba seguirse para que todo el mundo, y ántes Francia que las demás naciones, saquen partido de su descubrimiento.

Anunciaremos próximamente otra manifestación pública de la locomoción aérea, más interesante aun que la del 1º de Junio. Prevenimos al público que en lo sucesivo nada se verificará sobre este asunto sin que nosotros lo anunciemos de antemano.

El presente anuncio se reproducirá mañana.

Firmaba el artículo el redactor principal. Se enviaron los dos números en que apareció á infinidad de personas de París y sobre todo de provincias, y un resumen de su contenido se fijó en todas las esquinas. El efecto fué instantáneo. Ya todo París conocía el incidente de la carta entre-

gada al redactor principal en presencia del inmenso gentío agolpado en las calles. El éxito excedió de una manera fabulosa á cuanto hubiera podido soñarse. Afluyeron las suscripciones, de suerte que de un día á otro se dobló, quintuplicó y hasta decuplicó la tirada. Se relegaron estrictamente á la última página los anuncios, que afortunadamente no estaban contratados, y aunque se triplicó su precio, hubo que rechazar las tres cuartas partes.

El 3 de Junio recibió el redactor principal por el correo ordinario una larga carta, firmada X. Nagrien, que contenia indicaciones cuidadosamente circunstanciadas. Se fijó una especie de buzón doble encima de una chimenea inútil que habia en la *sala de redaccion*, la cual era una pieza que se formó reuniendo dos por medio del derribo de un tabique á que se procedió al establecerse el periódico. El redactor principal y el administrador tenian cada cual una llave de una especie de caja de hierro colocada debajo de las jambas de la chimenea. El navegante aéreo tenia la de un cofre análogo situado en lo alto del tubo, y habia un mecanismo muy sencillo para hacer subir y bajar sus comunicaciones respectivas.

Los informes dados por el periódico y los carteles no defraudaron la curiosidad del público, el

cual no tardó en saber como pudo el navegante aéreo distribuir por sí solo los numerosos escritos que tantos comentarios habian provocado. La prodigiosa rapidez de su locomocion le habia permitido desde las ocho y media de la noche hasta las tres y media de la mañana recorrer Paris en todas direcciones. Lo que habia podido hacer en siete horas de una noche oscura se explicaba perfectamente por lo que se le habia visto hacer el 1º de Junio en cinco horas de dia. Habia, además, tomado sus disposiciones para tener á mano los tres mil ejemplares bajo sobre que la víspera se echaron á todos los buzones y los cincuenta que se expidieron sin franquear; para reunir los pájaros portadores del escrito que no soltó hasta llegada la noche, y para disponer el adorno del obelisco de modo que pudiera colocarlo de un solo golpe como un cura se pone la casulla. La noche ántes habia escondido cuarenta talegos enormes, llenos de ejemplares prensados, en los rincones inaccesibles de los tejados, dos de ellos en cada distrito. A pesar de su peso le habia sido fácil trasportarlos dos á dos, suspendidos de los órganos de locomocion, variarlos sucesivamente como varia el labrador los sacos del grano que está sembrando, y atar al paso ejemplares á los para-rayos, puntas, ganchos y prominencias que veia á su alcan-

ce y arrojarlos por las chimeneas y por todas las aberturas de los edificios públicos. Tenía llenos los bolsillos de monedas de cinco francos cuidadosamente envueltas y las repartió entre doscientas habitaciones rompiendo cristales con la mano metida en un guante de esgrima. Seguía á estas explicaciones una memoria circunstanciada de la manifestacion del 1º de Junio, aumentada ya por el rumor popular con tantas exageraciones que se habia convertido en leyenda completamente milagrosa.

Al mismo tiempo el administrador recibía instrucciones que desempeñaba con tanto celo como inteligencia, y no decimos cuáles eran para no parecer difusos. Bastará conocer los efectos.

VII.

UN PASEO POR FRANCIA.

EL UNIVERSAL del 18 de Junio publicó un anuncio concebido como sigue:

La segunda manifestacion pública de la locomocion aérea empezará el próximo Domingo 22 de Junio.

Su objeto principal será demostrar la velocidad á que puede llegar este género de locomocion y mostrar á las provincias lo que ha visto Paris.

El navegante aéreo quedará reconocido á las compañías de caminos de hierro si se quieren tomar la molestia de ir anotando sus operaciones para dar á estas un carácter incontestable de certeza y autenticidad. En los relojes de las estaciones contarán de una manera precisa los instantes de su llegada y partida, en razon á la uniformi-

ce y arrojarlos por las chimeneas y por todas las aberturas de los edificios públicos. Tenía llenos los bolsillos de monedas de cinco francos cuidadosamente envueltas y las repartió entre doscientas habitaciones rompiendo cristales con la mano metida en un guante de esgrima. Seguía á estas explicaciones una memoria circunstanciada de la manifestacion del 1º de Junio, aumentada ya por el rumor popular con tantas exageraciones que se habia convertido en leyenda completamente milagrosa.

Al mismo tiempo el administrador recibía instrucciones que desempeñaba con tanto celo como inteligencia, y no decimos cuáles eran para no parecer difusos. Bastará conocer los efectos.

VII.

UN PASEO POR FRANCIA.

EL UNIVERSAL del 18 de Junio publicó un anuncio concebido como sigue:

La segunda manifestacion pública de la locomocion aérea empezará el próximo Domingo 22 de Junio.

Su objeto principal será demostrar la velocidad á que puede llegar este género de locomocion y mostrar á las provincias lo que ha visto Paris.

El navegante aéreo quedará reconocido á las compañías de caminos de hierro si se quieren tomar la molestia de ir anotando sus operaciones para dar á estas un carácter incontestable de certeza y autenticidad. En los relojes de las estaciones contarán de una manera precisa los instantes de su llegada y partida, en razon á la uniformi-

dad de horas adoptada por las diferentes líneas de caminos de hierro.

El navegante no puede decir con anticipacion de una manera precisa á qué hora llegará á cada estacion, pero puede decir la hora de su salida. Seria necesario que desde el momento en que dejara la ciudad, el gefe de la estacion y algunos empleados se fijasen en esta circunstancia para informarse del instante preciso de su llegada.

Hé aquí los datos que puede anticipar acerca de su itinerario.

Domingo 22 de Junio, á las siete de la mañana, partida del obelisco. Evoluciones sobre Paris. A las ocho partida de la estacion del ferrocarril de Lem.

Llegada á Dijon. Evoluciones. A las diez, partida para Leon.

Llegada á Leon Desaparicion momentánea. Reaparicion á las once y media. Evoluciones. A la una partida para Marsella.

Llegada á Marsella. Evoluciones. A las cuatro partida para Nimes.

Llegada á Nimes. Evoluciones. A las seis, partida para Narbona.

Llegada á Narbona. Desaparicion momentánea. El Lunes 23, á las siete de la mañana evoluciones en Narbona. A las ocho, partida para Tolosa.

El itinerario continuaba de este modo indicando como estaciones necesarias Tolosa, Bayona, Burdeos, Tours, Nantes, Rennes, Rouen, Lila, Estrasburgo, Nancy y Paris.

Preciso es decir que las compañías de caminos de hierro estuvieron léjos de acoger con entusiasmo la peticion que se les dirigió. ¿No las habia acaso de arruinar aquel fatal navegante aéreo como habian ellas arruinado á las empresas de diligencias? Verdad es que tan misterioso modo de locomocion no se habia revelado más que como aplicable al trasporte de una sola persona á la vez y se ignoraba si su dificultad, su precio y sus peligros hacian de él un objeto de pura curiosidad que no podia tener una aplicacion usual y práctica. Pero tambien era posible que fuese tan practicable como poco costoso. Podia muy bien ser tan á propósito para trasportar barquillas y hasta verdaderos buques aéreos como una persona sola. Si así fuera, los caminos de hierro quedarian muy pronto abandonados, arruinados los accionistas y un inmenso personal cesante. Si bien no habia sobrenido aun una baja sensible, no se compraban ya sus títulos, los cuales se negociaban á la par por la única razon de que sus poseedores no preveian de bastante léjos para deshacerse de ellos y venderlos á cualquier precio. Pero los más pru-

dentes empezaban á preguntarse si no sería conveniente negociarlos de cualquier modo.

Sin embargo, las compañías comprendieron que para el porvenir de la invención, era indiferente que la acogiesen con más ó ménos simpatía. De nada serviría su mala voluntad, ni podría tener otro resultado que poner en ridículo sus mezquinos sentimientos. Además, eran las que más interesadas estaban en saber á punto fijo lo que debían temer de una futura concurrencia. Bajo este punto de vista, la comprobación exacta del grado de velocidad presentaba una importancia de primer orden. Tomaron, pues, un partido y dirigieron á sus agentes instrucciones prescribiéndoles que apuntasen con la más rigurosa precisión la hora, el minuto y hasta el segundo de la llegada y partida en cada estación, y que redactasen informes circunstanciados de cuanto ocurriese digno de notarse.

El viaje empezó el 22 de Junio á la hora anunciada. Después del efecto producido por la primera manifestación, fácilmente se adivina cuál debió ser en París el apresuramiento de la multitud desde las siete de la mañana. *El Universal* penetraba ya en los más recónditos rincones de Francia, y, además, ningún periódico sin exponerse á perder sus últimos suscritores, había podido

librarse de reproducir ó extraer las publicaciones cuyas primicias tenía un feliz colega. Así es que no había nadie que no supiese en qué ciudades debía presentarse el navegante aéreo. Todas las demás, lo mismo que las aldeas, quedaron completamente desiertas. Llegaron viajeros de Alemania, Suiza, Italia, España, Inglaterra y Bélgica. Dijon, Leon, Marsella y todas las ciudades donde se había prometido una corta detención no habían visto nunca un gentío semejante. Inútil sería entrar en pormenores sobre las precauciones que, por medio de su administrador, había tomado X. Nagrien para sus comidas y alojamiento en que pernoctar sin arriesgarse á hacer traición á su incógnito. Lo que importaba era la comprobación de la velocidad.

El jefe de estación de París y todos los empleados á quienes su servicio permitía agruparse en torno suyo dieron fe de que el navegante aéreo, que llegó á la estación algunos minutos antes de las ocho, llevaba, á más de la media careta de su primera aparición, una máscara de cristal, con objeto sin duda de resguardar su cara y sus ojos de la impresión del aire cortado con rapidez suma. Evolucionó algún tiempo, y partió de París á las ocho en punto, dándose inmediatamente aviso por telégrafo á la estación de Dijon.

Allí se le vió aparecer y avanzar directamente hácia el reloj, cuyo cuadrante indicó con la mano. Eran las nueve y veinticuatro minutos. Por los maquinistas y fogeneros, los viajeros de los trenes que había cruzado ó dejado atras y por los empleados de las estaciones intermedias, se puso más adelante que no había dejado de seguir la línea del camino de hierro, y por consiguiente habría ganado diez ó doce minutos si hubiera viajado á vuelo de pájaro.

Pudo permanecer en Dijon más de media hora y volver á partir, como lo había anunciado, á las diez en punto. Llegó á Leon á las diez y cincuenta minutos. En cincuenta minutos había recorrido 197 kilómetros.

El viaje continuó del mismo modo.

El resultado era una velocidad media de 240 kilómetros ó 60 leguas por hora, 4 kilómetros ó una legua por minuto, el cuádruplo próximamente de la *gran velocidad* usual de los caminos de hierro, el sétimo á poca diferencia de la velocidad de la bala al salir del cañon, que anda de 400 á 500 metros por segundo, que vienen á ser 25 ó 30 kilómetros por minuto, y unas 400 leguas por hora.

Se podria ir de Paris á Lóndres en una hora y quince minutos; á Madrid en cinco horas y vein-

ticuatro minutos; á Viena en cinco horas y cinco minutos; á Berlin en tres horas y cuarenta y cinco minutos; á San Petersburgo, en once horas y quince minutos; á Moscou en doce horas y diez y seis minutos.

Se podria dar la vuelta al globo en seis dias, once horas y cuarenta minutos, con lo que se ahoraría casi la sexta parte de la velocidad de la superficie de la tierra girando alrededor de su eje. Si partiendo de un punto del Ecuador el domingo por la mañana, por ejemplo, se dirigiese el aeronauta hácia el Oeste, estaria de vuelta en el mismo punto el sábado por la tarde, si bien habría ganado un dia en el camino, lo mismo que en todo viaje en este sentido alrededor del Ecuador. Seria viérnes para el viajero en el momento de su regreso, y sábado para los habitantes del punto de partida y de llegada, los cuales habrian visto ponerse el sol seis veces, al paso que el viajero no le habria visto ponerse más que cinco.

El Universal publicó una relacion circunstanciada del viaje, y puso á las compañías de ferrocarriles en el caso de contradecir ó afirmar la exactitud, segun las comprobaciones de sus agentes. Las compañías en un principio se resistieron á contestar; pero *El Universal* volvió á la carga con tanta insistencia, que tuvieron al fin que diri-

girle algunos breves apuntes, declarando que en efecto los datos que habian adquirido, no se diferenciaban mucho de los que el periódico habia publicado.

La alarma de las empresas iba en aumento, y se manifestó en sus títulos una baja algo más marcada. No era aun gran cosa, pero bastaria tal vez que se viese en el aire una barquilla dirigida por aquel maldito inventor para que el pánico acarrease un *sálvese quien pueda* general.

Un nuevo artículo de *El Universal*, renovando sus temores para el porvenir, les daba, sin embargo, por el momento algun respiro, pues anunciaba que el próximo experimento público, en razon de los preparativos que requería, no podría verificarse hasta último de Agosto.

VIII.

EL BUQUE.

El administrador, encargado con anterioridad de una triple mision, hizo construir en conformidad con los planos, dibujos é instrucciones que se dirigieron, un aparato que llamaremos buque, á falta de una expresion más exacta, y cuya descripción se hallará más adelante.

Tomó en alquiler, detras de los cerros de Mendon, una casita cercada, cuya tapia, que era bastante extensa, hizo levantar hasta una altura de seis metros. Sombrea la dicha tapia una colina no interrumpida de corpulentos árboles.

Contrató tres hombres, que escogió con el mayor cuidado. Fueron muchos los que se le presentaron, especialmente aeronautas y marinos, al lle-

girle algunos breves apuntes, declarando que en efecto los datos que habian adquirido, no se diferenciaban mucho de los que el periódico habia publicado.

La alarma de las empresas iba en aumento, y se manifestó en sus títulos una baja algo más marcada. No era aun gran cosa, pero bastaria tal vez que se viese en el aire una barquilla dirigida por aquel maldito inventor para que el pánico acarrease un *sálvese quien pueda* general.

Un nuevo artículo de *El Universal*, renovando sus temores para el porvenir, les daba, sin embargo, por el momento algun respiro, pues anunciaba que el próximo experimento público, en razon de los preparativos que requería, no podría verificarse hasta último de Agosto.

VIII.

EL BUQUE.

El administrador, encargado con anterioridad de una triple mision, hizo construir en conformidad con los planos, dibujos é instrucciones que se dirigieron, un aparato que llamaremos buque, á falta de una expresion más exacta, y cuya descripción se hallará más adelante.

Tomó en alquiler, detras de los cerros de Mendon, una casita cercada, cuya tapia, que era bastante extensa, hizo levantar hasta una altura de seis metros. Sombrea la dicha tapia una colina no interrumpida de corpulentos árboles.

Contrató tres hombres, que escogió con el mayor cuidado. Fueron muchos los que se le presentaron, especialmente aeronautas y marinos, al lle-

gar á su noticia los anuncios que publicó *El Universal*. Algunos pretendientes no solicitaban impelidos por la necesidad de ganarse la subsistencia, sino movidos por una ardiente curiosidad ó por su carácter aventurero. Se negó á admitir, por razon de su edad, á un antiguo coronel de caballería, del temple de aquellos que á los cuarenta años haria Napoleon I mariscales de Francia. Dió la preferencia á un maquinista de caminos de hierro, soldado de mucho valor y sangre fria. Colocó bajo sus órdenes dos marineros, de los cuales el uno habia servido en la armada y estaba condecorado á consecuencia de varias brillantes acciones, y el otro, muy distinguido tambien, era una verdadera celebridad en la marina mercante, por las muchas medallas de salvacion que se le habian conferido. Estos tres individuos estaban dotados de una fuerza hercúlea y eran hábiles gimnastas. El primero recibió el título de conductor, y los otros dos el de ayudantes, debiendo el navegante aéreo desempeñar en persona las funciones de capitán de su buque.

Cuando estuvo todo preparado, el conductor y los ayudantes se ejercitaron en sus nuevas funciones, principalmente durante la noche, en el cerceo que estaba oculto á todas las miradas. La maniobra, en la parte que les correspondia, era, á

decir verdad, casi nula. Su utilidad real se reducía en cierto modo á inspirar con su presencia bastante confianza á los pasajeros, para que éstos no se dejasen sobrecoger por vanos temores. No se les reveló absolutamente nada respecto á los procedimientos y á la persona del inventor, al cual no vieron nunca sino con la cara tapada, yendo y viniendo sobre la parte superior del aparato, que se ponía y quitaba cuando bien le parecia. Esta parte del aparato contenia los órganos de locomocion, y sin ella el buque permanecia en tierra como una masa inerte. El conductor y sus ayudantes se adiestraron principalmente en ajustar y desmontar los engarces y en navegar á algunos metros del suelo para familiarizarse con aquel género de locomocion.

Todo esto duró quince ó veinte dias más de lo que se deseaba, y hasta el 29 de Agosto no publicó *El Universal* el siguiente anuncio:

El domingo, 3 de Setiembre, un buque aéreo navegará encima de Paris y de su término, desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde.

Este buque se halla dispuesto á recibir unos cincuenta pasajeros. Pero esta vez no llevará más que el navegante aéreo, un conductor y dos ayudantes, pues sus evoluciones no tienen más objeto que demostrar la posibilidad de la navegacion

aérea, á las personas que deseen participar del viaje sucesivo, que se verificará el Domingo 10 de Setiembre.

Desde el 4 al 9 de Setiembre el buque, si bien destituido de sus órganos de locomoción, estará expuesto en un local dependiente de las oficinas de *El Universal*. Las personas que gusten visitarlo pagarán dos francos de entrada.

El experimento del 10 de Setiembre está organizado como sigue:

Se ponen á disposición del público treinta y cuatro asientos del buque, al precio de 1,200 francos cada uno.

Los que deseen embarcarse deberán inscribirse ántes del 8 de Setiembre, en las oficinas de *El Universal* y dejar el importe de su asiento en manos del administrador del periódico, que les entregará el correspondiente recibo, y depositará diariamente los fondos en la caja pública que tenga á bien designar la autoridad.

Para la distribución definitiva de los billetes, el navegante aéreo dará la preferencia á las categorías siguientes:

Al gobierno, en la persona de cualquiera de sus miembros revestido de las funciones más elevadas. Si se presentan varios individuos de la

misma clase, por ejemplo, varios ministros, decidirá la suerte;

Al ejército, en la persona del militar de más alta graduación, teniendo la preferencia un mariscal de Francia sobre un general de división, y así sucesivamente;

La marina del Estado, siguiendo el mismo orden de preferencia;

Los principales ramos de la ciencia, siendo los preferidos los miembros del Instituto, representados por:

Un físico,

Un químico,

Un astrónomo,

Un geógrafo,

Un estadista,

Un economista,

Un médico,

La literatura, con preferencia para un miembro de la Academia francesa;

El periodismo, representado por un redactor de un periódico que no sea *El Universal*, al que está reservado un asiento;

Las artes, representadas por un pintor, siendo preferido un miembro del Instituto;

La industria, representada por:

Un constructor de buques;

Un constructor de máquinas;

Un administrador ó director de alguna compañía de caminos de hierro;

Un aeronauta.

Diez y siete asientos, ó en número mayor si no se hallan representadas todas las categorías que se han indicado, serán distribuidos por la suerte entre las personas que se hayan inscrito.

Se reservarán doce asientos gratuitos á músicos organizados en orquesta, dando la preferencia á una música militar, si se presenta.

Otros dos asientos gratuitos se reservarán á dos simples trabajadores que designen por votación los peritos de los oficios.

En la mañana del 9 se dirigirán billetes definitivos á las personas admitidas, con instrucciones útiles para el embarque y el viaje. Las cantidades entregadas por los que no hayan podido tener asiento les serán inmediatamente devueltas con solo presentar sus recibes.

El viaje se verificará conforme al itinerario siguiente:

El día 10, á las nueve en punto de la mañana, embarque. Evoluciones encima de Paris y de sus afueras, y partida para Strasburgo, de modo que se desembarque en dicha ciudad á las seis.

El 11, á las nueve de la mañana, embarque en

Strasburgo, evoluciones encima de la ciudad y partida para Lila, donde se desembarcará á las seis. Del mismo modo continuará el viaje por Lila, Rouen, Nantes, Burdeos, Bayona, Tolosa, Marsella, Leon y Paris, donde se estará de vuelta el miércoles 19 de Setiembre á las seis de la tarde.

Este anuncio suscitó inmediatamente un *tolle tolle* general, diciéndose en todas partes que no se habia visto nunca una fatuidad semejante. Las preferencias con tanta soberbia otorgadas á ministros, mariscales de Francia y almirantes, como si los más encopetados personajes debiesen disputarse el favor de entregarse con los ojos cerrados á un aventurero cuyo incógnito nada bueno anunciaba; el precio de 1.200 francos por asiento, lo que daba un total de 40.800 francos por un viaje de diez días, corriendo por cuenta de los embarcados los gastos de comida y alojamiento durante la noche; aquella música reclamada para conferirse el aeronauta á sí mismo un triunfo estrepitoso, todo demostraba tanto orgullo como codicia. X. Nagrien creyó de su deber contestar en *El Universal* á estas censuras, diciendo que no por orgullo, sino por deferencia, manifestaba, ántes de divulgar su descubrimiento, una predilección marcada á la autoridad, al ejército, á la marina, á la ciencia, á la industria, á la literatura, á las artes, para

que estudiasen los efectos adquiridos y las consecuencias probables. Respecto al precio de los asientos, dijo que no cometeria la baja de justificarse del cargo de avaricioso que se le hacia sacando á relucir los centenares de miles de francos que le habian costado sus experimentos y la práctica de un descubrimiento, del cual podria sacar millones siempre que quisiera. Los que creian que era caro un viaje semejante llevado á cabo por primera vez atravesando los aires, que no lo hicieran si no querian hacerlo, y lo mismo los que no abrigaban una confianza absoluta.

Catorce dias mediaron desde el anuncio al primer experimento anunciado y veintiun dias desde el anuncio al principio del experimento segundo. Este intervalo permitia llegar á Paris y á los demás puntos donde debia presentarse el buque, no solo á los que residian en Francia, sino que tambien á los habitantes de varios países extranjeros. Donde quiera se habia resuelto desde mucho tiempo partir al primer anuncio de una exhibicion nueva. No habia quien á últimos de Agosto no estuviese en disposicion de tomar el portante. Muchos, sobre todo en los países lejanos y particularmente los Estados-Unidos, creyeron que lo más seguro era ponerse en marcha ántes de aguardar la señal. Al darse ésta, se apoderó

de todo el mundo un verdadero frenesí. Organizáronse en todas partes trenes extraordinarios. El material móvil de los caminos de hierro llegó á ser iusuficiente. Las compañías no bajaron sus precios, y ya que se hallaban tal vez en vísperas de su ruina, pudieron al ménos realizar beneficios bastante notables. Se agotaron todos los medios de locomocion, siendo sobre todo notable la afluencia de los ingleses.

El 3 de Setiembre la curiosidad pública no presentaba el mismo carácter que el 1º de Junio. No se hallaba ya mezclada de duda, de incertidumbre y de la inflexible ansiedad con que se espera siempre lo desconocido. Era más tranquila, pero no ménos ardiente. Se sabia lo que se iba á ver, más no por eso se deseaba ménos verlo. La multitud, engrosada por una enorme concurrencia de extranjeros, era más numerosa pero no convergia hácia un centro determinado. Estaba diseminada por todas partes, dirigiéndose muchas personas con preferencia á los puntos en que se les figuraba que seria ménos considerable. La autoridad habia tomado medidas de precaucion, pero como no temia ningun complot, no puso la tropa sobre las armas.

A las ocho se vió avanzar magestuosamente el buque aéreo por la avenida de los Campos Elíseos,

á una altura que permitía observarle bastante exactamente. Presentaba el aspecto general de una tienda prolongada cuyo lienzo se hubiera levantado hasta las dos terceras partes de su altura, teniendo las cuerdas muy tirantes. Era el piso de forma elipsoidal, angosto hácia adelante y ancho en su porcion posterior. Hallábase rodeado de una balaustrada en que se veían unos cincuenta asientos vacíos, separados por intervalos de más de un metro y que parecían sumamente cómodos. Delante de cada asiento había una mesita, y encima estantes, perchas y lámparas de globos esmerilados. El vértice del aparato reproducía en menor escala su forma general, y terminaba en una esfera de metal bruñido, que parecía cobre. Debajo de la esfera, en una reducida plataforma rodeada también de una balaustrada, de la cual partían cuerdas y barras de metal que tenían al parecer suspendida la parte inferior del buque, había una especie de sillón, de la forma llamada *á la Bonaparte*, que daba vueltas alrededor de un eje como un taburete de pianista. Allí estaba sentado el navegante aéreo, vestido como el día de su primera aparición. Dos palancas encorvadas, que arrancaban de debajo de su asiento, remataban en manubrios al alcance de sus manos. Otra palanca bajaba de la esfera superior y terminaba lo mismo

que las otras. La pequeña plataforma tenía anterior y posteriormente dos grandes lentes que podían girar en todos sentidos en torno de sus sustentáculos fijos. El aeronauta además, tenía en la mano un catalejo. Una mesa en forma de herradura, que parecía provista de cajones, estaba colocada delante de él, con la escotadura hácia atrás. Fijos en la parte anterior de la mesa se veían cuatro objetos en que los espectadores provistos de anteojos ó gemelos de teatro, creyeron reconocer un cronómetro, un barómetro, un termómetro y una brújula.

En el piso inferior había colocados tres hombres, dos en la parte anterior, en una especie de estrado, y otro en la posterior, en otro estrado más alto. Todos tenían á su alcance un gran lente giratorio y un anteojo en la mano, un asiento detras y al lado una escala de cuerda tendida, enganchada en los bordes de la plataforma superior. El que estaba detras tenía además una mesa de herradura igual á la de arriba y provista de los mismos objetos. Tubos acústicos, con sus correspondientes pabellones de portavoz, ponían en comunicación la parte superior con la inferior y ésta con aquella.

Se distinguían delante del piso inferior dos cañones de pequeño calibre, con la boca dirigida al

espacio en ángulo de cuarenta y cinco grados. Cuando hubo llegado el buque encima del obelisco, los que estaban en la parte anterior se acercaron á las piezas y se oyeron dos cañonazos, que se repitieron de media en media hora mientras duraron las evoluciones. El buque aéreo, que á primera vista no era más que un vehículo, podía convertirse en una terrible máquina de guerra.

Las evoluciones fueron á poca diferencia iguales á las que el navegante aéreo había practicado solo el 1º de Junio. La más notable particularidad que ofrecieron fué la siguiente: El aeronauta se levantó varias veces de su asiento despues de imprimir al buque una marcha lenta y regular, para describir alrededor mil evoluciones aéreas, adelantándose, quedándose atrás, uniéndose á él, dando vueltas por encima y por debajo. Se observó que el buque, si bien adquiria de cuando en cuando una velocidad considerable, no llegaba ésta nunca á la mayor con que se había visto al navegante aéreo moverse solo. Notóse tambien que los varios movimientos del buque dependian de la acción de las palancas con manubrio.

El aparato estuvo expuesto desde el dia siguiente en un local desocupado, que era como un accesorio de la casa en que se hallaban situadas las oficinas de *El Universal*. Dicho local recibia la

luz de lo alto por una grande abertura en que había una vidriera que se quitó expresamente para introducir el buque. Pareció muy pequeño á la multitud que se agolpó á la puerta para verle. Fué necesario establecer en el interior una corriente regular, gracias á la cual pudieron entrar diariamente de diez á doce mil personas á las que se dejaba tiempo suficiente para verlo. Durante los seis dias que duró la exhibicion, se recaudaron unos 140,000 francos.

La curiosidad de los visitantes no quedó satisfecha más que á medias, si bien no se puede decir que hubiese habido engaño despues de lo que se había anunciado explícitamente. La parte superior del buque se reducía á una balaustrada circular, á la cual podian adaptarse, siguiendo un sencillo sistema que se explicó al público, los órganos de locomocion, el piso superior, el asiento del capitan, su mesa, etc. El conductor y los dos dependientes eran por lo comun los encargados de a maniobra. Pero el capitan, si queria, podia hacer funcionar el buque por sí solo y sin ayuda de nadie. De su voluntad dependia desprenderse de todo y quedarse solo en el aire, sin que en los despojos del buque, hecho pedazos en su caída, se pudiese encontrar el más mínimo indicio de los procedimientos de locomocion. Tan formidable po-

der, en manos de un desconocido, hizo vacilar á muchos que estaban dispuestos á pedir asiento para el viaje anunciado.

En cuanto á los pormenores de instalacion, se consideraron generalmente cómodos y bien entendidos. El piso, muy bien alfombrado, se componia de un metal que parecia hierro, lo que daba al aparato un peso considerable y le mantenía perfectamente equilibrado. Tambien eran de metal las barras de suspension, en número de doce, y en cada extremo terminaban en argollas que se introducian en otras fijas en los bordes de los dos pisos. Grandes y tupidas telas, con agujeros guardados de cristales, podian envolver todo el aparato y convertirlo en una tienda impermeable, con independencia de las cortinas elegantemente pintadas que cada pasajero tenia á su disposicion para resguardarse del sol. Los sillones, girando sobre ejes, podian trasformarse en verdaderas camas.

Los cañones se habian quitado de las cureñas, y éstas eran análogas á las de los cañones de marina. Notóse que no habia solamente dos cureñas sino seis, cuatro en la proa y dos en la popa.

IX.

LA PRUEBA DECISIVA.

La primera persona que soltó sus 1,200 francos, pidiendo asiento, pertenecia al bello sexo. El sexo no estaba previsto. La viajera pertenecia á la alta sociedad, y se habia hecho célebre por sus extravagancias, por la exageracion de su tocado, por sus trajes de colores chillones, por sus maneras demasiado libres y desenvueltas y por su lenguaje salpicado de palabras no muy escogidas, que hasta impropias hubieran sido de la gente de medio pelo, pero todo sin consecuencias. De buen fondo y no destituida de talento, se le aceptaba tal como era, y formaba escuela. No eran pocas las que querian imitarla. A la mañana siguiente el administrador tuvo que recibir la solicitud y el dinero de sesenta elegantes, más ó

der, en manos de un desconocido, hizo vacilar á muchos que estaban dispuestos á pedir asiento para el viaje anunciado.

En cuanto á los pormenores de instalacion, se consideraron generalmente cómodos y bien entendidos. El piso, muy bien alfombrado, se componia de un metal que parecia hierro, lo que daba al aparato un peso considerable y le mantenía perfectamente equilibrado. Tambien eran de metal las barras de suspension, en número de doce, y en cada extremo terminaban en argollas que se introducian en otras fijas en los bordes de los dos pisos. Grandes y tupidas telas, con agujeros guardados de cristales, podian envolver todo el aparato y convertirlo en una tienda impermeable, con independencia de las cortinas elegantemente pintadas que cada pasajero tenia á su disposicion para resguardarse del sol. Los sillones, girando sobre ejes, podian trasformarse en verdaderas camas.

Los cañones se habian quitado de las cureñas, y éstas eran análogas á las de los cañones de marina. Notóse que no habia solamente dos cureñas sino seis, cuatro en la proa y dos en la popa.

IX.

LA PRUEBA DECISIVA.

La primera persona que soltó sus 1,200 francos, pidiendo asiento, pertenecia al bello sexo. El sexo no estaba previsto. La viajera pertenecia á la alta sociedad, y se habia hecho célebre por sus extravagancias, por la exageracion de su tocado, por sus trajes de colores chillones, por sus maneras demasiado libres y desenvueltas y por su lenguaje salpicado de palabras no muy escogidas, que hasta impropias hubieran sido de la gente de medio pelo, pero todo sin consecuencias. De buen fondo y no destituida de talento, se le aceptaba tal como era, y formaba escuela. No eran pocas las que querian imitarla. A la mañana siguiente el administrador tuvo que recibir la solicitud y el dinero de sesenta elegantes, más ó

ménos autorizadas por sus maridos. El administrador las manifestó que había consultado al navegante aéreo, cuya respuesta esperaba. Al mismo tiempo afluan peticiones de todos los *sportemen* miembros de club y sociedades jóvenes que en el mundo elegante llevaban ó tenían la pretension de llevar la batuta. El ejemplo femenino fué de mucha importancia. Los de la juventud dorada se hubieran creído deshonrados, ó hubieran temido pasar por pobretones que no tenían 1,200 francos, ó por cobardes que temían romperse la crisma, si no hubieran hecho como todo el mundo. Muchos extranjeros tomaron billete. Habiéndose ya puesto en camino, que era lo principal, no era justo que no procurasen sacar de su viaje el mayor partido posible. Muy pronto no hubo una sola persona que pudiendo disponer de 1,200 francos, no quisiera correr la aventura. En el cuartel latino y en los talleres hubo la idea de formar grupos de cincuenta, ciento y hasta quinientos individuos, contribuyendo cada uno con una corta cantidad para suscribirse en nombre del grupo, y sortear el billete en el caso de obtenerlo. El primer día, la administración no recibió más que 80.000 francos. En el segundo recibió 900,000 y la progresion fué aumentando en todos los días sucesivos. Cuando se cerró la suscripcion, una suma total de

65.308,800 francos, entregados por 54,484 suscritores, se hallaba depositada en la caja de las consignaciones, que el gobierno designó con bastante condescendencia.

Esta condescendencia no resultaba precisamente de una simpatía ciega favorable á la invencion y al inventor desconocido, sin ninguna segunda intencion. El gobierno no se había dado aun exacta cuenta de todas las consecuencias que podia producir tan trascendental descubrimiento. Sin duda hubiera querido apoderarse de él, pero no sabia cómo salir airoso de su empeño. El peor de los medios hubiera sido una hostilidad más ó ménos abierta, con la cual se hubiera espuesto á que el inventor desapareciese de la noche á la mañana, y pusiese á disposicion de los extranjeros su talento y su secreto, ó á que tal vez se sirviese de éste para fomentar mómimientos revolucionarios, ó á que tal vez, pues se ignoraba de lo que era capaz, organizase una partida de filibusteros y de piratas aéreos con que hubiera puesto en jaque todas las fuerzas que la organizacion social hubiera podido oponerle. Importaba, pues, no precipitarse, antes de conocerle, á tratarle, como enemigo. Gran cosa hubiera sido saber de qué pié cojeaba el inventor, ¿pero cómo? Se acarició la idea de reanudar la informacion que se había

abierto con motivo de la distribución nocturna, pudiéndose añadir para justificarla un nuevo cargo á los anteriores, cual era la detención de armas y municiones de guerra denunciada por los cañonazos que habían acompañado las evoluciones del buque aéreo.

También podía el gobierno sacar partido de los artículos firmados simplemente con la calificación de *el navegante aéreo*, que había insertado *El Universal*, y perseguirlos por contravención á la ley de las firmas. Pero volviendo á la información, el gobierno hubiera ejercido un acto de verdadera hostilidad, expuesto á ser muy mal acogido. El primer interrogatorio del redactor principal ó del administrador de *El Universal* podía convertir al navegante aéreo en un enemigo declarado. Además, era probable que la información no condujera á nada, porque se habían al parecer tomado las debidas precauciones, y todo inducía á creer que los hombres de *El Universal* eran sinceros cuando declaraban que no sabían una palabra acerca de la individualidad de su corresponsal misterioso. Procurar apoderarse de su persona por medio de una emboscada, cuando iba por la noche á tomar ó dejar sus comunicaciones escritas en lo alto de una chimenea, era materialmente imposible y moralmente odioso. Lo único que pareció practicabl

fué ordenar que por los más sagaces esbirros y agentes de policía se practicasen asíduas pesquisas, y entre tanto no poner mala cara al descubridor hasta nueva orden. El navegante aéreo seguía al parecer un plan cuidadosamente meditado. Lo poco que había dicho acerca de su propósito de que de su descubrimiento se aprovecharse principalmente Francia, y acerca también del sentimiento de deferencia que le había inducido á reservar asientos á la autoridad y á las sociedades sábias, no anunciaba ninguna actitud hostil, si bien el gobierno se sentía herido en su amor propio por haberse prescindido de él, sin haber solicitado directamente su poderoso apoyo y alta benevolencia. Se tomó definitivamente la resolución de seguir esperando, hasta que nuevas circunstancias diesen algunos indicios acerca del mejor partido que podía tomarse. Era posible que el viaje anunciado derramase alguna luz, y convenía aprovechar la ocasión.

Adoptada esta resolución, se aceptaron los acontecimientos, si no sin repugnancia, al menos con una buena voluntad aparente. Se tuvo la galantería de poner á disposición de las corporaciones sábias el precio de los asientos que les estaban reservados. Habiéndose ofrecido todos los ministros á emprender el viaje, fueron designados el de

Obras públicas, el de la Guerra en su cualidad de mariscal de Francia, y el de Marina como almirante. Se organizó una pequeña banda militar que se compuso de doce músicos, la más ruidosa y la mejor posible, que ensayó trozos de música de carácter de triunfo. *El Moniteur* publicó una nota que dió á conocer estas disposiciones. La misma nota anunciaba que el gobierno pagaria los gastos, en las localidades en que la municipalidad no se brindase á sufragarlos, de una comida ofrecida á todos los viajeros al llegar á las ciudades indicadas como estaciones, de su alojamiento durante la noche y de su almuerzo al día siguiente.

Pero no fueron simples comidas lo que organizaron las municipalidades, sino verdaderas fiestas. Banquetes ofrecidos al navegante aéreo, á sus compañeros de viaje y á las principales notabilidades de cada ciudad, en seguida bailes, iluminaciones, fuegos artificiales, hospedaje espléndido á los viajeros, nada se omitía en los programas. *El Universal* publicó un artículo en que el navegante aéreo declinaba los honores que se le ofrecían, dando por ellos las más expresivas gracias. Creería faltar á todos los respetos presentándose enmascarado en los banquetes y fiestas. Pero importaba mucho á la libertad de sus actos, al porvenir de su descubrimiento y á su país, que

debía ser el primero que de él se aprovechase, guardar un riguroso incógnito hasta haber combinado, de acuerdo con el gobierno, importantes medidas. Creía, además, no exponerse á que sus compañeros de viaje desaprobasen su conducta, aceptando los agasajos en su nombre, y prefería mil veces á los brándis de que su persona había de ser objeto, los que se hicieran por el porvenir de su invención y la prosperidad de Francia, que encontraría en su descubrimiento un nuevo manantial de prosperidad y grandeza.

En el mismo artículo, publicado el 8 de Setiembre, se excusaba de no admitir mujeres para aquel primer viaje, ~~al~~ devolverles su dinero con gran sentimiento de todas ellas. Al mismo tiempo que tributaba el debido homenaje á la intrepidez con que se habían ofrecido á tomar parte en un experimento que si bien no presentaba ningun peligro, era una provocación á elementos desconocidos que nadie reta sin ser muy audaz, no quería exponerlas á las conmociones de un viaje tan rápido llevado á cabo por primera vez en el espacio. Quería que ántes, por las relaciones de testigos oculares, supiesen lo que era semejante travesía. Tendría mucho gusto en admitir á las señoras que le honrasen con su presencia para el viaje siguiente, que debía verificarse dentro de seis ú ocho meses

pues todo este tiempo se necesitaba para construir un buque que pudiera contener quinientos pasajeros. Este sería un viaje al extranjero y probablemente alrededor del mundo.

El 10 de Setiembre, á las nueve en punto, el buque aéreo con todos sus pasajeros se levantó lentamente por encima del cobertizo abierto del local en que había estado expuesto á la curiosidad pública. El capitán, montado en el pequeño aparato que servía al grande de complemento, había llegado, para enlazarlo con éste, diez minutos ántes. Al llegar á unos cincuenta metros más arriba de los tejados más altos, resonaron sucesivamente seis cañonazos. Después navegó el buque por encima de París con una lentitud magestuosa, poblando los aires de armonía la música militar á que contestaban los bravos de la muchedumbre. Los pasajeros contemplaban con admiración el espléndido espectáculo que se desplegaba bajo sus piés, extendiéndose por el horizonte dilatado. Pocos había entre ellos que hubiesen practicado ascensiones aerostáticas. Se navegaba lentamente. La rapidez no aumentó hasta que se dirigió el buque á diversos puntos de las afueras de París, pero por grande que fuese, era casi insensible para los viajeros. Cuando éstos contemplaban el espacio, veían al parecer moverse lentamente los

objetos, á excepcion de los que se hallaban muy cercanos. Además, el navegante aéreo procuraba variar todo lo posible la posición del buque para favorecer todas las observaciones. Ni un solo instante abandonó su puesto para volar aisladamente, de lo que en su interior se alegraron todos mucho, pues estando él allí se sentían más tranquilizados hasta los más intrépidos. Se sabía que el secreto no era conocido ni del conductor ni de sus dependientes. Cuando emprendió su marcha hácia Strasburgo, se elevó considerablemente. Los viajeros experimentaron una viva sensación de frío, y pareció que el viento se desencadenaba furioso, pero que no se adelantaba nada. El imperceptible mecimiento causado al buque por su método de suspensión en la parte superior no tenía ni la más remota semejanza con el movimiento de un carruaje de muelles ó ballestas, ni con los balances de un buque en el mar, ni con la trepidación de los wagones en los ferrocarriles. Era casi la inmovilidad de una butaca en un gabinete. Al llegar á Strasburgo, nadie sabía hacerse cargo de que se hubieran andado más de dos kilómetros por minuto.

Eran las seis en punto. Se dispararon seis cañonazos. La banda militar tocó algunas marchas durante las evoluciones que se practicaron encima de

la gente, de que parecía rebosar la gente que cubría todo el pavimento. Se descendió á los jardines de la prefectura. Apénas el buque tocó la tierra, los dos dependientes se dirigieron á las escalas de cuerda y desataron las amarras que sujetaban el pequeño aparato superior, el cual subió rápidamente por los aires, llevándose al capitán. No se sabe qué disposiciones había tomado para comer y hospedarse, y no se le volvió á ver hasta el día siguiente, diez minutos ántes del embarque.

En todas partes las fiestas fueron brillantes y el entusiasmo llegó á su colmo. La multitud se agolpaba alrededor de los viajeros, y se consideraba dichoso el que podía oír de su boca algunos pormenores de sus observaciones. En Strasburgo, despues del banquete, los ministros de la Guerra y de Marina tomaban café con el prefecto en medio de un grupo.

—Mi querido almirante, dijo el primero al segundo, podemos felicitarnos de que este acontecimiento no sobreviniese veinte años ántes, pues de otra suerte ni vos ni yo tendríamos el baston de mando.

—En cuanto á mí, tal vez, respondió el almirante, porque voy viendo que dentro de poco nuestras cáscaras de nuez solo servirán para hacer leña y nuestras velas se destinarán á envol-

ver fardos. Pero si la marina ha muerto, la artillería sigue viviendo.

—¿Quién sabe? replicó el mariscal. Además, yo no soy artillero, sino ingeniero. Fortificaré plazas de guerra contra aparatos que os enviarán los proyectiles en forma de granizo. Desafío al mismo Vauban á que haga ahora una demostración de la *plaza ideal*. ¿Qué opina acerca del particular el señor ingeniero en jefe?

—La interpelación se dirigia á uno de los pasajeros, director de una compañía de caminos de hierro.

—Soy de parecer, respondió, que nuestros accionistas están arruinados.

—Y los directores de los caminos de hierro van á ser tan inútiles como los capitanes de viajes trasatlánticos.

—¡Oh! eso me tiene sin cuidado. Necesidad habrá siempre de alguno para fabricar y gobernar estas máquinas, como la hay ahora de fabricar locomotoras y gobernar buques. ¿Sabeis cuál es la gente de la cual en lo sucesivo no se sabrá qué hacer?

—Los gendarmes, respondió el prefecto.

—A no ser, observó el académico, que se les envíe por los aires á perseguir malhechores, como Geronte queria que se hiciese justicia en el mar.

—Los ladrones *volarán* (1) y los gendarmes también, se permitió decir un estudiante bohemio que había ganado su billete á la suerte, gracias á 5 francos que puso con otros en la rifa que se abrió al efecto.

—Otros habrá más inútiles que los gendarmes, replicó el ingeniero en jefe.

—¿Quiénes son esos otros? preguntó el prefecto.

—Preguntádselo á uno de vuestros convidados, á un inspector de aduanas que está, segun creo, en la pieza inmediata.

—Pues bien, exclamó el economista, ¡viva el libre cambio!

A eso de las cinco se desencadenó entre Nantes y Burdeos un huracan espantoso. Los ánimos estaban intranquilos, sobre todo, despues de una observacion del físico, miembro del Instituto, sobre la materia con que se había construido el buque, casi todo de metal. Mucho riesgo se corria de atraer algun rayo en medio de las nubes cargadas de electricidad, parecidas á densas nieblas, que envolvian á los pasajeros. El conductor dió á éstos aviso de que se colocasen alrededor del

[1] *Volaront*, dice el original frances, lo que significa *volarán* y también *robarán*. El castellano hace desaparecer el equívoco.

porta-voz para oír una explicacion del capitán. Este les manifestó que no debía la tempestad inspirarles la menor zozobra, en atencion á que el aparato había recibido una especie de cimentacion, cuyo secreto él solo poseia, que le daba tanta energía para rechazar la electricidad como la que tiene el hierro ordinario para atraerla. Más adelante debía revelar este secreto al mismo tiempo que los procedimientos de locomocion. Poco comprendieron de aquella explicacion los viajeros, y á pesar de la fe que tenían en un hombre que tantas maravillas había producido, estuvieron todos muy contentos de verse una hora despues guarecidos en Burdeos en la casa de ayuntamiento.

Las observaciones particulares de los pasajeros no les permitieron formar conjetura alguna acerca de los procedimientos de locomocion y de la persona del inventor. Se calculó exactamente la velocidad media, que era de treinta y cinco leguas por hora, un poco más de la mitad de la que había podido alcanzar el navegante aéreo en su primera vuelta alrededor de Francia y el doble próximamente de la gran velocidad ordinaria de los caminos de hierro. Era una velocidad enorme, y, sin embargo, no era el máximo de lo que podía obtenerse

El Universal, cuyo principal redactor y cuyo

administrador habian obtenido gratuitamente dos asientos que tenian muy merecidos, publicó una série de artículos cuyo conjunto venia á ser una memoria circunstanciada de aquel viaje, que se podia considerar como un experimento decisivo. La prueba estaba hecha de la manera más irrecusable. Solo faltaba estudiar las consecuencias probables de aquel descubrimiento, y *El Universal* anunció que iba á emprender este estudio por su cuenta y sin la intervencion del navegante aéreo. Solicitó con ahinco de la autoridad, de las corporaciones sábias y de todos los pasajeros que publicasen sus observaciones, y suplicó á todos los publicistas que procurasen profundizar la cuestion durante los seis ú ocho meses que debian trascurrir ántes del gran viaje anunciado. El inventor aguardaba, para poner al público en aptitud de sacar partido de su descubrimiento, que se hubiesen calculado las consecuencias que de él debian resultar, y que el gobierno le diese á conocer las medidas que se le ocurriese adoptar para impedir que un gran bien se trasformase en un gran mal, y para que la Francia hallase en la nueva invencion un nuevo manantial de superioridad sobre todas las naciones rivales.

Para facilitar estos estudios, *El Universal* sugirió algunos datos trasmitidos por el inventor.

Los órganos de locomocion de que se valia para viajar aisladamente por los aires, le habian costado 5.000 francos, pero calculaba que podrian llegar á fabricarse con 1.000 ó con 1.200 francos. Su eficacia debia durar un centenar de años, sin ningun gasto de conservacion.

El buque aéreo le habia costado 42.000 francos y los órganos de locomocion 20.000 francos, lo que formaba una suma total de 62.000 francos, que se reduciria á ménos de 40.000, cuando haciéndose usual, la fabricacion se hubiese perfeccionado. La duracion del aparato podia considerarse como indefinida, sin necesitar más gastos que algunos de conservacion muy insignificantes. Estas ganancias aumentarán con las dimensiones del buque, aunque en una proporcion menor.

La locomocion, propiamente dicha, no costaba absolutamente nada, porque el aparato funcionaba en virtud de una eficacia propia.

La velocidad podia exceder en mucho á todas las velocidades de vehículos conocidos. Pudiera decirse que no tenia más límite que las exigencias de la organizacion humana, á lo cual no es dado traspasar cierto grado de velocidad en la atmósfera. A la medicina y á la experiencia correspondia fijar con exactitud este grado.

Admitiendo que un buque aéreo construido pa

ra quinientos pasajeros cuesta 100.000 francos, nada más fácil que hacerle recorrer 1.200 kilómetros por día sin contar las noches. Con solo hacer pagar á cada viajero un céntimo por kilómetro, resulta, sin contar los trasportes de bagajes y mercaderías, una ganancia de 6.000 francos diarios ó 2.000.000 de francos anuales. Con un personal pródigamente retribuido, señalando, por ejemplo, 40.000 francos al capitán, 20.000 al conductor y 50.000 á cinco dependientes, queda un beneficio neto de 20.000 anuales, despues de separar 80.000 francos para gastos de conservación contabilidad y embarcadero, y para pagar los intereses del capital y amortizarlo. El propietario de diez buques se embolsaría anualmente 20.000.000 y los viajeros pagarían ocho ó diez veces ménos que en camino de hierro, para ir dos, tres ó cuatro veces más de prisa, sin ningun peligro de descarrilamiento, naufragios ú otros accidentes.

Por último, el procedimiento podría aplicarse, como motor, á todas las máquinas posibles, y hacerlas mover, sin más gastos que los de instalación, resultando una revolución industrial que aumentaría el bienestar general con la disminución del precio de fábrica de todo, sin hablar de los centenares de millones de beneficios que podría procurar al inventor.

X.

POLÉMICA.

No había necesidad de las excitaciones de *El Universal* para que se publicasen sendas reflexiones sobre el inaudito descubrimiento. Los comentarios abundaron desde la manifestación primera, y se multiplicaron, como era natural, á cada nuevo experimento. Con ellos se mezcló la poesía. El obelisco de Luxor, monumento único en el mundo, simbolizando á la vez el pasado más remoto y el porvenir con sus más magníficas perspectivas, se convirtió en un tema clásico de odas y de himnos. Se organizó una especie de agitación para exigir que su pedestal fuese reemplazado por otro, en que se grabase la memoria del inmortal acontecimiento de 1º de Junio, fecha

ra quinientos pasajeros cuesta 100.000 francos, nada más fácil que hacerle recorrer 1.200 kilómetros por día sin contar las noches. Con solo hacer pagar á cada viajero un céntimo por kilómetro, resulta, sin contar los trasportes de bagajes y mercaderías, una ganancia de 6.000 francos diarios ó 2.000.000 de francos anuales. Con un personal pródigamente retribuido, señalando, por ejemplo, 40.000 francos al capitán, 20.000 al conductor y 50.000 á cinco dependientes, queda un beneficio neto de 20.000 anuales, despues de separar 80.000 francos para gastos de conservación contabilidad y embarcadero, y para pagar los intereses del capital y amortizarlo. El propietario de diez buques se embolsaría anualmente 20.000.000 y los viajeros pagarían ocho ó diez veces ménos que en camino de hierro, para ir dos, tres ó cuatro veces más de prisa, sin ningun peligro de descarrilamiento, naufragios ú otros accidentes.

Por último, el procedimiento podría aplicarse, como motor, á todas las máquinas posibles, y hacerlas mover, sin más gastos que los de instalación, resultando una revolucion industrial que aumentaría el bienestar general con la disminucion del precio de fábrica de todo, sin hablar de los centenares de millones de beneficios que podría procurar al inventor.

X.

POLÉMICA.

No habia necesidad de las excitaciones de *El Universal* para que se publicasen sendas reflexiones sobre el inaudito descubrimiento. Los comentarios abundaron desde la manifestacion primera, y se multiplicaron, como era natural, á cada nuevo experimento. Con ellos se mezcló la poesía. El obelisco de Luxor, monumento único en el mundo, simbolizando á la vez el pasado más remoto y el porvenir con sus más magníficas perspectivas, se convirtió en un tema clásico de odas y de himnos. Se organizó una especie de agitacion para exigir que su pedestal fuese reemplazado por otro, en que se grabase la memoria del inmortal acontecimiento de 1º de Junio, fecha

desde entónces la más memorable. Se publicaron sobre la cuestion del dia algunas obras notables y muchas insoportables estupideces. Los folletos y los periódicos reflejaban generalmente el entusiasmo y la admiracion del público, con que, sin embargo, se mezclaba una especie de oposicion sorda que la reflexion acrecia y que los poderosos intereses que se sentian comprometidos fomentaban bajo mano.

La ruina de los caminos de hierro era un hecho realizado. Los millones de millones invertidos en tan gigantescas empresas se desvanecian como por encanto, arruinaban á los accionistas, dejaban sin pan ejércitos de empleados, escalaban las posesiones de sus altos funcionarios, ponian fuera de combate un inmenso material y envolvian en la atmósfera cien industrias accesorias.

Otro tanto puede decirse de la marina mercante y de todas las artes que á ella se refieren. No habia un armador ni un constructor de buques que no presintiese su ruina. Análogos temores experimentaban todas las empresas de trasperte, terrestres, fluviales y marítimas. Tambien la marina del Estado iba á quedar repentinamente anclada, y sus oficiales y marineros, perdiendo su razon de ser, se quedaban sin carrera. No les quedaba otro recurso que dedicarse ellos tambien á la navega-

cion aérea, que requería un personal mucho más restringido, ó recibir del Estado un sueldo parecido á una limosna, sin esperanza de ascensos, en lo sucesivo imposibles. Tampoco se construirian más carreteras ni puentes, bastando unas cuantas sendas de mala muerte para los peatones; ni se abririan canales, como no fuesen de riego; ni habria puertos de mar, puesto que no habia marina. Se abolirian completamente los ingenieros de puentes y calzadas, y los vigilantes, y los peones camineros, y los destajistas y contratistas. El carbon de piedra no se usaria ya más que para combustible, y la industria carbonífera desaparecería. Veríanse sériamente amenazados los cocheros y los caleseros, los carreteros y hasta los traficantes y domadores de caballos.

El comercio del mundo iba á experimentar una transformacion brutal. Tal vez á la larga el inmenso desarrollo que tomase seria un beneficio. Pero entretanto se iban á alterar todas las relaciones, á deshacerse todos los centros mercantiles, á abolirse de hecho todas las aduanas y portazgos, lo que, de paso, mataba una infinidad de industrias, incapaces de resistir una exageracion semejante del libre cambio, comprometia las rentas de los Estados y de las ciudades, y suprimia los medios de subsistencia de numerosos emplea-

dos, sin hablar de otra revolucion industrial que produciria el uso para las máquinas de una nueva fuerza motriz que arruinaria todas las fábricas existentes. En resúmen, el comercio y la industria, tales como estaban constituidos, quedarian desde luego completamente arruinados para mayor bien de la posteridad, á ménos que no fuese para su mayor mal.

Y no eran solamente los intereses materiales los que tendian á coaligarse contra la invencion. Los partidos políticos la miraban con malos ojos. En un principio los liberales la aplaudieron con entusiasmo. ¿No traia acaso al mundo aquella invencion la libertad, toda la libertad, la libertad absoluta, sin cortapisas posibles? Pero no tardaron en preguntarse si eso podria ser tambien un instrumento de tiranía. Los pueblos no pueden pasar la vida en el aire para sustraerse á los desmanes de los déspotas, los cuales podrian organizar ejércitos aéreos y absorber en su provecho, por medio de leyes rigurosas sancionadas por penas severas, el monopolio del nuevo género de locomocion. La actitud tomada por el inventor contribuia á hacer prevalecer sobre la simpatía la antipatía y la desconfianza. No habia hablado de la autoridad sino con deferencia de mal agüero. Parecia estar pronto á entregar su secreto al go-

bierno luego que éste hubiese tomado las medidas necesarias para asegurarse el monopolio. No se veia que se preocupase mucho de volver su invencion favorable á la libertad del mundo.

Temores en sentido opuesto mantenian perplejos á los gubernamentalistas y al gobierno. Pero entre los partidarios del principio de autoridad, los habia que no titubeaban en considerar la invencion como una inspiracion satánica, próxima á desencadenar en el mundo el mayor desórden, y que merecia, por lo tanto, se fulminase contra ella toda la reprobacion divina y humana.

Compréndese que se trata de cierto catolicismo, tal como en aquella época lejana lo comprendieron algunos. Podia admitirse en rigor que los gobiernos y las sociedades hallarian, aunque con grandes dificultades, medios de ponerse á cubierto de la anarquía material y del desórden exterior. Pero las sanas doctrinas serian de todo punto impotentes para librarse de una anarquía intelectual mucho más temible. La libertad de pensar, la libertad de escribir, la libertad de propaganda y todas las libertades, diabólicas á cual más, tenian un instrumento inencible. La imprenta no habia hecho la décima parte del mal que iba á producir la locomocion aérea. Bien ó mal, habia sido posible defenderse contra la imprenta, en tanto que

subsistieron fronteras y la policía fué posible. ¿Cómo defenderse contra el libre cambio de ideas funcionando en el espacio con más holgura aun que el libre cambio de mercancías? La congregación del Índice, la inquisición, la represión de los delitos de imprenta, los reglamentos de la profesión de impresor, no eran ya más que armas enmohecidas, curiosidades para los anticuarios, tan impotentes contra el libre pensamiento como los escudos de los griegos y romanos contra la metralla. ¿De qué servía anatematizar las libertades vomitadas por el infierno? Tanto valiera anatematizar la libertad de andar, teniendo el hombre piernas. La fuerza de las cosas prevalecería sobre las excomuniones más solemnes, y la religión estaba perdida, á no ser que el navegante aéreo fuese el Antecristo en persona y que su invención anunciase el fin del mundo, lo que no hubiera sorprendido á nadie.

Los clericales estaban tanto más dispuestos á abandonarse á la idea de que el inventor anónimo era un descreído, cuanto que habian observado ciertas circunstancias extraordinarias al trasluz del prisma de la prevención. Sin ninguna necesidad habia escogido siempre el Domingo para sus ensayos públicos, lo que era una prueba evidente de que no solo dejaba él de cumplir los deberes

religiosos, [sino que inducía á la multitud á que tampoco los cumpliera. Y precisamente en aquel año cayó el 1º de Junio, que era el día de la manifestación, en fiesta de Pentecostés, á la cual ni siquiera hizo alusión en su anuncio. No habia solicitado para su buque las bendiciones de la Iglesia, ni reservado asiento alguno á sus dignatarios, como los habia reservado para la autoridad, la ciencia y hasta el periodismo. Era mal interpretada hasta la franqueza y falta de aprensión, consideradas irrespetuosas para un lugar santo, con que se habia sentado, fumando un cigarro, en uno de los pararrayos de Nuestra Señora. Evidentemente aquel hombre era un libre pensador, y no se debia vacilar en condenarle como un enemigo y en ver en su descubrimiento un azote.

A todo lo dicho se añadian ciertos sentimientos que no era decente confesar y que no se confesaban, pero que sordamente contribuian no poco á las diferentes causas de antipatía y recelo. La generalidad se resentía del incógnito guardado por el inventor. Decíase de él que coqueteaba con la gloria como una mujer hermosa con el amor, y que regateaba demasiado sus revelaciones. Oíábasele porque no se le habia podido sorprender su secreto, no obstante las encarnizadas investigaciones á que se dedicaban con más ó ménos misterio

los sábios, los inventores y los más prácticos industriales. Humillaba á todos la insoportable superioridad de aquel desconocido. Tanto poder en un hombre, que tenia solo en sus manos los destinos del mundo, pasaba como una usurpacion. No habia en la tierra un solo personaje cuya importancia no fuese eclipsada por la suya. El solo absorbía la atencion del universo.

A pesar de todo, no hubo bastante audacia para retar abiertamente el sentimiento del público, cuya admiracion se sobreponia á todas las consideraciones. Los espectáculos de que habia sido testigo le habian causado una impresion demasiado profunda. Se procedió por insinuaciones. Las consecuencias probables de la invencion se estudiaron bajo todos los aspectos, y no fué posible desconocer su grandeza. Hubo que limitarse á acumular los *sí* y los *pero*, las objeciones y las reticencias. Con la admiracion pública se mezcló un verdadero terror. Cuanto más se reflexionaba en aquella maravilla, más imposible parecia adivinar por qué nuevas vías iba á precipitarse el mundo. ¿No correria á su pérdida? ¿No iba á empezar de nuevo el reinado de la violencia, cien veces peor que en los peores dias de la edad media? ¿No se hallaba la humanidad en vísperas de zozobrar en el caos?

El navegante aéreo no tomó parte alguna en la polémica. Pero *El Universal*, cuyos redactores se hallaban animados de una fe profunda, hizo frente con la mayor resolucion á los adversarios más ó ménos declarados del gran descubrimiento. Descubrió los intereses ocultos que intentaban batirlo en brecha. Atrajo á su causa la mayor parte de liberales, demostrándoles que de la nueva invencion no podia resultar más que el progreso y que no habia poder en el mundo capaz de confiscarla en su provecho cuando se habria divulgado. Obligó á los ultra-clericales á declararse abiertamente sus adversarios y á exponer sus razones, que fueron acogidas con un favor muy mediano. Prohibió que la guerra se haria imposible; que las naciones penetrarian la una en la otra hasta el punto de no formar más que un solo pueblo; que repartiéndose las riquezas propias de cada país por toda la superficie del globo, la facilidad de emigrar á vastos territorios incultos y fecundos extinguiria el pauperismo y aumentaria el bienestar general, al mismo tiempo que la difusion de las luces, el comercio de ideas, suprimiria en todas partes la ignorancia y la barbarie. Contra todos proclamó, sostuvo y defendió á brazo partido el siguiente axioma: El mal no ha salido nunca del bien, ni de un desastre de un progreso, ni una catás-

trofe de una invencion. Por el solo hecho, decia, de haber Dios inspirado al hombre la idea de un gran descubrimiento, debemos aceptarla con tanta fe como gratitud bien persuadidos de que está en los destinos de la humanidad y de que todo progreso es para ella un nuevo manantial de prosperidad y bienandanza.

Uno de sus artículos recibió una respuesta de las más extrañas que puedan imaginarse. Emanaba de un periódico que tenia por redactor principal el hombre más excéntrico de toda la prensa parisiense; trataba todas las cuestiones por el lado paradójico, y sostenia, con gran contentamiento del público, las tesis más absurdas. Verdad es que nunca se conquistó un adepto, pero se deslizaba con tal destreza por debajo de la refutación, que era siempre el que cerraba las polémicas y tenia siempre á su favor la gente que rie.

Hé aquí el artículo que publicó sobre la locomocion aérea.

XI.

PARADOJA.

La locomocion aérea no existe.

No existe, porque es imposible que exista.

No se me diga que se ha visto al navegante aéreo y su buque. No es esta la cuestion.

Yo tambien los he visto. Pero esto no es más que un hecho, ¿y qué es un hecho?

NADA.

¿Qué es la lógica?

TODO.

Y la lógica va siempre de un punto de partida á un punto de llegada.

El punto de partida es que el hombre, no teniendo alas, no ha sido creado para volar.

El punto de llegada es que la locomocion aérea NO EXISTE.

Cuantos han buscado medios para dirigir los

trofe de una invencion. Por el solo hecho, decia, de haber Dios inspirado al hombre la idea de un gran descubrimiento, debemos aceptarla con tanta fe como gratitud bien persuadidos de que está en los destinos de la humanidad y de que todo progreso es para ella un nuevo manantial de prosperidad y bienandanza.

Uno de sus artículos recibió una respuesta de las más extrañas que puedan imaginarse. Emanaba de un periódico que tenia por redactor principal el hombre más excéntrico de toda la prensa parisiense; trataba todas las cuestiones por el lado paradójico, y sostenia, con gran contentamiento del público, las tesis más absurdas. Verdad es que nunca se conquistó un adepto, pero se deslizaba con tal destreza por debajo de la refutación, que era siempre el que cerraba las polémicas y tenia siempre á su favor la gente que rie.

Hé aquí el artículo que publicó sobre la locomocion aérea.

XI.

PARADOJA.

La locomocion aérea no existe.

No existe, porque es imposible que exista.

No se me diga que se ha visto al navegante aéreo y su buque. No es esta la cuestion.

Yo tambien los he visto. Pero esto no es más que un hecho, ¿y qué es un hecho?

NADA.

¿Qué es la lógica?

TODO.

Y la lógica va siempre de un punto de partida á un punto de llegada.

El punto de partida es que el hombre, no teniendo alas, no ha sido creado para volar.

El punto de llegada es que la locomocion aérea NO EXISTE.

Cuantos han buscado medios para dirigir los

globos han sido unos insensatos, ó al ménos gentes que no racionaban.

Si hubiesen racionado, no se hubieran devanado los sesos buscando una cosa que se puede demostrar *á priori* que no se ha de encontrar.

Y para esto no se necesitan siquiera demostraciones científicas.

La ciencia dice, y repite con ella el más simple buen sentido mecánico, que la impulsión que se ha de dar á los vehículos aéreos necesita una fuerza que no guarda proporción con la que el hombre puede llevar á los aires.

Matemáticamente se puede decir:

La fuerza motriz debe ser al vehículo, llámese globo ó como se quiera, lo que es la fuerza reunida de las dos álas al pájaro, el cual no volaría con una sola.

La fuerza dinámica del pájaro se ha medido: se halla en la proporción de la de un caballo de vapor por cada 5 kilómetros de peso.

Calcúlese el número de fuerzas de caballo que debería producir la máquina para mover remonándose un vehículo en el aire y el peso y la resistencia del medio en que se agita, tanto mayor esta cuanto más el vehículo haya ganado en superficie lo que haya perdido en peso.

Se llega á lo imposible.

Y aumenta este imposible la necesidad de dar al vehículo dimensiones suficientes para llevar la máquina con su provision de agua y de combustibles.

En cuanto á suprimir el motor y á buscarlo en la acción del aire mismo, en el cual no hay punto de apoyo, es simplemente una majadería.

Pero estas son demostraciones de la ciencia y del buen sentido. Ni necesidad tengo de ellas.

Se me dirá que se aplican á los globos y á las máquinas de vapor y que el navegante aéreo se mueve sin máquina de vapor ni globo.

Respondo que *á priori* está demostrado que la locomoción aérea es imposible.

El hombre se halla sujeto á la tierra por su conformación. Puede inventar procedimientos de locomoción que no le hagan dejar la tierra, pero no otros.

Si tiene buques, se debe á que está conformado de modo que puede nadar.

En cuanto á moverse en el aire, no está en su conformación, y de consiguiente no está en su destino.

La prueba está en que si la locomoción aérea existiese, las condiciones de la existencia humana serian necesariamente distintas de lo que son.

Y estas condiciones no pueden variar.

De consiguiente la locomoción aérea NO EXISTE.

Se ha demostrado que con ella no habría fronteras. Las fronteras son tal vez un mal, pero un mal necesario. El hombre, siendo sociable, tiene necesidad de agruparse. De aquí las naciones. Sin naciones no hay humanidad.

Ni habría tampoco gobierno. Y preciso es que el hombre sea gobernado. La ley es tal vez sensible, pero es una ley esencial y constitutiva de la humanidad civilizada.

Tampoco habría policía. Vendría el absoluto reinado de la violencia. *Todo sería del más fuerte.*

La fuga sería el único recurso del débil. ¿Pero qué sería entonces del trabajo? El trabajo es incompatible con la fuga perpetua.

Y sin trabajo no es posible la existencia humana, así como sin policía no es posible la existencia social.

Ni el débil ni el fuerte trabajarían porque vendría siempre otro más fuerte para arrebatarles el fruto de su trabajo.

El hombre se convertiría en ave de rapiña.

Faltarían, pues, las condiciones más esenciales de toda existencia social: EL TRABAJO Y LA PROTECCION.

Diga *El Universal*: ¿cómo nos defenderíamos del bandolerismo? Nos va á presentar el cuadro de

una gendarmería por los aires y casas con ventanas enrejadas, guarnecidas con una formidable artillería, á no ser que se abran á cincuenta piés bajo tierra.

¿Semejante género de arquitectura está en el destino humano?

Y aun así, difícil será á la gendarmería volante y á la fortificación de las haciendas impedir que se robe un buey en Normandía para ir á asarlo en América.

La policía de los mares no es ya una cosa fácil

Se han necesitado siglos para hacer frente á la piratería y á la trata de negros.

Y no se ha conseguido completamente el objeto.

Y la policía de los mares no es, sin embargo, más que difícil.

La policía de los aires sería absolutamente imposible.

¿Cómo impediría *El Universal* que una bandada de filibusteros llegase una noche de la China ó de la Plata é impusiese á la primera ciudad que se le antojase una contribución onerosa, so pena de bombardeo inmediato?

¿Cómo impediría que los traficantes de esclavos arrebatasen negros en las costas de Africa y blancos en las costas de Provenza?

Con la locomocion aérea habria necesidad de un monstruoso baturrillo de leyes draconianas y de una organizacion de fuerzas públicas de que no es posible formarse idea, y aun así serian impotentes.

No habria, pues, libertad. Y la libertad es tambien una condicion esencial de la existencia humana.

¿El *Universal* seria capaz de creer que con una facilidad de locomocion tan disolvente, subsistiria mucho tiempo algun vestigio de matrimonio, de familia, de hogar, y de las pocas virtudes domésticas que nos quedan?

Bien pronto el hombre no seria más que un macho y la mujer no seria más que una hembra, y la especie humana, impotente para echar raíces en tierra, sin familia, sin propiedad, sin más ley que la fuerza, retrogradaria á paso de carga hácia la BESTIALIDAD.

Otros han enumerado todas las consecuencias, ciertas ó probables, de la locomocion aérea, y de ellas han concluido que se nos preparaba un porvenir espléndido segun unos, temible segun otros, y que, en concepto de todos, debe transformar el mundo.

Las premisas son exactas. No lo es la conclusion.

Este porvenir, espléndido si se quiere, traspasa-

saria los destinos del hombre, á quien le es tan posible transformar las condiciones de su existencia como robar el fuego del cielo.

Este porvenir, terrible en mi opinion, acarrearía el cataclismo final de la humanidad.

Todas las consecuencias de la locomocion aérea, que están previstas ó es posible prever, se hallan en contradiccion manifiesta con las condiciones fundamentales de toda civilizacion.

Y la CREACION NO SUFRE CONTRADICCIONES.

Admite el progreso, pero en el sentido del desarrollo de lo que ella ha creado.

No admite el progreso en un sentido *contradictorio*.

La conclusion que hay que sacar de las premisas no está, pues, en la investigacion de las consecuencias que produciria la locomocion aérea.

La conclusion es que la locomocion NO EXISTE.

El destino humano tiene límites que el hombre no puede traspasar.

Hay un punto en que las condiciones de la existencia humana dicen al génio del hombre: *Nec plus ultra*.

Convengo en que este punto está *indeterminado*.

Pero sostengo que la locomocion aérea está colocada *más allá*.

Conozco la objecion vulgar:

“¿Qué hubiera dicho un ateniense, aun en el siglo de Pericles, á quien hubiesen afirmado que habia de llegar un dia en que andarian coches sin caballos con una velocidad de veinte leguas por hora?”

“¿Qué habria dicho un sábio de la Edad Media, á quien hubieran afirmado que habia de llegar un dia en que los hombres en unos cuantos minutos se pondrian en correspondencia del uno al otro extremo del mundo?”

“¿Qué habrian dicho Rafael ó Andrés del Sarto, si se les hubiese afirmado que habia de llegar un dia en que se ejecutarian por sí solos retratos y paisajes, siendo el pintor el sol?”

Respondo á los que así se expresan tratándose de la locomocion aérea, que no se han dado cuenta de la *distancia* INFINITA que separa la importancia de este descubrimiento de la de todos juntos los descubrimientos precedentes, incluso el de la pólvora, el de la imprenta, el de la brújula, el del vapor, el de la electricidad, y hasta el de los Montgolfiere.

Creo en los progresos, *hasta en los indefinidos*, de la ciencia médica.

No creo sin embargo, que lleguen nunca á hacer al hombre inmortal.

Creo en los progresos, *hasta en los indefinidos*, de las ciencias industriales.

No creo que lleguen jamas á hacer de un hombre un pájaro.

Los antiguos habian instintivamente comprendido y poéticamente expresado esta imposibilidad por medio de la fábula de Icaro.

Pero yo predigo que no se volverá á hablar más del navegante aéreo, porque no ha hecho más que soñar, y todo el mundo ha soñado como él.

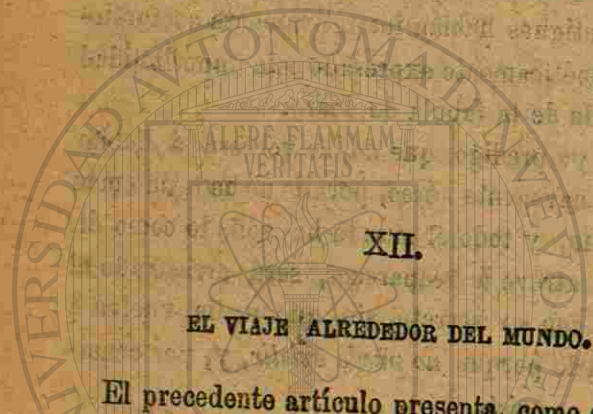
Si se atreve á reaparecer, será arrastrado al espacio con su secreto, sin que nadie vuelva á encontrarlo porque *no puede existir*, y, por consiguiente, *no existe*.

EL HECHO NO ES NADA.

LA LÓGICA LO ES TODO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



El precedente artículo presenta, como se ve, la más extraña amalgama de absurdos, de buen sentido, de lógica, de paradoja, de errores, de verdades y de contradicciones. Tal como es, sin la ridícula negación de un hecho que todo el mundo había presenciado, habría podido pasar como todos los salidos de la misma pluma, y hasta dar que reflexionar á muchas gentes, que no habrían tal vez encontrado su tesis enteramente fuera de razón. Pero estaba tan patentemente desmentido por el hecho, que resultaba ser todo él un absurdo, y *El Universal* ni siquiera se tomó la molestia de hacerle caso. No contestó nada. En cuanto al gobierno, no había tomado la menor parte en la

polémica, y la dejó desenvolverse libremente, comprendiendo que se aclararía tanto más cuanto mayor fuese la libertad con que se discutiese.

En el fondo estaba muy perplejo.

A la sazón se hallaba á su frente, sin que sea necesario decir que le daba su forma, un hombre á quien no embriagaba su posición, pues no había ambicionado el poder, que, por la sencillez de sus gustos, era para él una carga de que de buena gana se hubiera desprendido. Pero, aunque liberal por temperamento, se había formado del poder una idea que le era propia. Lo consideraba como un depósito que no le era lícito amenguar ni aun en provecho de las ideas que le eran más simpáticas. Simple ciudadano, habría podido reclamar con más ó ménos insistencia tales ó cuales concesiones. Gefe del Estado, sus ideas eran inmutables, y el ejercicio de la autoridad no tenía para él nada de seductor. Pero creía que en conciencia su responsabilidad estaba empeñada en no ceder en lo más mínimo. Figurémonos un Washington, depositario del poder del Gran Turco, que hubiese jurado transmitirlo intacto á los que vinieron tras él. Liberal por sentimiento y por ideas, trataba casi á la libertad como si fuera su enemiga.

Y se preguntaba lo que sería para el poder la invención nueva.

Era evidente que si se vulgarizaba, sin tomar de antemano ninguna precaución, el poder no solamente quedaba debilitado, sino suprimido.

Ni había que pensar tampoco en que la invención dejase de adquirir todo su desarrollo. Por de pronto, no tenía en sus manos al inventor, y aunque se hubiera apoderado de él, no podía asesinarle para matar con él su secreto. Demasiado habría tomado el mismo inventor sus precauciones para que, si le sorprendía la muerte, su secreto no se encerrase en su tumba.

No quedaba más que un partido: comprar el secreto y reservarse su monopolio.

Pero no era la cosa de fácil ejecución.

En la hipótesis, muy arbitraria por cierto, de que el gobierno llegara á entenderse con el inventor acerca de las condiciones de la cesión, fuera era que entrasen en la confidencia cierto número de personas. Se necesitaba al menos dar á conocer el procedimiento á cualquiera á quien se confiase el mando del buque aéreo. Por más que se escogiesen hombre probos, exigiéndoles los más solemnes juramentos, un secreto de Estado que tuviese cierto número de confidentes

había de ser necesariamente divulgado á pesar suyo.

¿No era además probable que algún nuevo inventor hallase al fin lo que había hallado el primero?

La vulgarización parecía inevitable, á no ser que se imprimiese el descubrimiento mismo, lo que se reconoció imposible. Y la vulgarización era el trastorno de toda organización social y la supresión de todo gobierno.

¿Se podría siquiera combinar una serie de leyes bastante eficaces para evitar las terribles consecuencias que todo el mundo había indicado? No era fácil. Las leyes no alcanzarían fácilmente á hombres provistos de un medio de evasión tan poderoso.

¿Y cómo librarse de las invasiones de extranjeros que podían llegar inopinadamente de los países más lejanos para conquistar la nación francesa, ó al menos saquearla y desaparecer en seguida? ¿Habría precisión de crear innumerables ejércitos aéreos para defenderse, y volver á los países extranjeros los males que de ellos se hubiesen recibido?

No se veían más que imposibilidades en todas partes.

Se concluyó por donde tal vez se habría debi-

do empezar. Se resolvió ponerse en relacion con el navegante aéreo é informarse de las medidas que él tendria probablemente que proponer para que su descubrimiento no llegase á ser una calamidad pública, sino que, al contrario, fuese un beneficio para el mundo y en particular para Francia.

No detenia al gobierno más que una cuestion de fórmula y de dignidad gubernativa. Le repugnaba dar el primer paso y sobre todo, entrar en tratos con un desconocido. Escribió á éste, por conducto de las oficinas de *El Universal*, diciéndole que en el caso de quererse dar á conocer al gobierno, el cual le prometia el secreto, se recibirian las comunicaciones que tuviese á bien dirigirlle.

El inventor contestó inmediatamente en una carta sumamente atenta en la forma, pero que en el fondo, no obstante los más hábiles circunloquios epistolares, era altiva y hasta impertinente. No habia llegado aun el momento de darse á conocer pero estaba dispuesto, ya que el gobierno lo deseaba, á ponerse en comunicacion con él conservando el incógnito. Ofreció prestarse á enviar y recibir correspondencias por conducto de *El Universal*, ó por un buzón análogo, adaptado á la chimenea que el gobierno mandase preparar al

efecto en alguno de los edificios del Estado. Creia que la autoridad estaba sumamente interesada en combinar las medidas que se le hubiesen ocurrido para proporcionárselas, y él se obligaba á examinarlas con toda la asiduidad que mereciesen, deseoso de que redundara en beneficio del público el incalculable poder que se hallaba en sus manos, y de probar al gobierno toda su deferencia y su respeto.

Estaban trocados los papeles. El desconocido se erigió en protector, dejando al gobierno el papel de protegido. No habia que hacerse ilusiones acerca de su pretension de tratar de potencia á potencia, y hasta de potencia superior á potencia inferior. Afortunadamente, eran sus formas, como se ha dicho, tan políticas que, sin sacrificar las apariencias de la dignidad, el gobierno se pudo someter á su ley afectando imponérsela. Habo que resignarse á una situacion impuesta por la fuerza de las circunstancias, dominando todos los resentimientos del amor propio. El gobierno le escribió que consentia en otorgarle el modo de correspondencia que solicitaba, y que estaba pronto á examinar las peticiones de indemnizacion que formulase para la comunicacion de sus procedimientos.

X. Nagrien respondió que no era la cuestion de

indemnización la más urgente, y suplicaba que se la examinase más adelante, limitándose á dar sobre este punto algunas indicaciones de que sería fácil hacerse cargo en ocasion oportuna. Su invencion, si le convenia explotarla, podia procurarle beneficios casi indefinidos. Podia establecer un comercio inmenso y lucrativo con las partes inexploradas de Africa, con el Oriente, con las regiones auríferas y con otros países lejanos. Podia dedicarse al contrabando. Podia trasportar viajeros y mercancías. Los 65.000,000 á que subió en algunos dias la suscripcion de los que pidieron asiento para el viaje alrededor de Francia, mostraban cuánto podrian producir otros viajes análogos ó al extranjero. Dando á su invencion otras aplicaciones, podia arrendar á los industriales fuerzas matrices. Le era fácil ganar centenares de millones. Ya por el buzón de *El Universal* le habian llegado ofrecimientos considerables. Una casa de banca, al pedirle que fijase una cantidad que sirviese de tipo, declaró que, sin comprometerse de antemano á aceptarla, tomaria en consideracion y la discutiria, aunque pasase de 100 ó de 150 millones. Su invencion explotándola él mismo, representaba 800 ó 900 millones, y tal vez millares de ellos. Estaba seguro de que, cuando él quisiera, Inglaterra ó los Estados-Unidos le da-

rian 500 ó 600 millones. Pero no tenia prisa alguna por recoger los beneficios que podia realizar cuando bien le pareciese. Su principal deseo era que Francia se enriqueciese con su descubrimiento, y se consideraria suficientemente indemnizado con una recompensa nacional reducida á proporciones mucho más modestas, 150 ó 200 millones. No era, pues, la ganancia lo que le preocupaba. Lo principal era examinar las medidas que podrian adoptarse para la práctica de su descubrimiento, y suplicaba al gobierno que acerca del particular le comunicase sus combinaciones.

Al pronto causaron sorpresa las cantidades indicadas por el navegante aéreo. Pero luego, reflexionando acerca de ellas, no parecieron exageradas. Por lo demás, el gobierno se veia muy apurado para emitir ideas de que carecia respecto á la solucion del insoluble problema. Costábale mucho insistir para obtener inspiraciones del inventor de que éste tal vez carecia tambien, puesto que no tomaba la iniciativa como era de esperar. El gobierno le escribió que la cuestion estaba en estudio y que le comunicaria las resoluciones que se adoptasen. Tomóse en efecto el partido de estudiar formalmente la cuestion, con la esperanza de llegar á descubrir al fin alguna combinacion practicable.

X. Nagrien respondió que, siendo así, iba á emprender su gran viaje, cuya duracion no seria muy larga, y que á su regreso podrian proseguirse las comunicaciones. Para los estudios que se iban á empezar indicó un elemento útil. Era posible formar capitanes hábiles para la maniobra del buque sin iniciarles en el secreto de los procedimientos de locomocion. Así pensaba él proceder en el caso de que, no consiguiendo el gobierno proporcionarle medidas convenientes para poner en práctica su descubrimiento, se decidiese á explotarlo por sí mismo.

Habian llegado los últimos dias de Mayo. La partida para el viaje alrededor del mundo estaba fijada para el 10 de Junio, primer aniversario de la manifestacion con que el inventor habia asombrado al público. Los viajeros, prevenidos con mucha anticipacion, habian llegado de todos los puntos del universo. Un nuevo buque con almacenes, salones, cámaras y dependencias de todo género, se habia construido á poca diferencia sobre el plano del primero, en proporciones suficientes para trasportar quinientos pasajeros, rodeándolos ingeniosamente de todas las comodidades. No faltaban provisiones, ni armas, ni instrumentos para las observaciones científicas, ni precauciones contra la intemperie. Tratábase nada ménos

que de visitar todas las capitales de Europa, atravesar los mares, penetrar en las regiones inexploradas, presentarse á las tribus salvajes, que quedarían mucho más atónitas ante aquella aparicion que los indios al aspecto de los primeros buques que vieron llegar de Europa.

Se habia organizado una fiesta nacional para el gran dia de la partida, habiéndose puesto para el embarque á disposicion del navegante aéreo el patio reservado de los Inválidos. Al medio dia se elevó el buque empavesado, al son de músicas y entre las aclamaciones de los pasajeros, estrepitosamente contestadas por la muchedumbre, y entre los estampidos de su artillería que respondía al cañon de los Inválidos. Atravesó la esplanada, remontó el curso del Sena hasta el puente de Austerlitz, á igual distancia de los dos muelles, se elevó más y mas alejándose hácia el Oriente, y se le distinguió mucho tiempo como un punto negro ántes de desvanecerse en el espacio.

Entre las cartas que la administracion de correos tenia separadas para inutilizarlas, por no haber ido nadie á recogerlas, se encontró un dia una dirigida al redactor principal de *El Universal*, periódico que no existia. Dicha carta, cuya firma

omitiremos por discrecion, estaba concebida en los siguientes términos:

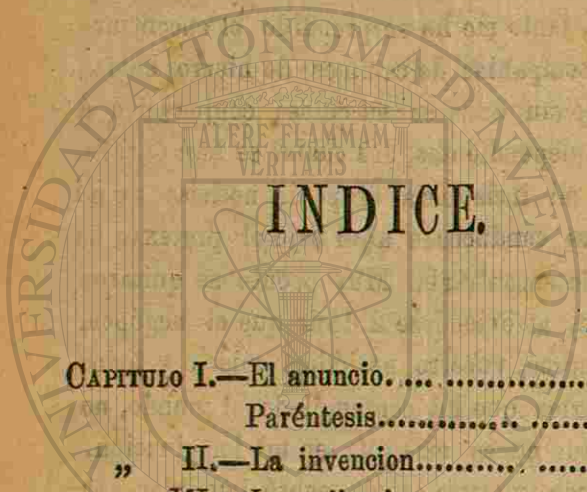
“Solo vos podreis y querreis burlar el abominable complot de que soy víctima. La prueba de que no estoy loco está en que comprendo perfectamente que quieren hacerme pasar por tal las compañías de caminos de hierro. Me hallo aquí rodeado de infelices dementes, cuyo estado, que me causa piedad, conozco perfectamente.

“Venid á visitarme, evitando sobre todo, tropezar con algun empleado de ferrocarriles, que se han ligado todos con terribles juramentos, prometiendo no retroceder ante ningun crimen para ahogar mi descubrimiento. Haré echar esta carta al correo por un individuo cuya adhesion me ha costado muy cara. Le he dado las instrucciones necesarias para que no le interceptasen los enemigos conjurados contra mí. Le he descrito las señas por las cuales reconocerá con toda seguridad á los empleados de caminos de hierro, monstruos horribles que toman los más variados disfraces para espiar mis más insignificantes acciones. He reconocido á un guarda-agujas en la persona de un supuesto médico que ha venido á verme algunas veces, so pretexto de hallarse enfermo el médico ordinario del establecimiento.

“No puedo atribuir más que á un narcótico,

propinado por manos páfidas, el irresistible sueño que se apoderó de mí al llegar á la vista de Viena. Muy profundo debió ser mi letargo para que se me pudiese trasladar á mi cama, donde, al despertar, tanto me ha sorprendido el encontrarme. Las compañías de caminos de hierro, habian complicado sin duda en su odiosa conjuración á todos mis dependientes, los cuales se han aprovechado de mi insistencia en pedir noticias de mi buque para conducirme aquí bajo el pretexto de que aquí lo encontraria. Muy pronto se quitaron la máscara, atreviéndose á decir que el negocio, el buque aéreo, vuestro periódico mismo y todos los prodigios que ha contemplado el mundo, no han existido nunca más que en mi imaginación. Pero yo, con vuestra ayuda, sabré invalidar tan páfidas maniobras, y puesto que el gobierno ha cometido la bajeza de favorecerlas, no le guardaré ya ninguna consideración. El sabrá que el hombre que tiene en su mano los destinos del mundo tiene el poder de castigar. Vos sabreis tambien que tiene el poder de recompensar, porque sereis el primero, y durante mucho tiempo el único, á quien revelaré el secreto de mi prodigioso descubrimiento,

FIN.



INDICE.

Páginas.

CAPITULO I.—El anuncio.....	3
Paréntesis.....	24
” II.—La invencion.....	25
” III.—La aplicacion.....	38
” IV.—Los preparativos.....	51
” V.—La manifestacion.....	58
” VI.—El “Universal”.....	70
” VII.—Un Paseo por Francia.....	81
” VIII.—El buque.....	89
” IX.—La prueba decisiva.....	103
” X.—Polémica.....	119
” XI.—Paradoja.....	129
” XII.—El viaje alrededor del mundo.	138

JUAN L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



OTEC